

EXPLICACIÓN
DEL
CATECISMO ROMANO
DE SAN PÍO V

III

LOS SACRAMENTOS



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESTORES DE JUAN GILI
CORTES, 581.—BARCELONA
MCMXXVIII

CINCUENTA Y DOS SERMONES

SOBRE

LOS
SACRAMENTOS

POR EL RVDO. PLAT
ARCIPRESTE Y CANÓNIGO HONORARIO DE BLOIS

TRADUCIDOS DE LA DÉCIMA
TERCERA EDICIÓN FRANCESA

POR EL DR. MODESTO H. VILLAESCUSA



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESTORES DE JUAN GILI
CORTES 581.—BARCELONA
MCMXXVIII

ES PROPIEDAD

PROLOGO

Ofrecemos a nuestros hermanos en el ministerio parroquial, y a los fieles confiados a su solicitud, estas *instrucciones sobre los Sacramentos*, fruto de muchos días de trabajo, y quizás de alguna experiencia.

No son conferencias, ni menos tratados de Teología; de éstos los hay muchísimos mejores; son pláticas.

¿Por ventura no es este modo de enseñar el más antiguo en la Iglesia?

Durante sus tres años de vida pública, Nuestro Señor, valiéndose ordinariamente de comparaciones, parábolas y proverbios de uso corriente en la nación, hacía accesibles a todos las altas verdades que anunciaba.

En la mañana de la primera Pentecostés cristiana, y en los días siguientes, empleando un lenguaje sencillo, que rayaba a veces en la elocuencia, aunque sin proponérselo, explicó san Pedro las profecías, e hizo tocar con el dedo su cumplimiento.

Los antiguos Padres no procedieron de otro modo; sus homilias dan testimonio de ello. Con pocas excepciones, se recomiendan todas por lo que debe ser, según el santo Concilio de Trento, la señal distintiva de la enseñanza popular cristiana: *brevitate et facilitate sermonis*.¹

Cuando san Cirilo exponía la doctrina cristiana, en sus inmortales Catequesis, a sus queridos neófitos colo-

Nihil Obstat

El Censor,

AGUSTIN MAS FOLCH, C. O.

Barcelona, 21 de Enero de 1927

IMPRIMASE

JOSÉ, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.,

D. Francisco M.ª Ortega de la Lora

Canciller-Secretario

Con autorización del editor francés P. LETHIELLEUX

Tipografía de los editores

1. Ses. 5, de ref., cap. 2.
SACRAMENTOS - 1

plearse también como libro excelente de lectura para todos los cristianos, que tienen necesidad de poseer, sobre un punto tan importante de la fe y de la vida cristiana, una exposición doctrinal clara y fiel. Dios, que ha bendecido ya vuestro trabajo, no os rehusará la recompensa. Yo se la pido para vos, complaciéndome en manifestaros mis afectuosos sentimientos¹.

J. M. MONSABRÉ
de la orden de Predicadores

1. El volumen de sermones sobre los Sacramentos que forma parte de la serie que empezamos con el Decálogo, fué el primero que se publicó, y por esto, el elogio del P. Monsabré se refiere a los demás volúmenes, igualmente notables por la profundidad de la doctrina y por su unción apostólica.

SERMON PRIMERO

Origen, brevedad y división en artículos, del Símbolo.

Quae primum Christiani homines tenere debent, illa sunt quae fidei duces doctoresque Apostoli, divino Spiritu afflati, duodecim Symboli articulis distincterunt.

Catech. Rom. cap. 1

El Apóstol san Pablo escribiendo a sus amados fieles de Corinto les decía: Hermanos míos, os conjuro, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que permanecáis unidos en la fe: *Obsecro vos, fratres, per nomen Domini Nostri Jesu Christi, ut idipsam dicatis omnes*¹....¿Es necesario añadir que esta recomendación, hecha en nombre de Dios, por uno de sus intérpretes más autorizados, no solamente a los Corintios, sino, por medio de ellos, a los fieles de todos los tiempos, ha sido observada con un rigor que llega al prodigio?

Después de diez y nueve siglos, los hijos de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, decimos unánimemente:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del Cielo y de la tierra.

Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor Nuestro.

Que fué concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María.

1. I^a Cor., I, y 10.

SERMON PRELIMINAR

La justificación

Sacramentorum disciplina quae et Dei iussu necessaria et utilitate uberrima est, parochi facultatem et industriam postulat singularem.
Catech. Rom., c. 14

La Iglesia ha hablado por uno de sus órganos más autorizados. Siendo necesaria para la salvación la ciencia de los Sacramentos, y abundantísimos los frutos que de ella nacen, tengo el deber, como pastor de vuestras almas, de instruiros sobre este punto; así se expresa el Catecismo Romano, con excepcional cuidado.

Mas antes de hacerlo, adelantándome a toda exposición doctrinal, ya sobre los Sacramentos, en general, ya sobre cada sacramento en particular, me ha parecido conveniente sacar de la teología, en la cual está contenido, para ponerlo a vuestro alcance, un asunto que tiene numerosas afinidades con los Sacramentos: la JUSTIFICACIÓN.

Definimos la justificación, con toda la enseñanza católica, diciendo que es un cambio sobrenatural que se opera en nosotros, por medio del cual, de pecadores que éramos, nos convertimos en justos a los ojos de Dios, y dignos de la felicidad eterna: *Justificatio est sanctificatio et renovatio interioris hominis... unde homo ex injusto fit justus, et ex inimico amicus, ut sit haeres secundum spem vitae aeternae*¹.

1. Conc. Trid., Sess. 6, cap. 7.

Pero este cambio, del cual tenemos ya una primera noción, ¿quién lo opera? ¿Quién nos lo mereció? ¿Qué agentes son puestos en juego para comunicarnos tan inestimable don? ¿Cuáles son sus efectos y a qué fin se refieren? ¡Plegue a la divina gracia que a todas estas preguntas, más importantes aún que llenas de interés, respondamos como conviene y con toda exactitud doctrinal!

¿Quién lo opera? Únicamente Dios, por pura liberalidad de su parte, sin mérito alguno por la nuestra. Una obra de esta especie, cuyo resultado no tardará en revelarnos su excelencia excepcional, prodigiosa hasta el punto de que san Agustín, parangonándola con la creación del cielo y de la tierra, no vació en darle la preferencia: *maius opus est ut ex impio justus fiat, quam creare caelum et terram*¹; una obra de esta especie es superior a todas las fuerzas de la naturaleza. Hacer de un pecador un justo, infundirle como un alma nueva, introducir un nuevo corazón en sus entrañas, reordenarlo a un fin sobrenatural, ni los hombres ni los ángeles, ni poder alguno celeste o terrenal, fuera del de Dios, lo puede ni lo podrá jamás. Las palabras del Salmista son aquí particularmente verdaderas; este cambio es obra de la mano del Todopoderoso, *haec mutatio dexterae Excelsi*².

¿Quién nos lo mereció? Nuestro Salvador y Redentor Jesucristo. Escuchad las Sagradas Escrituras, que, divinamente inspiradas, nos instruirán mejor que nadie sobre este punto capital. Nos dicen ellas que fuimos justificados gratuitamente por la gracia de Dios, y por la redención que está en Cristo Jesús, *justificati gratis per*

1. Ap. D. THOMAS, Pri. Sec. q. II³, a. 9.
2. Psal. LXXVI.

*gratiam Ipsius, per redemptionem quae est in Christo Jesu*¹; que, con su encarnación, sus padecimientos y su muerte, Jesucristo nos mereció de Dios la verdadera sabiduría, la justicia, la santificación y la redención, *qui factus est nobis sapientia a Deo, et iustitia, et sanctificatio, et redemptio*²; que, así como por causa de nuestros pecados, Jesucristo fué tratado como un pecador, y como si hubiese sido el pecado personificado, así también, en virtud de su expiación, obtenemos merced a El, la gracia de ser justos con justicia interior y real, *eum qui non moverat peccatum, pro nobis peccatum fecit—Deus —ut nos efficeremur iustitia Dei in Ipso*³... Oigamos cómo se expresa la Iglesia por medio de un órgano cuya competencia en esta materia es irrecusable: el santo Concilio de Trento enseña que nuestros pecados nos son remitidos gratuitamente por la misericordia de Dios, a causa de Jesucristo, *propter Christum*⁴; que el renacimiento a la vida y a la gracia, por la cual somos hechos justos, sólo se nos dan en virtud de los méritos de la Pasión de Jesucristo, *per meritum passionis ejus*⁵; que el amadísimo y único Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, *dilectissimus Unigenitus Filius suus, Dominus noster Jesus Christus*, habiéndonos amado con amor eterno, aun cuando éramos enemigos, nos mereció la justificación y satisfizo por nosotros a Dios su Padre con su santísima pasión sobre el árbol de la cruz, *sua sanctissima passio in ligno crucis, nobis justificationem meruit, et pro nobis Deo Patri satisfecit*. La Igle-

1. Rom. II, 24.
2. I Cor., cap. I v. 30.
3. II Cor., V, 21.
4. Sess. 6, cap. 4 y 5.
5. Sess. 6, cap. 3.
6. *Ibid.*, cap. 7.

sía hará algo más, y mejor, si es posible; hará sensible su doctrina por medio de la liturgia, querrá que forme un solo cuerpo con ella, insertará en el Canon de la Misa esta súplica de incomparable belleza: ¡Oh Dios, dignaos hacernos, a nosotros que, aunque pecadores, somos siervos vuestros, y esperamos en la multitud de vuestras misericordias, participantes de la felicidad eterna, juntamente con vuestros santos Apóstoles y Mártires... y todos vuestros santos, en cuya compañía os pedimos nos recibáis, no por nuestros méritos, *non aestimato meriti*, sino por vuestra misericordia, por Cristo Señor Nuestro, *sed veniae largitor... per Christum Dominum nostrum*¹. ¿Qué más? El triste estado de pecado, que es el nuestro, el perdón, que es la primera de nuestras necesidades, y que, sin serenos debido, nos es abundantemente ofrecido por los méritos de Jesucristo, ¿puede darse un resumen más admirable de la doctrina que expongo en este momento?

Pero si Dios es la causa eficiente de la justificación y Jesucristo la causa meritoria, ¿cuál será la causa instrumental? ¿Qué agentes están en juego para restablecernos en la posesión del don de Dios? Ya pensáis en los Sacramentos, y no tardaremos en decir que no solamente significan la gracia y le sirven de enseñanza, sino que la comunican y la confieren en realidad, merced a la eficacia que tienen por su institución y que en ellos permanece; digamos con la teología: por el hecho mismo y en virtud de la *obra operada*. ¿Quiere esto decir que, en la obra de la justificación, la acción de Dios es de tal naturaleza, y hasta tal punto exclusiva, que en ella no tenemos la menor parte; que esta acción se ejerce sobre nosotros como se ejerce la del estatuario sobre el

1. Can. Miss.

trozo de mármol que talla a su antojo? No ciertamente. Nuestro papel aquí es enteramente diferente de un papel totalmente pasivo, o simplemente eclipsado. Así como es cierto de fe divina y de fe definida que nada podemos sin el auxilio de lo alto, sin una gracia de iluminación y de atracción que nos previene, nos mueve y nos vuelve hacia Dios, así también es cierto de fe divina y de fe definida que tenemos el poder y el deber de responder a estos llamamientos, de cooperar a este auxilio, de unir nuestra acción a la de Dios. La frase de san Agustín es verdadera, y lo será siempre: Dios que te creó sin ti, no te justificará sin ti, *qui fecit te sine te non te justificat sine te*¹; os hizo sin que lo supierais, pero no os salvará sin que lo queráis, *fecit nescientem, justificat volentem*². Sería rebajar mucho a Dios, y rebajarnos a nosotros mismos, hacerle reinar sobre esclavos, y mandar sobre autómatas que no obrarían más que a la fuerza y como movidos por un resorte. Dios es demasiado bueno y demasiado grande para no tratarnos con respeto³. Aporte, pues, el hombre la parte que le corresponde de disposiciones, y un contingente determinado de actos libres: la fe, sin la cual es imposible agradar a Dios⁴, la fe que, con tal que sea total, aunque no sea totalmente explícita, es el principio, el fundamento, la raíz de toda justificación; y, con la fe, el temor de la justicia de Dios, la confianza en su misericordia, el amor, por lo menos inicial, de ese mismo Dios, entre visto como fuente de todo bien, la detestación sincera del pecado, el deseo de recibir los Sacramentos, la firme resolución de enmendar la vida y observar en adelante

1. Ap. PERR., *trac. de Gratia*, part. 2, cap. 2.
2. *Ibid.*
3. Sap., cap. 12, v. 18.
4. Heb., XI, 6.

la ley del Señor... y, veréis que, mediante este concurso, no eficaz por sí mismo, pero requerido, por exigirlo así el orden, se realizará la obra de justificación y producirá sus efectos.

¡Los efectos de la justificación! Si no fuera aquí todo tan importante y verdad de primer orden, diría que hemos llegado al punto culminante del asunto.

Los efectos de la justificación... es la gracia conferida, no ya la que pasa, la que ilumina con luz más o menos súbita, la que ejerce una acción más o menos transitoria, sino la gracia—hay que llamarla por los nombres que le son propios—santificante, la gracia habitual: ¿Por qué santificante? ¿por qué habitual? Santificante porque santifica en el sentido propio y riguroso de la palabra; porque a su paso expulsa el pecado, como el viento barre las nubes; porque, tomando al hombre en un estado que es un estado de muerte, lo pone en otro estado que es un estado de vida, y lo convierte en una criatura nueva... Habitual, porque siendo la caridad de Dios derramada en el alma por el Espíritu Santo¹, en ella permanece como un elemento nuevo, como un principio añadido a su naturaleza, como una cualidad que en ella se vincula y que el Catecismo Romano llama divina, *divina qualitas in anima inhaerens*², como un destello, como una luz que le comunica una belleza estable, incomparable, *veluti splendor quidam et lux quae animas pulchiores et splendiores reddit*³. No recuerdo qué antiguo hizo la observación de que, si la virtud tomara cuerpo y se mostrase a los mortales bajo esta forma sensible, nadie resistiría al imperio de sus hechizos y a su poder de atracción... ¡Qué hubiera dicho y qué podríamos de-

1. Rom., V, 5.
2. Cat. Rom., cap. 16.
3. *Ibid.*

cir nosotros mismos, de la belleza, mil veces más arrebatadora aún, de un alma santificada por la gracia y como adicionada de Dios mismo!

Los efectos de la justificación... son los pecados perdonados. Pero, ¿perdonados sólo en el sentido restringido de que sean cubiertos, y no borrados, siempre subsistentes, pero no imputados? No en verdad. Entre el sistema protestante, falso de todo punto, y la enseñanza católica, única verdadera, median abismos. La justicia por la cual somos justificados, es interior, inherente al alma, y en ella mora; esto es una realidad, no una ficción; no solamente somos declarados justos; lo somos, en efecto. En otros términos: operándose la obra de justificación por el juego regular de las causas ordenadas a este fin, queda lavada, purificada, limpia; ya no hay en ella mancha alguna, ni la menor arruga, *neque macula, neque ruga*¹, nada de lo que san Juan Crisóstomo llama sus antiguas escorias y suciedades, *sordes animae*²; todo lo que lleva el nombre de pecado, y lo es, en efecto, desaparece, sin que de él quede el menor rastro, *tollitur totum id quod veram et propriam rationem peccati habet*³. Lo repito, entre esta doctrina, que venos en todas las páginas de la Sagrada Escritura, y de la Tradición en todas sus épocas, y yo no sé qué sistema fantástico de no imputación, o de simple arrasamiento de los pecados, no hay ni puede haber en absoluto nada de común. En vez de esta remisión de los pecados, tan impropia, tan ficticia, incomparablemente más agradable es oír al Salmista cuando nos dice que Dios rechaza nuestras iniquidades a una distancia no menor que la que separa el Oriente del Occidente, *quantum distat ortus ab occasu, elongavit a nobis iniquitates nostras*⁴.

1. EPHES., V, 27.
2. AP. PERR., de Grat., part. 2, cap. 2.
3. SESS. 5.
4. PSAL. CII.

Los efectos de la justificación... son las obras convertidas en fecundas y meritorias. En el estado de pecado y durante el tiempo que en él permanece, el alma es estéril en el orden de la salvación; haga lo que haga, nada bueno puede producir en este orden, nada meritorio para el cielo. Severa en apariencia, esta doctrina es en el fondo justísima; una vez pasada la primera sorpresa, la razón la admite fácilmente. Para producir algo viviente, preciso es que uno sea vivo. Pues bien, en el estado de pecado, el alma está propiamente hablando en un estado de muerte; es esa rama cortada que, no estando ya en comunicación de savia con la raíz, se ha convertido en sarmiento inútil destinado al fuego; tal es la frase de Jesucristo: *Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, et crescet, et in ignem mittetur, et ardet*¹.

Pero bajo el imperio de Dios misericordioso, que es el nuestro, y mientras estamos en camino, nada es irremediable.

Mas si el Padre de las misericordias se acerca a esta alma en estado de muerte, y la previene con su gracia, y la saca, ayudándose ella misma, de la espesa noche del pecado, y la lleva a la luz, y ella se convierte en una nueva criatura por obra de la justificación que se opera en ella... a la vez que se le infunde la vida, se le da fecundidad, y siempre que sus obras sean fundamentalmente buenas, y hechas por un motivo sobrenatural, todas serán meritorias; meritorias en virtud de su principio, que no es otro que Jesucristo mismo, en quien hemos sido injertados, *cui inserimur*, dice el Concilio de Trento, siguiendo a san Pablo², de tal suerte que nuestras obras son igualmente suyas, más suyas que nues-

1. JOANN., XV, 6.
2. ROM., VI, 5.

tras, por el valor como infinito que su gracia les comunica; meritorias en virtud de las promesas que Dios nos ha hecho de darnos la vida eterna en recompensa de esas mismas obras; promesas, que, para Dios, son un compromiso, y, para nosotros, derechos, y de aquí esta frase de san Agustín, verdaderamente admirable, y muy propia para arrojar viva luz sobre el asunto que nos ocupa: habiéndose hecho nuestro promotor se ha convertido Dios en nuestro servidor: *promissor Dominus, debitor factus est*¹.

Así, desde el momento en que Jesucristo pronunció el sermón de las Beatitudes, y dijo a las multitudes pendientes de su palabra: Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los mansos... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia... Bienaventurados los misericordiosos... Bienaventurados los que tienen puro su corazón... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia... porque de ellos es el reino de los cielos²... la promesa quedó hecha, Dios se comprometió, y he ahí que una multitud de hombres de toda lengua, de toda tribu, de toda acción, se lanzaron hacia la corona, y entran en el cielo, en virtud de la promesa, por las ocho puertas que dan acceso a él.

Así, desde que Jesucristo, dejando la multitud para dirigirse más exclusivamente a sus Apóstoles, les dijo a ellos, y, en sus personas, a todos los hombres apostólicos: Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos³... la promesa quedó hecha; Dios se comprometió, y san Pablo no

tardará en exclamar: He combatido con valor, he concluido la carrera, he guardado la fe; nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, es decir, que me es debida en justicia, que me espera, que está en lugar seguro¹.

Finalmente, desde que Jesucristo pronunció estas palabras, que no son las menos notables de su Evangelio: Cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeños un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa²... la promesa quedó hecha; Dios se comprometió; las menores obras, siempre en las condiciones ya anunciadas, esto es, que sean fundamentalmente buenas y hechas por motivo sobrenatural, son meritorias; y por eso san Agustín hace sobre estas palabras un comentario casi tan asombroso como las palabras mismas: El cielo está puesto en venta, y el precio exigido para obtenerlo, es un vaso de agua: *venunde est coelum, et pretium ejus aquae frigidae poculum esse voluit Deus*³.

¡Oh admirables efectos de la justificación! ¡Oh qué rico tesoro, tanto más rico cuánto es siempre capaz de aumento! Mas ¡ay!, apresurémonos a decir para ser del todo exactos en la doctrina: ese tesoro es amisible. Así como podemos añadirle algo cada día, y en todo instante del día, cada día también, y aun en el último suspiro, podemos perderlo. En los contratos de donación no hay más que lo que uno pone en ellos; Dios no nos ha prometido la perseverancia final; podemos y debemos esperarla de su misericordia; no podemos ni debemos exigirla como cosa debida⁴.

Así, pues, el que está de pie, procure no caer; tal es

1. AP. RAINERI, t. III, p. 296. Otro texto de san Agustín tiene el mismo sentido: *debitorem Dominus ipse se facit, non accipiendo, sed promittendo* (in Psal n. 16).

2. MATTH., cap. V.

3. *Ibid.*

1. II TIM., IV, 7 y 8.

2. MATTH., X, 42.

3. AP. HODURY, *Bib. des préd.*

4. Con. Trid., Sess. 6, cap. 8.

el consejo del Apóstol: *qui se existimat stare, videat ne cadat*¹.

¡Qué hermosa es la oración de san Agustín cuando dice a Dios: ¡Oh Dios mío, os doy gracias, no solamente por los pecados que me habéis perdonado, sino también por los que no he cometido, porque, sin vuestra gracia, es seguro que hubiera caído.

Plugo a Dios, dice Bosuet en su admirable Exposición de la Doctrina Católica², sobre este asunto de la justificación, que hemos procurado tratar lo menos mal posible, plugo a Dios atemperar con un temor saludable la confianza que inspira a sus hijos, porque es tal nuestra debilidad en este lugar de tentaciones y peligros, que una seguridad completa produciría en nosotros la relajación y el orgullo, en tanto que este temor que, según el precepto del Apóstol, *nos hace trabajar con temor y temblor en la obra de nuestra salvación*³, nos obliga a ser vigilantes y nos impulsa a unirnos a Aquél que *obra o produce en nosotros, por un puro efecto de su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar*⁴...

¡Ojalá no sacudamos nunca esa feliz dependencia, sino que llevemos siempre el yugo de Dios, el más honroso y suave de todos los yugos!

1. I COR., X, 12.
2. CAP. VI.
3. PHILIP., II, 12.
4. PHILIP., II, 13.

SERMON PRIMERO

La noción del Sacramento

Visum est de sanctissimis Ecclesiae sacramentis agere, per quae omnis vera iustitia vel incipit, vel coepit augeri, vel amissa reparatur.
Conc. Trid. Sess. sept

En el preámbulo de la séptima sesión del santo Concilio de Trento, leemos estas palabras: Como continuación de nuestra doctrina sobre la justificación, dicen los Padres de esta memorable asamblea, nos ha parecido bien tratar de los Sacramentos de la santa Iglesia, por medio de los cuales comienza toda verdadera justicia, o comenzada, se aumenta, o perdida, se recobra.

No podemos seguir otro ejemplo más autorizado y seguro. Por eso, después de haber hablado nosotros también de la justificación, que tiene a Dios por causa eficiente, a Jesucristo por causa meritória, la remisión de los pecados por la gracia santificante por efecto, y de los pecados por fin, vamos a tratar ahora de los Sacramentos, causas instrumentales de la justificación; y así, diremos lo que son, el número de ellos, los elementos de que están formados, las gracias que confieren, las disposiciones que exigen para ser eficaces. Como fácilmente veréis, todo esto es un conjunto de cosas, un plan completo de enseñanza sobre esta materia.

Por hoy, nos reduciremos a esta primera cuestión: ¿que son los Sacramentos? ¿cuál es la idea que debemos tener de ellos?

Para tener una noción clara, precisa y exacta de los Sacramentos en general, es útil empezar por un estudio preliminar sobre el signo y la importancia que se le asigna comúnmente.

¿Qué es el signo? Según san Agustín y el buen sentido, el signo es la cosa que, ofreciéndose a nuestras miradas, despierta en nuestro espíritu la idea de otra cosa. Por ejemplo, veo en la arena pasos perfectamente marcados; esto es un signo, el signo de que un ser viviente ha pasado por allí; en vez de elevarse en la línea recta y perpendicular, como menos pesado que el aire, el humo se encorva y se inclina al Norte; esto es un signo, el signo de que el viento sopla del Sur.

Hay otros muchos, en número casi incontable, ya naturales, ya convencionales, que representan un papel más o menos importante en el comercio de la vida. Así, la palabra es un signo, la escritura es un signo, el número es un signo; el saludo que se hace y se recibe entre personas bien educadas que se aprecian mutuamente, es un signo, la cruz de honor que brilla en un pecho, es un signo, el de la bravura, o el testimonio de cargos y leales servicios hechos a la patria; la bandera es un signo que lleva en sus pliegues el alma de todo un pueblo; la campana es un signo, y por el modo como suena, aun los niños distinguen sin esfuerzo un alegre bautizo, de un triste entierro. ¿Quién no conoce la acción de aquel romano que, consultado sobre el procedimiento que debía seguirse con una ciudad rebelde, limitóse por toda respuesta a cortar, en su jardín, las ramas más altas de adormidera? Esto era un signo, y los habitantes de Gabias no tardaron en conocer lo que significaba.

Tenéis demasiado despierta la inteligencia para no haber hecho ya aplicación de lo que acabo de decir al asunto que nos ocupa. Si el hombre tiene sus signos,

¿por qué no habría de tener Dios los suyos? Si lo que hay de más íntimo en mí, mi pensamiento, se comunica a mí semejante con ayuda de medios sensibles, ¿por qué la transmisión de la gracia, que no es la menor de las operaciones divinas, no habría de hacerse por medios de la misma naturaleza? Pero no; no nos preocupemos; nuestra corta sabiduría nada tendrá que advertir a la gran sabiduría de Dios. Dios tiene sus signos: los Sacramentos, el Bautismo, la Confirmación y los otros que citamos en lugar oportuno. Por ejemplo, cuando asisto al bautismo de un niño, y veo que el ministro del sacramento vierte agua sobre el débil cuerpo, pronunciando ciertas palabras, ello me da a entender que, así como el agua lava el cuerpo de este niño, la gracia divina purifica su alma. Cuando, en la colación del Sacramento de la Confirmación, el obispo impone las manos y aplica en la frente del confirmado una mixtura de aceite y bálsamo, pronunciando también ciertas palabras, veo en ello un signo, un magnífico lenguaje que expresa, al propio tiempo que la afirmación del alma en la fe, la unión de la gracia que Dios le comunica.

En una palabra, siempre que soy ministro, o testigo, o sujeto de un sacramento, puedo y debo decir: la gracia de Dios está aquí. A la verdad, no la veo, no la toco, porque, por naturaleza, no es visible ni tangible, pero estoy seguro que está allí, como si la viese o la tocase, puesto que veo su signo, y toco lo que le sirve de enseña. Estoy seguro que está allí, como lo estoy de que un ser viviente y organizado pasó por esa arena que guarda todavía su inuella enteramente fresca, como estoy cierto de la bravura o de los largos y leales servicios del hombre en cuyo pecho veo brillar el trocito de tela roja oficial.

Así son signos los Sacramentos, y he ahí por qué, a esta pregunta del Catecismo: ¿qué es un sacramento?,

contestan imperturbablemente: El Sacramento es un signo sensible de la gracia invisible instituida por Nuestro Señor Jesucristo para santificarnos.

¡Inútil insistir. Tenemos ya resuelto este primer punto de doctrina, a saber, que los sacramentos son signos: significan la gracia.

Pero hay más todavía. No sólo los Sacramentos significan la gracia y la expresan, sino que la producen y la confieren. Y para no perder la ocasión de decir algunas palabras sobre una cuestión tan importante, la cual ciertamente no es ajena a nuestro asunto, añadiremos que precisamente es este el carácter que da a los Sacramentos instituidos por Jesucristo, y confiados a su Iglesia como el más sagrado de los depósitos, una superioridad tan señalada sobre los sacramentos de la sinagoga judía. Estos antiguos ritos, venerables por su origen y su destino, la circuncisión, la manducación del corde pascual, las oblações y sacrificios, todas estas prescripciones ceremoniales de la Ley mosaica, eran sacramentos... pero, ¡qué sacramentos! Significaban la gracia, y no la conferían; mostraban como enseñas, al Salvador que había de venir, y no procuraban la salvación; se inmolvaban víctimas por centenares y millares, por todas partes veíase la sangre; a la verdad, los cuerpos quedaban purificados de las impurezas legales, pero las almas estaban manchadas. Los pecados de los hombres, dice san Pablo, no se rescatan con la sangre de los animales, *impossibile est sanguine taurorum et hircorum auferri peccata*¹.

Tal era la Ley antigua; muchos signos y una importancia proporcional.

Pero vos, Señor Jesús, venid, instituid nuevos ritos sacramentales, vuestros ritos, enteramente vuestros,

1. HEBR., X, 4.

vuestros ritos, verdaderamente santos y santificantes, de los cuales los antiguos no eran más que imperfectas figuras, vuestros ritos que, totalmente llenos de la gracia divina, la comunican y la confieren admirablemente bien.

Y así fué, en verdad. La doctrina que estoy exponiendo es de la más rigurosa ortodoxia. Nuestros sacramentos, para nosotros, hijos de la Ley nueva, están enteramente llenos de la gracia, como sale una esponja enteramente cargada del líquido en el cual fué sumergida, *vin sanctificandi combibunt*¹, como dice Tertuliano con su estilo potente y lleno de imágenes. Nuestros sacramentos, no solamente nos significan la gracia y nos la representan, sino que la producen y la confieren; hacen lo que expresan. Así, en el Bautismo, no solamente el agua que lava el cuerpo, significa la purificación interior del alma, sino que, añadiéndosele las palabras sacramentales, produce realmente esta purificación. En la Confirmación, no solamente la unción del sagrado crisma significa la afirmación del alma en la fe, sino que añadiéndosele las palabras sacramentales, produce realmente esta afirmación. En el sacramento de la Penitencia, la absolución del sacerdote confesor, qué hace? ¿declarar perdonados los pecados? Mil veces no; va más allá, mucho más lejos: produce y opera esta misma remisión. Y así de los demás.

He ahí nuestros Sacramentos; tal es su eficacia y la fuerza productiva de la gracia de que están investidos. Así, la Iglesia, que nada quiere tanto en este mundo como sus Sacramentos, los defiende con celosa solicitud, los rodea de un muro protector y como de una circunvalación inexpugnable y pronuncia el anatema contra quien se atreva a decir que los Sacramentos no son

1. De baptismo, cap. 4.

más que simples ceremonias exteriores que significan realmente la gracia, pero no la producen: *Si quis dixerit Sacramenta novae Legis, non continere gratiam quam significant, aut gratiam ipsam non ponentibus obicem non conferre, quasi signa tantum externa sint acceptae per fidem gratiae, anathema sit*¹.

Pero notad también—porque sobre esta materia importa muchísimo que los fieles sean instruídos a fondo,—que los Sacramentos producen y confieren la gracia de sí mismos y por sí mismos, con tal que no encuentren ningún obstáculo en los que los reciben, por una fuerza que les es propia, por una eficacia que tienen por su institución, esto es, para emplear la expresión de la teología, en virtud de la *obra operada*, ora obren sobre el alma directamente, inmediatamente y como causa física, ora, ejerciendo su acción primeramente sobre Dios, le determinen tan eficaz y tan infaliblemente, que no pueda rehusar su gracia a un sacramento revestido de todas las condiciones requeridas y formando un todo sacramental completo, del propio modo que un hombre leal no puede negarse a cumplir un compromiso debidamente contraído y firmado de su puño y letra.

Pero ya obren de sí mismos y por sí mismos directamente, o ya determinen infaliblemente a Dios a obrar, la consecuencia es la misma, esto es, que la gracia de los Sacramentos no depende en manera alguna de las disposiciones de quien los administra. Si es hereje, el Sacramento es bueno; si está lleno de pecados, el sacramento es bueno; suponed que es el más indigno de los hombres, el Sacramento es bueno; si bautiza, si absuelve, si consagra en el altar santo, aunque indigno, bautiza válidamente, absuelve válidamente, consagra válidamente. El es malo, pero su sacramento es

1. Sess. 7, can. 6.

bueno. San Pedro bautizaba, dice san Agustín, san Pablo bautizaba, y Judas también bautizaba, y el Bautismo de Judas no era menos bueno que el de Pedro o el de Pablo, porque, continúa este gran Dr., ora bautizara Pedro, ora bautizara Pablo, ora bautizara Judas, siempre era Jesucristo el que bautizaba: *Petrus baptizet, HIC est qui baptizat; Paulus baptizet, HIC est qui baptizat; Judas baptizet, HIC est qui baptizat*¹. En otro lugar, expresando el mismo pensamiento, dice: Judas bautizaba, y los bautizados por aquel malvado, no eran rebautizados. También Juan Bautista bautizaba, pero los bautizados por este hombre de Dios, eran de nuevo bautizados: *deicit Judas baptismum, nec baptizatum est post Judam; deicit Joannes et baptismum, et baptizatum est post Joannem*². ¿Por qué? Siempre por la misma razón: porque el Bautismo administrado por Judas era el Bautismo de Jesucristo, y el Bautismo administrado por Juan no era más que el Bautismo de Juan, y no tenía otra eficacia que la que puede darle un hombre: *quia qui datus est a Juda baptismus, Christi erat, qui autem a Joanne datus est, Joannis erat*³.

Así, los Sacramentos tienen una eficacia propia, independiente: Jesucristo es quien opera interiormente; su ministro no es más que un instrumento; Jesucristo obra por él, pero sin él, es decir, sin atender a sus méritos o desméritos, independientemente de sus disposiciones. Esta conclusión se impondría por sí misma, aunque san Agustín no la hubiera deducido: *Illud quod datum est, unum est, nec impar propter impures ministros, sed par et aequale propter: HIC—Jesús est qui baptizat*⁴.

1. Ap. Per., de Sac. in gen., ca. 3.

2. *Ibid.* 3. *Ibid.*

4. Ap. Per., de Sac. in gen., cap. 3.

Ahora, pues, que tenéis la verdadera noción de los Sacramentos; ahora que poseéis la verdad de que son signos, pero signos eficaces, signos divinos, signos productivos de la gracia, mientras esperáis otras explicaciones sobre esta materia que exige ser tratada a fondo, demos gracias a Dios por haber instituido los Sacramentos. En el orden sobrenatural, después de la Encarnación, es sin contradicción la obra más hermosa que salió de sus manos.

En segundo lugar, demos gracias a Dios por haber instituido los Sacramentos tales como los instituyó, es decir, por haber unido su gracia, que es, por naturaleza, invisible e intangible, a cosas sensibles, a cosas que podemos ver y tocar. En esto, como en todo, Dios mostróse sapientísimo; Dios tomó consejo de las necesidades de nuestra naturaleza, que no puede elevarse a las cosas espirituales más que por medio de las cosas sensibles. Si fuéramos espíritus puros, dice san Juan Crisóstomo con sobra de razón, Dios nos hubiera hecho dones puramente espirituales; mas por lo mismo que somos cuerpo y espíritu, Dios nos da su gracia, que es enteramente espiritual, bajo una forma material.

Finalmente, demos el mayor respeto a los Sacramentos. Cuando asistáis a la administración de un Sacramento, y mejor aún, cuando recibáis un Sacramento, anime a vuestras almas la más viva fe, y compare todo vuestro interior el mayor respeto religioso. La fórmula litúrgica de los tiempos antiguos, que es la verdad para todos los tiempos, se expresaba así: Las cosas santas para los santos *sancta sanctis*.

1. HOMIL., 60, ad pop. antic.

SERMON SEGUNDO

Número de Sacramentos, sus elementos constitutivos, su

liturgia

Sapientia aedificavit sibi domum,
et excolit columnas septem.
PROVERB., IX, 1

Habiendo resuelto dar una serie de instrucciones parroquiales, primeramente sobre los Sacramentos en general, y luego, sobre cada Sacramento en particular, empecé por decirlos que un Sacramento es un signo sensible, exterior, instituido, por Jesucristo, que significa la gracia, y al propio tiempo, la produce, por una virtud que le es propia, independientemente de las disposiciones del ministro que lo confiere. Dicho esto, continuó y formuló las dos preguntas siguientes:

¿ Cuántos Sacramentos hay?

¿ Cuáles son los elementos constitutivos en los Sacramentos?

Es una verdad de fe que hay siete Sacramentos, ni más, ni menos, dice el Concilio de Trento¹, *nec plura, nec pauciora*: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Extremaunción, Orden y Matrimonio.

Pero ¿ por qué siete Sacramentos? ¿Cuál es la razón de este número?

Hay siete Sacramentos, porque, en primer lugar, Dios así lo quiso; soberano, dueño y dispensador de su dones,

1. Sess. 7. cap. 1.

sólo a. El corresponde reglamentar su distribución, y fijar la medida que conviene a sus designios; y luego porque este número de siete Sacramentos corresponde maravillosamente a diversas necesidades del cristiano en una u otra de las fases de su vida.

En efecto, lo primero que necesita el pequeño ser que todavía no es más que un niño, pero que llegará a ser hombre, si Dios le presta la vida, es verse libre de la mancha original y recibir un nuevo crecimiento que lo convierta en hijo de Dios. Pues bien, esta dicha, que con ninguna otra puede compararse, esta segunda vida, un millón de veces mejor que la primera, las proporciona el Bautismo.

Pero así regenerada, tiene necesidad el alma de fuerza y acrecentamiento. La vida sobrenatural recibida en el Bautismo, ni puede, ni debe quedar estacionaria, del propio modo que la vida natural ni puede, ni debe reducirse a una infancia perpetua. Viene, pues, la Confirmación, que nos hace crecer y fortalecernos en la fe, y nos saca como del limbo de una especie de infancia espiritual, para elevarnos a la virilidad cristiana. Del Bautizado al confirmado, hay la misma distancia que la de un niño a un hombre hecho.

Con todo, estos dones y estas gracias no son inanimables; esta fuerza sobrenatural, salida de la imposición de las manos y del santo crisma, se gasta. Así como el cuerpo, por muy bien constituido que esté, se agota, así también el alma, aunque esté confirmada, experimenta cierta pérdida de fuerzas a causa de la continuidad del trabajo cotidiano y de una lucha que sólo, ha de cesar con la vida. Por eso Nuestro Señor instituyó la Sagrada Eucaristía, alimento verdadero y verdadera bebida, santísimo y adorabilísimo Sacramento, que contiene realmente y en verdad el cuerpo, la sangre, el alma y la

divinidad de Jesucristo, puestos a nuestro alcance para sostener y alimentar la vida.

Ello no obstante, y a pesar de los inmensos recursos que halla el hombre en esta poderosa y substancial alimentación, no queda libre de su fragilidad nativa, ni de sus inclinaciones al mal. Con mucha frecuencia, cediendo a las pasiones que le hostigan, y a los atractivos de su naturaleza decaída, en ese combate que ha de sostener sin tregua ni descanso, vacila, se tambalea y cae, y al caer, se hiera. ¿Es que va a morir? ¿es que va a consumarse su pérdida? No; he ahí que llega el samaritano caritativo y lo levanta, lo conduce a la hostería divina, limpia sus llagas y las cura. Esta imagen, que habla a los ojos y al corazón, designa muy bien el bienhechor y salvable Sacramento de la Penitencia.

No hay lagunas en las obras divinas. Si hay Sacramentos desde la entrada de la vida, y a lo largo de ella, también hay uno a la salida, uno que recibirá el cristiano en los ojos, en las manos, en los pies, en la boca, en el sentido del oído, en el sentido del olfato; y cuando todo su cuerpo haya sido ungido con el aceite santo y santificante, cuando la Extremaunción haya borrado hasta los últimos restos del pecado, dirá la Iglesia a esta alma purificada: Parte, alma cristiana: *Proficiscere, anima christiana*¹, en el nombre de Dios Padre Todopoderoso que te creó, en el nombre de Jesucristo Hijo de Dios que te redimió, en el nombre del Espíritu Santo que ha venido a ti, sea hoy tu morada en la paz y tu habitación en la Sión santa, *hodie sit in pace locus tuus, et habitatio tua in sancta Sion*².

Pero no es esto todo; la divina munificencia no queda agotada con los cinco primeros Sacramentos; hay todavía otros no menos excelentes, y quizás más necesarios, por-

1. Rit. Rom., ord. commend. anim.

2. *Ibid.*

cido con tantos favores, y, después del ángel, el mejor dotado para glorificar a su Señor y Maestro.

No hay sino un solo Dios. Démosle gracias por habernos revelado una verdad por tan largo tiempo olvidada. La estupefacción nos llena, cuando pensamos que una gran parte de la humanidad había llegado a un grado tal de degeneración, que prostituía su incienso a dioses de madera, de piedra o de mármol, a los árboles de los bosques, a los animales de los campos y a los vivientes del aire o de las aguas. Mil veces más dichosos que ellos, vivimos nosotros en las aguas puras y en las vivas claridades del Evangelio, que han disipado estos groseros errores, como los primeros rayos de la aurora, alejan las sombras de la noche. Es preciso ahora que conociendo, por medio de la fe, al solo y único verdadero Dios, no sirvamos a algún ídolo por causa de nuestras pasiones. Con esta idolatría, continuaríamos viviendo en el paganismo, aunque fuese diferente del antiguo.

Este Dios único, es el Ser por autonomasia, el Ser que es todo justicia, todo bondad, todo sabiduría, toda santidad y todo perfección. Es el soberano bien; lo cual equivale a decir que debemos unirnos a El con toda la fuerza de nuestro amor, no buscando sino en El nuestro gozo, nuestro reposo y la satisfacción de todos nuestros deseos. Todo lo demás es instable, arrastrándolo el tiempo en su curso, y deja en el espíritu el vacío, después de haber ilusionado a nuestro corazón.

Dios está en todas partes, viéndolo todo y oyéndolo todo. ¿Qué hemos de sacar de esto? Un filósofo había imaginado al sabio, viviendo en una casa de cristal, y obrando a la vista de todo el mundo. La idea era singular, y no tuvo partidarios. Pero, querámoslo o no, con respecto a Dios, nosotros habitamos en una casa de cristal, y todas nuestras acciones, palabras, pensamientos y deseos, están presentes a sus ojos. ¿Queremos pues, ofender su vista? Aquí tiene aplicación la sentencia de san Anselmo: pecad, consiento en ello,

pero que sea en un lugar en que Dios no esté presente: *pecca, ubi Deum esse nescis*¹.

En fin, Dios está en todas partes, todo lo conduce, todo lo regula y provee a todo. Su providencia no es una abstracción, ni nada que sea distinto de su ser. La providencia de Dios es el mismo Dios, obrando con sabiduría, con justicia y con bondad, gobernando, por esta providencia, al mundo, así como lo hizo por ella. *mundum per se ipsum regit, quem per se ipsum condidit*². Pero, si nosotros creemos estas cosas, como tenemos obligación, ¿por qué nuestras palabras y actos están tan poco conformes con nuestra fe? ¿Por qué empleamos, con tanta frecuencia, las palabras casualidad, fatalidad, destino, de origen pagano, las cuales equivalen a la negación de la providencia? ¿Por qué murmuramos, reprimamos y nos inquietamos por desconfianza, como si Dios no velase sobre nosotros? Seamos prudentes en adelante, hablemos como cristianos y obremos como a tales; ya que la salvación de nuestra alma es el primero de nuestros intereses, busquemos en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y lo demás se nos dará por añadidura: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus, et omnia adjicientur vobis*³.

1. Ap. LUDOLPH DE SAXON. prim. part. 4.
2. LUC. c. VI, v. 33.

re la gracia, y toda la gracia que le es propia; obra independientemente de las disposiciones del operante. Tal es la doctrina que creemos haber sentido con toda solidez en la instrucción anterior, y si volvemos sobre ella, sólo es para apoyarla con la autoridad de san Gregorio Nacianceno. En efecto, este gran Doctor nos la hará tocar con el dedo, merced a una comparación no menos exacta que ingeniosa. He aquí, dice, dos anillos, uno de oro, otro de hierro; uno y otro llevan el sello que representa el rostro de príncipe. Aplicadlos a la cera caliente... Ya está. La imagen impresa por el anillo de hierro, ¿differe de la imagen impresa por el anillo de oro? En manera alguna; es idénticamente la misma; toda la diferencia está en el instrumento, no en el signo: *discrimen in materia est, non in signo*. Del mismo modo, ¡oh cristiano!, concluye el santo Doctor, no hagas diferencia alguna entre tal bautizante y tal otro, *sic tibi quoque, omnes que baptizandi munere funguntur, idonei habeantur*; porque, aunque éste sea más santo y aquél menos santo, el valor de su Bautismo es absolutamente el mismo, *quoniam enim aliis alium ritus prohibere antecellit, eadem tamen baptisimi vis est*!

Pero hay elementos más intrínsecos aún, más constitutivos, si puedo hablar así. Tales son la materia y la forma; y si estas dos palabras os parecen a primera vista, oscuras, esperad un poco y apreciaréis todo su valor.

La materia del Sacramento es la parte sensible, material; del Sacramento, la que se ve, se toca, se siente; si lo preferís, es el cuerpo del Sacramento. En el Bautismo, por ejemplo, la materia es el agua; en la Confirmación, es el aceite mezclado con el bálsamo; en la Eucaristía, es el pan y el vino; y, para decirlo aprovechando la ocasión, dado su designio de instituir sacramentos,

1. AP. PERE, de Sac in gen, cap. 3.

esto es, signos que signifiquen los múltiples efectos de la gracia, y los producen, ¿podía Jesucristo elegir elementos más nobles, más expresivos sobre todo: el agua que limpia, que purifica, que lleva allí donde corre, el frescor, la fecundidad y la vida; el aceite que fortalece, que suaviza los miembros, que alimenta la llama, que penetra los cuerpos más duros, que cura las llagas más vivas, más refractarias, a toda medicación; el pan y el vino que alimentan, que reparan las fuerzas, que reaniman la vida pronta a extinguirse, que se transubstancian en nuestra carne y en nuestra sangre?

Al propio tiempo que emplea estas cosas, pronuncia el ministro ciertas palabras: en el Bautismo, por ejemplo: *Yo te bautizo, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*; en la Confirmación: *Te marco con el signo de la cruz, y te confirmo con el crisma de la salvación, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*; en la Eucaristía: *Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados*.

Estas palabras, determinadas por Jesucristo, palabras que nadie puede cambiar, ni mutilar, ni recargar, son lo que se llama la forma. Si la materia es como el cuerpo del Sacramento, la forma es como el alma. Separadas la una de la otra, ni la una ni la otra son nada. Suprimid las palabras, dice san Agustín; ¿qué es el agua sino agua? *detrahe verbum, quid est aqua, nisi aqua?* Pero unidas y, formando un todo, se hace el Sacramento: *Accedit verbum ad elementum et fit sacramentum*¹; la gracia corre, la vida nace; de esa poca agua y de esas cuantas palabras, sale un cristiano, un hijo de Dios, un ser con destinos sobrenaturales y derechos al cielo.

1. AP. OMNES THEOL.

¿Os asombráis de ello? ¿Por ventura no es Dios todopoderoso? ¿no puede todo lo que quiere? ¿le es más difícil hacer salir un santo de una gota de agua y de unas palabras que la fecundan, que producir, en el principio, el mundo de la nada? ¿no hay, por otra parte, en el orden puramente natural, misterios cuya razón no encuentra la última palabra? Explicadme cómo un hombre sale de la generación carnal, dice muy juiciosamente san Gregorio Nacianceno, y os explicaré cómo un hijo de Dios sale del Bautismo cristiano: *ostende mihi modum nutritivitis quae fit secundum carnem, et ego tibi vinu regenerationis quae secundum animam fit, exponam*¹.

Siete son los Sacramentos; tienen sujetos que los reciben, ministros que los confieren, elementos, una materia y una forma que los constituyen; terminemos diciendo que hay que administrarlos con las ceremonias que les son propias, no porque estas ceremonias sean necesarias para su validez, sino porque la Iglesia las prescribe, y porque se ha reservado su dominio supremo, ya para conservarlas tales como son, ya para modificarlas.

En esto, como en todas las cosas, la Iglesia es prudente; ora las mantenga, ora las modifique, considera estos ritos ceremoniosos como ventajosos y utilísimos. Gracias a ellos, los fieles, que son expectadores y testigos de ellos, se ven elevados a la contemplación de las cosas más altas, como dice el Concilio de Trento: *Fidelium mentes ad rerum altissimarum contemplationem excitantur*². Sirviendo de tema estas palabras a un sabio Cardenal, dice: Las ceremonias que concurren en la administración de los Sacramentos, son actos externos de religión que incitan al respeto de las cosas santas, *actus externi religionis quibus quasi signis excitatur animus*

1. Ap. PERR., cap. 2.
2. Sess. 22, cap. 5.

ad rerum sacrarum venerationem; gracias a ellas, el espíritu se eleva, *mens ad superna elevatur*; la piedad se nutre, *nutritur pietas*; la caridad se reanima, *refovetur caritas*; aumenta la fe, *crescit fides*; se arraiga la devoción, *roboretur devotio*; los ignorantes son instruídos, *instruantur simplices*; el cultivo divino recibe una forma más hermosa, *cultus Dei ornatur*; la religión es conservada, *religio conservatur*, y los fieles son distinguidos de los herejes y de los falsos hermanos, *et veri fideles a pseudo-christianis et haereticis discernuntur*¹.

Después de una exposición tan magistral, la materia queda agotada. Mejor instruídos ya, podremos apreciar todas estas ventajas en su justo y legítimo valor, cada vez que seamos ministros, o sujetos, o testigos de un sacramento.

1. *Cat. Rom.*, ap. Perr., cap. 4.

bautizado, y a la del penitente contrito, confesado y absuelto.

La gracia segunda, *gratia secunda*, no es otra que la misma gracia santificante conferida por el Bautismo y la Penitencia, pero acrecida, aumentada, agrandada en un piso, como me atrevo a decir excusándome en estas palabras de san Pablo: Sois un edificio y como la construcción misma de Dios, *Dei aedificatio estis*¹.

Esta gracia segunda, que aumenta la primera, viniendo a superponerse a ella y apuntalarse en ella, son los otros cinco Sacramentos, que la dan, a saber, la Confirmación, la Eucaristía, la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio. Si, en contraposición a los primeros, son llamados *Sacramentos de vivos*, porque hay que tener la vida de la gracia para recibirlos con fruto, esto no quiere decir que, en un caso dado y accidentalmente, no puedan conferir la gracia primera, la gracia santificante; como también, en más de un caso, la Penitencia es Sacramento de vivos, y no hace más que aumentar la gracia santificante... todavía existente en el alma que a él recurre. Me reservo decirlo en su lugar propio.

En segundo lugar, todos los Sacramentos sin excepción, ya sean Sacramentos de muertos, ya de vivos, confieren una gracia *sacramental*, es decir, la gracia propia de cada Sacramento, ya para proporcionar al cristiano que lo recibe auxilios particulares, ya para cumplir ciertos deberes especiales o más difíciles, ya para alcanzar más fácilmente el fin para el cual fué instituido. Así, quedando convertido un bautizado por virtud de la Confirmación en perfecto cristiano, la gracia particular de este Sacramento será una gracia de fuerza que le hará cumplir con facilidad

1. I Cor., III, 9.

SERMON TERCERO

Efectos de los Sacramentos, disposiciones para recibirlos

Et hæc quidem fuistis, sed ablati estis, sed sanctificati estis, sed iustificati estis, in nomine Domini nostri Jesu Christi, et in Spiritu Dei nostri.

I Corinth., V. 2.

El número de los Sacramentos, sus elementos constitutivos y las ceremonias que les son propias, han sido objeto de la instrucción precedente. Para completar la doctrina sobre esta importante materia, vamos a examinar hoy los efectos que producen los Sacramentos y las disposiciones que exigen de los que los reciben.

En primer lugar, todos los Sacramentos sin excepción confieren la gracia: los unos la primera gracia, *gratiam primam*; los otros, la gracia segunda, *gratiam secundam*, para hablar el lenguaje de la teología.

La gracia primera, *gratia prima*, es la misma, es la misma gracia santificante, que entra en el alma hasta entonces manchada, y expulsa ante ella, el pecado, como la luz ahuyenta las tinieblas, y las aves nocturnas que sólo se complacen en la oscuridad. Los Sacramentos que confieren esta primera gracia, son el Bautismo y la Penitencia, llamados *Sacramentos de muertos*, porque nos hacen pasar de la muerte del pecado a la vida de la gracia. En tiempo oportuno veremos los ricos tesoros que esta gracia primera aporta consigo al alma del recién

los actos de un perfecto cristiano. Una comparación acabará de hacer más claro este punto de doctrina tan interesante. Suponed un soldado ya ejercitado como tal y bien equipado. ¡Qué flexibilidad de piernas y de brazos! ¡qué comodidad de movimientos, con su uniforme y sus armas! Se ve que es del oficio, y que tiene la gracia de su estado. Pues lo mismo ocurre con el cristiano a quien se le acaba de conferir tal o cual sacramento; al mismo tiempo que la gracia santificante, primera o segunda, ha recibido una gracia propiamente dicha sacramental, particular, destinada, cuando llegue la ocasión, a darle comodidad y facilidad para hacer actos conformes con la naturaleza de este sacramento y para el fin que el autor se propuso al instituirlo; en tanto que otro cristiano, no teniendo a su disposición esta misma gracia, cuando tenga que cumplir los mismos deberes, o no los cumplirá, o no los cumplirá más que con extrema dificultad, semejante a un soldado improvisado, que sucumbe bajo su equipo prestado, o, para hablar con más realidad, semejante a David, que, no estando acostumbrado a la lanza, ni a la coraza, ni al casco de bronce, no hubiera podido dar un paso bajo aquella armadura improvisada el día en que hubiera tenido que combatir con un enemigo poderoso y aguerrido de larga fecha, *non possum sic incidere, quia usum non habeo*!

Concluamos diciendo que los fieles quedan maravillosamente inspirados y provistos de la mejor manera posible para satisfacer las necesidades de su alma, cuando recurren al uso frecuente de los Sacramentos, no precisamente para recobrar la gracia santificante que están seguros de no haber perdido, sino para aumentar esta misma gracia santificante, y sobre todo para hacer amplia provisión de gracia sacramental, particularmente

1. I Reg., cap. XVII.

útil, y aun necesaria, en las fases diversas de la vida cristiana, con tanta precisión llamada, por la Sagrada Escritura, un servicio de guerra, *militia*.

Finalmente, entre los Sacramentos que constituyen el sagrado Septenario, hay tres, el Bautismo, la Confirmación y el Orden, que confieren un carácter y marcan al alma con un sello particularmente distinto. Este punto de doctrina es absolutamente cierto.

La Sagrada Escritura nos lo dice: Dios nos ha ungido, y nos ha marcado con su sello, *qui unxit nos Deus, qui et signavit*¹, así se expresa san Pablo dirigiéndose a los Corintios. Y también dice a los de Efeso: Después de haber oído el Evangelio de salvación, y haber creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo, *signati estis Spiritu Sancto*²; y poco después: No contristéis al Espíritu Santo con el cual habéis sido marcados como con un sello, *noñte contristari Spiritum Sanctum, in quo signati estis*³.

Lo enseña también toda la Tradición. Según san Ciriilo de Jerusalén, el Bautismo es la libertad de nuestro cautiverio, la remisión de nuestros pecados, la regeneración de nuestra alma, un vestido de honor, un sello sagrado e imborrable, *signaculum sacrum et indelebile*⁴; un sello, dice san Basilio, que ningún esfuerzo podría romper, *sigillum quod conatu nullo frangi potest*⁵. Tertuliano habla del signo de la confirmación, y en cuanto una cosa material puede dar alguna idea de otra espiritual de orden más elevado, la compara al signo, a la marca, a la *téxera* en metal grabado⁶, que servía para distinguir los militares de los otros ciudadanos. Haciendo mención de muchos sacerdotes que, después de abra-

1. II Cor., I, 21 y 22. 4. Ap. Ferr., cap. 2.
2. Eph., I, 13. 5. *Ibid.*
3. Eph., IV, 30. 6. Ap. Gousser, *De la Confirm.*

zar el error de los donatistas, habían vuelto, por la Penitencia, al seno de la Iglesia, se expresa así san Agustín: Aunque se ha juzgado conveniente confiarles los mismos cargos que antes ejercían, no han sido ordenados de nuevo, porque, a pesar de haber caído en el pecado de apostasía, el Orden se conservó en ellos en toda su integridad, no menos que el Bautismo, *sicut Baptismus in eis, ita Ordinatio mansit integra*¹.

He ahí la Tradición: es constante, unánime, fundada en la Sagrada Escritura; y la Iglesia, resumiéndola en una declaración solemne, ha pronunciado anatema contra todo el que diga o enseñe lo contrario: *Si quis dixerit in tribus sacramentis, Baptismo, Confirmatione et Ordine, non imprimi characterem in anima, hoc est signum quoddam spirituale et indelebile, unde ea iterari non possunt, anathema sit*².

Pero no es esto todo. Este carácter sobre cuya realidad no podría suscitarse la menor duda sin errar en materia de fe: este signo espiritual, *signum spirituale*, es decir, interior, inherente al alma, grabado en el alma, *in anima*, dice el santo Concilio, que marca al alma como la circuncisión marcaba al cuerpo, en expresión de un Padre antiguo, este signo no es un vano ornamento, ni mucho menos.

Por lo contrario, confiere derechos, como, en los antiguos, la *tessera frumentaria*, por ejemplo, constituía para el ciudadano un derecho absoluto a cierta cantidad de trigo, o como la *tessera nummaria* era un *bono legal* que le daba derecho a sacar del Tesoro.

En virtud del carácter de que ha sido marcado en el Bautismo, tiene el bautizado derecho radical a recibir todos los otros Sacramentos, fuera del caso de indig-

nidad notoria, y a participar de todas las ventajas de la sociedad religiosa de la cual es miembro.

En virtud del carácter de que ha sido marcado en la Confirmación, el confirmado tiene derecho radical a ser incluído en la santa milicia de Jesucristo, y a recibir fuerza y cierta aptitud particular para profesar públicamente su fe y para defenderla.

En virtud del carácter de que ha sido marcado en la Ordenación, el ordenado tiene derecho radical sobre el cuerpo místico de Cristo Jesús, es decir, sobre los fieles, para bautizarlos, catequizarlos, absolverlos, y, si tiene la plenitud del sacerdocio, confirmarlos, ordenarlos mediante los ritos por los cuales él mismo fué ordenado; y sobre el cuerpo real de Jesucristo, su verdadero cuerpo, concebido del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, crucificado en el Calvario, glorificado por la Resurrección, poseionado del cielo el día de la Ascensión, para hacerlo descender sobre el altar con su palabra soberana e irresistible, tocarlo, inmolarlo, tomarlo y alimentarse de él, tomarlo y alimentar a los otros, *ut sumunt, et dent coeteris*¹.

Pero si el carácter sacramental confiere derechos, impone deberes. Una vez bautizados, somos ya marcados con el sello divino; bautizados y confirmados y ordenados, si Dios nos llama al honor del sacerdocio, somos marcados tres veces con el sello divino.

Y aunque sólo lo fuéramos una vez, ya sería suficiente... Se acabó, somos de Dios, pertenecemos a Dios, como vuestra ropa marcada os pertenece, como os pertenecen vuestras ovejas marcadas, como la encina señalada con el marcador pertenece a su propietario. Cortad, destrozad, quemad, ese bosque pequeño, o esa pieza defectuosa; bien está, pero no toquéis esa hermosa y vigo-

1. *Contra Parme*, lib. 2, cap. 13.
2. Conc. Trid., Sess. 7, cap. 9.

1. Off. SS. Sacr.

rosa encina que ha recibido la huella del marcador; queda reservada, está destinada a ser la reina de ese bosque.

Así también, ¡oh bautizado! ¡oh confirmado! ¡oh ordenado! nadie os toque, nadie emprenda nada contra vosotros, nadie os obligue a ejercer empleos vulgares, nadie os profane. Pero tampoco os profanéis vosotros; no descendáis de esas alturas, no abandonéis esa bandera, no deserteis de esa milicia. Sois de Dios, le pertenecéis, os ha marcado con su punzón; lleváis su imagen; preciso es que la encuentre sin mancha, no profanada, y aun, si es posible, no oscurecida por el polvo del camino, sino siempre hermosa, siempre nueva, siempre resplandeciente de luz.

Finalmente, este carácter es indeleble, inborrable; siendo espiritual, grabado en el alma, inherente al alma, no pudiendo separarse de ella, y siendo el alma inmortal, indestructible, el signo con el cual ha sido marcada, es inmortal e indestructible como ella.

El bautizado es siempre bautizado, aunque reniegue de su bautismo y trate de borrarlo a la manera de Juliano el Apóstata.

El confirmado es siempre confirmado y soldado de Jesucristo, aunque sea cobarde y desertor. El soldado felón, aunque felón, no deja de continuar inscrito en los cuadros de la milicia.

El ordenado es siempre sacerdote... Cierta día, a mediados de este siglo, ocupaba un orador la tribuna francesa. Aquel hombre había recibido del cielo dones magníficos; había retido antes el buen combate; había ocupado un puesto distinguido en la sagrada milicia; pero después, convitióse en desertor de la santa causa que le había procurado más celebridad que servicios él le había prestado. Pues bien, en aquella circunstancia, sus primeras palabras fueron estas: *En el tiempo en que yo era sacerdote...* Un murmullo de desaprobación y de indig-

nación estalló al punto, y no faltó una voz vengadora, acerada como un dardo, ardiente como un hierro entrojido, que le dijo: *Señor, el sacerdote es siempre sacerdote!*...

Sí, se es siempre sacerdote, siempre bautizado, siempre confirmado, y durante toda la eternidad, el sello sacramental permanecerá en el alma de los elegidos para gloria suya, y en el alma de los réprobos para su confusión; en los primeros para que les sirva de corona, *unde coronentur*; en los segundos, para que les sea materia de condenación, *unde damnetur*, dice san Agustín.

Para no prolongar esta instrucción más allá de los límites acostumbrados, digamos brevemente que hay que aportar a la recepción de los Sacramentos disposiciones que estén en relación con su excelencia y con la grandeza de sus efectos. Para el Bautismo, si el que lo recibe es adulto, se requiere la fe personal acompañada de la atrición; si el sujeto del sacramento es un niño, basta la fe de la Iglesia. Para la Penitencia, son condiciones exigidas la confesión y el pesar de los pecados cometidos, con la voluntad de satisfacer a la justicia divina. En cuanto a los otros Sacramentos, llamados Sacramentos de vivos, se exige el estado de gracia, una conciencia ya purificada, un alma en la cual habite ya el Espíritu Santo; la gracia segunda supone la gracia primera, como el árbol que crece y desarrolla su fuerte ramaje, supone el tronco y las raíces sobre los cuales crece.

Ya tendremos ocasión de hablar más detenidamente sobre este asunto, al tratar de cada Sacramento en particular.

En cuanto a los Sacramentos en general, que nos han ocupado hasta ahora, sabemos ya lo suficiente para abri-

1. *Lamennais*, por Mons. RICARD.
2. *Ar. PERR*, cap. 2.

gar los sentimientos de respeto y veneración que merecen estos sagrados ritos, y para determinarnos desde ahora a hacer un uso santo de estos saludables remedios que la infinita munificencia de Dios ha preparado para la salvación de nuestras almas y por nuestro bien común.

Tales son las dos cosas que el Catecismo Romano recomienda a los pastores que hagan entender a los fieles: *Pastores duo potissimum effficere omni studio conentur: Primum est, ut fideles intelligant quanto honore et cultu et veneratione haec divina et caelestia munera digna sint; alterum vero est, ut, quoniam a clementissimo Deo ad communem omnium salutem proposita sunt, us pie et religiose utantur* ¹.

Hemos obedecido a esta recomendación de uno de los órganos más autorizados de la Iglesia. Hemos procurado con toda la aplicación posible, *omni studio*, exponer la excelencia del beneficio y el buen uso que de él debemos hacer. ¡BENDIGA DIOS NUESTROS ESFUERZOS!

1. Cat. Rom., cap. 14.

EL BAUTISMO

SERMON PRIMERO

Noción del Bautismo, efectos que produce y obligaciones que impone

Effundam super vos aquam mundam, et mundabimini ab omnibus inquinamentis vestris.
Eséch., XXXVI, v. 25

Hablar, en primer lugar, de los Sacramentos en general, sentar su noción exacta como signos que significan la gracia y la producen; exponer su número, los elementos que los constituyen, los admirables efectos que producen, las disposiciones requeridas para recibirlos útilmente, las ceremonias que los acompañan y los hacen más venerables aún, son cosas necesarias, de las cuales era preciso, en primer lugar, hacer una exposición clara y precisa.

Vamos ahora a ocuparnos sucesivamente en cada Sacramento en particular, empezando por el Bautismo, y respondiendo, por hoy, a estas dos preguntas: ¿Qué es el Bautismo? ¿Cuáles son los efectos que produce y las obligaciones que impone?

El Bautismo, que es el primero de los Sacramentos de la nueva Ley, y al cual llama un gran Doctor la puerta por la cual entramos en la casa de Dios, *baptismus per quem in domum Dei ingredimur*, el perdón de la deuda contraída, *aeris alieni remissio*, la

muerte del pecado, *peccati mors*, la regeneración del alma, *animae regeneratio*, el carácter que resiste a todo ataque, a toda empresa de destrucción, *character indeprebensibilis*, la gracia de la adopción y el camino del cielo, *adoptivis gratia, iter ad coelum*—en este hermoso texto de San Basilio habéis oído a toda la antigüedad cristiana,—el Bautismo, repetimos, se define teológicamente: Un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo, que borra todos los pecados, remite toda la pena que les es debida, nos hace hijos de Dios y miembros de la Iglesia. Expliquemos esta definición parte por parte.

En primer lugar, el Bautismo es un Sacramento, es decir, un rito sagrado, un signo sensible de la gracia, mejor aún, un signo que significa la gracia y la produce por una virtud que le es propia. Todavía recordareis la del Sacramento en general.

El Bautismo es un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo. Dirigiéndose a los Apóstoles, y, en sus personas, a todos sus sucesores, dijo Jesucristo estas solemnes palabras: Id y enseñad a todas las naciones, y bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo¹. Se cree generalmente, y tal es el sentir del Catecismo Romano, que el momento preciso en que Jesucristo instituyó el Bautismo es el mismo en que fué bautizado por san Juan en el Jordán². En aquel momento las aguas fueron santificadas, y, según la bella expresión de Tertuliano, adquirieron la virtud de santificar a su vez, *sanctificans eas de semetipso, et ita sanctificatas, vim sanctificandi communicant*³. Jesucristo se hizo bautizar, dice san Ambrosio, no porque tuviera necesidad de purificarse, sino para

1. HOMIL. 13 ap. PERR.
2. MARTIN, XXVIII, 19.

3. CAT. ROM., cap. 15.
4. DE BAP., c. 4.

purificar las aguas, y comunicarles, con el contacto de su carne purísima, el poder de purificar las almas.

Finalmente, es un Sacramento que produce efectos maravillosos. ¡Plegue a Dios que podamos ponerlos de relieve, dando a cada uno de ellos el desenvolvimiento conveniente!

El Bautismo borra, en primer lugar, el pecado funesto que hace de nosotros, desde el seno de nuestras madres, hijos de cólera, *matris irae*¹. Esta mancha de origen es lavada por el Bautismo, y nada deja subsistir de ella; esta cadena de servidumbre que nos tenía cautivos bajo el imperio del demonio, es quebrantada por él; esta obligación escrita y firmada, y puesta en manos de un acreedor inflexible, que hacía de nosotros su cosa, es desgarrada por él, *deleus quod adversus nos erat chyrographum*².

En segundo lugar, en los adultos que reciben el Bautismo, como ocurrió el día de la primera Pascua de Pentecostés cristiana, en la que san Pedro convirtió a 3,000 personas³, como ocurrió del mismo modo poco después, cuando el Ministro de Hacienda de la reina Candace fué bautizada por el diácono Felipe, según refieren los *Hechos*⁴; como ocurre también hoy en día en los adultos, repetimos, en quienes los pecados personales han venido a juntarse al pecado de raza, borra el Bautismo, al propio tiempo que el pecado original, los pecados actuales, no solamente, entendiéndolo bien, en el sentido de que los corta y arrasa, como lo sostiene la doctrina sacramentaria protestante—esto es demasiado poco,—sino en el sentido de que los arranca enteramente, los aniquila y desarraiga, sin dejar nada del viejo tronco

1. EPHES., II, 3.
2. COROSES., II, 14.
3. ACT., I, 4.
4. CAP. VIII.

ofender al Maestro de los maestros, el cual es clarividente hasta el punto de seguir con la mirada nuestras acciones, y hasta nuestros pensamientos, con suficiente poder de castigarlos, cuando sean malos. Así nos lo muestra la palabra de Jesucristo: No temáis a los hombres, que solamente pueden matar al cuerpo; temed, sobretodo, a Aquel que después de matar al cuerpo puede arrojar vuestra alma al fondo del infierno... En verdad os lo digo: Este es a quien debéis temer: *Ita dico vobis; nunc time!*

Tened fe en la omnipotencia de Dios, y seréis humildes. Por esfuerzos que hagamos para engrandecernos ¿qué somos en realidad en medio de este vasto universo? Menos que un grano de polvo, apenas un átomo; nada. Y Dios ¿qué es? Oigamos a san Juan: El Rey de los reyes, el Señor de los señores, el solo poderoso²; todo en realidad. En cierta ocasión, paseando Canuto el Grande, rey de Inglaterra, por la ribera del mar, sus cortesanos le mostraron la inmensidad de las aguas diciendo: He aquí a vuestro súbdito; vos sois el Rey del Océano... Canuto, adelantando algunos pasos, e interpellando a este súbdito, le dijo: Si yo soy tu Rey, respeta mi poder, y no te atrevas a mortarme los pies... En seguida vino una ola que cubrió con su espuma, el manto real, y el Rey volviéndose a los suyos dijo: No podemos nada, amigos, y no hay otro rey que el que dijo al mar: No irás más lejos, y el mar le obedeció.

En fin, para terminar esta instrucción, aunque sin agotar la materia: Existe otra virtud que tiene en la fe confianza. ¿Sufrís en el cuerpo o en el espíritu? Tened confianza, ¿Dudáis de que Dios sea bastante poderoso, para poner término a vuestras pruebas, o para recompensaros? ¿Os inquietáis del día de mañana, o tal

1. Luc. c. XII, v. 5.
2. Apoc. c. XIX, v. 16.

vez no estáis contentos de vuestra suerte y murmuráis? Tened confianza: Dios es todopoderoso, y no siendo menos bueno que poderoso, proveerá en el día de mañana, como ha proveído en el de ayer y en el de hoy. Felices, decía san Francisco de Sales, los que confían en Aquél que, siendo Dios y Padre, puede y quiere subvenir a todas nuestras necesidades... El mismo Santo decía: Yo no he deseado sino muy pocas cosas, y estas pocas cosas las he deseado muy flojamente, habiendo preferido no desear nada, con fines de propia complacencia¹... He aquí el lenguaje del que confía en Dios simplemente y con puro abandono...

Tal vez vos no teméis por hoy, ni acaso para más adelante; pero ¿teméis los acontecimientos más o menos lejanos? Tened confianza; los acontecimientos del porvenir están en las manos de Dios, y no sucederá nada que El no haya previsto y ordenado para nuestro bien, y sobre todo para nuestro bien espiritual. En definitiva, los designios de Dios siempre se cumplen y, cualesquiera que sean las apariencias contrarias, todo se dirige finalmente al bien de los que le aman y le sirven: *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum*². Por mi parte, no puedo leer, en el capítulo cuarto de san Marcos, la relación conmovedora de la tempestad apaciguada, con una sola palabra de Nuestro Señor, sin recordar las fases diversas y peligrosas, por las cuales la Iglesia ha pasado en el transcurso de diez y nueve siglos, tempestades espantosas, muchas de las cuales amenazaban sumergirlo todo. Pero no, Dios es omnipotente, y, en el momento debido, se levanta y manda a los vientos, diciendo al mar: sóségate... y los vientos cesan, y sobreviene una gran calma... *et exurgens comminatus est vento, et dixit mari: tace, obmutescet... et cessavit ventus, et facta est tranquillitas magna*³.

1. Vida del Santo por Hamon.
2. Rom. c. VIII, v. 18.
3. Marc. c. IV, v. 33.

taremos el siguiente: *Si filii et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi*;

Gracia de santificación, la más inesperada, la más inmerecida, y, por consiguiente, la más gratuitamente concedida. ¿Podríamos dudar de ello oyendo a san Pablo decir a los de Corinto: Bien sabéis lo que erais antes de vuestro bautismo: blasfemadores, adúlteros, sensuales, calumniadores, maldicientes, avaros, ladrones del bien ajeno; todo esto erais, *haec quidem fuistis*... Pero fuisteis lavados, santificados, justificados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios, *sed abluti estis, sed sanctificati estis, sed iustificati estis, in nomine Domini nostri Jesu Christi, et Spiritu Dei nostri*²;

Finalmente, gracia de participación en todos los bienes espirituales de la Iglesia. Lo dije en la instrucción precedente; no lo habéis olvidado: en virtud del carácter sacramental que recibe, adquiere el bautizado un derecho estricto a todos los Sacramentos, como a todos los sacrificios, oraciones, gracias, buenas obras, beneficios, ventajas de la sociedad religiosa de la cual es miembro.

¡Qué superabundancia, exclama san Agustín dirigiéndose a los recién bautizados, qué larguezas! *Videte, fratres, quade sint baptismi largitates!* y las resume: no solamente sois libres y emancipados, sino que sois santos; *non solum liberi, sed et sancti*; no solamente santos, sino hijos, *non solum sancti, sed filii*; no solamente hijos, sino herederos, *non solum filii, sed haeredes*; no solamente herederos, sino hermanos de Jesucristo y sus coherederos, *non solum haeredes, sed fratres Christi et cohaeredes*; no solamente sus hermanos

1. ROM., VIII, 17.
2. I COR., VI, 11.

y coherederos, sino sus miembros, sino su templo, sino los órganos del Espíritu Santo, *non solum cohaeredes, sed et membra, sed et templum, sed et organa Spiritus Sancti*. Y el gran Doctor termina diciendo: Crean muchos que la gracia celestial no consiste más que en la remisión de los pecados, pero nosotros acabamos de contar hasta siete grados en los honores que el Bautismo nos procura.¹

También terminamos nosotros, pero diciendo que tanta nobleza obliga.

Iniciados en una vida nueva por el Bautismo, resopdan nuestros actos a esta novedad de vida; tal es la recomendación del Apóstol, *in novitate vitae ambulemus*². Una corriente no debe desmentir con sus aguas fangosas la fuente límpida de donde procede.

Hijos de Dios por el Bautismo, justifiquemos este título, seamos perfectos como el Padre Celestial es perfecto³; son palabras de Jesucristo; el que nació de Dios, dice san Juan, no peca⁴; son hijos de Dios los que tienen el espíritu de Dios por inspirador y regulador, *qui enim spiritus Dei aguntur, hi sunt filii Dei*⁵, dice san Pablo, y san Gregorio añade comentándolo: *Ex Deo nati, de Deo vivere debent*, los nacidos de Dios, deben vivir de Dios.

Incorporados a Jesucristo por el Bautismo, y llevando un nombre derivado del suyo, escuchemos a los santos Doctores; rara vez han sido mejor inspirados:

Reconoce ¡oh cristiano! la nobleza de tu elevación, y, hecho participante de la naturaleza divina, no vuel-

1. Citado por el catecismo de COUVURIER, t. 3, p. 334.
2. ROM., VI, 4.
3. MATTH., V, 18.
4. I JOANN., III, 9.
5. ROM., VIII, 14.

vas a tu antigua bajera con una vida indigna de tu categoría; así se expresa san León¹.

Los cristianos, dice san Bernardo², tienen su nombre de Jesucristo; semejante nombre es una carga muy grande, pues obliga a grandes cosas, *christiani a Christo acceperunt nomen, et operosum est*.

Si eres cristiano, imita a Cristo Dios, *si christianus es, Christum Deum imitare*; no sea para ti el nombre que llevas un nombre sin significación ni vida, *noli vacuum ferre nomen et inane*; por lo contrario, llena toda la medida de ese gran nombre, llénala, te digo, con obras dignas de ese nombre, *sed plenam tanti muneris nominis imple, imple, inquam, operibus nomine dignis*³. Si, continúa san Gregorio Nacianceno, es absolutamente necesario que, ya que llevamos el nombre de Jesucristo, se vea en nuestra vida la expresión práctica de todo lo que contiene este nombre; de lo contrario, seríamos tan cristianos como una estatua es un hombre... Ciertamente es difícil decir cosas más exactas por modo más elocuente.

En fin, puesto que en el Bautismo recibimos gracias de santificación en abundancia tal que superan a todo cálculo, y puesto que ya el Espíritu Santo ha entrado en el alma, ocúpela toda entera, penétrela, llénala; desde este momento, el bautizado no es ya simplemente un hombre; Cuando los filósofos definen lógicamente un hombre, con los ojos fijos en las partes esenciales que entran en la formación de esta hermosa obra, dicen: Es un compuesto de dos realidades substanciales, de un cuerpo material y de un alma racional; pero cuando se trata del cristiano bautizado, no basta esta defini-

1. Serm. de Nativ.
2. S. BERNARD, in sentent.
3. De nom. et prof. christ.

ción, deja de ser adecuada, no conviene ya a la totalidad de la cosa definida, y así oigo que los Santos Padres exclaman: Es un compuesto de cuerpo, de alma y de Espíritu Santo, *constat christianus corpore, et anima et Spiritu Sancto*¹. ¡Qué aumento! En el hombre que no es más que hombre, hay el cuerpo, el alma y una vida puramente natural. En el cristiano hecho tal por el Bautismo, hay el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo, hay la vida divina, sobrenatural, que se añade a la vida natural, hay el ser divino que eleva, engrandece y perfecciona al ser humano. Más brevemente, el cristiano es más que un hombre, es un hombre adiccionado del Espíritu Santo. Por consiguiente, ¡oh bautizado!, permanece en esas cumbres, no descendas de ellas jamás; guarda preciosamente esa vida divina y haz actos conformes con ella; reduce a la vida solamente natural, confínate en sus estrechos límites, encerrarte en ese círculo, sería disminuirte, desprenderte de la mejor parte de ti mismo.

Sí, permanecemos en esas alturas a las cuales nos ha elevado el Bautismo. Cuando uno empieza a descender, ¿sabe dónde se detendrá?... Hay hombres, ¡son por ventura raros!, que juzgando que es ya demasiado ser hombres, se rebajan hasta la bestia sin razón, y se hacen semejantes a ella, *homo, cum in honore esset, non intellexit, sed comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis*². No nos contemos jamás entre ellos; no tendríamos ni honor, ni provecho alguno.

1. Citado por Houdry, Biblioth. des prédic.
2. Psalm., XLVIII.

*en baptismum liberum esse, hoc est, non necessarium ad salutem, anathema sit*¹.

Limitémonos a estas pruebas sumarias, pero en rigor suficientes. El templo empleado en desarrollarlas, sin hacer más inatacable este punto de doctrina, lo emplearemos, a nuestro entender, con más utilidad, exponiendo las verdades dependientes que forman como el cortejo de la verdad principal.

El Bautismo es necesario con necesidad absoluta y para todo el mundo; por eso quiso Dios que fuese el agua la que sirviese para administrarlo, el agua, que es el más común de los elementos, el agua, que está en todas partes, en los grandes depósitos, mares y océanos, en los depósitos menores, lagos, ríos, arroyos, fuentes, y esos millares de corrientes diversas que surcan nuestro globo en todas direcciones. En cualquier lugar que uno se encuentre, en esta vasta tierra, puede decir, si quiere ser bautizado, como el ministro de la reina Candace al diácono Felipe: He ahí agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?²

El Bautismo es necesario de necesidad absoluta y para todo el mundo. Por eso, como la *materia* del Sacramento es fácil de encontrar, la *forma* — estas palabras y su significación nos son ya suficientemente conocidas, después de las explicaciones que ya hemos dado — la *forma* del Sacramento es fácil de retener, pues la memoria menos feliz no la encontrará pesada: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*.

El Bautismo es necesario con necesidad absoluta y para todo el mundo. Por eso, todo el mundo puede bautizar, no sólo los obispos y los sacerdotes, ministros

SERMON SEGUNDO

La necesidad del Bautismo

Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. Joann., c. 3, v. 5

La necesidad del Bautismo y la obligación de recibirlo resultan tan claramente de los efectos que produce y de las gracias que confiere, que nos parece superflua una demostración especial; tantas y tan corrientes son las verdades que se les unen, como las ramas se adhieren al tronco que las sustenta, o como los afluentes se juntan al río que los recibe para formar un todo con él. Vamos, pues, a exponer, en la presente instrucción, la necesidad del Bautismo y la obligación de recibirlo.

La necesidad del Bautismo es absoluta; como se dice en teología, es una necesidad de medio, esto es, que el Bautismo de tal modo es indispensable, que si uno queda privado de él, aunque sea involuntariamente, no puede salvarse. Son palabras de Jesucristo: Si alguien no es regenerado por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos, *nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei*. Tal es la doctrina de los Apóstoles en muchos puntos de sus Epístolas; tal es la tradición entera, y el Concilio de Trento, al resumirlas, pronuncia el anatema contra quien se atreva a decir que el Bautismo es libre, esto es, no necesario para la salvación, *si quis dix-*

1. Sess. 7.

2. Act., VIII, 36.

ordinarios del Sacramento, no solamente los diáconos, ministros extraordinarios, sino también, en caso de necesidad, los mismos seglares; y no solamente los seglares católicos, sino también los herejes, con tal que tengan la intención de hacer lo que hace la Iglesia. No habréis olvidado lo que hemos dicho precedentemente sobre el valor intrínseco de los Sacramentos, y sobre los efectos que producen en virtud de la *obra operada*, independientemente de las disposiciones de los que las administran. En el caso particular que examinamos en este momento, nos limitaremos simplemente a añadir este principio de san Agustín, calificado de muy espléndido, *splendidissimum Augustini principium*, por un teólogo eminente¹: Cualquiera que bautice, el Bautismo es bueno, siendo el Bautismo de Cristo, *baptismus a quocumque ministratur, semper est Christi*.

El Bautismo es necesario con necesidad absoluta y para todo el mundo. Por eso, quiso Dios que el Bautismo de agua, cuando es imposible recibirlo, pudiese ser substituido por otros dos que, a excepción del carácter sacramental, producen los mismos efectos: el Bautismo de sangre y el Bautismo de fuego. Me explicaré.

Supongamos un hombre que no está bautizado... De repente, en lo más fuerte de una persecución, movido por el Espíritu Santo, arrostra los tormentos, profesa la fe de Jesucristo, y da su vida por la santa causa de la religión; este hombre queda como bautizado por su sangre, y entra en el cielo por la puerta grande abierta a los bautizados. Los mismos niños pueden participar de las ventajas de este Bautismo de sangre, y la Iglesia honra como santos, y llama flores de los mártires a las inocentes víctimas que la espada de Herodes segó, como la tempestad arranca en su furor las nacientes rosas².

1. Perr. de bapt., cap. 3.

2. Brev. Rom. Off. Inn.

Supongamos también un hombre no bautizado, pero enteramente lleno del amor de Dios, dominado por el ardiente deseo de su regeneración, por el agua y el Espíritu Santo. Citemos un nombre propio, Valentiniano, emperador de Occidente a los veinte años, y, lo que ciertamente valía más quizás que tantos honores, amigo del gran arzobispo de Milán, san Ambrosio; era católico, y se preparaba para el Bautismo con un alma intacta y como enteramente nueva aún; dentro de pocos días lo recibiría de manos del santo Pontífice, que ya se había puesto en camino para administrárselo, cuando cae bajo el hierro homicida de un súbdito rebelde, Artogasto. Ambrosio llora a su emperador y amigo, pero no ciertamente como los paganos que no tienen esperanza; pronuncia la oración fúnebre del joven y desgraciado príncipe, la antigüedad cristiana no nos ofrece nada tan bello en este género de elocuencia, para el santo Doctor, Valentiniano se salvó; fáltóle el tiempo, no la voluntad; habiendo pedido el Bautismo, recibió sus efectos¹.

Pero todavía no hemos dado fin a nuestras deducciones; preciso es agotar el asunto antes de abandonarlo.

El Bautismo es necesario con necesidad absoluta para todo el mundo. Por eso, la ignorancia sobre la manera de administrarlo, aun entre los simples fieles, sería una ignorancia culpable y podría llegar a ser criminal. Sois llamados a bautizar, la necesidad es imperiosa, se impone, pero tomáis un líquido distinto del agua natural: el Bautismo es nulo. Empleáis palabras distintas de las palabras prescritas por el mismo Instituto del Bautismo, Jesucristo: el Bautismo es nulo. Estas palabras: *Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del*

1. Hist. Eccl. de ROME, lib. 36.

Espritu Santo, las cambiáis, las alteráis, notablemente, las trasponéis arbitrariamente: el Bautismo es nulo. En vez de decir: *Yo te bautizo*, decís: *Yo bautizo*; el Bautismo carece de sujeto, es nulo. En vez de decir: *En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espritu Santo*, decís: En el nombre de las tres Personas divinas, sin nombrarlas, sin designarlas de otro modo: el Bautismo es nulo. No pronunciáis las palabras al propio tiempo que vertéis el agua, la *forma* no se adapta ya a la *materia*; esta alma no está hecha para este cuerpo: el Bautismo es nulo.

¿Os parecen ociosos estos detalles? No lo creo. No sólo son útiles, sino necesarios. Pudiendo bautizar todo el mundo en caso de necesidad, preciso es que todo el mundo sepa bautizar; y cuando, por medio del Catecismo Romano, uno de sus órganos más autorizados, la Iglesia ordena a los pastores que enseñen, *de una manera exacta*¹, a todos los fieles sin excepción, todo lo que se refiere a la esencia de este Sacramento, la Iglesia muestra su sabiduría. Depositaria de los elementos constitutivos de los Sacramentos, no puede permitir su alteración, como, en otro orden de cosas, no puede el Estado permitir la alteración de las monedas tipos, de los pesos y medidas tipos; y del mismo modo que estos *patronos* del Estado quedan sustraídos a la influencia de todo agente de destrucción, o siquiera de simple modificación, para lo cual vela con extremada precaución, sin que jamás sea excesiva, así también, toma la Iglesia bajo su custodia lo que constituye la substancia de los Sacramentos, lo que los hace ser lo que son y no deben cesar de ser, y por medio de sus rituales y de sus estatutos sinodales, lo pone al abrigo de toda empresa que se proponga destruirlo, o alterarlo.

1. Cat. Rom., cap. 15.

¡Naturalmente! siendo el Bautismo necesario con necesidad absoluta y para todo el mundo sin excepción, lo mismo para los niños que para los adultos, se sigue que los niños que mueren sin bautismo—¡ah, qué triste es saber que decir esta verdad!—no se salvan. ¿Qué es de ellos?, ¿en dónde están? ¿relegados a lugares inferiores, gimiendo y llorando a la entrada de los reinos sombríos, como los vió el poeta latino, *fientes in limine primo*, o bien más próximos a la mansión de la eterna felicidad, pero sin poder jamás pasar el umbral de ella? ¿están es un estado de real padecimiento, o simplemente privados de una dicha a la que jamás sabrán que estaban destinados? A estas graves preguntas, no hay contestación; los graves filósofos han dado su opinión, pero ninguno ha dicho la última palabra. La Iglesia nada ha definido, Dios se ha reservado ese secreto de su gobierno, y, por consiguiente, quedamos reducidos a simples conjeturas. Pero lo cierto es que no están ni estarán jamás en el cielo, no habiendo entrado en el orden sobrenatural por la única puerta que da acceso a él, jamás verán a Dios, ni lo poseerán jamás, eternamente estarán privados de este bien supremo. ¡Qué desgracia! ¡qué perjuicio, *dammum*!, y, para llegar al aspecto práctico de la cuestión, ¡qué responsabilidad para los padres!

Desde el momento en que has concebido, ¡oh, mujer!, has de saber, y no olvides nunca, que eres madre; desde este momento, el fruto que llevas en tu seno es un ser humano, en posesión ya de todos sus principios constitutivos; toda empresa intentada contra él será un atentado criminal, un verdadero homicidio; los hombres lo absuelven con demasiada facilidad, pero Dios y la Iglesia lo condenan con justa severidad. *Illo rum est scelus gravissimum qui, matrimonio juncti, concep-*

*tum impedimenti, vel partum abigunt, haec enim impia conspiratio homicidium existimanda est.*¹

El fruto crece y aumenta. ¡Cuánta prudencia, circunspección, miramientos, moderación, necesidades, ¡oh, madre! ¡Con qué santo y religioso temor debes velar por su conservación y por su debido desarrollo!

Por otra parte, ten entendido, y no lo olvides nunca, que, en caso de accidente, si este fruto de tu seno no llega a la madurez, ten entendido, repito, que puedes, que debes bautizarlo, por lo menos *sub conditione*, por prematuro e informe que sea, pues aunque otra cosa digan las apariencias, es un cuerpo organizado habitado por un alma.

Finalmente, si tu hijo nace felizmente, no compro-metas, con tardanzas intempestivas y fútiles razones, los destinos inmortales de este querido ser.

Haslo bautizar cuanto antes, *quamprimum*², dice el Ritual Romano, y el Catecismo Romano añade con más amplitud: Hay que exhortar fuertemente a los fieles, *hortandi sunt magis fideles*, a que lleven sus hijos a la iglesia y los hagan bautizar solemnemente tan pronto como puedan hacerlo sin peligro, *quamprimum si in sine periculo facere liceat*; los niños no tienen otro medio de salvación que el Bautismo; sería un grave pecado, *gravis culpa*, privarlos por más tiempo del exigido por la necesidad de la gracia de este Sacramento. Por otra parte, la vida en esta edad es muy frágil, y está expuesta a muchos peligros, *cum propter aetatis immbecillitatem infans pene vitae pericula impendat*³. Así se expresa el Catecismo Romano; y todos los catecismos, todos los rituales, todos los estatutos diocesanos, todos

1. Cat. Rom., cap. 27.
2. De bapt.
3. Cat. Rom., cap. 15.

los teólogos lo han repetido. Apoyándose en la expresión antes citada del Ritual Romano, uno de estos últimos, y no el menor en autoridad, dice: Los párrocos deben exhortar y aprender a los padres para que hagan bautizar a sus hijos el mismo día, al día siguiente o a los dos días de su nacimiento¹.

Ya se ha hecho esto; el niño está bautizado, acaba de recibir un nuevo nacimiento del agua y del Espíritu Santo; ¿merece consideraciones este niño? ¿cuáles? Sólo diré una palabra: las más grandes consideraciones, y, si me atreviera, añadiría: honores casi divinos. Porque ese niño que vuelve a la casa paterna, húmedo todavía, por decirlo así, del agua bautismal, es hijo de Dios, hermano de Jesucristo, morada del Espíritu Santo, heredero presuntivo del cielo. Por consiguiente, no basta, padres cristianos, con amar a ese pequeño ser nacido de vuestra carne y de vuestra sangre; preciso es honrarlo, respetarlo, venerarlo, porque es un huésped divino que se abriga bajo vuestro techo. ¿Por qué no proceder como san Leónidas? Este rasgo es admirable. Cuando su hijo dormía, Leónidas se acercaba silenciosamente, descubría con mano trémula, casi temblorosa, aquel tierno pecho que apenas respiraba, y lo besaba con no menos respeto que amor, porque, decía, es el tabernáculo viviente de la divinidad².

¡Gloria, honor, eterna gratitud al Cristianismo!... Gracias al Bautismo, el niño ya no es, como durante el período vergonzoso del paganismo, la cosa del cabeza de la familia, del Estado, sino un ser sagrado, casi divino; está ungido, es Cristo; no lo toquéis sino con respeto: *nolite tangere Christos meos*³. Después del Bau-

1. Gousset, Theol. mor., t. 2, p. 49.
2. Hist. ecl. de ROHRE, lib. 28.
3. I PARALIP., XVI, 22.

tismo, o mejor dicho, por la gracia del Bautismo, nada de castas, ni de privilegios, ni de distinciones arbitrarias, nada de griego, ni de romano, ni de civilizado, ni de bárbaro¹; no hay más que hijos de Dios; la igualdad de los derechos de todos ha salido de la fuente bautismal.

Cierto día, una hija de nuestros antiguos monarcas, pareció olvidarlo, pero su error fué de corta duración. Creyéndose, sin razón fundada, ofendida por una de sus doncellas, díjole con altivez: Acordaos de que soy la hija de vuestro rey. Pero la doncella replicóle al punto sin desconcertarse: Acordaos, señora, de que soy la hija de nuestro Dios².

Contestación fué esta demasiado viva quizás, pero, en el fondo, contestación verdadera. Por el Bautismo todos los cristianos son iguales, porque todos son hijos de Dios.

1. Coross., III, 11.
2. Hist. Ecl. de Rome, lib. 89.

SERMON TERCERO

La liturgia del Bautismo

Danda est pastori operam, ut eas
(Baptismi caeremonias) fideles intelli-
gant, certoque sibi persuadeant, si-
minus necessariae sint, plurimi ta-
men faciendas, magnoque in honore
esse oportere.

Catech. Rom., c. 16

Según el Catecismo Romano, que me complazco en citar, porque goza en la Iglesia, y con justo título, de gran autoridad, el pastor merecerá una reprensión si, teniendo ocasión de hacerlo, no explicara a su pueblo las ceremonias del Bautismo; y al punto da la razón: Porque estas ceremonias, dice, dan a la administración del Sacramento un carácter más augusto de santidad, ya que ponen, por decirlo así, ante los ojos, los efectos admirables que produce y los dones divinos que de él se derivan; finalmente, imprimen más fuertemente en los corazones el sentimiento de los beneficios divinos, *et in animas fidelium immensa Dei beneficia magis imprimi perspicuum est*¹.

Tomando en consideración tan graves motivos, explicaremos las ceremonias del Bautismo.

Después de algunas horas, el recién nacido va a recibir el Sacramento de la regeneración por el agua y el Espíritu Santo. El nombre de familia no basta ya a este candidato del cielo; padres, dadle un nuevo nombre:

¹ Cat. Rom., cap. 16.

¿Cuál? Pondréis en tortura vuestro espíritu, permitidme la expresión, para hallar un nombre raro, de agradable consonancia, muy *lindo*, muy *gracioso*, que, a la postre, no será, la mayor parte de las veces, más que el nombre de un personaje ficticio y puramente novelesco? ¿Lo sacaréis de la historia profana, y aun de la mitología, para dárselo al futuro hijo de Dios, y llamarle César o Hércules? Esto sería aún, menos cristiano. No; obedeciendo a una inspiración mejor, dadle por patrón un verdadero santo, una autenticidad reconocida, invocada como tal por la Iglesia, un santo que ruegue por El, y cuyas huellas se esfuerce en seguir, *cujus exemplis ad pie vivendum excitemur, et patrocinio protegamur*¹. Obrar de otro modo, es vanidad o singularidad.

Con su nombre nuevo, dad también a ese niño que va a renacer según el espíritu, un nuevo padre, una nueva madre, un padre y una madre espirituales: sostenedores, como se llamaban en la antigüedad cristiana, *susceptores*, responsables, *sponsors*, *fidelijussores*, padrinos y madrinas, como se llaman hoy en día. ¡Plegue a Dios que los que acepten el honor y las cargas de esta paternidad y maternidad espirituales, sean aptos para las funciones que la Iglesia les confía, convenientes por la edad—pues, ¿cómo un niño podría responder de otro niño?—suficientemente instruidos para instruir por sí mismos a sus ahijados y recordarle sus obligaciones; de una moralidad intachable. La Iglesia rechaza como indignos, no solamente a los herejes, a los excomulgados y a los que hacen profesión abierta de impiedad, sino también a las personas escandalosas. El honor debido al Sacramento exige que todos los que en él toman parte sean absolutamente honrados.

1. Rit. Rom., de bapt.

2. Rit. Rom., ibid.

Teniendo elegido un patrón en el cielo, y en la tierra un segundo padre y una segunda madre, el candidato al Bautismo llega al vestíbulo de la iglesia. Espere en él algún tiempo¹. ¿Por qué? Porque, hijo de Adán, y manchado del pecado original, no tiene todavía derecho a penetrar en el interior del lugar santo, y hasta que repudie el yugo vergonzoso del demonio, bajo el cual está encorvado, forzoso le es detenerse en el umbral de la casa de Dios.

¿Qué quieres? ¿Qué vienes a buscar aquí?, pregunta el sacerdote, ministro del Sacramento. La fe, responde el niño por boca de sus padrinos, la fe que nos procura la vida eterna. El sacerdote añade: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos. Y en dos palabras, hace el resumen de ellos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y al prójimo como a ti mismo por amor de Dios².

Así, pues, cristianos, amar a Dios y amar al prójimo; tal es la primera lección que os dió, y todas las instrucciones religiosas que se os han dirigido, después, y todas las que se os dirijan durante el resto de vuestra vida, no han sido ni serán otra cosa que el desenvolvimiento de este primer catecismo sumario que se os enseñó el mismo día de vuestro Bautismo: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos; amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón y toda tu alma, y al prójimo como a ti mismo por amor de Dios. Las catequisas que hacía san Cirilo en el gran pórtico de la iglesia de Jerusalén a sus queridos catecúmenos para prepararlos al Bautismo, podían ser más extensas, pero no más substanciales.

Terminados estos preliminares, sopla tres veces el

1. Rit. Rom., de bapt.

2. *Ibid.*

sacerdote sobre el niño pronunciando estas palabras: Sal, espíritu inmundo, sal de esta imagen de Dios, y has lugar al Espíritu Santo!

Este exorcismo va seguido bien pronto de este otro: Sal, ángel maldito, ángel condenado; Jesucristo mismo te lo manda. Luego, pronuncia otro más conminatorio aún: Espíritu inmundo, yo te exorciso en el nombre de Dios Todopoderoso, en el nombre de Jesucristo su Hijo Nuestro Señor y nuestro Juez, en el nombre y por virtud del Espíritu Santo, y te ordeno que salgas de esta obra de Dios, que el Señor ha conducido a su santo templo, a fin de que merezca convertirse en templo del Dios vivo?

He ahí los exorcismos empleados en la administración del Bautismo. ¡Cuántas enseñanzas nos ofrecen! No hay duda: existe un *sei malhechor*, que merece todas las execraciones y todos los anatemas; se llama Demonio, Satanás, Espíritu inmundo, Ángel maldito, Ángel condenado. Enemigo jurado de Dios, no pudiendo atacarle, la emprende con el hombre, y descarga sobre nosotros, que somos imágenes vivientes de Dios, sus golpes más furiosos, cual un enemigo impotente, pero lleno de rabia, dice Bosuet, que, no pudiendo coger al que persigue, sacia en cierto modo su espíritu con una vana imaginación de venganza desgarrando su imagen³. Desde nuestro nacimiento, ¿qué digo?, desde nuestra concepción en el seno de nuestras madres, somos sus esclavos. No es por ello menos notable por su exactitud y su precisión esta otra frase de Bosuet: Quien nos engendra, nos mata. ¡Ah! ciertamente veis ahora más claramente con cuanta razón os dije en la instruc-

1. Rit. Rom., *ibid.*
2. Rit. Rom., *ibid.*
3. Sermón del primer domingo de Cuarema.

ción anterior: Haced bautizar cuanto antes a vuestros hijos. ¡Qué perjuicio tan grande dejar a esos pequeños seres durante meses en poder de semejante enemigo!

Pero no es bastante arrojar al demonio de esa morada usurpada; sobre todo hay que introducir en ella al verdadero Dueño, que es Jesucristo. He ahí por qué, tras los exorcismos, comienza a hacer el sacerdote con mano firme varios signos de cruz sobre el niño, y especialmente sobre la frente y el pecho, pronunciando al mismo tiempo estas palabras: Recibe este signo de la cruz en la frente y en el corazón, presta fe a los divinos preceptos y con tus costumbres muéstrate tal que, desde hoy puedas ser templo de Dios¹. Casi con las mismas ceremonias y los mismos ritos, toma posesión el Obispo consagrante, en nombre de Dios, de un templo nuevamente construido.

Tras los signos de la cruz, viene la imposición de las manos, que es como un segundo acto posesorio. Representante de Dios, obrando en su lugar, por dos veces diferentes pone el sacerdote la mano en la cabeza del niño, queriendo significar con ello, que, en adelante, todas las facultades de este hombre regenerado deberán ser consagradas a Dios, de quien las ha recibido; a Dios pertenece su inteligencia, su razón, su voluntad, su memoria; a Dios las mismas potencias inferiores del alma; y siendo la cabeza del hombre como el todo del hombre, a Dios el hombre entero.

Llena está de significación la ceremonia de la sal que sigue a la imposición de las manos. La sal tiene dos propiedades naturales; una, preservar de la corrupción; otra, razonar las cosas a las cuales se mezcla y darles buen gusto. Colocada en la lengua del candidato en el Bautismo, significa que, una vez hecho cristiano, deberá

1. Rit. Rom., de bapt.

este neófito no dejarse contaminar por el siglo, cuya propiedad característica consiste en ser corrompido y corromper, ni dejar salir de su boca, ya cristiana, más que palabras razonadas de justicia, de conveniencia, de gracia y de verdad.

El *Ephpheta* no es menos significativo. Este niño, en relación con lo espiritual, es sordo; no están abiertos todavía sus oídos, y, sin el Bautismo, continuarían siempre cerrados a la enseñanza de las verdades sobrenaturales. Por otra parte, en él, el sentido interior del olfato no está todavía abierto, ni se abriría nunca; el buen olor que emana de Jesucristo, de su ley santa, de su Evangelio, de sus Sacramentos, sobre todo de su Eucaristía, de la cual puede decirse aplicándole estas palabras del inspirado autor de los Cantares, que es como un montoncito de trigo cercado de azucenas, *acervus tritici, circumvallatus liliis*¹; el buen olor que tan sutilmente sabe percibir el verdadero cristiano, no lo sentiría nunca; por eso el sacerdote, con el dedo humedecido de sabia, toca las orejas y las narices del neófito, pronunciando la palabra que Jesucristo mismo dijo el día en que dió a un enfermo el uso de los sentidos *Ephpheta*, ábrete².

Lo que sigue es más importante todavía. Del vestíbulo de la Iglesia, en el que desde el principio tuvo que detenerse, se adelanta el futuro cristiano hacia la fuente sagrada. Un poco más, y entrará en el recinto. Pero antes, preciso es que dé testimonio de sus sentimientos; preciso es que la Iglesia sepa a qué atenerse.

Entonces el sacerdote lo interpela con su autoridad: ¿Renuncias a Satanás, a sus pompas y a sus obras?—Renuncio—¿Crees en Dios Padre Todopoderoso, crea-

1. CANT., VII, 2.
2. MARC., VII, 34.

dor del cielo y de la tierra? Creo. —¿Crees en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, que nació y padeció? — Creo. —¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la remisión de los pecados, en la resurrección de la carne, en la vida eterna? — Creo. — ¿Quieres ser bautizado? — Lo quiero¹.

¡Qué diálogo tan admirable! ¡qué enseñanzas!, renunciar a Satanás y a todo lo que Satanás inspira, por que, como lo dicen el Evangelio y el buen sentido, no es posible servir a dos señores a la vez².

Para ser cristiano, preciso es, en segundo lugar, tener fe; no una fe vaga, mal definida, flotante, sino una fe clara, precisa, que se formula con estas afirmaciones: Creo en Dios Padre Omnipotente creador... No es este el Dios de los paganos, ni siquiera el de los filósofos, para quienes, cuando por casualidad se elevaban por encima de las ideas vulgares, el Dios único no era otro que el inexorable destino. Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios, consubstancial con el Padre, igual al Padre, que se hizo hombre en el tiempo, verdadero Dios y verdadero hombre, y mediador necesario entre Dios y los hombres. Creo en el Espíritu Santo, que es Dios como el Padre y el Hijo, de la misma substancia que el Padre y el Hijo, mas persona distinta como los otros dos. Creo en la Iglesia, que es una, que es santa, que es católica, que es apostólica, que recibió de Jesucristo la misión de enseñar y el poder de redimir los pecados; creo que todos los muertos resucitarán en el último día, que Dios juzgará a todos los hombres, y dará a cada uno según sus obras; creo que, después de esta, hay otra vida, vida eterna, feliz para los buenos; vida eterna, desgraciada para los malos, por-

1. Rit. Rom., de bapt.
2. Luc., XVI, 13.

que Dios es justo, y porque toda otra sanción de su ley sería insuficiente.

Perfectamente; he ahí su formulismo de creencias netamente definidas. Aspirante al Bautismo, ¿las aceptas?

Finalmente, para ser cristiano, preciso es quererlo. Esto no es ninguna sorpresa. Dios no obliga a nadie a recibir sus gracias; Jesucristo no admite en su milicia más que a voluntarios; sólo se entra en la Iglesia por la puerta grande de la persuasión, nunca por el camino estrecho de la violencia, *religio vult suaderi, non cogi*, decía un Padre antiguo; su ardor de proselitismo y su sed de conquististas sólo son comparables a su respeto por la libertad. Por eso pregunta el sacerdote: ¿Quieres ser bautizado? Hasta este momento, nada se ha hecho; hasta aquí, todo son preliminares que a nada comprometen de un modo irrevocable.

Sí, lo quiero, responde el neófito, *voló!*. Y entonces, sólo entonces, derrama el sacerdote el agua, materia del Sacramento, pronuncia las palabras, forma del Sacramento, y el Sacramento queda administrado... Pero la santa función no queda con ello terminada. Mojando su pulgar en el santo Crisma, aceite santo y consagrado, hace el ministro una unción, luego impone el capillo, pone un cirio encendido en las manos de este nuevo cristiano, y pronuncia las palabras finales: Ve en paz; el Señor sea contigo, *vade in pace et Dominus sit tecum?* Pues bien, todo esto está lleno de significación.

Quiere ella decir que, mediante esta unción en la cabeza con el sagrado crisma, es decir, con el aceite santo que hace a los sacerdotes y consagra a los reyes,

1. Rit. Rom., de bapt.
2. *Ibid.*

el nuevo bautizado se incorpora a Jesucristo, y queda definitivamente admitido en la milicia cristiana, esto es, queda hecho rey y sacerdote, rey para aspirar en adelante a lo que hay de más elevado, sacerdote y sacrificador para aspirar siempre a lo que hay de más santo.

Quiere decir este capillo, este blanco lienzo colocado en la cabeza del bautizado, en el sitio mismo en que fué hecha la unción santa, la admirable belleza de la gracia bautismal, de que ha sido adornada su alma, y la obligación de no permitir que jamás se altere. Escuchad lo que san Agustín dijo a los nuevos bautizados el domingo en que, después de llevarlos ocho días, depositaban sus blancos vestidos: Terminamos hoy las solemnidades pascuales; hoy se quiten sus blancos vestidos los neófitos, pero de tal suerte que el candor, que ya no estará en el vestido, se halle siempre en el corazón, *ita tamen, ut candor qui de habitu depontitur, semper in corde detur*¹.

El cirio encendido que se coloca en las manos del bautizado quiere decir que, a ejemplo de las vírgenes sagradas del Evangelio², debe tener siempre luz en su lámpara y aceite de reserva en su vaso, esto es, que jamás debe dejar que se extinga en su alma la fe, ni la caridad, para que, cuando llegue el Esposo, pueda salir a su encuentro, y entrar en su seguimiento en el festín de las bodas eternas.

Finalmente, las últimas palabras: *Ve en paz, y el Señor sea contigo*³ quieren decir que, habiendo llegado hijo de cólera y esclavo del demonio, vuelve hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero del cielo.

Terminada ya la sagrada función, suenan las cam-

1. Brev. Rom. Domin. in albis, Lectio 4.
2. Matr., cap. XXV.
3. Rit. Rom., de bapt.

panas de timbres armoniosos, anunciando con sus alegres acentos la regeneración espiritual de este niño.

Y vosotros, padrinos, derramad a manos llenas vuestras generosas larguezas al paso de este hijo del Rey, que también es rey, puesto que es hijo de Dios.

Y tú, madre cristiana, a quien esta hora del Bautismo ha parecido larga como un siglo, estrecha como tu corazón y cubre de besos ese ser tan querido, húmedo todavía del agua bautismal, y enteramente perfumado con el sagrado aceite. Al devolvértelo enteramente otro del que era, la Iglesia te dice: Recíbelo y edúcalo para mí, *accipe et nutre mihi*!

Nosotros también, cristianos, ahora que ya está agotada esta materia, antes de entrar en otro asunto, damos gracias a Dios por haber instituido el Bautismo, sacramento tan santo y producto de tan admirables efectos.

Sobre todo demos gracias a Dios por el bautismo que nosotros recibimos, por nuestro bautismo; pensemos en las gracias que nos ha reportado, en los derechos que nos ha conferido.

Jamás olvidó san Luis el suyo. De las dos ciudades en una de las cuales fué bautizado y coronado rey en la otra, la primera mereció siempre sus preferencias, y cuando sus amigos se asombraban de ello, les decía, en su inimitable lenguaje, que la realza terrenal que había recibido en Reims es semejante a la realza del haba, cuya fiesta hay que apresurarse a hacerla, porque termina con la cena, en tanto que la realza del cristiano, que recibió en Poissy, es una realza eterna, que sobrevive a la pérdida de los cetros perecederos y a las coronas efímeras ².

1. Exod., II, 9.
2. Mons. Pie, panegirico del Santo.

Por último, conservemos nuestro bautismo, como dice la Liturgia: *Custodi baptisimum tuum*¹. Uno de los más grandes Doctores de la antigüedad, san Juan Crisóstomo, exhorta al cristiano a renovar cada día el contrato concluido con Dios por el Bautismo. Uno de los más santos Obispos de los tiempos modernos, san Carlos Borromeo, aconseja que se haga cada año una piadosa peregrinación al baptisterio de donde salió cristiano. Nuestro gran poeta, el inmortal autor de *Atalia*, Racine, escribía a su hijo el 10 de Noviembre de 1698: En semejante día como mañana fuiste bautizado, e hiciste a Jesucristo el solemne juramento de servirle con todo su corazón².

Pero no basta con el recuerdo; guardemos sobre todo nuestro bautismo en la inocencia y en la exención del pecado: *irreprehensibilis custodi baptisimum tuum*. El Bautismo es un entierro, según frase de san Pablo: *Consepulti sumus cum Christo per baptismum in mortem*³; hemos sido sepultados con Jesucristo, por el Bautismo, a fin de morir para el pecado. Aludiendo al modo de bautizar por inmersión, que fué el más usado en los primeros siglos, toda la antigüedad cristiana sirvióse del lenguaje de san Pablo y empleó la misma imagen. La enseñanza práctica que de esto se desprende es sorprendente, pues dice: Permanezcamos sepultados, dejemos nuestros pecados en la tumba. Tertuliano hará ciertamente más palpable de lo que pudiera hacerlo yo esta idea: Peces místicos, nacidos en el agua, *nos pisciculi secundum xpm nostrum Jesum Christum nascimur*, no podemos conservar nuestra vida más que permaneciendo en el agua, *non aliter*

1. Rit Rom., de bapt.
2. Hist. Ecl. de ROBERT, lib. 88.
3. Rom., VI, 4.

*quam in aqua permanendo salvi sumus*¹; esto quiere decir, si entendemos esta figura, que, regenerados por el Bautismo, no podemos ser salvos más que guardando las santas promesas. Nacidos en el agua, permanecemos en el agua; hechos cristianos, procedamos como cristianos.

1. De bap.

LA CONFIRMACION

SERMON PRIMERO

Noción del Sacramento de la Confirmación, elementos que lo componen y efectos que produce

*Imponebant manus super illos et
accipiebant Spiritum Sanctum.
Act., c. 8, v. 17*

El hombre es regenerado por el Bautismo; ha adquirido una nueva vida en el agua y el Espíritu Santo. ¿Qué le falta? Lo que le falta a un niño recién nacido: el crecimiento. La vida de la gracia no debe ser más estacionaria que la vida de la naturaleza, a la cual ha venido a añadirse; la santificación recibida en el Bautismo no es más que un principio; necesario es que ese germen se desarrolle; tal es la ley de todos los gémines: *Qui in baptismo sanctificati sumus, in eo quoa caepimus, perseveremus*, dice un Padre antiguo.

Pero hay más todavía. Como se ha dicho precedentemente, el Bautismo, en su maravillosa eficacia, borra todos los pecados, el original y los actuales; hace más que cortarlos y arrasarlos solamente como en la superficie, *superficie tenus*, según dice el Catecismo Romano en la refutación que hace de los errores protestantes sobre este asunto; los destruye, nada deja subsistir de ellos, y remite la pena que les es debida, toda la pena eterna y toda la pena temporal. ¿Es esto de-

cir que, por medio del Bautismo, queda el hombre restablecido en su estado primitivo de naturaleza íntegra? En manera alguna; el pecado queda aniquilado, verdad es, pero el *fomes peccati*, la inclinación al mal permanece todavía y permanecerá hasta el fin; por consiguiente, este cristiano bautizado que tendrá que combatir con una muchedumbre de enemigos visibles e invisibles, necesita todo lo que un soldado en activo servicio debe poseer: fortaleza y armas.

Pues bien, ha sido provisto de ello; su perfeccionamiento como cristiano, su armamento como soldado, los hallará el bautizado en la Confirmación, verdadero sacramento ordenado a este doble fin, como lo veremos en esta instrucción y en la siguiente.

Si queréis recordarlo, al hablaros de los Sacramentos en general, de los elementos que los constituyen y de su funcionamiento, os dijimos que en todo sacramento hay *una materia, una forma, una institución divina, un ministro y efectos producidos*.

Pues bien, en la Confirmación, de la cual tratamos ahora, se halla todo esto: materia, forma, institución divina, ministro, efectos producidos.

La materia, esto es, el cuerpo del Sacramento, es el sagrado crisma. Se llama así una composición de aceite y bálsamo consagrados por el Obispo el Jueves Santo, en una ceremonia legítimamente considerada como una de las más importantes funciones litúrgicas. A la aplicación por manos del Obispo de este elemento sensible, una vez añadidas las palabras sacramentales, quiso Dios unir la gracia de la Confirmación, es decir, la gracia que hace fuertes y valientes a los cristianos.

La *forma*, o el alma del Sacramento, son las palabras que el Obispo pronuncia sobre el confirmando, al propio tiempo que impone la mano y hace la un-

ción: Son estas: *Signo te signo crucis, et confirmo te Chrismate salutis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Te marco con el signo de la cruz, y te confirmo con el crisma de la salvación, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Palabras admirables y del más elevado sentido. No sé qué impresión hacen sobre vosotros, ni si vuestros corazones laten al unísono con el mío; en cuanto a mí, pareceme ver un capitán de ejército obrando en nombre del general en jefe y reclutándole nuevos y juveniles soldados para incorporarlos a sus legiones.

La *institución*: con toda seguridad es divina. ¿Fue Jesucristo quien instituyó el Sacramento de la Confirmación? ¿Cómo? ¿Por sí mismo personalmente o por comisión encomendada a los Apóstoles? ¿Cuándo? ¿Durante su vida mortal, el día, por ejemplo, en que impuso las manos sobre la cabeza de los niños, o después de su resurrección, cuando prometió a los Apóstoles enviarles el Espíritu Santo? El Evangelio se calla sobre estas cuestiones, la Tradición casi se muestra muda, los mismos teólogos están divididos; mas no por esto es menos segura esta verdad. Siendo la Confirmación, como lo enseñan los teólogos y los concilios, y singularmente el de Trento¹, un rito sacramental que significa la gracia y la produce, por esto mismo lleva la marca de fábrica divina; su autor es el autor de la gracia, Jesucristo.

El *ministro*, por lo menos el ministro ordinario, aca-
bo de nombrarlo: es únicamente el Obispo. El mismo Concilio de Trento se pronunció sobre este punto anatematizando pretensiones injustificadas e injustificables². Por otra parte, esto es racional: como el Obis-

1. Sess. 7, can. 1.

2. *Ibid.*, can. 3.

po es el único que posee la plenitud del sacerdocio, conviene que sea el único que confiesa la plenitud de la vida cristiana. El Catecismo Romano explica esto con una comparación tan exacta como ingeniosa: Cuando se edifica una casa, las atribuciones de los obreros son distintas de las del arquitecto; los obreros preparan la piedra, el cemento, la madera, el hierro, todos los materiales que deben entrar en la construcción, pero cuando se trata de ordenar el plan del edificio, de armonizar sus partes, de darle su forma definitiva, interviene el arquitecto. Lo mismo ocurre con el edificio espiritual. Los ministros del segundo grado hacen el bosquejo, bautizan, catequizan, etc.; pero siendo la Confirmación como la terminación de la obra, corresponde al ministro del primer grado, al que posee la plenitud y perfección del sacerdocio, hacer el coronamiento y dar la última mano: *Ita etiam hoc Sacramentum, quo veluti spirituale aedificium perficitur, a nullo alio nisi a summo Sacerdote, administrari opus erat*.¹

¿Cuáles son los efectos de la Confirmación?

Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén, según leemos en el capítulo octavo de los *Hechos*, supieron que los samaritanos se habían convertido a la palabra del diácono Felipe y habían recibido el Bautismo, enviáronles a Pedro y a Juan. Al llegar éstos, impusieron las manos a los neófitos, y al punto aquellos nuevos cristianos recibieron el Espíritu Santo, *tunc imposuerunt super eos manus, et acceperunt Spiritum Sanctum*.²

Del mismo modo, cuando san Pablo hubo confiado a los cristianos de Efeso, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, *et cum imposuisset eis manus, venit Spiritus sanctus super eos*.³

1. Cat. Rom., cap. 17.—2. Act., VIII, 17.—3. Act., XIX, 6.

¿Queréis otro testimonio, una prueba más sensible aún y que hable a los ojos? Sin duda habréis asistido a una ceremonia de Confirmación, una vez como sujetos del Sacramento, y verosíblemente muchas veces como testigos; habréis visto al Obispo, vuelto hacia los confirmados, extender las manos sobre ellos, y decir: Dios Todopoderoso y eterno, que os habéis dignado hacer renacer por el agua y el Espíritu Santo a vuestros siervos aquí presentes, haced que descendáis sobre ellos vuestro espíritu septiforme, el Espíritu de sabiduría y de inteligencia, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de ciencia y de piedad; llenadlos del Espíritu de vuestro temor e imprimid en ellos por vuestra misericordia el signo de la cruz de Jesucristo¹.

La Sagrada Escritura y la Liturgia han hablado; la prueba está hecha. El Espíritu Santo, persona divina como el Padre y el Hijo, igual al Padre y al Hijo, coeterno con el Padre y el Hijo, es el que llega al alma del confirmado con la abundancia de sus dones y tal profusión de gracias, que, por el momento, hay que renunciar a explorar ese mundo de riquezas espirituales. Tal es el primer efecto del Sacramento de la Confirmación.

Hay también otro. Entre esas gracias casi innumerables, que tienen por principio y distribuidor al Espíritu Santo, hay una más especial, más particular, que hace de la Confirmación un sacramento aparte, absolutamente distinto del Bautismo, con el cual los herejes trataron de confundirlo. Así como, en el orden de la naturaleza, la talla, la fragilidad de los miembros, el vigor de los rasgos, distinguen un hombre de un niño, así, en el orden de la gracia, el confirmado difiere del simple bautizado. El Bautismo esboza al cristiano; la

1. Pontif. Rom.

Confirmación lo perfecciona y acaba. Desde este momento, fuerte y valeroso, exenta de las debilidades y timideces de la infancia, es apto para el servicio, tiene su puesto señalado en las filas de la sagrada milicia, debe luchar, porque puede hacerlo. He ahí la gracia propiamente dicha de la Confirmación, la gracia sacramental; es una gracia de fortaleza.

Los hechos responden a esta noción. ¿Qué eran los Apóstoles antes de ser confirmados? Porque, a decir verdad, la primera Pentecostés cristiana no fué más que una grande y solemne Confirmación, y el Catecismo Romano, siempre tan bien inspirado, exhorta mucho a los pastores para que se sirvan de este ejemplo, y aun para que se contenten con él, al hacer la exposición de la doctrina, *satis erit quid ipsi Apostolis evenient explicare*¹. ¿Qué eran? Eran tímidos, pusilánimes, sin fortaleza ni virtud; su misma cabeza temblaba a la voz de una mujercilla, *unius mulierculae voce territus*². ¿A qué insistir más? Bien conocida es esta historia. Pero tan pronto como fueron tocados por el Espíritu Santo, inundados del Espíritu Santo, *bautizados en el Espíritu Santo*³, iluminados con su luz, calentados con su fuego, ¡cuánto valor! Ya no hay persecución que los haga estremece, ni suplicio que los espante, ni tribunal que los atemorice, ni tirano que los intimide. Es que la gracia de la fortaleza obra en ellos, los hace hablar, padecer y morir, por la santa causa que abrazaron.

¿Y esos millones de mártires de toda categoría, de toda condición, de todo sexo, de toda edad, aun simples niños? ¿Y todos esos actos de heroísmo cristiano,

1. Cat. Rom., cap. 17.
2. *Ibid.*
3. Act., cap. 1.

todas esas virtudes sobrehumanas, todos esos prodigios de abnegación, que no cesan de producirse hace ya diecinueve siglos, de los cuales están llenos los anales eclesiásticos? ¿Quién sostenía los unos e inspiraba los otros? La gracia de la fortaleza, gracia propia de la Confirmación.

Viéneme ahora a la memoria un rasgo particularmente interesante de la vida del papa Pío IX, de gloriosa y santa memoria. Una esclava negra del fondo de América, llegad a Roma con sus amos, mostraba el mayor deseo de ver al Papa y recibir su bendición. Súpolo el bondadoso Pontífice y envió a la pobrecita un billete de audiencia. Era la víspera de Pascua; magnífica muchedumbre de visitantes, príncipes, embajadores, altos dignatarios, llenaban las antecámaras. Pío IX empezó por llamar a la negra. Hija mía, le dijo, muchos son los que esperan, pero he querido verte la primera. A los ojos del mundo apareces muy humilde e infima, pero puedes ser muy grande a los ojos de Dios. La entretuvo largo rato, la hizo hablar, y le preguntó si tenía alguna pena. ¿Penas?, respondió ella. ¡Ah, he tenido muchas, muchas penas! Pero desde que recibí la Confirmación, aprendí a aceptarlas como la voluntad de Dios¹.

Admirable contestación, que no hubiera podido oírse de la boca de una pobre negra, si sus fuerzas morales naturales no hubieran sido aumentadas con la gracia sacramental de la Confirmación.

Más hay un tercer efecto del Sacramento. Si concebido el Espíritu Santo con la abundancia de sus dones; si confiere una gracia que sólo a él pertenece, la gracia de la fortaleza, imprime, como el Bautismo, un carácter espiritual, inefable, pero diferente del prime-

1. Pío IX, por L. Veuillot.

ro. El Bautismo nos hace hijos de Dios, y nos marca como tales; la Confirmación nos matricula como soldados de Jesucristo, y nos incorpora a su milicia, con un signo propio, con una *tésera* especial, que sólo a este *Cuerpo* pertenece.

Si esto no fuera así, ¿cómo podría explicarse el calificativo de *soldado* aplicada a un cristiano, y el de servicio de guerra, *militia*, para designar la vida cristiana? Estos términos, por lo mismo que expresan una idea verdadera y un estado real, son tan antiguos como la Iglesia, y vienen a colocarse, como por sí mismos, bajo la pluma de los escritores sagrados y de los grandes Doctores.

He refido el buen combate, dice san Pablo, hablando de sí mismo, *bonum certamen certavi*¹.

En su primera epístola a su discípulo Timoteo, le dice: Cumple tus deberes de buen soldado, *miles in illis bonam militiam*².

Y en la segunda, añade: Trabaja como buen soldado de Jesucristo, *labora sicut bonus miles Christi Jesu*³. El que se alista en el servicio de Dios, añade, no se engolfó en los negocios del siglo, a fin de agradar a Aquel que le alistó, *ut, ut ei placeat cui se probaverit*⁴.

Dice también a los de Efeso: Revestíos de las armas de Dios, *induite Vos armaturam Dei*⁵, porque tenemos que combatir, no solamente contra hombres de carne y sangre, sino contra las potencias infernales, los príncipes de las tinieblas, y los espíritus de malicia que pueblan el aire⁶. Y poco después enumera, como quien conoce bien el asunto, las diversas piezas de esta armadura de género especial: el escudo de la fe, el casco

1. II TIM., IV, 7.
2. I TIM., I, 18.
3. II TIM., II, 3.

4. *Ibid.*, I, 4.
5. EPHES., VI, 11.
6. EPHES., IV, 12.

de la salvación, la coraza de la justicia, la espada de la palabra de Dios, el cíngulo que ciñe los riñones, que es la caridad, y aun el calzado o la agilidad en marchar por el camino del Evangelio de la paz¹.

Lo mismo hablan los grandes Doctores. Hemos sido hecho combatientes contra el demonio, dice san Agustín²; por eso Cristo nos ha ungido. La carne está marcada con el signo de la cruz, dice Tertuliano, para que el alma quede inmunizada contra los ataques del enemigo³.

A principios del siglo IV, un gran Papa, san Melquiades, escribía a los Obispos de España: Por el Bautismo hemos sido purificados, por la Confirmación, fortalecidos. Por el Bautismo hemos ingresado en el número de los hijos de Dios; por la Confirmación hemos sido inscritos en las listas de la sagrada milicia. La regeneración por el Bautismo basta para salvarnos en tiempo de paz, pero la Confirmación nos da armas para el tiempo de guerra⁴.

La antigüedad cristiana no nos ha dejado, en esta materia, un texto más hermoso que este.

Concluyamos. Hemos estudiado el Sacramento de la Confirmación en sus elementos constitutivos; materia, forma, institución y ministerio; en los efectos que produce y en el carácter que imprime, carácter que hace del confirmado un soldado de Jesucristo. Este Sacramento es verdaderamente admirable.

¿Tenéis que recibirlo, o lo habéis recibido ya?

Si lo habéis recibido, consideradlo como gran honor; conservad el Espíritu Santo que habita en vosotros; no lo extinguáis⁵, no le obliguéis a marcharse, no lo contristéis con vuestra resistencia⁶, no lo entibiéis con

1. EPHES., VI, 18.
2. Tract. 33 in JOANN.
3. De resurr. carn., cap. 8.
4. Epist. ad Episcop. Hispan.
5. I THES., V, 19.
6. EPHES., IV, 30.

vuestra languidez; conservad cuidadosamente los dones con los cuales vino a vosotros: la gracia santificante, ya preexistente, que os aumentó, la gracia sacramental, siempre dispuesta a obrar cuando su auxilio es útil, ya que, por su naturaleza, es una aptitud para hacer actos que estén en relación con el mismo fin del Sacramento; guardad en toda su pureza y en toda su integridad el carácter sagrado que grabó en vosotros, que es la marca distintiva del soldado de Jesucristo. Honradle, si podéis, tanto como él os honra. ¡Ah, cuán hermoso es el uniforme militar, cuando se lleva digna y valerosamente! Pero ¡cuán odiosa es su vista cuando ha sido deshonrado y envilecido por alguna cobardía o alguna felonía! ¡Cuán hermoso es el carácter que hace del cristiano un soldado de Jesucristo!

Si tenéis que recibir aún el Sacramento de la Confirmación, no descuidéis gracia tan señalada y favores tan grandes; esto sería haceros culpables y poner en peligro vuestra salvación. Seguramente que no habréis olvidado las palabras del gran Papa del siglo IV que citaba hace un momento: La regeneración por el Bautismo hasta para salvarnos en tiempo de paz, pero la Confirmación nos da armas en tiempo de guerra... Ahora bien, hoy en día ¿estamos en tiempo de paz o en tiempo de guerra? ¿En tiempo de paz con sus delicias? ¿En tiempos de guerra con sus horrores, o por lo menos con sus peligros? Por desgracia, no hay la menor duda: estamos en tiempo de guerra. Los enemigos nos rodean por todas partes; los hay a la derecha y a la izquierda, *a dextris et a sinistris*¹; afuera y adentro, *foris et intus*²; son visibles e invisibles, los primeros de carne y hueso, los

1. II Cor., VI, 7.
2. *Ibid.*, VII, 5.

segundos son esos espíritus malhechores de que nos habla el Apóstol, los cuales llenan el aire. Concedióse a un santo personaje³ el privilegio de ver un día toda la tierra cubierta de lazos por los espíritus infernales, y a las almas humanas prontas a caer en ellos, y muchas caídas, en efecto. Esto mismo ocurre también hoy; hoy, como en tiempo del santo anacoreta, estamos en tiempo de guerra; la guerra existe en todas partes; por consiguiente, jamás fueron más necesarias la Confirmación y las gracias que confiere.

Por consiguiente, si todavía no la habéis recibido, recibidla en tiempo oportuno, y preparaos para recibirla dignamente. La cantidad de gracias se mide por la cualidad de nuestras disposiciones; unos reciben más, otros menos, cada cual según el estado de su alma. Cuando Eliseo multiplicó las provisiones en casa de la viuda de Sarepta, en recompensa de la hospitalidad que en ella había recibido, el aceite del Profeta no cesó de correr más que cuando la mujer le dijo que no tenía ya vaso alguno para recogerlo, *respondit: non habeo vas, et stetit oleum*³.

Lo mismo ocurre con los Sacramentos en general, y con la Confirmación en particular: nos aportan la gracia en abundancia tal, que no tenemos en qué recibirla; pero si faltan los vasos, esto es, si no pedimos ya la gracia, o no la merecemos, suspende su curso: *non habeo vas, et stetit oleum*.

En vez de estrechar nuestros corazones, o de cerrarlos, dilatémoslos, y Dios los llenará, *dilatada os tuum, et implebo illud*...².

1. S. Ant., in Vita.
2. IV Reg., IV, 6.
3. Psal., LXXX.

SERMON SEGUNDO

Liturgia del Sacramento de la Confirmación

Resat nunc ut aliqua etiam de
ritibus et caeremoniis quibus in hoc
Sacramento administrando Catholica
Ecclesia utitur, breuiter prestringan-
tur.

Catech. Rom., c. 17

Son palabras del Catecismo Romano: Después de decir lo que es el Sacramento de la Confirmación, los elementos que lo componen, el ministro que lo confiere, los efectos que produce, el carácter que imprime, resta explicar los ritos y ceremonias que emplea la Iglesia Católica para administrarlo. Lo que precedentemente hemos visto, reaparecerá aquí, pero en su funcionamiento y aplicación. Creo que esta exposición será interesante, pero seguramente no dejará de ser instructiva. Empecemos.

Los confirmandos hallanse reunidos en el lugar santo; llevan sus vestidos de fiesta; su frente está limpia, y lo que vale más aún, su conciencia está purificada. Los padrinos hallanse también allí, pues su presencia es obligatoria; según una hermosa observación del Catecismo Romano, manifestamente inspirada por la idea de milicia vinculada en el Sacramento de la Confirmación, están allí como maestros de armas junto a los futuros militares, *qui gladiatorum diuinationem subeunt, alijus indigent, cuius arte et consilio doceantur, quanto magis fideles, cum Sacramento Confirmatur*.

*tionis in spiritu certamen descendant, ducis et montioris indigent*¹. Esto debe traducirse así: Si los que se destinan al oficio de las armas necesitan lecciones y consejos de un maestro, expeto en esta materia, ¿cuánto más no lo necesitará el cristiano convertido en soldado por la Confirmación, para que lo instruya y lo guíe antes de entrar en liza?

Por otra parte, el ministro del Sacramento está en el altar, con la mitra en la cabeza y revestido de sus ornamentos pontificales. Vuélvese a los confirmandos, y con las manos extendidas sobre sus cabezas, y con la mayor solemnidad de voz, pronuncia la invocación que ya conocéis, pero que, para mayor conocimiento del asunto, debo citar de nuevo: Dios Todopoderoso y Eterno, que os habéis dignado hacer renacer por el agua y el Espíritu Santo a vuestros servidores aquí presentes, haced que descienda sobre ellos vuestro Espíritu septiforme, Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad; llenados del Espíritu de vuestro tenor, e imprimid en ellos por vuestra misericordia el signo de la cruz de Jesucristo².

Tal es la primera ceremonia de la Confirmación, no menos instructiva que imponente.

Las dos manos extendidas dicen que el Divino Espíritu flota sobre la sagrada asamblea de los fieles, como flotaba, en los primeros días del mundo, sobre los elementos todavía confusos de la creación para fecundarlos, *Spiritus Domini ferebatur, super aquas*³.

Las solemnes invocaciones dicen quién es el Divino Espíritu, y qué profusión de gracias derivan de El para difundirse sobre las almas.

1. Cat. Rom., cap. 17.
2. Pontific. Rom.
3. GEN., I, 2.

Es un Espíritu de sabiduría, que nos hace amar todo lo que viene de Dios, o nos une a El: su Evangelio, su Iglesia, los Sacramentos, la oración, las obras de religión, el culto público, y comunica a estas cosas un sabor tal, que el alma enamorada no podría ya vivir sin El, ni gustar ninguna cosa si en ella no está Dios.

Es un Espíritu de inteligencia que, llevándonos mucho más lejos de lo que puede llevarnos la razón, o de lo que nos lleva la misma fe, nos inicia en los secretos de Dios, en el conocimiento de sus perfecciones, en las miras de su Providencia, en la razón de ser de sus actos en el gobierno del mundo, y hace discutir sobre estas cosas aun a las inteligencias menos ilustradas, con un golpe de vista tal, y una propiedad de palabra, que los mismos eruditos no alcanzan en grado igual. Respuestas hay en la boca de un niño, y resúmenes proporcionados por simples aldeanos, que sólo al precio de todos sus libros pueden comprar maestros en teología.

Es un Espíritu de ciencia, que nos enseña lo que más interesa al hombre saber, su principio y su fin. A decir verdad, ¿no es esta la única ciencia? Ignorar lo que somos, de dónde venimos, a dónde vamos, aun cuando supiéramos todo lo demás, sería no saber nada; pesar los elementos, para usar el hermoso lenguaje de san Agustín, medir con el compás la vasta extensión de los cielos, contar las innumerables estrellas que pueblan el firmamento, conocer estas cosas, y no elevarse, pudiendo y debiendo hacerlo, hasta el Cielo que las hizo, es ser más desgraciado, dice este gran Doctor, que los que las ignoran¹.

Finalmente, es un Espíritu de consejo, de fortaleza,

1. Confes., lib. 5, cap. 4.

de piedad, de temor de Dios: Espíritu de consejo que nos hace obrar o no obrar según las circunstancias, hablar o callarnos según la necesidad, que modera nuestra precipitación, o aguijonea nuestra lentitud, y, para terminar, nos conduce a nuestro fin por la vía más corta y los medios más seguros; Espíritu de fortaleza que nos une a Dios y al deber de un modo invencible, y, si fuera preciso, nos pondría en la boca estas palabras de un antiguo mártir a sus jueces: Soy cristiano; he ahí mi nombre; soy católico, he ahí mi apellido; el uno me designa, el otro me distingue; Espíritu de piedad que nos hace ver en Dios un padre; habéis recibido el Espíritu de adopción, nos dice el Apóstol, y merced a este Espíritu, gritamos: ¡Padre, Padre!... y cumplimos todo lo que pertenece a su servicio con la facilidad y espontaneidad de un corazón tierno, generoso, que saca sus inspiraciones de su abnegación; Espíritu de temor de Dios, que nos hace evitar con celoso cuidado todo lo que puede ofender a nuestro Padre, no por temor al castigo, que sería el temor del mercenario a sueldo, sino porque, en el sentido del Espíritu Santo, que se hace nuestro, no hay desgracia comparable a la de no complacerlo; es el temor reverencial, filial; menos es el temor que el amor.

He ahí las gracias múltiples de este Espíritu separator. ¿Teníamos razón al llamarlas, en la precedente instrucción, todo un mundo de riquezas espirituales? Pues bien, la primera ceremonia de la Confirmación es la que nos las hace sensibles y tocar, por decirlo así, con el dedo.

Una vez terminadas la imposición de las manos y la oración que la acompaña, abandona el Obispo el altar rodeado de sus sacerdotes. ¿Cómo te llamas?, pre-

1. Rom., VIII, 15.

guntar a cada uno de los confirmados... y mojado en el Santo Crisma el pulgar de la mano derecha, de esa mano cargada de bendiciones, traza una cruz en la frente, al mismo tiempo que pronuncia las palabras sacramentales: *Te marco con el signo de la cruz, y te confirmo con el Crisma de la salvación, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*; luego abofetea suavemente la mejilla del confirmado, y le dice: La paz sea contigo, *Pax tecum*¹.

A primera vista, todo esto es muy sencillo, pero, repitiendo una observación que ya hemos hecho, si en materia sacramental los signos son vulgares, las cosas significadas son importantísimas; no lo son menos que las otras, por lo que es necesario ponerlas de relieve.

En primer lugar, el Santo Crisma, del que hemos dicho que es una composición de aceite y bálsamo.

El aceite tiene la virtud de extenderse, de penetrar de parte a parte los objetos que toca; significa, en la Confirmación, que el Espíritu Santo entra en el alma, la ocupa enteramente y la llena de la abundancia de sus gracias. El aceite tiene también la virtud de dulcificar, de suavizar, y no menos la de fortalecer. Por eso los antiguos atletas tenían buen cuidado de frotarse con aceite antes de descender a la arena, a fin de dar mayor flexibilidad a sus miembros y más vigor al conjunto. Por consiguiente, en la Confirmación, el aceite significa que el Espíritu Santo suaviza con su gracia lo que tiene de penosa la ley de Dios, y da también fuerza para triunfar de los enemigos de la salvación. No habéis olvidado las palabras de san Agustín: Jesucristo nos ungió para hacer de nosotros atletas y luchadores contra el demonio; como tienen aquí una aplicación más directa, citamos estas palabras en su

1. Pontific. Rom.

idioma original: *Ideoque nos unxit Christus, quia luciferos contra diabolum, nos fecit*¹.

Las propiedades del bálsamo, que entra como parte en la mixtura que llamamos Crisma, no son menos significativas. El bálsamo difunde un olor agradable, penetrante, y recuerda al confirmado que, convertido ya en perfecto cristiano, debe llevar con él a todas partes el buen olor de una vida santa, irreprochable, que sea como una lejana, pero real emanación de Jesucristo, su Maestro, *bonus odor Christi*².

A la suavidad de su aroma, añade el bálsamo la virtud de combatir eficazmente la corrupción, de neutralizar sus efectos, de detener sus invasiones. Esto es también un símbolo expresivo. La Confirmación guarda a las almas del contagio de los malos ejemplos, expulsa las miasmas pestilenciales de las doctrinas pervertidas, y mantiene la integridad de las creencias y la pureza de las costumbres.

Queda explicada la Unción; pero ¿por qué se hace en forma de cruz? Porque la cruz es por excelencia el signo del cristiano, y como su bandera, lo cual había, decir a san Pablo: No permita Dios que me glorifique jamás en otra cosa que en la cruz de Jesucristo³. ¿Por qué en la frente? Porque la frente es la parte del cuerpo más noble y aparente, y porque en ella, por consiguiente, debe plantarse la bandera, como en la cumbre más visible se fija el signo de reunión en los combates.

Pero la frente no es tan sólo la parte más elevada del cuerpo, sino también el asiento del temor y de la vergüenza. El temor la hace palidecer, la vergüen-

1. Tract. 33 in JOANN.

2. II COR., II, 15.

3. GALAT., VI, 14.

za la hace entrojecerse. Así, pues, al trazar la cruz sobre la frente del confirmado, es como si el Obispo le dijese: Joven soldado de Jesucristo, no tengas vergüenza ni miedo. Ríñe el buen combate siempre que la santa causa por la cual has sido armado, sea atacada; anime el atrevimiento y una santa audacia, y para emplear la frase más energética aún de san Agustín, ponte en guardia para defenderla, *frontosus esto, cum audis opprobium de Christo*¹.

Finalmente, nada hay, incluso la ligera bofetada que da el Obispo al confirmado, que no tenga su significación. Algunos autores no han querido ver en ella más que un gesto de paternal afecto. Pues bien, no, se han engañado; la Liturgia no conoce esas pequeñas cosas. Ese gesto es realmente una bofetada, y también una lección. En la estimación de los hombres, la bofetada fué considerada siempre como la suprema injuria; pegar a alguien en el rostro, es suscitar en el alma todos los borbotones de la cólera; se necesita una fuerza sobrehumana para calmar al alma insultada en sí misma. Conocido es el rasgo siguiente: un soldado cristiano, Cristóbal, recibe, al pasar por la plaza pública, un bofetón: ¡Muera el cobarde agresor, grita la muchedumbre indignada; mávalo, mávalo!... Cristóbal es legionario, y su primer movimiento es echar mano a la espada; pero Cristóbal es discípulo de Jesucristo, no me nos que legionario, y recuerda la bofetada que un criado dió a su Maestro. Entre tanto la muchedumbre grita más que nunca: ¡Mávalo, mávalo!... Lo haría, responde Cristóbal con la serenidad de un alma dueña de sí misma, si no fuera cristiano, *facere si non esse Christianus*².

1. In Psal. LXVIII.

2. Citado por Ventura, 11.^a conf. sur la Passion de Jesus-Christ.

¿Veis ahora la significación de la bofetada que forma parte del ceremonial de la Confirmación? Es como si el Obispo dijera al confirmado: Acabo de hacerte cristiano perfecto; no sólo deberás portarte como tal, sino también sufrir por Jesucristo burlas, sarcasmos, y quizás toda suerte de oprobios. Te pruebo para ver si sabrás soportar todas estas cosas con la calma de un alma fuerte y serena, que sabe elevarse con santa arrogancia a una región superior y en adelante incesible.

No dudéis que tal es la verdadera significación de la bofetada que recibe el confirmado; es la primera prueba de su valor, y como el primer fuego del combate. Quedan explicadas, si no todas, por lo menos las principales ceremonias de la Confirmación. Sólo añadiré unas palabras de san Ambrosio.

Dirigiéndose a los neófitos recientemente bautizados y marcados con el sello del Espíritu Santo, porque en aquella época, y quizás mucho tiempo después, la Confirmación seguía inmediatamente al Bautismo, decía san Ambrosio: *Accepistis signaculum Spiritus, Spiritum sapientiae et intellectus, Spiritum consilii et virtutis, Spiritum cognitionis atque pietatis, Spiritum sancti timoris, servate quod accepistis*¹. Habéis recibido el sello espiritual, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de ciencia y de piedad, el Espíritu de temor de Dios; conservad lo que habéis recibido, *servate quod accepistis*.

Pues bien, os digo lo mismo.

Muy pronto recibiréis, o ya habéis recibido el Sacramento de la Confirmación; habéis sido hechos perfectos cristianos, continuad siendo lo que habéis sido

1. De mysteriis, cap. 7.

hechos, cristianos generosos, cristianos esforzados y valientes, cristianos que no se avergüenzan de serlo, ni temen de serlo, *servate quod accepistis*.

En las *Actas* de los mártires de Lión leemos que un diácono, santo de vida y de nombre, pues se llamaba *Sancius*, llevado ante el tribunal del proconsul, contestaba invariablemente a todas las preguntas: Soy cristiano. —¿Cómo te llamas? —Soy cristiano. —¿De dónde eres? —Soy cristiano. —¿Cuál es tu profesión? Soy cristiano¹.

He ahí, en verdad, un cristiano que era un perfecto cristiano, un verdadero confirmado; he ahí un cristiano cuyo corazón estaba lleno de generosidad, y de vigor sus labios; he ahí un cristiano que, repitiendo las hermosas palabras de san Agustín, estaba en guardia, animado de una santa audacia, *frontosus esto, cum audis opprobrium de Christo*.

Imitémosle, y, como ese valeroso mártir, cuyos nobles sentimientos y santas respuestas acabo de expresar, seamos verdaderos confirmados, verdaderos cristianos, cristianos de palabra y de acción, cristianos de nombre y de profesión... y obtendremos la paz.

La paz que el Obispo desea para el recién confirmado. *Pax tecum*.

La paz que es uno de los doce frutos que el Espíritu Santo madura al suave sol de su caridad².

La paz, que llena primeramente el alma, para irradiar después en la serenidad de la frente, en la limpidez de la mirada, en la modestia de los movimientos, en la suavidad de las palabras.

La paz que supera a todo sentimiento, como dice san Pablo³, que, según san Agustín, es un gran bien,

1. EUSEB., Hist. Eccl. libro 7.º.
2. Galat., V, 22.
3. PHILIP., IV, 7.

y que, entre las cosas de la tierra y del tiempo, nada hay más dulce de oír pronunciar, nada más digno de ambicionar, nada mejor de encontrar, *tantum est pacis bonum, ut etiam in rebus terrenis atque mortalibus, nihil gratius soleat audiri, nihil desiderabilis concupisci nihil possit melius inveniri*¹.

Mas esta paz, en el estado de las cosas presentes, y mientras pese sobre nosotros un servicio de guerra, no es ni puede ser toda la paz, la paz entera, definitiva. Habiendo combatido ayer, tendremos que combatir también mañana. La paz aquí no es más que una tregua, una suspensión de armas. Las victorias logradas, no son más que prenda suficiente de victorias futuras. Aunque ya vencidos, dice san Agustín, y aun que lo fuesen mil veces, no dejarán los enemigos gozar del triunfo con plena seguridad. Para inutilizarlos, es siempre necesaria la inquieta vigilancia del vencedor, *illa quae victa sunt, nondum securo triumphantur otio, sed adhuc sollicito premuntur imperio*².

La paz final, definitiva, sin temor a nuevas hostilidades, toda la paz, no existe más que en el cielo...

1. De Civit. Dei, lib. 19, n.º 11.
2. De Civit. Dei, lib. 19, n.º 27.

LA EUCARISTÍA—SACRAMENTO

SERMON PRIMERO

Profecías, figuras, promesas de la Eucaristía, su institución, nombres que lleva

Ex omnibus sacris mysteriis quae in nobis tanquam divinae gratiae certissima instrumenta Dominus nos- ter commendavit, nullum est quod sanctissimo Eucharistiae Sacramento comparari queat.

Catech. Rom., c. 18

Para vivir, hay que nacer primero; después de nacer, hay que crecer; ya crecido, para crecer más aún, un alimento substancial y fuerte es necesario. Pues bien, lo que ocurre con la vida corporal, ocurre con la espiri- tual: nacemos, crecemos, nos alimentamos. Nacemos por el Bautismo; crecemos por la Confirmación, nos ali- mentamos por la Eucaristía.

Habiendo ya expuesto los dos primeros Sacramentos, el orden natural y lógico exige que hablemos ahora del tercero, la Eucaristía. Asunto grave como ninguno, Sa- cramento santísimo, como lo llama el Catecismo Romano, de tal modo grande, ya lo consideremos en sí mismo y en su esencia propia, ya en su eficacia como instrumento ministerial de la gracia, que ningún otro puede compa- rárselo.

Procuraremos decir mucho de él, pero con la consi-

deración de que, por mucho que digamos, quedará toda- vía mucho más por decir.

Empezaremos con una instrucción que no será más que preliminar, como una ojeada general.

Puesto que no debemos hacer más que bordear el asunto, sin entrar en él todavía, diremos, en primer lu- gar, que la santísima Eucaristía, como todas las grandes obras de Dios, fué anunciada muchos siglos antes.

Citaré algunos de los profetas eucarísticos: Isaías, el príncipe de los videntes, mostrando a las miradas de to- dos los pueblos un festín dispuesto por el Señor en las montañas de Sión, festín compuesto de víctimas opimas, en el que corría un vino purísimo, *et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium vindexiae defaecatae*¹—el autor inspirado de los Pro- verbios, poniendo en boca de la divina Sabiduría esta invitación dirigida a convidados privilegiados: Venid a comer mi pan y el vino que os he preparado, *venite, co- medite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis*² —David, el divino Salmista, diciendo a Dios en lenguaje lírico: Señor, habéis puesto ante mí una mesa magnífica- mente servida, para defenderme de los que me persi- guen, *parasti in conspectu meo mensam, adversus eos qui tribulant me*³. Según san Ambrosio, los recién bauti- zados iban en su tiempo a recibir la sagrada Comunión cantando este salmo XXII, del cual son las palabras que acabamos de citar⁴.

Dire, en segundo lugar, que la santísima Eucaristía ha sido señalada en el curso de los siglos, lo mismo cuando imperaba la ley de naturaleza, que cuando regía la ley escrita, por anttipos o figuras no menos expresivas que

1. Isa., XXV, 6.
2. Prov., IX, 5.
3. Psal., XXII.
4. De mysteriis, cap. 8.

las mismas profecías: el árbol de la vida del paraíso terrenal; la oblación de Melchisedech, rey de Salem, o de paz; el pan que llevó a Elías un ángel en el desierto; los panes de la proposición guardados en el Tabernáculo de la ley antigua, todo esto son figuras eucarísticas; también lo son la inmolación de Isaac, el Cordero pascual, el maná que alimentó al pueblo escogido, como lo canta uno de nuestros grandes Doctores, al que podríamos llamar Doctor eucarístico, si ya no fuera conocido en la Iglesia con un nombre distinto:

*In figuris praesignatur,
Cum Isaac immolatur,
Agnus paschae deputatur,
Datur manna Patribus¹.*

En los siglos de fe no es raro ver a la iconografía cristiana representar, por medio de la pintura en tela o en vidrio, el maná descendiendo del cielo, no como aparece descrita en el capítulo XVI del Éxodo, sino como una lluvia de hostias eucarísticas, de la forma y dimensiones usadas en la época, y, para que nadie pudiera llamarse a engaño, marcadas con una cruz.

En tercer lugar, diremos que, aproximándose el tiempo en que las sombras iban a desaparecer para dar lugar a las divinas realidades, Jesucristo Salvador hizo de la Eucaristía una promesa solemne, mil veces más significativa que las antiguas figuras.

Después de inaugurar su misión con un milagro que afirmaba en alto grado su facilidad en transformar las substancias²; después de hacer luego otro todavía más sorprendente que el primero, y muy propio para demostrar que operaba con no menos imperio sobre las cua-

1. In fest Corp. Dom.
2. Joann., cap. II.

lidades para multiplicarlas, que sobre las substancias para cambiarlas¹, al día siguiente de este segundo milagro, dijo a la muchedumbre que acababa de saciar de pan, y se mostraba ávida de escuchar sus palabras: "Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo; quien comiere este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi misma carne, la cual, daré yo para la vida del mundo..." Poco después, confirmando estas primeras palabras con otras más graves todavía, se expresaba así: "En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. No sucederá como a vuestros padres, que comieron el maná, y ello no obstante, murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente"².

El discurso del Salvador es mucho más largo; cerca de cuarenta versículos forma su trama; casi llena enteramente el capítulo VI del Evangelio de san Juan, mas por lo que acabo de citar de él, lo cual es suficiente, claro se ve que se ha dado un gran paso; la Eucaristía está cerca; entrevista hasta aquí en la penumbra de las profecías, y de las figuras, acaba de dibujarse más claramente y con mayor relieve.

Pero esto no basta. No basta saber que la Eucaristía fué predicha, anunciada, figurada, prometida, sino que

1. Joann., cap. VI.
2. *Ibid.*, cap. VI, v. 49 y 50.

los pastores tienen todavía, que cumplir un deber más grande, pues deben explicar con el mayor cuidado la institución de este Sacramento, *in primis huius sacramenti institutionem fidelibus explicent pastores*. Así se expresa el Catecismo Romano, y uniendo el ejemplo al precepto, añade el relato evangélico: "Habiendo el Señor amado a los suyos de este mundo, hasta el fin los amó, y para darles una prueba enteramente divina y admirable de este amor, *amoris divinum aliquod atque admirabile pignus*, cuando vió que era llegada la hora de pasar de este mundo a su Padre, escogió, para permanecer entre los suyos, un medio incomprensible, infinitamente superior a todas las cosas naturales, *inephicabile constitum quod omnem naturae ordinem et conditionem superat*. Después de celebrar la Pascua comiendo con sus discípulos el Cordero pascual, queriendo, en fin, poner la verdad en lugar de las figuras y la realidad en el puesto de las sombras, tomó el pan, lo bendijo, dió gracias a Dios, lo partió y lo dió a sus discípulos diciendo: *Ecce, mand y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros; haced esto en memoria mía*. Luego tomó del mismo modo el cáliz, después de cenar, y dijo: *Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por vosotros, y para muchos en remisión de los pecados; cada vez que bebiereis, hacedlo en memoria mía*."

Tal es el relato de la Institución eucarística. Sin duda alguna, este relato es admirable en su sencillez; la historia del género humano no ofrece nada parecido, ni semejante; ninguna inteligencia un tanto reflexiva admitirá la menor sospecha acerca de su admirable verdad y grandeza; contando a san Juan, el Evangelista de la promesa, y es de justicia contar con él, y a san Pablo, quien

1. Cat. Rom., cap. 18.

declara que el Señor mismo le manifestó lo que refiere, *ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis*! cinco historiadores dan testimonio de la exactitud del hecho: san Marcos, san Lucas, san Pablo, son absolutamente contemporáneos del acontecimiento; los otros dos, san Mateo y san Juan, fueron testigos y auxiliares de él; estos últimos vieron las personas y oyeron las palabras; más todavía, tomaron parte activa en el hecho, comieron del pan sagrado convertido en carne del Salvador, y bebieron del vino que llenaba el cáliz, al cual la palabra del Maestro acababa de cambiar, en su sangre.

Pero lo que debe interesarnos más aún, a nosotros, que solamente hemos copiado el relato evangélico para sacar de él una gran enseñanza, es lo siguiente:

El Sacramento queda instituido...; había sido predicho, figurado, prometido; mas al presente, está instituido. Todos los elementos que constituyen un sacramento, hallanse en él, y unidos los unos con los otros por un lazo en adelante indisoluble, forman un todo sacramental, que es ciertamente la obra más hermosa salida de las manos de Dios.

Hállase en ella la *materia*: habiendo empleado Jesucristo el pan y el vino, estos elementos proporcionarán la materia del Sacramento. Pan y vino... Dios con toda su sabiduría ¿hubiera podido escoger nada más propio a su gran designio? Teniendo Jesucristo el proyecto de instituir un Sacramento para la refacción de nuestras almas, ¿podría simbolizarla mejor que con las substancias destinadas a alimentar en nuestros cuerpos la fuerza, el calor y la vida?

También se halla en ella la *forma*: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza... Estas palabras que Jesucristo pronuncia el día de la Institución, y repetirá millones de veces hasta la consumación

1. I Cor., XXIII, 11.

ORACIÓN - 7

de los siglos por medio de los depositarios mortales de su sacerdocio inmortal, son verdaderas y serán eficaces, obran y obrarán lo que expresan; por la virtud que recibieron de su Autor, transubstanciarán el pan y transubstanciarán el vino; el pan se convertirá en el cuerpo de Jesucristo, en su verdadero cuerpo; el vino se convertirá en la sangre de Jesucristo, en su verdadera sangre, tan realmente presente en el cáliz de la consagración, como real y presente era cuando corría a borbotones de las venas desgarradas del Hombre-Dios, y de sus arterias rotas en el día de su pasión. De los elementos primitivos solo quedará la apariencia, es decir, lo necesario para que el Sacramento subsista y permanezca signo sensible

¿Y los efectos...? Todo Sacramento produce efectos, y ciertamente no faltarán aquí. La gracia será conferida. ¿Sería posible que no lo fuera? ¿Habrá necesidad de repetir las palabras de Jesucristo, que expresan la cualidad y medida de la gracia, sobre todo desde que la promesa se convirtió en hecho consumado y en impercedera realidad: Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él...? ¡Oh excelente banquete, como canta la Iglesia en el que Cristo es comido, y el alma llena de gracias, *O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, mens impletur gratia!* ¿En dónde hallar efectos semejantes, ni siquiera aproximados?

Para este Sacramento, como para todo otro, hay ministros que lo confectioan y confieren... Tales fueron los Apóstoles, hechos sacerdotes en aquella solemne circunstancia; lo que el Maestro hizo con ellos, podrán y deberán hacerlo ellos a su vez, *hoc facite in meam commemorationem*²; tomarán el pan y pronunciarán las pa-

1. Off. SS. Sac.

2. Luc., XXII, 19.

labras; tomarán el vino y pronunciarán las palabras; lo que ellos hicieron, lo harán sus sucesores, investidos del mismo poder, encargados del mismo deber, y el Sacramento no perecerá jamás.

Para este Sacramento, como para cualquier otro, se necesitan también sujetos que lo reciban... Tales fueron igualmente los Apóstoles: Comed y bebed, les dijo Jesucristo, *comedite et bibite*¹; y después de los Apóstoles, sus sucesores, que tendrán, como sus antecesores, el poder de conferir el Sacramento por sí mismos, *quibus sic committit ut sumant*, y de conferirlo a los otros, *et dent ceteris*². ¿Quiénes serán los otros? Todos aquellos por los cuales el Salvador Jesús padeció y murió en la cruz, todos los rescatados por la virtud de su sangre, todos ellos tendrán el derecho de vivir de Dios por la Eucaristía, todos los nacidos de Dios por el Bautismo.

Ahora, pues, que el Sacramento está hecho, constituido con todos sus elementos, provisto, si me atrevo a decirlo, de todos sus órganos de funcionamiento, ¿qué queda por hacer? ¿Os atreveríais a calificar de ociosa la pregunta? Falta decirlo y lo diré. Falta que nazca y se pague la Iglesia, que se forme la lengua teológica y litúrgica; para el Sacramento incomparable instituido por el Salvador Jesús, ¡qué magnificencia, qué opulencia de nombres! Brotan como por sí mismos de la pluma de los Doctores y de los labios de los fieles. Las antiguas profecías y figuras del Sacramento, el lugar y las circunstancias de su Institución, su materia y su forma, su substancia propia y sus maravillosos efectos, cada una de estas cosas le proporciona uno o varios nombres, antes varios que uno solo.

De las antiguas profecías y figuras que previamente lo

1. MATTH., XXVI, 26 y 27.

2. Off SS. Sac.

habían señalado, se llamará: el verdadero Maná descendido del cielo, el verdadero Pan de la proposición, el verdadero Cordero pascual.

Del lugar y circunstancias de su Institución, se llamará: la Cena dominical, la comida celestial, la divina cena, y sobre todo la Eucaristía, porque, en el momento de instituirlo, elevó el Señor sus ojos y sus manos al cielo, y dió gracias a Dios, su Padre¹.

De la materia y de la forma que sirven para confeccionarla, se llamará: Cáliz de bendición, Pan de vida, Pan descendido del cielo, Pan de los ángeles, Pan de los hijos, porque, destinado únicamente a los hijos de Dios, arrojado a los perros, sería un crimen inexplicable; bendición, santificación, elogio, porque, bendecidos y santificados, el pan y el vino serán consagrados por la palabra sacramental que obrará lo que expresa.

De su propia substancia, oculta tras el velo de los elementos sensibles, se llamará: lo que es bueno por excelencia, *to ardeon*, la carne del Señor, la sangre de Jesucristo, el cuerpo santísimo. La fiesta que será sustituida en el curso de los siglos, para tributar al Santísimo Sacramento el culto de suprema adoración que le es debido, será llamada por la Liturgia la fiesta del *Corpus Christi*.

De sus maravillosos efectos y de las gracias innumerables que producirá en los que lo reciben, se llamará: la Comunión, el Viático, el Antídoto de la salvación, las Arras de la vida futura, la Semilla de la resurrección, la Vida... En tiempos de san Agustín, los cristianos de Africa sólo daban a la Eucaristía el nombre de Vida²; así, en vez de decir como nosotros: ¿Has comulgado? decían: ¿Has recibido la Vida?; y así, el gran Doctor,

tomando este lenguaje para convertirlo en el suyo propio, dirá a su pueblo: Comed la Vida, bebed la Vida, *munda vitam, bibe vitam*¹.

Terminemos. Esta materia no tiene fin, jamás la agotaríamos. Ninguna otra cosa santa ha sido, ni lo será jamás, denominada con tanta magnificencia de lenguaje, porque ninguna otra obra de Dios es, ni será jamás, comparable a ésta. Es la obra maestra salida de sus manos. Por poderosa que sea, y por grande que sean los tesoros de su bondad, Dios no podrá hacer nada más grande, nada mejor.

1. Para más detalles véase la historia dogmática, litúrgica y arqueológica del Sacramento de la Eucaristía, por Julio Corbét, t. I, cap. 4.

1. Luc., XXII, 17.
2. De peccat, remis, lib. I, cap. 34.

repetir así las de la Promesa, como las de la Institución de la Santísima Eucaristía.

Las palabras de la Promesa, son: Yo soy el pan que ha descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente. Y el pan que yo daré, es mi carne, que será entregada para la salvación del mundo. Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida¹.

Las palabras de la Institución. Un año había pasado desde el día de la Promesa; cumplidos los tiempos, prepárase Jesús para acabar su misión en este mundo. Era el quinto día de la última semana de su vida mortal, el primero de la Pascua judía. Llegada la noche, después de comer con sus Apóstoles el Cordero pascual, toma el pan, lo bendice, lo parte, y lo ofrece a los Apóstoles. Tomad y comed, les dice; este es mi cuerpo. Del mismo modo, toma el cáliz, lo bendice, lo ofrece a los Apóstoles, y les dice: Tomad y bebed; esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de sus pecados².

He ahí las palabras de Jesucristo; son claras, precisas, evidentes, dice el Catecismo Romano, siguiendo al Concilio de Trento, *perspicua et clara sunt Salvatoris nostri verba*. Aunque se pasen por la criba, aunque se las martirice cuanto se quiera, una después de otra o todas juntas; por mucha que sea la violencia que se las haga, sea la que sea la prueba o la tortura a que se las someta, jamás darán un sonido distinto del suyo propio, es decir, jamás ofrecerán otro sentido que el sentido natural que expresan, sentido que las más elementales leyes del lenguaje no permiten, ni permitirán jamás, que sea distinto de éste: Esto, lo que yo os ofrezco, es mi

SERMON SEGUNDO

La presencia real de Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía

Hoc est corpus meum...
Hic est sanguis meus...
Math., c. XXVI

El 11 de Octubre de 1551, abrió el santo Concilio de Trento su memorable décimotercia sesión con estas solemnes palabras: *Principio docet sancta Synodus, et aperte et simpliciter profitetur, post panis et vini consecrationem, Dominum nostrum Jesum Christum, verum Deum atque hominem, vere, realiter et substantialiter, sub specie illarum rerum sensibilibus contineri*¹. En primer lugar, el santo Concilio enseña y profesa abierta y simplemente que el augusto Sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está contenido verdadera, real y substancialmente en las especies de estas cosas sensibles.

No es posible expresarse mejor; así, pues, bajo los auspicios de esta grandiosa declaración, vamos a sentar hoy esta verdad fundamental: la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Aunque sólo se necesite un pequeño esfuerzo de memoria, para recordar las palabras de Jesucristo, voy a

1. Sess. 13.

1. JOANN., VI, 56.
2. MATH., XXVI, 26, 27 y 28.

cuerpo... mi verdadero cuerpo, no la figura de mi cuerpo; esto, lo que contiene este cáliz, es mi sangre... mi verdadera sangre, no la figura de mi sangre; y este verdadero cuerpo es un alimento verdadero, y esta verdadera sangre es una bebida verdadera, *curo ma vere est cibus, et sanguis meus vere est potus*¹.

No sigamos: estas pocas palabras bastan, y quizás no resumen del todo mal los casi innumerables infolios escritos sobre esta materia.

Después del Maestro, los Apóstoles del Maestro... san Pablo, que ciertamente no es el menor de sus intérpretes, ni el menos autorizado de sus órganos, habla como el Maestro. Escuchémosle.

Acaba de preguntar a los corintios si el cáliz de bendición que bendecimos no es la comunicación de la sangre de Jesucristo, y si el pan que partimos no es la participación del cuerpo de Jesucristo. Hecho esto, recuerda la institución de la Eucaristía en la última Cena, describe todas las circunstancias de ella, como los mismos Evangelistas, y en los mismos términos, y luego, pasando a las consecuencias prácticas, dice: Por tanto, examínese a sí mismo el hombre, y de esta suerte coma de aquel pan, y beba de aquel cáliz. Porque quien lo come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación, no haciendo el debido discernimiento del cuerpo del Señor. Y añade: De manera que cualquiera que comiere este pan, o bebiere indignamente el cáliz del Señor, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor, *reus erit corporis et sanguinis Domini*².

¿Porqué palabras tan graves, mandamientos tan solennnes, amenazas tan terribles? ¿Qué discerni-

1. JOANN., VI.
2. I COR., XI, 27.

nimiento hay que hacer del cuerpo del Señor, si el cuerpo del Señor no está allí? ¿Cómo podrán hacerse reos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, si el cuerpo y la sangre de Jesucristo están ausentes? ¿Podría decir san Pablo, sin cometer un abuso irritante de lenguaje, y sin caer en una escandalosa exageración, que el que comulga indignamente come y bebe su propia condenación, si el pan continuara siendo pan, y el vino, vino, y si el uno y el otro no tuvieran otra propiedad que la de ser signos? ¿Qué signo produjo nunca semejantes efectos? Por confesión de todos, el Cordero pascual era un signo; pues bien, ¿se le ocurrió jamás a ningún escritor sagrado decir que quien lo hubiera comido en mal estado de conciencia, hubiera comido su propia condenación?

Habló Jesucristo, habló san Pablo; la Iglesia, sociedad docente por designación, hablará a su vez. ¿Qué concordancia de testimonios! ¡Cuán admirable concierto! ¿Qué verdad obtuvo jamás semejante unanimidad de suffragios? Recojámoslos, no todos, pues no podríamos hacerlo, sino limitándonos a los cuatro primeros siglos, ya para no excitar al poeta que dijo: *Demasiadas citas engendran demasiado hastío*, ya sobre todo porque nuestros contradictores nos hacen el honor de rendir a la Iglesia el testimonio de que no erró durante este período.

En el siglo primero, dice san Andrés al procónsul de Acacia, antes de ser martirizado por orden de éste, que diariamente ofrece en el altar el Cordero inmaculado, y que el pueblo fiel come la carne y bebe la sangre de la Víctima santa¹. San Ignacio, discípulo de san Pedro, y su sucesor en la sede de Antioquía, quiere que

1. Act. mart. s. And. ap. Migne.

sean considerados como hijos de iniquidad los que no confiesen que la Eucaristía es el verdadero cuerpo de Jesucristo.¹

En el siglo segundo, san Ireneo, obispo de Lión, discípulo de san Policarpo, quien lo fué de san Juan, enseñaba que el pan y el vino, cosas multiplicadas por la sabiduría de Dios para uso de los hombres, cuando reciben la palabra de Dios, es decir, la consagración, se convierten en la Eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Jesucristo.² San Justino, en su sabia *Apología del Cristianismo*, dirigida a los mismos emperadores romanos, después de hablar de la consagración del pan y del vino, añade: Llamamos a este alimento Eucaristía; no lo tomamos como un pan común, ni como una bebida ordinaria, sino que, así como el Salvador tomó carne y sangre por nuestra salvación, hacemos profesión de creer que este alimento sobre el cual se han pronunciado las palabras de Jesucristo, se convierte en la carne y en la sangre de Cristo.³

En el siglo tercero, Tertuliano, ilustre sacerdote de Cartago, dice, con incomparable vigor de expresión, que la carne es alimentada con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, para que nuestra alma se nutra de la substancia misma de Dios.⁴ Orígenes el más sabio de los exégetas, dirigiéndose a los iniciados, les recuerda que, tomando el pan y el vino eucarísticos, comen y beben el cuerpo y la sangre del salvador Jesús.⁵ San Cipriano, Doctor y mártir de la fe, enseña que el pan que Jesucristo dió a sus Apóstoles era, no una figura, sino una realidad, el verdadero cuerpo de Cristo.⁶

Llegamos, finalmente, al siglo cuarto, siglo de las gran-

1. Epist. ad Smvr., n. 7.
2. Contra haeres., cap. 17 y 32.
3. Apol. 1, n. 66.
4. De resur. carn., cap. 8.
5. Homil. 9, in Levit.
6. De coena Domini.

des luchas doctrinales. Escuchad a san Hilario, el incomparable teólogo de la Encarnación: Adhirámonos a lo que está escrito, si queremos cumplir los deberes de una fe perfecta; y puesto que Jesucristo dijo: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él, no hay la menor duda sobre la verdad de la presencia de su cuerpo y de su sangre, *de veritate carnis et sanguinis non est relictus ambigendi locus*.¹

Leed al dulce arzobispo de Milán, san Ambrosio, en su libro de los *Sacramentos*: Quizás me diréis que se trata del pan ordinario, que en nada difiere del que como todos los días, *tu forte dicis: panis est meus usitatus*. Sí, antes de las palabras que hacen el Sacramento, es pan, *panis iste panis est ante verba sacramentum*; pero si se añade a esta materia la fórmula de la consagración, ese pan se convierte en carne de Jesucristo, *ubi accesserit consecratio, de pane fit caro Christi*.²

Prestad oídos a la gran elocuencia de san Juan Crisóstomo: ¡Cuántas personas dicen: Quisiera ver a Nuestro Señor revestido del mismo cuerpo que tenía en la tierra; me quedaría atrobado si viera su rostro, toda la figura de su cuerpo, sus vestidos y aun el calzado de sus pies! Pues bien, lo veis, lo tocáis, lo coméis, *ecce eum vides, ipsum tangis, ipsum manducas*... ¿Qué pastor alimentó jamás a sus ovejas con sus propios miembros? ¿Qué digo, pastores? Muchas madres dan a criar sus hijos por nodrizas; pero Jesucristo no obró jamás de esta suerte con nosotros, pues nos alimenta con su propia sangre, y se apresta a servirnos él mismo

1. De Trinit. lib. 7, n. 14.
2. De myst. lib. 4 cap. 4.

de alimento, ego autem non ita, sed carnibus meis alio,
et mihi sum vobis appono¹.

En la época en que san Ambrosio compuso su admirable tratado de los *Sacramentos*, y en que san Juan Crisóstomo embelesaba con su palabra a su pueblo de Antioquía, exponía san Cirilo sus catequesis en Jerusalén, bajo el gran pórtico de su iglesia. La antigüedad cristiana no nos ha dejado nada tan preciso, ni tan completo en esta materia: Puesto que Jesucristo dijo: Estas es mi cuerpo, ¿quién se atrevería a contradecirlo, *quis audebit deinceps ambigere?* y puesto que positivamente declaró, *asseveranter dixerit*: Este es mi cuerpo, ¿quién dirá que no es verdad, *quis dixerit non es: sanguinem?* Y continúa: En la ciudad de Caná cambió el agua en vino, ¿y dejaríamos de creer que cambió el vino en su sangre? Creemos, pues, con toda certeza, *cum omni certitudine*, que recibimos su cuerpo y su sangre. Bajo la especie del pan, se nos da su cuerpo, *in specie panis dat nobis corpus*; bajo la especie del vino, nos da su sangre, *in specie vini dat nobis sanguinem*; y cuando comemos ese pan, comemos su cuerpo, y cuando bebemos ese vino, bebemos su sangre, *ut cum sumptis, gustes corpus et sanguinem Christi*. Vuestro paladar os dice que se trata de pan y de vino.... No importa; tened por seguro que habéis sido considerados como dignos de participar del cuerpo y sangre de Cristo, *ne judices rem ex gustu, sed te citra ullam dubitationem fides certum reddat quod sis dignus facinus, qui corporis et sanguinis particeps fieres?* Así se expresa el más eminente de los catequistas del Oriente.

¿Es esto suficiente? No. Todavía más luz... Si los es-

1. Homil. 82, 83 in MATTH. et alibi.

2. Cat. 22, mul. in loc.

critos hablan tan alto, las cosas mismas no hablan con menos elocuencia; si las palabras deponen con tanta seguridad en favor de la presencia real, las Cosas Eucáristicas aportan no menor contingente de testimonios.

Llamo Cosas Eucarísticas a las que sirven más inmediatamente al divino Sacramento; por ejemplo, los altares que sostienen el cuerpo de Jesucristo, los cálices que contienen su sangre. Ahora bien, en el siglo cuarto, una secta impía y malhechora, la de los donatistas, lanzóse con furor satánico sobre los cálices para romperlos y hapisotearlos, y sobre los altares para demolerlos y hacerlos volar en astillas. Al punto digo que san Optato de Milevo lanza contra aquellos locos demoledores este virulento apóstrofe: ¡Hay sacrilegio parecido al de detrozar y demoler los altares de Dios, esos altares en los cuales fueron depositados los miembros de Jesucristo, *in quibus membra Christi portata sunt*, esos altares en donde tantos fieles recibieron la prenda de la Vida eterna, ya que el altar no es otra cosa sino la sede del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, *quid est enim altare, nisi sedes et corporis et sanguinis Christi?* ¿Qué otra ha hecho Jesucristo, cuyo cuerpo y cuya sangre han habido esos altares? Mas para agravar todavía tan horrible crimen, habéis roto los cálices que contenían la sangre de Jesucristo, *fregistis etiam calices Christi sanguinis portitores*; ¡Oh crimen abominable! ¡Oh perversidad inaudita! *o scelus nefarium! o facinus inauditum!* Habéis imitado a los judíos; atravesaron el cuerpo de Jesús en la cruz, y vosotros lo habéis herido en el altar, *illi iniecerunt manus Christo in cruce, a vobis percussus est in altare*!

Llamo Cosas Eucarísticas al modo de comulgar de entonces, diferente del de hoy, el cual consistía en re-

1. De schis. Donat., lib. 6.

cibir la hostia santa en la mano, y comulgar uno por sí mismo, y luego en acercarse al cáliz eucarístico para beber en él la porción de la preciosa sangre destinada a cada uno. Dicho esto, oigo que san Cirilo, en una de aquellas catequesis en las cuales exponía el dogma católico de la presencia real con precisión jamás supe- rada, decía a los que iban a comulgar: Cuando os acer- quéis para comulgar, no os vengáis con las manos ex- tendidas y los dedos abiertos, sino que, sosteniendo con la mano izquierda la derecha, como un trono en el cual debe reposar tan gran rey, recibiréis en el hueco de esta mano el cuerpo de Jesucristo diciendo: *Amen*. En- tonces, teniendo buen cuidado de santificar vuestros ojos con el contacto de un cuerpo tan santo, comulgad co- miéndolo; pero cuidado de que nada de él caiga en tie- rra, considerando que la pérdida de su menor partícula, sería como si perdiéseis uno de vuestros miembros. Des- pués de participar así del cuerpo de Jesucristo, acer- caos al cáliz de su sangre, no presentando ya las ma- nos, sino inclinándoos para adorarlo y rendirle home- naje diciendo también: *Amen*. Y cuando vuestros labios se hayan humedecido de ella, enjugadlos con la mano, y llevadla al punto a vuestros ojos, a vuestra frente, y a los demás órganos de vuestros sentidos para consa- grarlos. Finalmente, al escuchar la última oración del sacerdote, dad gracias a Dios por haberos hecho par- ticipantes de tan grandes misterios¹. Así se expresa el santo Doctor. Después de haberlo oído, os pregunto: ¿Es suficientemente instructiva esta lección? ¿habla con suficiente elocuencia de la presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento?

Llamo también Cosas Eucarísticas a la ley del Ar- cano o del secreto, que comenzó con el Cristianismo, y

1. Hist. Eccl. de Roma, libro 38.

existía aún en tiempo de san Agustín, en el siglo V. Trabajo nos queda formarnos de ella una idea en el seno de nuestras sociedades bautizadas y cristianas casi en la unanimidad de sus miembros; pero entonces, co- mo la Iglesia no constituía aún más que una pequeña minoría fácil de oprimir, en el mundo pagano, creyó conveniente ocultar, o por lo menos velar, bajo fórmu- las enigmáticas, sus mejores y santísimos misterios, par- ticularmente el más precioso de todos, el misterio eu- carístico, para sustraerlos a las burlas, y sobre todo a la profanación. Excepto el caso de una imperiosa ne- cesidad, fieles a la consigna, escrupulosos guardianes de ella, los catequistas, los apologetas, los mismos grandes doctores, no hablaban más que con palabras veladas de la Eucaristía; únicamente los iniciados eran admitidos al conocimiento integral del misterio. A centenares, lee- mos en los escritos de los antiguos Padres frases como estas: Lo que digo, es únicamente para los iniciados; ya me entienden los fieles; en la última cena, tomó el Señor en sus manos cierta cosa, y dijo: Así, y así... Tal era la ley del secreto, y hasta dónde se llevaba la observancia de ella! Ahora bien, ¿quién no ve la con- secuencia que se saca de esto? ¿No es superior a la que resultaría de la más vigorosa y estrecha argumen- tación de un texto? Si la Eucaristía no era el Sacra- mento del cuerpo y sangre de Jesucristo, si no era esta la creencia de aquellos admirables primeros siglos, ¿para qué esta ley del secreto? ¿Qué provecho hubiera reporta- do, y qué razón hubiera habido en servirse de palabras encubiertas, de fórmulas enigmáticas, para velar los santos misterios, si el pan eucarístico no hubiera sido más

1. Juvén CORNIET, t. I, p. 37, 78, et alibi; t. II, p. 111, 478. Véase también Mons. WISEMAN, conf. sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica, conf. 16, p. 394 y sigs.

*arbitrii, ut cognita sua infirmitate, clamaret ad medicum, et gratiae quaereret auxilium*¹.

Dios aplaza, pues, el cumplimiento de sus designios misericordiosos, pero no por esto los pierde de vista. Con este fin, escoge a un hombre... ¿Cuál? El hombre que fué, desde el punto de vista religioso, el más considerable de los hombres antiguos; hombre que ejercerá, sobre su época y sobre los tiempos venideros, la influencia más durable; hombre al cual los judíos, los cristianos y hasta los mahometanos, venerarán con emulación, y cuyo nombre, en todo el Oriente, es pronunciado con el mayor respeto: Abraham²... A Abraham Dios se reveló como en otro tiempo, a Adán; a Abraham, padre de los creyentes, Dios prometió el Redentor futuro como, en los primeros tiempos, lo había prometido al padre de toda la especie humana; a Abraham dijo Dios: Porque tú has creído, y no has rehusado sacrificar tu hijo único, por causa de mí, te bendeciré, y multiplicaré tu posteridad, como las estrellas del cielo, y como las arenas de la mar, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en un vástago de tu descendencia: *Et benedicentur in semine tuo omnes gentes*³. Era, pues, claro que el Liberador futuro, Hijo de Dios y verdadero Dios desde toda la eternidad, sería también hombre en el tiempo, y descendería de Abraham según la carne.

Pero, ni Abraham, ni su hijo Isaac, ni su nieto Jacob, bastaban para desempeñar el oficio de guardianes de una promesa que interesa, en tan alto grado, a la humanidad entera. Era necesario que todo un pueblo fuese destinado a este fin. Y ¿qué pueblo será este? Un pueblo

1. THOM, III, p. q. 1 art. 5. Bosuet, dice en el mismo sentido: Antes de que se nos diese el Salvador, convenía que el género humano conociese, por una larga experiencia, la necesidad que tenía de tal socorro. Hist. univ. 2ª p. c. 21.
2. Sobre Abraham, Brev. Rom. Dom. Quing. 1. 4.
3. GEN. c. XXVI, v. 4. Comentario de san Pablo: Galat. c. III, v. 16.

admirable entre todos por su origen, su historia, sus instituciones, sus vicisitudes y ¿me atreveré a decirlo? por su misma duración; porque teniendo su origen en Adán, y por lo tanto viejo de cuarenta siglos, después de tanto tiempo de su dispersión, y estando esparcido a los cuatro vientos, vive aún y vivirá siempre porqué es inextinguible... ¡Ah! desde el día en que se abrió vuestra inteligencia; desde que habéis sabido leer, o entendido a los demás; en los catecismos de vuestra juventud, en las homilias de cada fiesta, o en vuestras lecturas de la edad madura, cuantas veces este nombre ha resonado en vuestros oídos, o impresionado vuestros ojos: Los judíos... Pero, de este pueblo del cual habéis oído el nombre con tanta frecuencia; de este pueblo del cual conocéis la historia, tal vez vagamente ¿sabéis al menos su importancia, y cuál es su razón de ser? ¿Os habéis preguntado por qué se le llama, y por qué era en realidad el pueblo de Dios? Si no queréis exponeros a una ignorancia casi completa de la Religión, es necesario que podáis responder a estas preguntas. Pues bien; creo que podré explicaros de una manera satisfactoria las cuestiones que acabo de indicar.

Entraba en los designios de Dios, que el Redentor prometido naciese de este pueblo, y saliese de entre las naciones. Por esto, Dios lo formó y, casi podemos decir, lo moldeó aparte. Por esto, Dios hizo en su favor un sinnúmero de milagros, para que no pereciese bajo los golpes redoblados de enemigos interesados en su pérdida. Por esto, en fin, en la historia de este pueblo, en su organización política y religiosa, en la legislación que le rige, en los jefes que le gobiernan, en su culto, en sus ritos ceremoniales y en sus personas y cosas, todo es figurativo, todo anuncia al Redentor y prepara su venida, todo hace presentir su proximidad, cada vez mayor, todo contribuye a anunciarle de una manera simbólica. Detallemoslo brevemente: el que fué el se-

1. Este pueblo, que ha sido manifestamente el corazón de

timonios escritos, y de monumentos no menos elocuentes que los testimonios escritos. No insisto sobre esta primera verdad Eucarística; la hemos probado sólidamente en la anterior instrucción.

Pero si Jesucristo está en la sagrada Eucaristía, y ciertamente está en ella, negarlo sería cometer un acto de apostasía. ¿Cómo está en la Eucaristía? ¿por qué procedimientos y operación? ¿cuál es su modo de presencia? ¿está en el pan y con el pan, es decir, simultáneamente con el pan, conjuntamente con el pan, continuando el pan siendo pan, y viniendo a añadirse el cuerpo de Jesucristo? Sí, sostiene la herejía; es una simple consubstanciación. No, mil veces no, enseña la Iglesia católica; el pan ya no es pan, se ha cambiado substancialmente en el cuerpo de Jesucristo; del mismo modo, el vino ya no es vino, se ha cambiado substancialmente en la sangre de Jesucristo; la forma, el color, el gusto, permanecen, pero las substancias se han cambiado en otras substancias; hay transubstanciación.

Hay transubstanciación; el Evangelio lo dice; no que pronuncie la palabra, sino que expresa la cosa. El día en que instituyó la santísima Eucaristía, en las circuntancias y términos que ya conocemos, no dijo Jesucristo: Mi cuerpo está en esto, o con esto; ni tampoco: Este pan es mi cuerpo; sino que dijo: Esto que yo ofrezco, es mi cuerpo, es decir, no es más que mi cuerpo, ya que la propiedad de la palabra *esto*, como con gran exactitud lo nota el Catecismo Romano, consiste en expresar la substancia, y únicamente la substancia de la cosa presente, *vocis enim HOC, ea vis est, ut omnem rei praesentis substantiam demonstret*¹.

Hay transubstanciación; así lo asegura toda la Tradición. Oigamos a los grandes Doctores:

1. Cat. Rom., cap. 19.

Aunque se vea la figura y la forma del pan y del vino, dice san Ambrosio, después de la consagración no hay otra cosa que la carne y la sangre de Jesucristo¹?

Con toda fe y sinceridad profesamos, dice san Agustín *fideliter fatemur*, que antes de la consagración no hay más que el pan y el vino formados por la naturaleza, *panem esse et vinum, quod natura formavit*; pero después de la consagración, no hay más que la carne y la sangre de Jesucristo, allí presentes por virtud de las santas palabras, *post consecrationem vero, carnem Christi et sanguinem, quod benedictio consecravit*².

Y san Cirilo de Jerusalén añade: No, por el gusto no debéis juzgar de estas cosas, sino por la fe, que os dice con toda certeza que habéis sido dignos de participar del cuerpo y sangre de Jesucristo... Regocijese vuestra alma en el Señor, sabiendo, como cosa certísima, que lo que parece pan a vuestros ojos, no es pan, aunque el gusto lo juzgue tal, sino el cuerpo de Jesucristo, y que lo que parece vino a nuestros ojos, no es vino, aunque el gusto lo tome por vino, sino realmente la sangre de Jesucristo³?

Así se expresa el más grande Doctor eucarístico de los tiempos antiguos; así se expresaron los Doctores de las siguientes edades; y cuando, en el siglo XI, se elevó, en ese concierto hasta entonces unánime, una voz discordante; cuando, en el siglo XVI, apareza de nuevo el error, más audaz esta vez, y más invasor, a las sutilidades razonadoras y variables del arcediano de Angers, como a los ataques abiertos y más atrevidos del monje sajón, opondrá la Iglesia la creencia siempre

1. De Myst.
2. Citado del Cat. Rom., cap. 19, párr. 4.
3. Cat., 22.

invariable de los siglos pasados, conservará intacta la Verdad Eucarística de que Dios hizo depositaria, y la hará todavía más inexpugnable con fórmulas más claras, con definiciones más precisas. En el lenguaje teológico hay una palabra particularmente feliz, ya desde mucho tiempo en uso entre los Doctores, sobre esta materia; la Iglesia la hará suya, y le dará la consagración definitiva, declarando que la palabra *transubstanciación* es más propia, más apta que cualquier otra, para expresar el dogma eucarístico; la introducirá como una demostración sumaria, en la exposición que hará de su fe; y cuando se apreste a pronunciar el anatema contra los novadores, querrá que figure en la sentencia de condenación en que han incurrido, y dirá: Si alguien sostiene que la substancia del pan y del vino permanece en el santísimo Sacramento de la Eucaristía conjuntamente con el cuerpo y la sangre de Jesucristo y niega ese cambio admirable y singular de toda la substancia del pan en el cuerpo de Jesucristo, y de toda la substancia del vino en su sangre, de suerte que no queden del pan y del vino más que las especies o apariencias, cambio que la Iglesia designa con la palabra muy propia de transubstanciación, sea anatema¹.

El Evangelio ha hablado, la Tradición ha hablado, la Iglesia ha hablado; pero no se ha dicho todo aún; la materia no está agotada, ni completamente explicadas las Verdades eucarísticas. Jesucristo está realmente presente en la sacramentísima Eucaristía; está en ella substancialmente solo, pero resta por saber si lo está igualmente todo entero, todo entero mientras está solo en ella, todo entero en cada especie, y aun todo entero en cada parte de la especie, y si, estando en ella, permanece en ella.

1. Conc. Trid., Sess. 13, can. 2.

Apresurémonos a decir que respondemos a estas preguntas con la afirmación más decidida y segura.

Sí, Jesucristo está todo entero en la sacramentísima Eucaristía. ¿L^o estaría en verdad si sólo estuviera en ella parcialmente? ¿L^o estaría verdadera y substancialmente, si no lo estuviera con la totalidad de su naturaleza divina y de su naturaleza humana? Verdadero Dios y verdadero hombre, Dios perfecto y hombre perfecto, tal como lo fué en su vida mortal, tal como lo es y lo será por los siglos de los siglos a la derecha del Padre en los cielos, tal es substancialmente en el santísimo y adorabilísimo Sacramento.

Sí, Jesucristo está todo entero en cada especie, todo entero en la especie del pan, y todo entero en la especie del vino; no, a la verdad, por la fuerza de las palabras, *verbum*, como se expresa la enseñanza teológica, pues no tienen esta transcendencia, no obran más que lo que expresan; cuando, pronunciadas por el sacerdote consagrante, ponen el cuerpo en la especie del pan, y la sangre en la especie del vino, producen todo lo que pueden producir; su virtud queda agotada. ¿Cuál es, pues, este misterio, y cómo está todo entero en cada especie? En virtud de la individualidad de su persona, Jesucristo no está encerrado en las especies sacramentales, como un muerto en su sábara; no, ciertamente, sino que está vivo; ya no muere, ni puede morir, *Christus resurgens jam non moritur*¹. Por la fuerza del lazo invencible, y por siempre jamás indestructible, que une su divinidad a su humanidad en unidad de persona, en donde está, está entero, sin fraccionamiento, sin división; en donde está su cuerpo, está su sangre; en donde está su cuerpo o su sangre, está su alma; en donde está su alma, está su divinidad; no se parte, no se rom-

1. Rom., VI, 9.

pe, no se quiebra; quien lo recibe, bajo cualquier especie que lo reciba, lo recibe todo entero; todos los Doctores lo dicen, todos los teólogos lo enseñan, y la Iglesia lo canta, *non comiscus, non confactus, non divisus, integer accipitur*¹.

Sí, Jesucristo está todo entero en cada parte de cada especie, por pequeña que sea, como el alma humana está toda entera en el cuerpo que habita, toda entera en todas las partes de este cuerpo, toda entera en la cabeza, en el corazón, en los brazos, en los pies, en las extremidades de éstos como en las extremidades de aquéllos, a la manera como la substancia, ese algo indivisible, intangible, impalpable, pero perfectamente real, que hace que una cosa sea lo que es, y no otra cosa, está en todas las partes del objeto al cual da su nombre, así en una pequeña como en una gran dimensión, así en el mayor como en el menor volumen. Cada una de las gotas de agua del Océano es tan substancialmente agua, como el Océano todo entero; cada burbuja de aire es tan substancialmente aire como la atmósfera tomada en su totalidad; la menor migaja de pan es tan pan como un trozo entero de pan, ora permanezca adherido a éste, ora se la separe de él. Pues lo mismo ocurre con el cuerpo y sangre de Jesucristo en la sacratísima Eucaristía; el uno y la otra están en ella como a manera de espíritus, certísimamente a la manera de substancias que subsisten por sí mismas, en virtud de una fuerza que les es inherente, pero que nada tienen de común con la extensión, el peso o el volumen.

¡Oh misterio de profundidad insondable, que continúa siendo misterio, a pesar de lo que de él se ha dicho, porque sé muy bien que nada he dicho que sea suficiente para esclarecerlo... Pero ¿qué he dicho? ¿Un

1. Off. SS. Sac.

solo misterio? ¡Mas, si todo aquí es misterio! La presencia real, un misterio... la transubstanciación, un misterio... la totalidad de Jesucristo en cada especie, y en cada parte de cada una de las especies, un misterio... Para entender estos misterios, para apreciarlos en cualquiera de sus aspectos, se ha apelado a las comparaciones, a las analogías, a los fenómenos del orden natural, pero los misterios han continuado siendo misterios... Se ha recurrido también a los milagros bíblicos y evangélicos que tienen alguna semejanza con ellos; pero, siendo ellos mismos misterios, ¿cómo podrían descifrar los misterios eucarísticos? La Eucaristía es un misterio de fe, y misterio será siempre. Preciso es creer y saber por la fe que esto es así, y no indagar con curiosidad por qué y cómo es así, *verum quid hoc sit, fide cognoscendum est; quomodo fiat, curiosius non inquirendum*¹. Jesucristo lo dijo, la Iglesia lo enseña, y esto basta. Dios es todopoderoso; por consiguiente, como dice san Agustín, no debe costarnos trabajo alguno en reconocer que puede hacer muchas cosas que no podemos entender ni imaginar, *deus Deum aliquid posse, quod nos fateamur investigare non posse*². Sería un Dios pobre y de mediana talla, si no pudiera moverse más que dentro de los límites de nuestra débil y estrechísima razón.

Jesucristo está verdadera, real y substancialmente presente en la santísima Eucaristía; digamos, finalmente, que, estando en ella, en ella permanece.

¿Hay una verdad más dulce, más consoladora para la Iglesia en general, y para cada alma cristiana en particular? Saber a ciencia cierta que Dios habita cerca de nosotros; que vive en morada fija y casi bajo el mismo techo; que está siempre a nuestra disposición, ora le re-

1. Cat. Rom., cap. 19.

2. Cit. ap. RAINERI, t. IV, p. 10.

cibámos en la santa comunión, ora le visitemos y le paguemos el legítimo tributo de nuestros privados homenajes, o de nuestras públicas adoraciones. Somos más dichosos que el pueblo antiguo, y podemos decir con muchísima más razón que no hay nación alguna bajo el firmamento, por privilegiada que sea, a la cual su Dios se comunique con tanto amor y familiaridad, *non est alia natio tam grandis quae habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster*¹. En realidad, un furor de negación audaz y universal se ha apoderado de los herejes, aun de los que admiten la presencia real, si bien mutilada, al sostener que, acabada la comunión, o terminada la función litúrgica, apresúrase Jesucristo a abandonar las sagradas especies, de modo que ya sólo queda un altar desierto y una casa vacía. ¡Raza de Holofernes, que deja hambrientas las almas cristianas, como, en otro tiempo, aquel enemigo del pueblo de Dios, dejaba hambrienta a Betulia, al interceptar los convoyes, cortar los canales y secar las fuentes, *et incidi praecepti aquaeductum illorum, et constitui per gyrum centenas per singulos fomes*². ¿Puede concebirse un error más mortal y más atentatorio a los derechos de la verdad? Toda la historia eclesiástica está llena de la gran verdad de la reserva eucarística, es decir, de la Eucaristía guardada, conservada, permaneciendo durante la celebración de los santos Misterios y después de celebrados, y recibiendo el culto supremo de adoración. Los escritos de los Doctores, las solennes declaraciones de los Concilios, la práctica constante del pueblo cristiano, toda la arqueología, y especialmente todas las liturgias, dan de ello altísimo testimonio. Los cristianos de los primeros siglos que, en tiempos de persecución, llevaban a sus casas la sagrada Eucaristía para comulgar con sus

1. DEUT., V, 7.

2. JUDITH, VI, 10.

propias manos¹; los diáconos, que recorrían uno por uno los distritos que les estaban encomendados, para distribuir la eucaristía²; el cofrecito de madera preciosa, de que cada casa cristiana estaba provista, destinado a recibir la eucaristía; más tarde, en tiempos de paz, los armarios eucarísticos, los pastóforos o cámaras nupciales, como se llamaban, practicados en los flancos de los altares, para servirle de morada; después, los tabernáculos consagrados en forma de graciosas palomas, o de torres fortificadas, dos símbolos igualmente significativos; posteriormente, la institución de la fiesta del *Corpus*, con su oficio, obra maestra litúrgica y teológica, sus procesiones solemnes, sus palios, sus sacerdotes llevando a Dios, sus custodias, de oro cuajadas de diamantes³... todas estas cosas, y cien otras, ¿no son prueba evidente, irrefutable, irrefutable de esta creencia unánime, tan antigua como la Iglesia misma, de que JESUCRISTO ESTÁ REAL, VERDADERA Y SUBSTANCIALMENTE PRESENTE EN LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA, Y QUE, ESTANDO EN ELLA, EN ELLA PERMANECE?

Hemos llegado al término de nuestra empresa; hemos expuesto las verdades eucarísticas, muy imperfectamente sin duda, y enteramente dispuestos a hacer la confesión de que, por mucho que hayamos dicho, queda mucho todavía por decir. Antes de terminar, resumámoslas en un acto de fe; démosle toda la amplitud, toda la extensión que merece; hagámoslo de tal modo que responda, como solenne y pública protesta, a todas las negaciones, a todas las blasfemias, todos los actos atentatorios al santísimo y adorabilísimo Sacramento.

Sí, oh Jesús, creemos firmemente que estáis real, verdaderamente y substancialmente en la santísima Eucaristía.

1. TERTUL., ad uxorem, lib. 2, cap. 5.

2. S. JUST., apol. 2.

3. JULIO CORNET, t. I, et t. II, multis in locis.

Con un antiguo Padre que había bebido en las más puras fuentes apostólicas, nos consideramos tan ricos, en cuanto a la posesión, como los *espiritus bienaventurados* en el cielo, ya que sólo nos diferenciamos de ellos en el modo del goce¹.

Sí, oh Jesús, creemos que toda la substancia del pan se cambia en vuestro cuerpo, y toda la substancia del vino, en vuestra sangre, y que, terminada la consagración, de ese pan y de ese vino no quedan más que especies o apariencias, tras las cuales nuestra fe os busca, os encuentra y os contempla, *Jesu, quem velatum nunc aspicio*².

Sí, oh Jesús, creemos que estáis todo entero bajo las especies del pan, todo entero bajo las especies del vino, y también todo entero en cada parte de cada una de ellas, porque, siendo el Dios vivo, el Dios resucitado que ya no muere, no podría haber en vos ni división, ni partición; por consiguiente, donde está el cuerpo, está la sangre; donde está el cuerpo o la sangre, está vuestra alma; donde está vuestra alma, se halla vuestra divinidad, porque, como muy bien lo dice quien tan admirablemente ha hablado de vuestro Sacramento, desde que dos cosas son inseparables, si la una se encuentra en un punto, es una necesidad que la otra se encuentre también en él, *si duo aliqua inter se reipsa conjunguntur, ubi unum sit, ibi alterum etiam esse necesse est*³.

Finalmente, oh Jesús, puesto que sois el Dios oculto, pero verdadero, que permanece siempre en las especies sacramentales, hacemos profesión de creer, y lo proclamamos con el mayor empeño, que merecéis todo

honor, toda alabanza, toda adoración; hacen bien los hombres en elevaros templos dignos de vos, en construir os ricos altares, en colocaros en hermosos tabernáculos; hacen bien los pueblos en escoltaros por las calles, en sembrar de flores vuestro paso, en adornar magníficamente sus casas, en erigir os graciosos altares para que descanséis, especie de tronos improvisados por el amor, desde los cuales os complacéis en bendecirnos.

Y puesto que hay hombres impíos, lo bastante osados para ultrajaros, para blasfemaros, para forzar las puertas de vuestros tabernáculos, o para impedir que salgáis de ellos, hacen bien los pueblos en pedir os perdón, en ofreceros sus reparaciones de honor, sus testimonios de inviolable fidelidad.

¡Oh Dios mío! El tiempo presente es muy corto, pero la eternidad apenas será suficientemente larga para reconocer todo lo que sois, y pagaros cuanto os debemos.

1. S. Dion. citado por el Cat. Rom., cap. 19.

2. Off. SS. Sac.

3. Cat. Rom., cap. 19.

vida mortal en la tierra, como lo es ahora y lo será siempre en el cielo... misterio de fe.

Pero esto no es suficiente; en cuanto la Eucaristía es misterio de fe, es también misterio de amor. De ello vamos a tratar hoy. ¿Hay un asunto más hermoso, más atractivo, más digno de vuestra religiosa atención?

Lo característico del amor es entregarse; no dar nada, no es amar; dar poco, es amar poco; dar mucho, es amar mucho; darlo todo, es amar hasta el exceso. Pues bien, en esta escala ascensional del amor, no ignoráis el escalón que ocupa el Salvador Jesús. Es el primero, exclama san Agustín con su autorizada voz y usando de todos los recursos del lenguaje; por el don que nos hizo de su persona adorable, todo el poder divino queda agotado, toda la sabiduría divina queda agotada, toda la omnipotencia divina queda agotada, *toda la omnipotencia divina queda agotada, toda la omnipotencia divina queda agotada, toda la omnipotencia divina queda agotada, Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare non potuit; cum sit diuissimus, plus dare non habuit*. ¿Quién podría alabarse de expresarse mejor?

Pero prosigamos. Abunda ya la calidad; no faltará la cantidad. Esta dos cosas, que con frecuencia se excluyen en las donaciones humanas, la calidad y la cantidad, las reunirá Jesucristo aquí. Recorred la cristianidad entera, las grandes iglesias y las iglesias menores, todos los lugares en que Jesucristo reside sacramentalmente; contráelos; son quinientos mil. En cada una de estas iglesias mayores o menores, hay lo que la antigüedad cristiana llamaba el armario eucarístico²,

2. JUIRO CORBET, t. I, ap. 4, art. 2.

llamado por nosotros tabernáculo. En este tabernáculo hay un copón sagrado. No tenéis autoridad para abrir-

SERMON CUARTO

La Eucaristía, misterio de amor

Jesus, cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.
Joann. c. XIII

La Eucaristía, misterio de fe... ¿Hemos dicho lo suficiente?

Jesucristo, verdaderamente presente y realmente vivo en la Eucaristía; tan presente y tan vivo como cuando estaba en su cuna de Belén y en su cruz del Calvario, como está y estará siempre en lo más alto de los cielos, en el trono de gloria en que se asienta... misterio de fe.

Jesucristo, presente en la Eucaristía por transubstanciación, es decir, por el cambio de toda la substancia del pan en su cuerpo, de toda la substancia del vino en su sangre, hasta el punto de que de esos elementos primitivos, después de la consagración no quedan más que sus especies o apariencias... misterio de fe.

Jesucristo, viviendo en la Eucaristía, todo entero, sin división ni partes, con su alma y su divinidad, no menos que con su cuerpo y con su sangre; todo entero en cada especie, y también todo entero en todas las partes de cada una de ellas, y permaneciendo en ellas mientras subsisten, de tal suerte que es adorable en ellas por los mismos títulos que lo fué durante su

1. Citado por HAMON, *medit.*, t. II, p. 248.

lo; yo lo abro por vosotros... está lleno de hostias consagradas. Cada una de ellas contiene el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; lo que hay en la hostia entera, hay en cada parte de ella; el fragmento sacado de ella contiene lo que hay en la hostia entera, *tantum est sub fragmento, quantum toto tegitur*¹. Adiciona ahora, multiplica el Amor, pueblo cristiano y tendrá millones y millones de veces a Jesucristo presente en el santísimo y adorabilísimo Sacramento. ¿Por ventura era esto necesario? ¿Quién se atreverá a decirlo? ¿No sería de todas las temeridades la menos excusable? Así como Jesucristo, según su ser natural, sólo estuvo presente en una sola región del mundo, en Judea, hubiera podido, según su ser sacramental, residir únicamente en un solo tabernáculo; y así como no hay más que un sol en la naturaleza para calentarla con su fuego y fecundar todos sus gérmenes, hubiera podido haber únicamente en toda la cristiandad un solo sacerdote consagrante... Pero no, el amor no cuenta, el amor llega fácilmente al exceso, *excessibus vivit amor*; y por cuanto ya habría exceso en la calidad de la ofrenda, quiso Jesucristo que también la hubiera en la cantidad. Ya pueden multiplicarse las iglesias indefinidamente, tenga cada barrio la suya; Jesucristo residirá en cada una de ellas. Ora comulgue uno, ora comulguen mil; cada uno de ellos recibe tanto como los otros; aunque todos los hombres sin excepción comulgasen cada día, cada día Jesucristo se daría todo a todos, sin agotarse jamás, aunque se diera siempre, *sumit unus, sumunt mille, quantum isti, tantum ille, nec sumptus consumitur*².

1. Of. SS. Sac.
2. Of. SS. Sac.

¿Iremos más lejos y llegaremos a agotar el asunto? Jesucristo se da de la manera más absoluta, más irrevocable, más decidida... Tomad y comed, este es mi cuerpo... Tomad y bebed, esta es mi sangre...¹ Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida, *caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus*².

¡Oh amor infinito! ¡oh profundidad insondable! El pensamiento se anonada aquí... Sin emplear las otras formas de donación usadas entre los hombres, Jesucristo eligió el modo de manducación para darse a nosotros... *se dedit in edulium*³...

Acostumbrados como estamos por parte de Dios a lo más y a lo mejor, trabajo nos cuesta suponer tan sólo lo menos y lo menos bueno. Pero en esta materia nada más aceptable. Ciertísimamente, Jesucristo hubiera podido dar al Sacramento eucarístico otro modo de comunicación. En los días de su vida mortal, la misma orla de sus vestidos obraba milagros⁴. Jesucristo, verdadera, real y substancialmente presente en las especies de pan y de vino, hubiera podido ser tan sólo presentado a los fieles, expuesto a sus miradas, puesto en relación con ellos por simple contacto, y queriéndolo Dios así, esto hubiera sido un rito sacramental que significaría la gracia y la produciría. ¿Quién se atrevería a afirmar lo contrario? Pero si esto era absolutamente posible, el amor de nuestro dulce Salvador no hubiera quedado satisfecho, porque, repitiéndonlo, el amor no calcula, el amor llega al exceso, hay en el amor no sé qué fuerza irresistible que impulsa a la unión, *amor quilibet est*

1. MATTH., cap. XXVI.
2. JOANN., cap. VI.
3. Of. SS. Sac.
4. MATTH., IX, 21.

*virtus univiva*¹, y ningún procedimiento es tan apto para efectuar la unión como el modo de manducación. El alimento no solamente entra en nosotros, como el agua entra en el vaso que le contiene sin penetrarse con él; no, el alimento se identifica con nosotros, se transubstancia en nosotros, se difunde por todo el cuerpo; la naturaleza, por una especie de justicia distributiva, lo hace pasar a todos los miembros, y se convierte en una porción de nosotros mismos, *ex his constamus quibus alimur*. Pues bien, con estas ventajosas condiciones se da Jesucristo en el augusto Sacramento; su carne se mezcla con nuestra carne, su sangre con nuestra sangre, su alma se aglutina con nuestra alma mejor todavía que el alma de Jonatás con la de David²; su divinidad penetra nuestra humanidad; experimentan, dice san Francisco de Sales hablando de los felices convidados eucarísticos, que Jesucristo se explaya y se comunica a todas las partes de sus cuerpos y de sus almas; tienen a Jesucristo en el cerebro y en el corazón, en el pecho, en los ojos, en las manos, en la lengua, en los pies; y este Salvador ¿qué hace allí? Lo endereza todo, lo purifica todo, lo vivifica todo; ama en el corazón, entiende en la cabeza, anima en el pecho, ve en los ojos, habla en la lengua, camina en los pies, y así de todos los órganos, lo hace todo en todos, y así, continúa el amable Doctor, *vivimus, no ya nosotros, sino que Jesucristo vive en nosotros*³.

Toda este cita es admirable, pero la última, sacada de san Pablo, es particularmente digna de notarse, porque entre el alimento ordinario y el eucarístico hay

1. Cap. S. THOM.
2. I Reg., XVIII, 1.
3. *Les Épîtres spirituelles* de S. FRANCISCO DE SALES, lib. ep. 48.

la diferencia de que nosotros cambiamos y transubstanciamos el alimento ordinario en nosotros, en tanto que el alimento eucarístico nos cambia y nos transubstancia en él mismo, pues tiene una actividad predominante. No, dice el Gran Apóstol, *no vivo yo, es Jesucristo quien vive en mí*¹. Y tras san Pablo, lo dicen también san León y san Agustín. La participación del cuerpo y sangre de Jesucristo, dice san León, produce el incomparable efecto de convertirnos en lo que tomamos, *in id quod sumimus transimus*². No será tú el que me cambiarás en ti, hace decir san Agustín al celestial alimento, sino que yo te cambiaré en mí, *nec tu me mutabis in te, sed tu mutaberis in me*³; y Bosuet, expresando el mismo pensamiento en frase no menos feliz, dice: *No digerimos el divino alimento, sino que él nos digiere*⁴...

Por consiguiente, somos delicados por el misterio eucarístico, *vos dii estis*⁵. La caridad de Jesucristo, dice san Juan, se ha hecho patente en que hemos sido llamados hijos de Dios y lo somos en efecto⁶... Convento en que el sentido de estas palabras no es absoluto; hay que hacer reservas acerca de ellas; pero por lo menos somos dioses en esbozo, y, tomando de la antigüedad cristiana una de sus más bellas expresiones, somos como dioses en flor... lo que quiere decir que no somos todavía lo que debemos ser, *nondum apparuit quod erimus*⁷. Pero este dios de segunda categoría se desarrollará, madurará, llegará a completo des-

1. GALAT., II, 20.
2. Sermon. 14, de Pass. Domini.
3. Confes., Lib. 7; cap. 10.
4. Médit. sur l'Evang., t. II, día 48.
5. PSAL. LXXXI.
6. I. JOANN., III, 1.
7. *Ibid.*, v. 2.

arrollo que su ser creado consiente, y un día veremos a Dios sin velos, le poseeremos sin intermediarios; será en nosotros, y nosotros seremos en él según lo que él es y según todo lo que nosotros podemos ser; entonces se llegará a la madurez, a la edad adulta, a la edad perfecta. Hasta entonces, no seremos más que niños, y no participamos de Dios más que en un modo proporcionado a nuestra debilidad, *quasi modo geniti infantes lac sine dolo concupiscite*.¹

Veamos ahora cómo san Agustín, a quien hay que citar siempre que se trata del gran misterio eucarístico, hace sensible esta verdad con una comparación admirable; procuraré expresar su pensamiento, si no textualmente, por lo menos con la mayor exactitud posible. Representaos una madre sentada a una mesa abundantemente servida; su más vivo deseo consistiría en que su hijo recién nacido se aprovechara de todos los manjares, no menos excelentes que numerosos, expuestos a su mirada. Pero aquel niño no es bastante fuerte, ni su temperamento bastante formado, para recibir un alimento tan substancial. ¿Qué hará? Tomará por sí misma aquel alimento, lo convertirá en su propia carne, lo transubstanciará en su propia sangre; y como el niño se negará a comer aquella carne y a beber aquella sangre en su propia forma, la naturaleza, sabia en todas sus operaciones, hace que experimenten una transformación feliz; las cambia en leche pura y blanca como la nieve, que se convierte para el niño en alimento fácil y confortable, exactamente tal como lo necesita.

Prosigamos la comparación del santo Doctor: nosotros somos los niños de Jesucristo, como él mismo nos llama: *hijos*,² y como tales, nuestro temperamen-

1. I Petr. II, 2. 2. Marc, X, 24.

to, el temperamento divino, no está todavía formado en nosotros, por lo que Dios, recibido sin velo, en su propia forma, sería un alimento demasiado fuerte, demasiado substancial para nuestro estado presente. ¿Qué hizo, pues, Jesucristo? Inspirándose a la vez en su amor y en nuestras necesidades, modificóse, se dispuso, se dirigió a sí mismo en alimento más fácil. Habiendo hecho en la Encarnación visible lo invisible, para que pudieran verlo y tocarlo, en la Eucaristía, por una invención no menos maravillosa, hizo invisible lo visible para darlo en alimento.

¡Oh misterio de amor! Repitámoslo una vez más, porque jamás lo repetiremos bastante. ¡Oh maravilla digna del asombro del cielo y de la tierra! Jesucristo mismo, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, toda su adorable persona, que recibimos en esa pequeña hostia consagrada, el alimento de los ángeles, que parecía que no había de pertenecer más que a los espíritus celestiales, se convierte en alimento del hombre, *panis angelicus fit panis hominum*¹; por pobres, por humildes, por débiles que seamos, podemos sentarnos a la Mesa eucarística, en la cual nuestro Señor y Dueño es a la vez, huésped que nos recibe y pan que nos alimenta, *manducat Dominum pauper, iervus et humilis*.²

Pero el amor llama al amor; la frase es de la Iglesia, *sic nos amantem, quis non redamnet*.³ ¡Sea también la nuestra!

Digamos más ampliamente con san Pablo: ¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el riesgo,

1. Off. SS. Sac.

2. *Ibid.*

3. In Nativ. Domini

la persecución, el cuchillo? No. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor¹.

Y si a esta admirable protesta de fidelidad inencontrable es permitido añadir algo, diremos, como rasgo final, que hace algunos años, un santo sacerdote moría en la paz del Señor; su vida había sido la de un apóstol, fecunda en obras de caridad y en libros de piedad substancial; publicado después de su muerte, su testamento espiritual no tardó en hacer las delicias de las almas cristianas. Así, cuando llegó su última hora, el sacerdote que le asistía, hermano suyo en religión, le preguntó, entre otras cosas si amaba a Nuestro Señor Jesucristo... ¡Sí le amo, respondió el piadoso moribundo, sí le amo! ¡Por Jesús me derrito de amor! Y después de un momento, exclamó: ¡Oh Jesús mío, cuán bueno es vuestro corazón! (El P. de Ponlevoy).

Estas palabras serán, si os place, las últimas de esta instrucción: ¡Oh Jesús mío, os dais a nosotros en la santísima Eucaristía, por puro amor, y sin ningún mérito por parte nuestra, íntegramente y sin reserva alguna, absolutamente y por modo tal que hace irrevocable vuestra donación!... ¡Oh Jesús mío, cuán bueno es vuestro corazón!

1. Rom., VIII, 35, 38, 39.

SERMON QUINTO

La buena comunión

Sumunt boni, sumunt mali,
Mors est palis, vita bonis.
Vide parie sumptionis,
Quam sit dispar exitus.
Of. SS. Sacr.

Así es como se expresa el gran Doctor, que fué al mismo tiempo el teólogo y el cantor de la Eucaristía, y que, casi al día siguiente de terminar su admirable Oficio en honor del Santísimo Sacramento, oyó, en Orvieta, en la iglesia de su Orden, que le decía Jesucristo: *Bene scripsisti de me, Thoma*; ¡Oh Tomás, que bien has escrito de mí!

¿Hay otra fuente más maravillosa, que esta? Catecismo a la vez que tratado de teología, sencillo como el uno y profundo como el otro, el *Lauda Sion* debería principalmente estar en toda memoria cristiana, como está en todo libro litúrgico en uso, entre los fieles.

Este himno incomparable me ha proporcionado ya más de una feliz inspiración, y de esta mina frecuada saco yo dos nuevos asuntos: *Mors est malis... vita bonis*... palabras que, usando de alguna libertad, traducimos así: la mala comunión es la muerte; la buena comunión es la vida. ¡La mala comunión!... Quisiera uno no tener que tratar este asunto, y descartarlo para siempre jamás: por lo menos, no darle la prioridad. Empecemos por hablar de la buena comunión, y en

todo el curso de esta instrucción, digamos, y no digamos más que esto: LA BUENA COMUNIÓN, es la vida.

La buena comunión es la vida; en primer lugar, porque nos une a Jesucristo, principio de vida. ¿Habrá necesidad de repetir sus palabras?... Tomad y comed; este es mi cuerpo... Tomad y bebed; esta es mi sangre... Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida... El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él, y tiene la vida. Ahora bien, ¿es posible imaginar una unión más estrecha, más íntima, más vivificante? ¿Qué digo? Más que una unión, es una verdadera unificación. Por el efecto propio de la buena comunión, no hacemos más que una sola y misma cosa con Jesucristo, como la cosa comida no hace más que una sola y misma sustancia con el que la come y se la asimila. Por eso san Pablo pronunciaba estas palabras en apariencia tan atrevidas, pero en realidad tan verdaderas: vivo, mas no vivo yo, sino que Jesucristo vive en mí, *vivo jam non ego, vivit vero in me Christus*.¹ ¿En dónde encontrar nada comparable a esto? ¿Hay misterio más elevado, alianza más ennoblecida? Y cuando poniéndose al unísono con el Apóstol expresan los santos Doctores lo mismo con sin igual magnificencia de lenguaje; cuando uno de ellos nos dice que, por la participación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, quedamos hechos un mismo cuerpo y una misma sangre con él, *concorporei et consanguinei facti sumus Christi*,² y sobre todo, si no hemos olvidado estas palabras de san Agustín, a saber, que no somos nosotros los que cambiamos a Jesucristo en nosotros, sino que Jesucristo

1. GALAT., II, 20.
2. S. CIRILO DE JERUSALÉN, lección 4 del Brev. Rom., in Oct. Corporis Christi.

nos cambia en él, ¿nos será prohibido pensar en aquel gigante de la leyenda oriental que, llegado a un país habitado únicamente por niños, los ordenó en una misma fila, pasó por delante de ellos, y a medida que pasaba, cada uno de ellos crecía hasta adquirir su talla y se convertía en gigante? ¡Ficción! me diréis. Si, y se convierta en ficción que no carece de grandeza; ficción por otra parte muy propia para recordarnos esta hermosa recomendación del Príncipe de los Apóstoles: *Sicut modo genii infantes, rationabile sine dolo luc concupiscite, ut in ea crescatis in salutem*,¹ nosotros, que somos niños recién nacidos, alimentémonos de la leche espiritual, la cual, en el pensamiento de san Pedro, no es otra cosa que la Eucaristía, según añaden los comentaristas, a fin de adquirir para la salvación, la talla de Cristo Redentor.

La buena comunión es la vida, porque nos confiere la gracia en proporciones tales que entre la Eucaristía y los otros Sacramentos toda comparación es imposible. Estos no operan más que por una virtud que les es comunicada; los efectos que producen dependen de su institución, no de la naturaleza y ser propios de sus elementos; la gracia que confieren, es dada con medida, *secundum mensuram*, y proporcionalmente a los fines para los cuales fueron instituidos. Pero en la Eucaristía, Jesucristo, el autor mismo de la gracia, es el que habita en nosotros, el que vive en nosotros, el que opera en nosotros; y mientras nosotros no opongamos obstáculo alguno a su acción y a su infinita munificencia, la gracia que confiere, no es tan solo una corriente, sino una ola, un torrente, una plenitud; es la medida de que habla el Evangelio, pisoteada, prensada, amonada, desbordante, *mensuram bonum, confertur*,

1. I PETER., II, 2.

*coagitationem et supereffluentem dabunt in sinum vestrum*¹. ¡Oh sagrado banquete! ¡tal es la expresión que emplea la santa Iglesia en su admirable Oficio del *Corpus*; ¡Oh sagrado banquete en el cual Cristo es comido, y el alma, por efecto de esta manducación, queda enteramente llena de gracia, *O sacram convivium in quo Christus sumitur... mens impletur gratia*?

La buena comunión es la vida, porque, con la gracia superabundante que nos confiere, por la virtud singularmente nutritiva de este *pan de nuestra milicia*, como lo llama un Padre antiguo, nos hacemos fuertes y valerosos.

¿Quién no conoce la frase de san Juan Crisóstomo: Nos levantamos de esta mesa valientes como leones, formidables a las mismas potencias infernales? *tantum leones ignem spirantes ab hac mensa recedamus, diabolo facti terribiles*³! ¿Quién ignora las palabras de san Agustín? Después de describir con su pluma magistral la lucha y el triunfo del santo diácono Lorenzo, da por razón del prodigio que, habiendo comido y bebido muy bien, palabras que, escritas únicamente para los iniciados, por estar todavía en vigor la ley del arcano o del secreto, significan que, habiendo comulgado con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, fortalecido por este alimento, y enteramente lleno de esta bebida, quedó armado el santo mártir para el combate, del cual no podía salir más que vencedor, *quia bene manducaverat et bene biberat, tantum illa esca saginatus et illo calice ebruius tormenta non sensit*⁴.

¿Habrá que hacer por centésima vez la aplicación a

1. Luc., VI, 33.
2. Ant. ad Magnificat.
3. Homil., 61, ad pop. antioch.
4. Trac. 27 in Joann., sub fin.

los efectos encarásticos de lo que leemos en el libro III de los Reyes? Perseguido por la impia Jezabel y obligado a huir de su odio implacable, refugióse en el desierto el profeta Elías; después de hacer una jornada de camino, exhausto de fuerzas, sentóse a la sombra de un árbol diciendo a Dios: Señor, ya he vivido bastante; separad mi alma de mi cuerpo, pues no soy mejor que mis padres. Dicho esto, tendióse en el suelo y durmióse profundamente. Entonces un ángel, descendió del cielo, le tocó y le dijo: Profeta, levántate y come, porque todavía tienes que recorrer largo camino, *grandis enim tibi restat via*. Levantóse el Profeta, comió el pan misterioso que le había llevado el mensajero del Señor, y fortalecido con aquel alimento, anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, hasta que llegó al monte Horeb como se le había ordenado¹.

Esto es fácil de entender. El profeta Elías hostigado y fugitivo, es el alma cristiana que camina penosamente en esta vida. ¡Cuántos combates! ¡cuántas luchas sin cesar renacientes! ¡cuántos enemigos encarnizados en su pérdida: el mundo, el demonio, su propia inconstancia, y el aguijón de la carne, que tanto fatiga a san Pablo y le hacía desear la muerte, como la desecha el Profeta, casi en los mismos términos que éste! ¿Quién, pues, nos ayudará en esta milicia, en este servicio de guerra, en el cual hay descanso alguna vez, pero jamás licencia absoluta? ¿Quién sostendrá nuestra alma cuando vacile, o la levantará cuando caiga? La santísima Eucaristía, y el buen uso que estamos llamados a hacer de ella; en otros términos: LA BUENA COMUNIÓN... la buena comunión, que es el remedio de las enfermedades cotidianas, *remedium quotidianae in-*

1. III Reg., XIX, 4-8.

firmians; ¹ la buena comunión, que adormece en nuestros miembros la ley tan imperiosa de la carne, *Christus in nobis existens sopit carnis legem*; ² la buena comunión, antídoto seguro, preservativo y curativo a la vez, preservativo de las heridas mortales, y curativo de las heridas menores, pero que no dejan de ser por ello formidables, ya que a la larga debilitan, *antidotum quo liberamur a culpis quotidianis, et a peccatis mortalibus praeservamur*; ³ la buena comunión, que es el mejor freno de la concupiscencia, porque desde que el fuego del amor puro se enciende en un corazón, necesario es que el fuego de las pasiones se extinga, *libidinem etiam cohibet ac reprimi, dum enim charitatis igne incendit, concupiscentiae ardorem restringat necesse*; ⁴ la buena comunión, finalmente, por la cual toda virtud que empieza, crece, se afirma la fe, se fortalece la esperanza, se inflama y se dilata la caridad, *virtus inchoepta augetur, firmatur fides, spes roboratur, charitas ignescit ac dilatur*. ⁵ En estas pocas palabras habéis oído a san Ambrosio y a todos los Doctores, al Concilio de Trento y al Catecismo Romano, su órgano autorizado, al admirable autor de la Imitación y a los mejores escritores eucarísticos.

O *sacrum convivium*!; repitámoslo una vez más, ¡oh sagrado banquete! ¡oh santísima Eucaristía, que sostienes las almas, las fortaleces, las vivificas, las truecas en buenas cuando son malas, o si ya son buenas, las haces mejores, ¿a qué te compararé? Los hombres han inventado los medios de hacer que un árbol malo dé buenos frutos; el procedimiento es sencillo, pero infa-

1. S. AMBROSIO, de Sacram. lib. 4, cap. 6, y lib. 5, cap. 4.
2. S. CIRILO DE ALEXANDRIA lib. 4, in Joann.
3. Sess. 13, cap. 2.
4. Cat. Rom., cap. 90.
5. Imit. Christi, Lib. 4, cap. 4.

lible: se toma una rama, hasta la más pequeña, de un árbol bueno; se introduce, por medio de una incisión profunda, en el tronco del árbol malo, y se fija en él con sólida ligadura. La savia del árbol malo pasa como por un filtro a la rama injertada, que acaba por formar un todo con este árbol; deja en ella su verdor, se despoja en ella de su acritud, pues aquí también, como en el Sacramento, no es lo menos bueno lo que invade a lo mejor, sino lo mejor lo que se apodera de lo menos bueno y lo transforma, *non tu me mutabis in te, sed tu mutaberis in me*; ¹ he ahí un árbol rejuvenecido, vivificado, que en adelante producirá frutos excelentes.

Habéis entrevisto mi pensamiento, mejor dicho, el pensamiento de san Pablo; ² pues, en el fondo, esta comparación es la suya; nosotros somos los que, por nuestra naturaleza viciada y siempre inclinada al mal, nos convertimos en ese arbolillo silvestre que da, y no puede dar otra cosa, frutos malos. Por la Eucaristía, por medio de la buena comunión, se injerta Jesucristo en nosotros, su carne se mezcla con la nuestra, su sangre con nuestra sangre, su alma se une a la nuestra, su divinidad a nuestra humanidad; todo su ser divino, generoso y fuerte, penetra todo nuestro ser humano, pobre y desfallecido, y nos bonifica como la rama injertada mejora, suaviza, aromatiza y bonifica la savia del árbol salvaje.

Finalmente, y para exponer otro aspecto del asunto, la buena comunión es la vida, porque deposita en nosotros, en nuestro mismo cuerpo, su germen de gloria: su inmortalidad. También es Jesucristo quien dice: El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él, tiene la vida eterna. Fijaos bien; Jesucristo

1. AUGUST. Conf., lib. 7, cap. 10.
2. Rom., cap. II, v. 17.

habla en presente, *habet*, tiene la vida eterna, la posee ya, *habet vitam aeternam*, el derecho que la Eucaristía confiere a la gloria en el cielo, es tan cierto que, cuando Jesucristo habla de él, se expresa como si ya gozáramos de él; y lo resucitaré en el último día, *habet vitam aeternam et ego resuscitabo eum in novissimo die*.¹

Ciertamente os complacerá oír la riqueza de expresión y de imágenes con que los santos Doctores comentaron las palabras del divino Maestro.

Con san Ambrosio dijeron que no morirá eternamente aquél a quien la misma vida sirve de alimento, *quomodo morietur is cui cibis vita est*.²

Con san Gregorio Niceno, que, merced a la unión estrechísima que contrae con el cuerpo de Jesucristo, nuestro cuerpo ha adquirido un derecho cierto a la inmortalidad, *corpus nostrum consequitur immortalitatem Corpori Christi conjunctum*.³

Con san Cirilo de Jerusalén, que, así como introducimos una chispa en una materia inflamable, para que seza como una semilla de fuego, *semen ignis*, así, mediante la buena comunión, Jesucristo, viniendo a nosotros, deposita en nuestra carne un germen de inmortalidad, y con san Ireneo, que, del mismo modo que el sarmiento plantado en tierra fructifica en tiempo oportuno, y el grano de trigo, después de disolverse en el surco que lo cubre, renace muy pronto en un tallo rejuvenecido, así también nuestros cuerpos, santificados por la buena comunión, se desprenderán un día de la sábana de la muerte, para inaugurar una nueva vida que ya no perderán.⁴

1. JOANN, VI, 55.

2. Citado por la Tribuna sagrada.

3. *Ibid.*

4. Citado por el catecismo de Guillois, t. III, p. 123 y 124.

Y llegaron a decir, con san Juan Crisóstomo, que, por respeto a la divina Eucaristía, que alimentó a los fieles durante su vida, los Angeles guardan como centinelas sus cuerpos después de la muerte. Este pensamiento del incomparable Doctor de la Iglesia griega ¿será el que inspiró a nuestra gran Liturgia romana la oración por la cual, el día de los funerales, en el momento en que un cuerpo cristiano va a ser entregado a la tierra, pide a Dios que envíe un ángel para guardar la tumba que bendice en su nombre, *Deus hunc tumulum benedicere dignare, eique Angelum tuum deputa custodem*?²

Pero sobre todo Tertuliano, en su admirable tratado de la Resurrección de la carne, que es preciso citar, sin dejar de reconocer la imposibilidad de trasladar a una traducción toda la fuerza y opulencia del idioma original, dice: Nuestra carne, esta carne que Dios forma con sus manos a su imagen, que anima con un soplo divino, que sitta en este universo para que lo habite, goce de él y mande a todas sus obras; esta carne que revisitó de sus Sacramentos como de un vestido de honor; esta carne ¿no resucitará gloriosa, después de haber sido, tantas veces y por tantos títulos, propiedad de Dios? No, no, *absit, absit*, lejos de nosotros la idea de crear que Dios abandona a una destrucción irremediable la obra de sus manos, el objeto de su industria, la envoltura de su soplo, la reina de la creación, la heredera de su liberalidad, la sacerdotisa de su religión, el soldado de su fe, *la hermana de Jesucristo*.³

Detengámonos. Nada podríamos añadir a una doctrina tan rica. Habló Jesucristo, hablaron los Docto-

1. Citado por Mons. Landriot, Eucharistie, p. 465.

2. Rit. Rom., in Exeq.

3. TERTULL., de Resurr. carn. cap. 9.

res; hernos citado sus palabras, las citaremos todavía.

Sí, la buena comunión es la vida; la vida en el tiempo presente, y la vida de los siglos de los siglos.

SERMON SEXTO

Antes de la buena comunión

*Sed jam docendum est, qua ratione
praeparatos fidelium animos esse oportet,
antequam ad sacramentalem Eucharistiae
perceptionem veniant.*
Catech. Rom., c. 20

Antes de la comunión;... en otros términos, las disposiciones con que hay que acercarse a la comunión; he ahí lo que nos proponemos exponer en la presente instrucción, cuyo enunciado es suficiente para revelar nos su carácter práctico. Así, pues, habiendo hablado de la buena comunión, tan fértil en gracias, hora es, dice el Catecismo Romano, *sed jam docendum est*, de instruir a los fieles, sobre la preparación que deben hacer preceder a la recepción sacramental de la Eucaristía, *qua ratione praeparatos fidelium animos esse oportet, antequam ad sacramentalem Eucharistiae perceptionem veniant*. La seguridad del golpe de vista de nuestro guía más habitual, nos es ya suficientemente conocida.

Para tratar con utilidad este asunto, y no omitir nada importante, procedamos de lo menos a lo más, y empecemos por decir que hay que acercarse a la Mesa del Señor con decencia y modestia. ¿Será necesario probarlo con amplitud? ¿No bastará enunciarlo? ¿Quién no ve que acercarse al altar con un exterior descuidado, con un continente sin recogimiento, con aire altivo y mundano, sería ofender las miradas de Dios más

aún que las de los mismos fieles, y desentonaría singularmente con la santidad del misterio y la majestad del lugar en que se cumple?

Digamos también que, para comulgar, es preciso estar en ayunas, y, como se expresa Tertuliano en el lenguaje lleno de imágenes que le es propio, *virgine adhuc salva*,¹ es decir, sin haber tomado la más pequeña porción de alimento ni de bebida. El ayuno eucarístico es absoluto. La Iglesia lo ha prescrito así para dar testimonio de su gran respeto al augustísimo Sacramento. Siendo la Eucaristía el alimento *supra-substantial* del cristiano, es en alto grado conveniente que sea el primero, una vez comenzado el día, que pase por sus labios para entrar en sus entrañas.

Después de aportar el cuerpo su parte de disposiciones para la recepción de la comunión eucarística, aporte el alma también las suyas.

Cristiano, acércate a la Mesa del Señor a comulgar con fe viva, con mirada penetrante, que llegue, más allá de las apariencias, hasta las mismas realidades, que distinga con seguridad, que discierna lo que debe ser discernido, que ponga aparte lo que no debe ser confundido. Tal es el precepto de san Pablo, quien condena en términos enérgicos al que no lo haga así, *non dijudicans corpus Domini*.² En vuestra casa, en vuestra mesa diaria, el pan no es más que pan, y el vino no es más que vino; es vuestro alimento cotidiano; es vulgar, no hay lugar a distinción alguna, *panis est panis*.³ Pero aquí, en la Mesa del Señor, el pan ya no es pan, el vino ya no es vino; han sido transubstanciados en otra cosa. Lo que era pan se ha convertido en

el cuerpo de Jesucristo, y lo que era vino, en la sangre de Jesucristo; Jesucristo mismo lo dijo; sus palabras son espíritu y vida; los Apóstoles lo repitieron, y la Iglesia lo enseña. Cristiano que vas a comulgar, ¿lo crees con firme e inquebrantable fe, con fe que excluye toda duda y toda vacilación? ¿Lo crees con la fe que ponía en la boca de san Pedro, hablando de su Maestro, estas palabras: Los hombres dicen que tú eres Elías, o Juan Bautista, o cualquier otro profeta, pero yo creo que eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo; *tu es Christus Filius Dei vivi*?¹ ¿Lo crees con la fe no menos convencida, no menos segura, que hacía decir a nuestro incomparable san Luis, el día en que París corría como un solo hombre a contemplar una Hostia consagrada, en la cual aparecía visiblemente Jesucristo: Vayan a verlo los que dudan; en cuanto a mí, con el solo testimonio de mi fe, estoy más seguro de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, que si lo viese con mis propios ojos, porque los ojos pueden engañarse, la fe jamás.

Cristiano que vas a comulgar, acércate a la Mesa del Señor con un corazón puro, y una alma en la cual habite ya la gracia santificante. *Sancta sanctis*, las cosas santas para los santos. Tal era la forma litúrgica de comunión de los antiguos tiempos, tal la verdad teológica de todos los tiempos. Si, pues, tienes algún pecado mortal, y lo sabes, haz confesión muy exacta y sincera, nada ocultas, *revela totum*; la contrición, que basta en otras circunstancias por perfecta que sea, no basta cuando se trata de la recepción de la sacramentísima Eucaristía; la confesión es obligatoria; la Iglesia lo declaró en Concilio general²; sujetarse a su infa-

1. Ad. uxor., lib. 2 cap. 5.
2. I Cor. cap. VI.
3. S. Amb. jam cit.

1. MATTE., XVI, 16.
2. Conc. Trid. Sess. 13, cap. 7.

SACRAMENTOS - 10

lible, constituye la prueba a la cual debe someterse el hombre para obedecer a la recomendación preceptiva del Apóstol: *probet autem se ipsum homo*... Esto es pura justicia; en el celestial banquete, el Dios que recibimos es el Dios de toda santidad, el Dios que se complace en habitar en los corazones puros, *qui pasciunt inter illos*¹; entró el audaz en la sala del festín sin ponerse el vestido nupcial, *sacade, quomodo huc intrasti non habens vestem nuptialem, mitte eum*²... sacad también al infiel y al falso hermano; el pan que hay aquí es el pan de los hijos, que no debe echarse a los perros, *vere pans filiorum non mittendus canibus*³. La pluma de los grandes Doctores, tan magistral cuando escribe de la Eucaristía desde el punto de vista doctrinal, no es menos admirable cuando traza las reglas que deben seguirse desde el punto de vista práctico. Ora hablen de la presencia real o de la *transubstantiación*, como decían en su tiempo, ora enseñen quién debe o no debe comulgar, siempre son Doctores.

Escuchemos a san Juan Crisóstomo: El que sea traidor a su Dios y pérfido como Judas, no se acerque *nullus adsit Judas*⁴... El que se sienta dominado por los bienes de la tierra hasta la avaricia, no se acerque, *nullus adsit avarus*⁵... El que sea duro con sus hermanos, insensible con sus vecinos, y cierre sus entrañas a los gritos de su angustia, no se acerque, *nemo accedat inhumans, nemo crudelis, inimisericors*⁶... El que esté manchado de pecado impuro, de ese pecado que san Pablo no quiere que ni siquiera se nombre en las asan-

1. Cant. cap. 2 v. 16.
2. MATTH. XXII, 12 y 13.
3. Ofc. SS. Sac.
4. Homil. 60, ad pop. Antioch.
5. *Ibid.*
6. *Ibid.*

bles de los fieles, no se acerque, *nemo accedat impurus*¹.

Escuchemos a san Agustín: Para formar parte del cuerpo santísimo de Jesucristo, no haya miembro alguno gangrenado que sea preciso amputar, ni miembro alguno disforme del cual tenga que avergonzarse Jesucristo, *non sit putre membrum quod ressecari mereatur, non sit distortum de quo erubescatur*²; tenga todo miembro las condiciones requeridas, sea hermoso y sano, y se adapte perfectamente y concorra a la armonía del todo, *sit pulchrum, sit sanum, sit aptum, habeat corporis*³. ¿Es posible indicar, en lenguaje más pintoresco y atractivo, las disposiciones con que debemos acercarnos a la sagrada comunión?

Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar—y aquí se recibe mucho más que se da,—te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda⁴. Habéis reconocido la palabra evangélica; este pequeño drama se reproduce cada año durante el ciclo litúrgico, en el quinto domingo después de Pentecostés; pero lo que quizás no sabéis, y lo que vais a saber con alegría y sobre todo con provecho, es la aplicación que hace san Juan Crisóstomo a la cuestión que examinamos: Este misterio, dice, la comunión eucarística, quiere, no sólo que estemos limpios de todo rapiña, sino exentos también aun de la más pequeña enemistad con relación a nuestros hermanos. Y da al punto la razón de ello; porque este misterio es un misterio de paz, *hoc enim mysterium non a ro-*

1. Homilia 60.
2. Tract. 26, in JOANN.
3. *Ibid.*
4. MATTH., V, 24.

*pina tantum, verum et ab omni vel tenui inimicitia primum esse penitus iubet; est enim pacis mysterium.*¹

Ya en tiempo de san Agustín, en la liturgia entonces en uso, como actualmente en la nuestra, la Oración dominical, el *Pater*, tenía su puesto y precedía algunos instantes, a la comunión de los fieles. Oíd cómo el santo Doctor saca de esto una lección moral elocuente: Antes de acercaros al altar, poned atención en lo que decís: perdonanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores... Perdonad, pues, y seréis perdonados; acercaos entonces con toda seguridad; lo que vais a recibir es un alimento vivificante, no un brevaie mortal, *dimitte et dimitteris, nunc accede securus, panis est, non venenum.*²

Así se expresaban aquellos maestros de las ciencias divinas. Sus sucesores lo repitieron tan bien como ellos, y el Catecismo Romano, haciéndoles eco, dice: Para comulgar, es absolutamente indispensable tener la disposición de estar en paz con los otros, y amar sinceramente y de todo corazón a todo el prójimo, *illa praeputatio omnino necessaria est, ut unusquisque a seipso quaerat, num pacem cum aliis habeat, num proximos vere atque ex animo diligat.*³

¡Ah! en manera alguna lamentáramos el tiempo que hemos empleado en exponer un punto de doctrina eucarística tan importante. Siendo lo que es la Eucaristía, un misterio de paz, *pacis mysterium*, un signo de unidad, *signum unitatis*, un lazo de caridad, *vinculum charitatis*,⁴ y pidiendo a Dios, por otra parte, nuestra gran Liturgia romana, en una de sus más hermosas *Post-communiones*, que, por su gracia, *los que ha*

1. Homil. 60, ad pop. antioch.
2. Tract. 26, in JOANN.
3. Cat. Rom., cap. 20.
4. S. Aug. Tract. 26, in JOANN.

*sacado con su Sacramento, vivan en paz y en perfecta unión los unos con los otros.*¹ ¿no es lamentable que algunos cristianos, sentándose a la misma Mesa, y participando del mismo banquete eucarístico, alimenten enemistades que no acaban nunca, y abran entre ellos un abismo más hondo cada día?

Pero hay más, pues todavía no hemos agotado el asunto de las disposiciones con que debe recibirse la comunión eucarística. Tenéis fe en la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento y no os sentís agobiados por ningún pecado mortal; por este lado no hay obstáculo alguno; no estáis colocados en ninguna de las categorías que los santos Doctores rechazan de la Mesa del Señor, ni traidores a vuestro Dios, como Judas, ni impuros, ni avaros, ni faltos de misericordia; no alimentáis enemistad alguna contra ninguno de vuestros hermanos, y antes de comulgar, estáis seguros de poder recitar toda la Oración dominical, sin que se eleve contra vosotros ninguna ley acusadora. ¡Alabado sea Dios! Tenéis cuanto se necesita para que con toda certeza vuestra comunión no sea mala; mejor dicho, tenéis lo necesario para que sea buena. Pero ¿tenéis cuanto se exige para que sea muy buena, y fructuosa, cuanto es necesario para que os dé cierta medida de gracias, de que ya hemos hablado, apretada, apisonada, amontonada, desbordante, *mensuram bonam, confertam, coactatam et superfluentem*?²

Los maestros de la vida espiritual tienen por máxima que, absolutamente hablando, bastaría una sola comunión para hacer de nosotros santos, pero la práctica nos enseña demasiado que, después de cien comuniones, no somos más que cristianos medianos.

1. In die Paschae.
2. RAINERI, t. IV, p. 45, et Noel, t. V, p. 466.

¿Por qué? ¿Cuál es la razón de este misterio? Sencillamente porque aportamos a la Mesa del Señor las disposiciones estrictamente suficientes, pero no las disposiciones perfectas. Comulgamos, participamos del cuerpo y sangre de Jesucristo, pero quizás con tibieza, con negligencias demasiado habituales en el cumplimiento de los deberes de la piedad cristiana; siempre con los mismos defectos de caridad, de tolerancia; con las mismas maledicencias, ligeras, si se quiere, pero frecuentes; con los mismos apegos al bienestar o la propia voluntad. Repito una vez más que todas estas cosas no bastan para hacer mala la comunión; ni siquiera bastan para impedir que sea buena, pero también repito que son suficientemente eficaces para impedir que sea muy buena.

Cristiano que comulgas, bien sabes todo esto. Ve más allá del *minimum* de las disposiciones rigurosamente requeridas. No te contentes con lo *poco absolutamente suficiente*; da lo *más y mejor* que esté a tu alcance. No aportes al altar ni una fe, ni una caridad, ni una pureza cualquiera, sino la fe más viva posible, la caridad más perfecta posible, una pureza de alma que casi iguale a la de los ángeles. San Juan Crisóstomo nos servirá de guía hasta el fin: He ahí los vasos sagrados: han sido limpiados por los diáconos, para recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo. ¡Qué hermosos son! *Nonne vides vasa sic abluta, adeo nitida, et splendida!* ¡Sean más puras aún las almas, más santas, más resplandecientes *his longe mundiores oportet esse animas, his sanctiores, his splendiores!* Creéis que un tiempo relativamente corto y sentimientos formados de prisa

1. Citado en la *Biblia de Leithellieur*. Epístola de san Pablo, p. 194.
2. *Ibid.*

y cortiendo son suficientes. Pues bien, no, exclama la misma Boca de Oro; todos cuantos os dispongáis a convertirlos en felices participantes de esta hostia santa, *si quando huius hostie futuri estis particeps*, varios días antes, *multis ante diebus*, purifícaos, purifícaos más y más, *repurgetis*¹. ¿Hace el santo Doctor alusión al dinero de que habla el Salmista, probado al fuego y refugiado hasta siete veces?² Purifícaos por la penitencia, la oración, la limosna y los ejercicios espirituales, *repurgetis vos per poenitentiam, precationem, elemosynam, perque spiritualem exercitationem*.

¿Qué podríamos añadir a una doctrina ahora completa por la considerable aportación de los grandes doctores? Así, la santa Función ha seguido su curso, la Misa eucarística está dispuesta, la víctima está inmola, el sacerdote sacrificador la tiene en la mano y la muestra al pueblo: *Ecce Agnus Dei*; He aquí el Cordero de Dios... Resta por hacer la última preparación; queda por pronunciar la última palabra: *Veni, Domine Jesu; Ven, Señor Jesús, ven*⁴...

1. Citado en la *Biblia de Leithellieur*. Epístolas de san Pablo, p. 194.
2. Psal., XI.
3. *Intra missam*.
4. Apoc., XXII, 20.

Nota del autor: La mayor parte de los textos de los santos Padres que figuran en esta instrucción y en la siguiente, se han tomado del Breviario Romano, *intra octavam Corporis Christi*.

sacramentales. ¿A qué buscar arriba o lejos el reino de Dios? Está dentro de ti, está todo donde tú estás, *Regnum Dei intra vos est.*¹

DA GRACIAS... La gratitud se impone; demostrarla sería empuñecerla; la ingratitud tomaría aquí un carácter particularmente odioso. Jamás leemos sin asombro, a pesar de que cada año vuelve durante el sagrado ciclo, el Evangelio de los diez leprosos curados... Sólo uno fué a dar gracias al divino Libertador... Jesucristo no pudo contener una exclamación de asombro: ¿No han sido purificados diez? ¿Dónde están los otros, *nonne decem mundati sunt? novem ubi sunt?* Mil veces más asombro causan los que, habiendo comulgado, llenos de Dios y de sus dones, no hallan en su corazón ni en sus labios la más vulgar acción de gracias con relación a quien es todavía mucho más amigo de ellos que Señor y maestro. ¿Por ventura son muy raros? Citaré, aunque con sentimiento, pero vencido por la realidad de las cosas, algunas líneas del autor contemporáneo que mejor ha expuesto ese misterio casi inexplicable de indiferencia y olvido. Para muchos de nosotros, dice, si hay en la vida un cuarto de hora que pese y fatigue, un cuarto de hora igualmente estéril en obras y resultados, es el que dedicamos a lo que llamamos nuestra acción de gracias. No podríamos recibir mayor favor en este mundo, y nuestro corazón está seco. Vino a nosotros el que debe ser nuestra alegría en toda la eternidad, y nos fastidiamos en su compañía. Nos sentimos consolados cuando creemos que se ha ido. Casi no le hemos demostrado mas que urbanidad, respeto a lo más... ¡Qué cuadro! Mas ¿quién se atreverá a decir que está recargado?

1. LUC, XVII, 21.
3. FAHER. *Tout pour Jésus*, cap. 7.

2. LUC, XVII, 17.

SEMON SEPTIMO

Después de la buena Comunión

*Quid retribuam Domino, pro omni-
bus quae retribuit mihi?*
Psal. CXV

Como lo hice en la precedente instrucción, me dirijo a ti, cristiano que acabas de comulgar... Te has acercado a la Mesa del Señor, te has arrodillado humilde y recogidamente; el sacerdote se acercó a ti, y depositó en tu boca el santísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, ese Cuerpo hecho para tu alma, y destinado a guardarla hasta la vida eterna. Luego, levantándote, y feliz como el que ha encontrado un tesoro, has vuelto a tu sitio. ¿Qué harás ahora? La respuesta será el asunto de esta instrucción.

QUÉDATE... Quédate todavía algún tiempo en el lugar Santo en que se ha obrado el misterio inefable de tu unión con Jesucristo. Es la costumbre... ¿qué digo? Es el deber de quedarte un cuarto de hora en la presencia de Dios. Puedes hacer algo mejor, pero ciertamente no es permitido hacer menos sin faltar a las reglas más elementales del respeto.

ADORA... Adora a Jesucristo que está dentro de ti; lo está todo entero, sin división, sin partición, con su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad; y permanecerá dentro de ti, no solamente por su gracia, sino también por una verdadera, real y substancial presencia, tanto tiempo como estén sin consumir las especies

Gusta... ¿A qué ese libro abietto tan pronto como se ha comulgado? ¿A qué esas fórmulas, a la verdad muy respetables, pero que no expresan los sentimientos de vuestras almas con todos sus matices? ¿No os bastáis a vosotros mismos? ¿Qué necesidad tenéis de nadie? ¿Por qué no habláis sin intermediario con Jesucristo que descansa en vuestro corazón? Díganos con el Rey Profeta: ¿Por qué no gustáis vosotros mismos, sin auxilio extraño?... ¿Por qué no veis vosotros mismos sin buscar quien os ayude a considerar, cuán suave es el Señor, *gustate et videte quoniam suavis est Dominus*? Este asunto ha sido profundizado por quien podía hacerlo con sabiduría y prudencia. Los autores espirituales nos recomiendan, pues, con la competencia que les es propia, que no nos sirvamos del libro, por lo menos en los primeros instantes que siguen a la recepción del cuerpo del Señor, asegurándonos que, si hay en la vida momentos en que la gracia sea más abundante, más potente, más deleitosa, es el tiempo que Jesús mora en nosotros, personalmente presente, mientras subsiste el Sacramento². El maná que caía en el desierto tenía todos los sabores, y los israelitas lo gustaban con delicia, hasta el día en que, queriendo hallarlo insípido, exclamaron: Nos falta el pan, no tenemos agua, y nuestro corazón se rebela ahora a la vista de ese mezquino alimento, *deest panis, non sumi aquae, jam nunciat cor nostrum super cibo illo levissimum*.³ El alimento no había dejado de ser lo que siempre había sido; únicamente habían cambiado las disposiciones de su espíritu.

ESCUCHA... Hay en el Evangelio una página inimi-

1. Psal. XXXIII.
2. FABER, loc. cit.
3. Num., XXI, 5.

table: el capítulo décimo de san Marcos. Jesús se hallaba en Betania, aldea vecina de Jerusalén; una mujer llamada Marta le había recibido en su casa, y mientras ella lo disponía todo, para honrarle, su hermana María, sentada a los pies del Maestro, escuchaba las palabras que salían de su boca, más atenta mil veces a alimentarse de ellas que Marta a cumplir con los deberes exteriores de la hospitalidad, *intenta Martha quomodo pasceret Dominum; intenta Maria quomodo pascetur a Domino*¹, como dice san Agustín. Lo repetido; esta página del Evangelio es inimitable; en este libro, que las contiene tan admirables, es una de las más hermosas; ha dado ocasión, y el gran obispo de Hipona da testimonio de ello, a los más magníficos comentarios, y ha proporcionado a la iconografía cristiana algunas de sus mejores inspiraciones... Cristiano que acabas de comulgar, la hermana de Marta es tu modelo y su conducta es la tuya. No a la manera de los hombres, sino por un modo de comunicación que le es propio, Jesucristo te habla. ¿Quién tiene mejor derecho que él para hacerlo? Conoce todos los resortes, de tu alma, tiene en su mano todos sus resortes, sabe las fibras que es preciso tocar para que den el sonido esperado; si las palabras de san Pablo son verdaderas, y lo son, no somos nosotros los que vivimos, sino que Jesucristo vive en nosotros. Es más dueño de nosotros que nosotros mismos. Escuchad, pues a ese Doctor sin igual; no desperdiciéis ninguna de sus divinas enseñanzas; la menor migaja que cae de esa mesa es un don que debe recibirse, *particula boni dati non te praeterat*.² Os da un consejo saludable, escuchadle; os intima una orden de perfecta equidad, es-

1. Serm. 103.
2. ECLIE, XIV, 14.

cuchadle; os pide un sacrificio, al cual no os habéis resuelto a consumirlo todavía, escuchadle; os dirige reproche útil, que nadie os hacía, ni quizás se atrevería a hacerlo, escuchadle, *ipsam audite*... ¿Quién sabe si en el momento de las bodas espirituales de vuestra alma con ese Maestro de los maestros, las palabras que resonaron en otro tiempo tan agradablemente en los oídos de los esposos de Caná, no resonarán también en los vuestros con no menos autoridad que dulzura? Haced lo que él os diga, *quodcumque dixerit vobis, facite*!

Ofrece... El don ofrecido es la réplica del don recibido. He aquí lo que leemos en uno de los más hermosos libros del Antiguo Testamento: El joven Tobías iba a emprender un viaje a una región lejana y desconocida. En el momento de partir, un ángel, que había tomado la forma humana, llegó para servirle de guía. Durante el viaje, el enviado celestial salvó la vida arrancándolo de las acometidas de un pez que procuraba tragárselo. Ayudado de sus consejos, contrajo matrimonio según su corazón, enlace que satisfacía todos sus deseos. Vuelto a la casa paterna, ¿qué hará para recompensar tantos beneficios? Dividirá todos sus bienes en dos partes: Toma la una, dirá a su salvador y amigo, yo guardaré la otra para mí. ¡Ah, ved ahí la antigua ley; nada llevaba a la perfección, nada acabado salía de su seno; dar la mitad de los bienes era el supremo esfuerzo; no se iba más allá; no se elevaba más arriba, el soplo de la gracia no llevaba más lejos... Cristiano que acabas de comulgar, haz algo mejor. Ya no vives bajo la ley antigua, *jam non estis sub lege*. Vives, y en este momento más que nunca,

1. JOANN., II, 5.
2. TOB., cap. 12, v. 4.

bajo la ley del amor. Ama a quien te ama, ofrece a quien te da, ofrécetelo todo a quien te lo da todo. Jesucristo te ha dado su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad... ¡Oh Salvador mío, os ofrezco cuanto tengo y cuanto soy; recibid mi cuerpo y todos mis sentidos; recibid mi sangre el día en que os dignéis tener necesidad de ella y os complacáis en aceptarla; recibid mi alma y mis facultades, mi inteligencia para cooperar, mi corazón para amaros, mi memoria para no olvidar jamás vuestros beneficios. Vos sois mío, ¡oh Dios de mi corazón! y yo soy vuestro; entre vos y yo se ha ultimado el contrato; el pacto queda cerrado, y se cumplirá.

Pide... Ahora que todo lo has ofrecido, estás en las mejores condiciones para obtenerlo todo; pide, pues, una de las más hermosas páginas del Evangelio, que leemos cada año en el cielo sagrado, es la que se refiere a Zaqueo recibiendo a Nuestro Señor en su casa. ¿Se dejará vencer Jesucristo en generosidad? ¿Devolverá menos de lo que se le dé? No. ciertamente, dice san Ambrosio en su magistral comentario; sabía él, que el don ofrecido aprovecharía al oferente, y le valdría abundante y magnífica remuneración, *sciebat le valdria abundante y magnífica remuneración, sciebat enim uberem hospitii sui esse mercedem*?. Si es difícil expresarse mejor, no es imposible expresarse tan bien, y de hecho, encuentro, a largos siglos de distancia, expresado el mismo pensamiento, en términos casi idénticos, en los labios de una gran mística, a la cual la Iglesia ha señalado puesto entre sus Doctores, santa Teresa: *La divina Majestad, dice, tiene por costumbre pagar bien su alojamiento a los que le hacen buena acogida*... ¿Qué más? Pedid, pues, esta gracia y la

1. LUC., cap. 19.
2. Lib. 8, in LUCAM.

otra, ésta y aquella; los derechos que la hospitalidad ofrecida y recibida os ha concedido, os permiten ser exigentes. Si el divino Huésped se hace esperar, o aun rehusa, a puro fingimiento de su parte. Volved a leer el capítulo XXXII del Génesis; el texto sagrado nos pone ante la vista la lucha de Jacob con un ser misterioso, en el que no tarda en reconocer un enviado de Dios mismo. Con sólo quererlo, el ángel hubiera sido el más fuerte, pero recibió la orden de mostrarse el más débil, como pidiendo gracia, exclamó: Déjame partir, porque ya empieza a aparecer la aurora, *dimitte me, jam enim ascendit aurora*. Pero el Patriarca conocía su superioridad, y, sacando partido de ella, responde: No te dejaré marchar hasta que me hayas bendecido, *non dimittam te, nisi benedixeris mihi*... El ángel lo bendijo, y desde aquel día, Jacob se llama *Israel* es decir, el hombre invencible y poderoso contra Dios mismo. Cristiano que acabas de comulgar, que tienes a Dios como a tus órdenes, ese nombre es por modo semejante el tuyo.

TOMA RESOLUCIONES... La comunión mejora y fortalece, pero no nos hace impecables. Los enemigos del alma han tenido que soportar una tregua, pero no han quedado desarmados para siempre, ni siquiera por largo tiempo. El Evangelio nos muestra al espíritu impuro tornando consigo a otros siete espíritus más malos que él para volver a entrar en la casa que se vió obligado a abandonar, la cual está ahora más limpia y adornada que nunca². Cristiano que acabas de comulgar, sé generoso, lucha con valor y perseverancia, pues estás armado para el combate. Los grandes Doctores de la Iglesia, que hemos conside-

1. GEN., XXXII, 28.
2. LUC., XI, 25.

rado como admirables para el tiempo que precede a la comunión no lo son menos para el que la sigue, sobre todo san Juan Crisóstomo. Salgamos de esta mesa, exclama, fuertes y valerosos como leones, respirando fuego y llamas, convertidos en adversarios formidables de las mismas potencias infernales, *tantum leones ignem spirantes ab illa mensa recedamus, facti diabolus terribiles*¹. Consideremos los bienes inestimables que acabamos de poseer, y cuando nos asalten diversas tentaciones, ya la de pronunciar una palabra vergonzosa, ya la de dejarnos arrebatar por la cólera, o la de entregarnos a cualquier otro vicio, acordémonos de qué Sacramento hemos sido juzgados dignos, *consideremus quibus facti sumus digni*², y sirva este pensamiento de preservativo o de correctivo de los movimientos desordenados de una naturaleza siempre inclinada al mal, *talsique cogitatio nobis irrationabilium motuum sit correctio*³. Se nos ha concedido la gracia de saciarnos de la santa e inmaculada carne de Cristo. ¿Qué excusa daremos si, recomfortados con semejante alimento, volvemos a caer en nuestros antiguos pecados graves; si habiendo comido el Cordero lleno de suavidad, nos volvemos a convertir en lobos llenos de malicia, *quoniam igitur erit nobis excusatio, cum talibus pasti, talia peccemus, cum lupi fiamus Agnus comedentes*⁴? Ningún doctor habló jamás mejor que él.

Habéis permanecido durante un cuarto de hora por lo menos en la presencia del Señor... habéis dado gracias... habéis gustado... habéis escuchado... habéis ofrecido... habéis pedido... habéis tomado resolucio-

1. Homil. 60, ad pop. Antioch.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*

nes... Podemos ya terminar. Después de la tierra, el cielo; después de la comunión de aquí bajo, esencialmente pasajera y demasiado fugitiva, la comunión de arriba, que no acabará nunca; y a esta comunión perpetua, una acción de gracias perpetua, como hay en el cielo un cántico de alabanzas sin fin, el trisagio eterno, así habrá el cántico sin fin de la gratitud y del amor, un eterno *Deo gratias*...

SERMON OCTAVO

La mala Comunión

Sumunt boni, sumunt mali,
Mors est malis, vita bonis.
Vide paris sumptionis
Quam sit dispar exitus.

Off. SS. Sacer.

De este texto, que ya no os es desconocido, hemos explicado precedentemente la primera parte; comulgan los buenos, y para ellos es la vida, *sumunt boni... vita bonis*.

Para ellos es la vida, porque la comunión los une a Jesucristo del modo más estrecho, del modo más íntimo; menos es una unión que una unificación.

Para ellos es la vida, porque la comunión les confiere tal abundancia de gracias, que con justo título la llama la Iglesia una plenitud, *mens impletur gratia*.

Para ellos es la vida, porque la comunión los fortalece contra una muchedumbre de tentaciones provenientes del demonio, o del mundo, o de nuestra propia naturaleza, la cual después de la caída, propende siempre al mal.

Para ellos es la vida, porque la comunión deposita en el cuerpo mismo un principio de inmortalidad, y un germen de resurrección, según estas palabras del Salvador: El que come mi carne y bebe mi sangre posee la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.¹

1. JOANN., cap. VI.

Pero si los buenos comulgan, y para ellos es la vida, también comulgan los malos, *sumunt mali*, y para ellos es la muerte, *mors est malis*... La mala comunión es la muerte. Hoy nos vemos en la dura necesidad de tratar este asunto.

Antes de emprenderlo, empecemos por definir y plantear bien la cuestión. Se llama mala comunión toda comunión hecha sin las disposiciones esenciales requeridas, lo mismo las que miran al cuerpo como las que se refieren al alma.

Empecemos por hablar de los niños y para los niños. ¿No forman parte del rebaño? ¿Podría olvidarlos el pastor? ¿No se debe a ellos como a todos? He ahí, pues, un niño que el día de su primera comunión—el caso no es absolutamente muy raro—, a consecuencia de la imprevisión demasiado común en esta edad, come o bebe algo, y, ello no obstante, se presenta con los citos, se arrodiña a la Mesa del Señor y comulga. Reconozco las circunstancias atenuantes y las tengo presentes, pero la comunión es mala, y aun sacrilega, porque se hace violando una ley de la Iglesia, ley formal, ley antigua, verosíblemente de institución apostólica, que quiere que, antes de comulgar, por respeto al Sacramento Eucarístico, no se tome absolutamente nada, ni a manera de comida, ni a manera de bebida por pequeña cantidad que sea. Claro está que mi suposición se refiere únicamente a un niño que conoce la ley, que no ignora su fuerza obligatoria, y la viola sabiendo lo que ya hace.

Otra persona, niño o adulto, porque por desgracia, el disimulo es de todas las edades, a consecuencia de un temor irracional, o por falsa vergüenza, o por cualquier otro motivo, voluntariamente y de propósito deliberado, oculta en la confesión un pecado que considera como mortal, o que, por serias razones sospecha que

es grave; recibiendo la absolución en estas condiciones, comete un sacrilegio, y si, no deteniéndose aquí, se acerca a la Mesa del Señor con una conciencia que en manera alguna puede crear en estado de gracia, comete un segundo sacrilegio; su comunión es mala.

Pero todavía hay más. Ya que tratamos este asunto, asunto grave, si los hay, que con razón o sin ella, más sin razón que con ella, no halla con frecuencia puesto suficiente en la cátedra cristiana, preciso es decirlo todo y agotar las suposiciones. Pues bien, habéis hecho una confesión materialmente exacta, os habéis acusado de vuestros pecados sin disimulo ni ocultación alguna; hasta aquí muy bien... Pero si no tenéis contrición, verdadera contrición, esto es, la que debe ser, como tendremos, cuando llegue la ocasión, el deber de enseñaros, interior, soberana, universal y sobrenatural; si falta el firme propósito; si conserváis todavía en vuestro corazón los mismos odios obstinados, malas pasiones, sólo débilmente combatidas por vosotros, aficciones y lazos considerados como peligrosos, que no os decidís a romper; si no evitáis tal ocasión próxima de pecado; si no hacéis jamás tal restitución de que está cargada vuestra conciencia; si os acusáis de tal defecto grave por hábito y rutina, sin procurar corre-giros de él... en todos estos casos, nada es bueno, nada es válido; absolución y comunión, todo es malo.

Estos preliminares eran necesarios. Una vez expuestos, sentada ya la cuestión y definido el asunto, lo re-
pito, la mala comunión es la muerte, *mors est malis*.

La mala comunión es la muerte, porque es un pecado gravísimo; san Juan Crisóstomo la califica de pecado de la peor especie, *pestimum*¹. ¿Habrá necesidad de demostrarlo largamente? ¿quién no lo comprende?

1. Homil. 83, in MATTH.

¿quién no lo ve? ¿quién no comprende y ve que es una negra ingratitud, una malicia consumada, una monstruosa profanación? San Pablo va todavía más lejos; es el primero en pronunciar la frase exacta: Es un criminal atentado que va directamente contra la persona misma de Jesucristo... El que come ese pan, o bebe ese cáliz indignamente, esto es, el que hace una mala comunión, se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, *quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini*¹. Ahora bien, hacerse reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, ¿no equivale a atacar contra Jesucristo, hacer violencia a Jesucristo, atacar a la vida de Jesucristo, crucificarle de nuevo? Si, decía un antiguo Padre, entre hacer una mala comunión y matar a Jesucristo, por segunda vez, no veo que haya diferencia alguna, *par facit ac si Christum trucidare*²... Bosuet expresa el mismo pensamiento cuando dice: Los judíos ultrajaron ese cuerpo en sí mismo y en su propia substancia, cuando lo clavaron en cruz; ultrajaron esa sangre en sí misma y en su propia substancia, cuando la hicieron correr por tierra, en infame sacrificio, como si hubiera sido la sangre de un culpable. Cometéis parecido sacrilegio cuando coméis y bebéis indignamente ese cuerpo y esa sangre, cuando los profanáis, cuando los ultrajáis en sí mismos; y ese ultraje que hacéis al cuerpo de Jesucristo consiste en no discernirlo, en no conocer su santidad y su precio³.

La mala comunión es la muerte, porque es un pecado funestísimo; nada provoca tanto la cólera divina

1. I Cor., XI, 26, 27.
2. Tertuliano no es menos enérgico: "proh scelus! Semel Judei Christum manus intulerunt; isti quotidie corpus ejus lacesunt! O manus praescindendae!" lib. de *Idol.*, cap. 7.
3. MEDT, *La Cena*, primera parte, día 44.

como la profanación de las cosas santas; bajo este concepto, la antigua y la nueva ley se parecen.

Si Oza pone su mano sobre el Arca santa en el momento en que le parece que vacila, como la Ley no autorizaba a nadie a tocar en ningún caso al descubierto aquel objeto sagrado, pagó al punto su temeridad con su propia vida, *iratus est indignatione Dominus contra Ozam, et percussit eum super temeritate, qui mortuus est ibi iuxta arcam Dei*¹.

Si Baltasar hace servir en alguna de sus orgías reales los vasos de oro y de plata arrebatados al templo de Jerusalén, una mano vengadora escribe en el muro mismo de la sala del festín la sentencia del profanador, y la sentencia se ejecuta al punto; Baltasar es muerto, y pierde a la vez corona y vida, *eadem nocte interfertus est Baltasar rex Chaldaeus... et Darius Medus succedit*².

Si el impío Heliodoro viola el templo del Señor y se apresta a saquearlo, un personaje misterioso, empuñando una espada de oro centellante, montado en un corcel de fuego, se precipita sobre él, lo tira por tierra, lo llena de heridas, y allí queda tendido, atacado de mutismo, privado de toda esperanza de salvación... *et ille quidem per divinam virtutem, jacebat mutus, atque omni spe et salute privatus*³.

Volvamos la hoja. Estamos en pleno Nuevo Testamento. La verdad ha sucedido a la sombra, la realidad a las figuras. Ya no se trata del Arca, ni del pan de la proposición que se guardaba dentro de ella, ni del Templo, ni de sus tesoros, ni de sus vasos sagrados, por preciosos que fueran. Todo se ha cambiado en

1. PARAL., XIII, 10.
2. I MACCH., III, 29.
3. DAN., V, 31.

algo mejor. Nos encontramos en la montaña de Sión, en una gran sala, amueblada y enteramente dispuesta; no sin grave motivo la describe el Evangelio, *coenaculum grande, stratum*¹. Acaba de ser instituida la sagrada Eucaristía; Jesús la distribuye a los miembros del Colegio Apostólico. Uno de los Doce es un traidor. Judas hizo una mala comunión. Ya conocéis lo demás... Al día siguiente el desgraciado profanador convirtióse en su propio justiciero, y se ahorcó de un árbol que le sirvió de patíbulo; hinchóse su cuerpo, rompióse por la mitad y esparcióse por tierra sus entrañas como lava impura, *et suspensus crepuit medius et diffusa sunt omnia viscera ejus*².

Nos encontramos en el día siguiente a la primera Pascua de Pentecostés cristiana; pasan algunos años, y de la predicación de los Apóstoles fecundada por la gracia del Espíritu Santo, han nacido cristiandades, la de Roma, la de Elicso, la de Filipos, la de Colosos, la de Corinto. Esta última no es edificante del todo; pasan en ella cosas lamentables, hácese en ella malas comuniones... San Pablo se alarma, y con sobrado motivo, por lo que escribe a esta cristiandad, que sigue un camino funesto. El capítulo XI de esta epístola es sorprendente, pues nos muestra que entre los fieles de Corinto, muchos estaban decaídos, enfermos, y varios habían perecido de muerte miserable. El apóstol no vacila en decirles que estas calamidades provienen de sus malas comuniones, *ideo*, he ahí por qué... *ideo inter vos multi infirmi et imbecilles et dormiunt multi*. Algunos autores quisieron entender estas palabras en sentido espiritual, pero su opinión no es acertada, nada vale. Los

1. Marc, XIV, 15.
2. Act., I, 18.
3. I Cor., XI, 30.

grandes Doctores, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, los grandes intérpretes, Justiniano, Cornelio, a Lapidé, creyeron que expresaban enfermedades y males físicos, que se manifestaban en aquella desgraciada cristiandad en castigo de la profanación de la adorable Eucaristía¹.

Acaba de ser escrita la última página del Apocalipsis; el Nuevo Testamento queda cerrado... La historia se desarrolla, y oigo que san Juan Crisóstomo dice, con su autorizada voz, que la decadencia de los Estados, las discusiones domésticas, las llagas de los pueblos, las calamidades públicas son frutos ordinarios de las malas comuniones².

Antes de san Juan Crisóstomo, escribe san Cipriano, obispo de Cartago, su libro *De lapsis*, con ocasión de los desgraciados cristianos que habían destellado en la persecución y abjurado ante los suplicios. Jamás habló un pastor a su rebaño lenguaje más afectuoso y tierno. El *¿quién enferma*, de san Pablo, *que no enferme yo con él?*, jamás tuvo más bello comentario³. Pero también ¡qué elocuencia tan vehemente! Si es padre, también es médico. Así, pues, no se limita a acariciar la llaga con la mano, sino que la abrirá resueltamente para hacer que arroje toda la podredumbre. ¡Cómo! exclama. ¿Volvéis de los altares del demonio y os acercáis al altar del Señor, con las manos todavía manchadas de los sacrificios impuros? ¿Con la boca todavía llena, por decirlo así, de la carne de los ídolos os arrojáis sobre el cuerpo del Señor, a pesar de que el Apóstol dice: El que come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, es reo de su cuerpo y de su sangre? Se desprecia todo esto,

1. *Biblia de Letinellens*, in hunc loc.
2. Homil. 5, in epist. ad. Tim.
3. II Cor., XI, 29.

y antes de expiar sus crímenes, antes de confesarlos, antes de purificar la conciencia, antes de apagar la cólera del Señor, se hace violencia a su cuerpo y a su sangre, *vis infertur corpori ejus et sanguini*; se le ultraja con la mano—hace alusiones al modo de comulgar de entonces, que consistía, como ya hemos dicho, en recibir el cuerpo de Jesucristo en la mano, antes de llevarse a la boca,—se le ultraja con la mano y con la boca, *ore ac manibus in Dominum delinquant*... Después traza el cuadro sombrío de los castigos infligidos a los culpables; éste ha quedado mudo; el otro, poseído del demonio, se ha convertido en su propio verdugo; aquél, queriendo abrir el cofreito, en el cual guardaba el cuerpo del Señor, vio salir llamas de él; habiendo comulgado una mujer en la gran asamblea de los fieles, a pesar de que tenía la conciencia cargada de pecados, quedó estrangulada al pie del altar, como si, en vez de darle el cuerpo de Jesucristo, se le hubiera clavado un puñal en la garganta, *et quae fefellerat Hominem Deum, sensu ultorem*¹.

Finalmente, la mala comunión es la muerte, porque es un pecado de difícil perdón. Admito por adelantado todas las excepciones que queráis hacer; hay a veces circunstancias atenuantes, y ya he dicho que las tengo presentes. No solamente nada me asusta reconocerlas, sino que experimento el más vivo placer en hacerlo: Dios, rico en misericordia, se inclina siempre al perdón, y nuestros pecados, aunque sean rojos como la escarlata, pueden convertirse en blancos como la nieve. Pero hechas estas concesiones, y es de justicia hacerlas, recojo mi proposición y la mantengo: la mala comunión es la muerte, porque es un pecado de difícil perdón, y constituye para el alma un peligro real de reprobación.

1. *Hist. Eccl. de Rohrb.*, lib. 29.

Acabo de nombrar a Judas; hago salir de nuevo a la escena ese horrible personaje, convertido en el escanto de los siglos cristianos. ¿Qué dice de él Jesucristo? Entre vosotros, apóstoles míos, hay un demonio, *ex vobis unus diabolus est*; y añade: *! Desgraciado del hombre por quien el Hijo del hombre será tricionado; más le valiera no haber nacido*¹... Pero esto es la reprobación; no hay más que el suplicio eterno que sea peor que el no ser. ¿Qué dice san Pablo en su famoso capítulo XI de su primera epístola a los de Corinto? Acaba de recordarles que su doctrina no es otra que la que él recibió de Jesucristo, *ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis*; describe cómo y en qué circunstancias se verificó la última Cena y la institución del misterio Eucarístico; dice que quien comiere indignamente el pan transformado en el cuerpo de Cristo, y bebiere el vino convertido en su sangre, se hará reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Para descartar esta formidable eventualidad, añade: Examínese, pues, a sí mismo el hombre, esto es, vea claramente si es digno o no de acercarse a este banquete, porque el que come y bebe indignamente... acabad, gran Apóstol, acabad... come y bebe su propia condenación, *qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit*².

¿Lo habéis oído, cristianos? Sobre todo ¿lo habéis entendido? Entre los 50.000 versículos que componen la Sagrada Escritura, conocéis una frase más fuerte, más enérgica, más sorprendente, que esta de San Pablo? Yo no conozco ninguna otra. Léase a un criminal su condenación, muéstresela escrita; perfectamente... Pero que se la haga comer con su pan y beber con su bebida; que él la avale, que se adhiera a sus entrañas, que forme

1. *MATEO*, XXVI, 24.

2. *1 COR.*, XI, 29.

cuerpo con él, como para hacerla irrevocable... Pues bien, en el pensamiento de san Pablo, tal es la mala comunión. El que, comiendo el cuerpo de Jesucristo, lo come indignamente; el que bebiendo la sangre de Jesucristo, la bebe indignamente, come y bebe su juicio, come y bebe su condenación, se la incorporea, se la unifica, *qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit*.

Decid, si os atreveis, que esta incrustación de su sensibilidad de muerte que se verifica en todo su ser, no es permanente, no se eternizará... Dios es rico en misericordia; Dios se inclina al perdón; hay en su corazón tesoros incomparables de bondad, abismos insondables de caridad. Pero también sabemos que Satanás tiene profundidades incalculables¹; que una mala comunión lleva tras sí otra, y esta otra tercera... ¿En dónde, cuándo acabará esta cadena de iniquidades? Sabemos que el remordimiento que aguijonea al principio, se debilita poco a poco, y acaba por no hacer sentir su punzada; que la conciencia, insensibilizándose por grados, no deja oír más que reclamaciones cada vez más intermitentes; que el corazón acaba por endurecerse como la piedra, y se aprieta con el yunque sobre el cual cae el martillo, *cor ejus indurabitur tanquam lapis, et stringetur malleatoris incus*²... Esto quiere decir, que la mala comunión, casi fatalmente seguida de una o varias malas comuniones, tiene por resultado final la ceguera del espíritu, el endurecimiento del corazón, el alejamiento de Dios, la apostasía... ¿Quién no conoce el satánico consejo que el patriarca de la incredulidad moderna, Voltaire, daba a sus adeptos para hacer impíos como él y enardecerlos en el mal? Haced, les decía, una o dos

1. Apoc., II, 24.
2. Job, XLI, 15.

comuniones sacrílegas, y ya no tendréis miedo¹. Desde su punto de vista tenía razón. Para endurecer el corazón, hacer insensible el alma, cauterizar la conciencia, ahogar el remordimiento, en una palabra, para hacer impíos, nada como la mala comunión. Por lo contrario, cuando uno es puro, o llega a serlo; cuando hace buenas comuniones, ¿se aleja del Señor? ¿deserta de la religión, y de los deberes que impone? No, no, jamás; ni siquiera le asalta a uno el pensamiento de hacerlo.

Ahora que he dado fin a mi empresa y era bien ruda,—pues para tratar semejante asunto, nada menos se necesita que el deber imperioso del ministerio pastoral;—ahora que veis con toda claridad que la mala comunión es la muerte... no hagáis más que buenas comuniones. Mas para hacer buenas comuniones, preciso es hacer buenas confesiones, confesiones sinceras, acompañadas de contrición por lo pasado, de firme propósito de enmienda para lo por venir. Para recibir con utilidad es enmendarse y perfeccionarse. Para recibir con utilidad el pan de vida, dice san Ambrosio, preciso es cambiar de vida. Esta expresión es feliz, y de ella hago punto final; será la conclusión práctica de esta instrucción, sí, para recibir con utilidad el pan de vida, es preciso cambiar de vida, *mutet ergo vitam, qui vult accipere vitam*²...

1. Catecismo de Guillois, t. III, p. 127.
2. Serm. 4 Adviento.

entonces el alma tiene necesidad de mayor abundancia de gracias, para resistir a los enemigos de la salvación, más formidables que nunca.

También es cierto que es necesario comulgar de cuando en cuando en el curso de la vida, y soberanamente, ventajoso comulgar con frecuencia, como lo diremos en una instrucción especial sobre este asunto; de lo contrario, no se comprendería por qué Nuestro Señor instituyó el Sacramento eucarístico en forma de alimento.

Finalmente, es cierto—y este es el punto de doctrina práctico sobre el cual vamos a detenernos hoy especialmente—que, según el derecho canónico, hay obligación de comulgar cada año, por lo menos una vez, en tiempo pascual.

La ley es formal y claramente dictada.

La ley en todos los catecismos. Vosotros habéis aprendido bien el vuestro para haberlo olvidado; nada quita la vulgaridad de las palabras a la precisión del texto: *Confesuras todos tus pecados por lo menos una vez al año.—Recíbralas a tu Creador por lo menos por Pascua humildemente.*

La ley en los rituales. El Ritual Romano, tipo de todos los demás, se expresa así: *Dabit operam parochus, ut in ipso die sanctissimo Paschae fideles;... communicent quod ejus fieri potest, ut in ipso die sanctissimo Paschae fideles communicent;... Aegrotis quoque parochialibus, etiam si communionem extra praescriptos paschales dies sumpserint, in paschalius diebus illam communionem deferret, ac ministrabit*¹; esto es: Pondrá el párroco su mayor cuidado en que todos los fieles comulguen el santísimo día de Pascua; en cuanto a los feligreses

1. De sac. Euchar.
2. Rit. Rom., IV. De Sanctissimo Eucharistiae Sacramento, cap. III. 4.

SERMON NOVENO

El deber pascual

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.
S. Joán., VI, 54

Desde el día en que, suficientemente instruido, puede, según la expresión del Apóstol, discernir el alimento eucarístico de todo otro alimento, tiene el cristiano obligación de comulgar. Nuestro Señor Jesucristo mismo lo dijo. Su palabra es imperativa: Tomad y comet, este es mi cuerpo... Tomad y bebed, esta es mi sangre¹... Para el caso de desobediencia y de infracción, es conminatoria: Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros, nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis².

Pero ¿cuándo y en qué época debe cumplirse esta obligación? Cuándo y en qué época es obligatoria la participación en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo? Ciertamente, en primer lugar, que hay que comulgar en una enfermedad grave, juzgada como mortal, porque

1. MATTHE, XXVI, 26, 27.
2. JOANN., VI, 54.

enfermos, les llevará la comunión y se la administrará en cualquier otro día de las fiestas de Pascua.

La ley en esta célebre prescripción del Concilio de Letrán, que es preciso citar por entero para apreciar todo su alcance: *Todos los fieles de uno y otro sexo, llegados a la edad de la discreción, confesarán fielmente sus pecados a su propio sacerdote por lo menos una vez al año; procurarán cumplir, en la medida que puedan, la penitencia que le sea impuesta; se dispondrán a recibir con respeto el santo Sacramento de la Eucaristía, por lo menos por Pascua, a menos que se les haya prescrito abstenerse durante algún tiempo por causa razonable; si no lo hacen así, se les prohibirá la entrada en la iglesia durante su vida, y se les privará de sepultura cristiana después de su muerte*¹.

Finalmente, la ley en el decreto, no menos claro, del santo Concilio de Trento. Así se expresa esta memorable Asamblea: *Si alguien negare que todos y cada uno de los fieles cristianos de uno y otro sexo, cuando han alcanzado la edad de la discreción, están obligados a comunicar todos los años, por lo menos por Pascua, según el precepto de nuestra madre la santa Iglesia, sea anatematizado*.

La ley es formal y superabundantemente promulgada. ¿Quién, pues, la ignora? ¿Quién puede ignorarla? Cada año todo obispo con jurisdicción la recuerda a sus diócesanos, y por mandamiento especial, hace una nueva y auténtica notificación de ella; cada año, por prescripción del Ritual Romano, todo sacerdote con cargo de almas, publica una o dos veces, según la ne-

1. Véase el texto latín. *Rit. Rom., de Sac. Euchar.*

2. *Sessi. 13, can. 9*.—Hay que aconsejar a los fieles que cumplan este precepto en su propia parroquia; el tiempo señalado por el derecho común va desde el Domingo de Ramos hasta la dominica in *Albis*, C. 859.

cesidad, durante la Cuaresma, por sí o por otro comisionado al efecto, el decreto citado más arriba del Gran Concilio de Letrán, que contiene la ordenanza de la Iglesia, *curet parochus ut in quadragesimâ, per se, vel per alios concionatores populo opportune denuntietur constituto concilio Lateranensi*¹; cada año, durante la santa cuaresma, todas las predicaciones están ordenadas a este fin, todas las trompetas evangélicas sueñan a la vez, todos los púlpitos, así de las aldeas como de las grandes ciudades, están ocupadas, todo pastor se multiplica tanto como lo exigen las necesidades de Pascua; es el día por excelencia que el Señor ha hecho, es la gran fiesta de los cristianos, es también el vencimiento de la deuda sagrada... Todavía se hace una nueva y última notificación de la ley pascual: *Los que no han cumplido con el mandamiento de la Pascua, por cualquier motivo, tienen obligación de hacerlo después del tiempo pascual*. C. 859, § 4.

He ahí la ley pascual; es clara, precisa, ampliamente promulgada, superabundantemente notificada, obligatoria para todos. ¿La cumplís? La pregunta nada tiene de indiscreta viniendo de quien tiene el deber riguroso de excitar a la ejecución de la ley.

Si me respondéis afirmativamente: Si, somos hijos sumisos de la Iglesia; sí, cumplimos con la Pascua, ¡Ah! entonces bendigo a Dios, y os alabo con todo mi corazón.

Os alabo porque cumplís con vuestro deber, y en un tiempo como el nuestro, cuando la noción del deber propende a corromperse cada vez más; cuando apenas se sabe ya respetar y obedecer; cuando todo yugo pesa, el divino y el humano, lo mismo éste que aquél, ya es ciertamente algo cumplir un deber que sólo obliga en

1. *Rit. Rom., de com. pasc.*

conciencia, y del cual podría prescindirse sin incurrir en otras penalidades que las de la Iglesia.

Os alabo porque, cumpliendo con la Pascua, contrabáis, en el modo absolutamente suficiente, a la salvación de vuestra alma, a la edificación de la familia, y, si queréis que dé más amplitud al asunto elevándolo a algunos grados, al bien general de la sociedad tomada en su conjunto.

En primer lugar, procuráis, en la medida absolutamente suficiente, la salvación de vuestras almas, cosa esencial y más importante que ninguna otra. ¡Ah! sin duda que—lo sé perfectamente y no tengo dificultad en decirlo—los Sacramentos no hacen impecables; después del Bautismo, que es el Sacramento de la regeneración; después de la Confirmación, que es el Sacramento de la fuerza y virilidad cristianas, y aun después de la Comunión, que es el Sacramento por excelencia, el más augusto de todos y el más rico en efectos de santificación, la inclinación al mal, el *fomes peccati*, permanece, y permanecerá siempre hasta el último día, hasta el último aliento. Sé también que nadie está al abrigo de las sorpresas de la muerte; que puede caer sobre nosotros de improviso, como un alud, y, para hablar el lenguaje del Evangelio, como un ladrón nocturno, que da un golpe en la sombra¹. Sé todo esto, mas, a pesar de ello, creo poder decir que quien cumple con la Pascua cada año, y en buenas disposiciones, puede tener su salvación por moralmente cierta. El que cumple regularmente con la Pascua, con las disposiciones requeridas, sólo rara vez faltará, si falta, al deber de la oración diaria, al deber de oír misa cada domingo; ordinariamente, si no siempre, será buen hijo, buen esposo, buen padre de familia, vecino servicial, comerciante honrado, obre-

1. Luc, XI, 39.

ro concienzudo, doméstico fiel, ciudadano útil. Está casi seguro de que no se apartará del camino recto, y que el último día le hallará dispuesto, aun en el caso en que la muerte venga de repente, y sin hacer presentir su proximidad. Dios tendrá gran misericordia con ese cristiano tan fiel y practicante. El ángel exterminador, de que se habla en el libro del Exodo, que recorrió el Egipto en todos los sentidos, sembrando la muerte a su paso, respetó la casa de los hebreos, cuyos portales estaban teñidos con la sangre del Cordero pascual¹, cordero figurativo de la Pascua cristiana.

Así es como, en segundo lugar, el que cumple cada año con la Pascua, teniendo las disposiciones requeridas, provee, en medida absolutamente suficiente, a la salvación de su alma, como también a la edificación de la familia.

Sí, si la familia, tal como quiero suponerla: el padre, la madre, los hijos, los abuelos y los nietos, y los criados, si los hay, cumplen con la Pascua, ¡qué unión, qué dulce concordia, qué mutua edificación! Esto ocurriría antes; de ello podrían ser testigos los ancianos, ya porque lo hayan visto con sus propios ojos, ya porque lo hayan oído de los que eran ancianos cuando ellos eran jóvenes todavía. Las familias se acercaban como un solo hombre a la mesa del Señor, el esposo con la esposa, los hijos con los padres, los jóvenes al lado de los viejos de cabellos blancos, el criado junto a su amo. En todo el pueblo cristiano no hay nada tan hermoso como ese espectáculo, digno de Dios, de los ángeles y de los hombres...

Finalmente, provee al bien general de la sociedad toda colectivamente. ¡Ah, la cuestión social, el problema social, la regeneración de los pueblos, el mejora-

1. Exod, XII, 23.

nimiento moral de las masas! Si el corazón estuviera lleno de alegría, quizás se encontrara cierto placer al ver abrirse para desaparecer al punto, en el diario, en la revista semanal o mensual, en el libro más presuntivo aún, una multitud de sistemas más o menos extraños, gritando todos: *he encontrado*... Pues bien, únicamente la Iglesia posee esa solución tan buscada y siempre tan esquivada. ¿Habrá necesidad de decir que comparto enteramente la opinión de la Iglesia? Estoy convencido con ella de que, si todo el mundo fuera cristiano sinceramente práctico, si todo el mundo rezara, si todo el mundo oyera misa, si todo el mundo se confesara y cumpliera el precepto pascual con las disposiciones exigidas, que son: examinarse, inspeccionarse, arrepentirse, enmendarse, resolverse a evitar todo el mal y hacer todo el bien posible; si todo el mundo obrara así, si esa legislación del DEBER PASCUAL, que busca al alma humana dentro de sí misma, hasta en su *fuero interno*, fuera aceptada por todos, observada por todos, no digo que no hubiera nada que corregir—las masas, mucho más aún que los individuos, sólo son capaces de una perfección relativa,—pero certísimamente habría menos odios, menos querellas, menos desórdenes; los hijos serían más sumisos y los padres mejores obedecidos, las familias estarían más unidas, los poderes públicos se verían más respetados, y, en fin, la sociedad humana sería más dichosa.

Así es como el cumplimiento del deber pascual es un acto efecacísimo de regeneración social, de edificación para la familia, al propio tiempo que una garantía, para cada uno, de su salvación eterna. Por eso os alabo a vosotros, porque cumplís cada año ese deber con religiosa puntualidad y con todas las disposiciones requeridas.

En cuanto a vosotros, los que no cumplís; vosotros, los que cerráis el corazón a la gracia y a sus santas inspiraciones; vosotros, para quienes la ley pascual, aunque tan claramente promulgada y tan superabundantemente notificada, queda como letra muerta; vosotros, que tenéis cuentas atrasadas con Dios, de diez años, y quizás de veinte, ¡ah! podríais censuráros, y con justicia, porque no cumplís con vuestro deber, pero prefiero no hacer más que compadeceros... lo que haré con una libertad de lenguaje que sólo halla igual en el amor que siento por vuestras almas.

Os compadezco, porque resistís a la voz de la conciencia, que no puede dejar de condenar, y condena sin la menor duda, vuestra culpable abstención.

Os compadezco, porque, el día de vuestra primera comunión, habiendo prometido a Dios, por los santos Evangelios, cumplir cada año con la Pascua, falláis a este compromiso, el más solemne de vuestra vida.

Os compadezco, porque violáis una ley a la vez divina y eclesiástica, general y particular, hecha para todos y para cada uno; *nisi manducaveritis*... nadie queda exceptado; *omnis utriusque sexus fidelis*... Todo el mundo queda comprendido.

Os compadezco, porque, al violar la ley divina y la de la Iglesia en un punto esencial, no dais buen ejemplo a la familia. Cierta día, decía un niño a su madre: ¿Cómo se comprende que mi padre—que era general de división,—que sirve tan bien a su patria, trate tan mal a Dios?... El bravo oficial no cumplía con la Pascua, y su hijo lo había notado.

Finalmente, os compadezco, porque, no cumpliendo con la Pascua, no purificando jamás vuestra conciencia, dejando que se amontonen, que se estratifiquen los pecados en el alma, ponéis manifestamente vuestra sal-

vacación en gran peligro. Decís, y yo lo oigo: Verdad es; no hacemos lo que debemos; estamos endeudados; no estamos en regla con la ley pascual; pero paciencia; lo que está diferido, no está perdido; más tarde, en el último cuarto de hora, todo se hará en un momento, y será suficiente.

¡Oh ilusión! De todas las alucinaciones del demonio, esta es la más funesta.

Si, más tarde... siempre lo futuro, jamás lo presente; más tarde... siempre grandes santos en proyecto, siempre pecadores en realidad; más tarde... pero pen- sad que el infierno está lleno de gente que también de- cía: más tarde...

Esperar al último cuarto de hora para cumplir las santas prescripciones de la ley pascual, al último cuar- to de hora... Pero ¿quién tendrá ese último cuarto de hora? Ese último cuarto hora, ¿está en vuestro poder hacer que sea lúcido, o aunque sea lúcido, que sea sufi- ciente? Sin tratar de poner límites a la misericordia divina, ¿no tengo derecho de decir que es tentar a Dios del modo más incalificable, diferir al último cuarto de hora un asunto de esta importancia, del cual depende la misma eternidad?

Termino; quiero ser mucho menos extenso en censu- rar, mejor dicho, en compadecer, que en alabar y fe- licitar.

Permitidme que termine con un hecho; lo he tomado de los tristes anales de la funesta última guerra. Se es- taba en lo más fuerte de la tormenta; habían trabado una batalla, y durante la acción, uno de nuestros va- lientes oficiales, sin dejar de mandar a sus hombres, elevaba los ojos y las manos al cielo, y oraba. ¿Qué pides a Dios? preguntóle un compañero de armas. Le- pido, contestó, que ninguno de mis hombres sea al-

canzado por una balai enemiga, sobre todo si está en pecado mortal.

Este sentimiento tan cristiano lo experimenta todo sacerdote con cargo de almas, y lo expresaría así en los mismos términos. Pide en sus más fervientes oracio- nes, y más de una vez con lágrimas en los ojos, que nin- guna de las almas que le están confiadas, salga de esta vida sin estar en gracia y en plena amistad con Dios.

to; ahora lo veis en toda su claridad: vamos a hablar de la comunión frecuente.

Los fieles, desde el origen de la Iglesia, y desde el día siguiente de la primera Pascua cristiana, comulgaban con frecuencia, y quizás cada día; nos lo da a entender este texto de los Hechos. Y perseveraban en la fracción del pan; y más literalmente: en la participación común del mismo pan fraccionado, *erant perseverantes in communicatione fractionis panis*¹. Santamente ávidos de este alimento celestial, se agrupaban en muchedumbres en torno de la Mesa eucarística. ¡Qué tiempo tan dichoso! Era la edad de oro de la Iglesia.

Después, enfriándose por grados el fervor primitivo, los grandes Doctores suplicaban a los fieles que no abandonaran, como se veían tentados a hacerlo, el divino banquete. Es esta verdad que no admite duda, como lo vemos por sus palabras alentadoras, por sus apremiantes exhortaciones: Vivid de tal suete, les decía san Agustín que podáis comulgar cada día, *sic vivetis, ut quotidie possis sumere*². Puesto que es el pan cotidiano, añadía san Ambrosio con no menos autoridad, ¿por qué dejáis pasar todo un año sin comerlo, *si quotidianus est panis, cur pos annum illum sumis*³? Tan apremiante y más patético aún es san Juan Crisóstomo: Considerad con qué ardor, dice esta Boca de Oro de la Iglesia griega, se avalanzan los niños al pecho de sus madres, con qué avidez beben su leche. ¿Pondremos nosotros menos jovial diligencia en acercarnos a la Mesa del Señor? ¿Saberemos a tragos menos largos la bebida espiritual? Sabremos, pues, con delicia ese alimento celestial, y no

SERMON DECIMO

La comunión frecuente

See diebus colligit. Exod., XVI, 26

¿Qué quiere decir: Recogello durante los seis días, *see diebus colligit*?

Desde nuestra primera instrucción sobre el Santísimo Sacramento, de acuerdo con toda la tradición y con el incomparable autor del *Lauda Sion*, hemos asignado un puesto al maná entre las figuras eucarísticas, *in figuris praesignatur... datur manna patribus*¹.

En efecto, entre este alimento maravilloso modelado por los ángeles en las regiones superiores del cielo, y el alimento eucarístico, más maravilloso todavía, dispuesto por Dios mismo, y verdaderamente venido del cielo, hay múltiples relaciones. La que sirve de entrada al asunto que me propongo tratar hoy, es que el maná debía ser recogido todos los días de la semana, excepto uno, *see diebus colligit*... Del mismo modo y a falta de un mandamiento que haga de ello un deber, está particularmente recomendado, y es soberanamente recomendable, participar con frecuencia del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, del cual el maná no era más que imperfecta imagen.

Ya habéis penetrado desde el principio mi pensamien-

1. Orr. SS. Sac.

1. Act., II, 42.

2. "Illa est sancti Augustini norma certissima: sic vivet ut quotidie possis sumere." Cat. Rom., cap. 20.

3. De sacr. I, 5, cap. 4.

experimentaremos más que un solo dolor, un solo pesar, el dolor y el pesar de vernos privados de él, *et unus sit nobis dolor hac esca privari*¹.

Los Doctores modernos, como san Francisco de Sales y san Alfonso de Liguori, y otros escritores notables, como Fenelón, trataron magistralmente esta materia, y sentaron reglas de conducta de perfecta exactitud doctrinal, como nos lo indican sus hermosos escritos, que leemos con no menor placer que provecho.

El primero, san Francisco de Sales, se expresa así: El que usa con frecuencia y devoción de este augusto Sacramento de la Eucaristía, recibe de él tanta fuerza y vigor, que casi es imposible que el veneno mortal de los malos afectos haga impresión alguna en su alma. No, no es posible vivir de esta carne de vida, y morir de la muerte del pecado².

Se engañan, dice el segundo, san Alfonso de Liguori, y se apartan del espíritu de la Iglesia, los directores de almas que, sin consideración a las necesidades y progresos de la virtud de las personas que dirigen, les niegan la comunión frecuente, sin otra razón que la frecuencia misma³.

El tercero, Fenelón, se expresa así: Comunlad como los Apóstoles hicieron comunlad a los primeros fieles, y como los Padres hicieron comunlad a las cristianas de los siglos siguientes. Dejad que razonen los que quieren reformarlo todo, y comed el pan cotidiano, a fin de que, viviendo de Jesucristo, viváis para él⁴.

¡Qué admirable enseñanza, ya antigua, ya moderna, y cuán concordante es!

1. Homil. 60, ad. pop. Antioch.
2. *Int. a la vida dev.*, c. 21.
3. *Prax. conf.*, cap. 9, n. 150.
4. *La vraie et solide piété*, por Fenelón, sacada de sus obras por Mons. Dupanloup t. II: 14 c. 1, sub finem.

Mas, por admirable que sea, todavía fué superada, y debía serlo. Nadie podría hablar, y, de hecho, nadie habló sobre este asunto con tanta autoridad y competencia como el incomparable santo Concilio de Trento. Aunque largos, citemos estos hermosos textos para que nos sirvan de instrucción.

En el capítulo segundo de su memorable sección decimatercia, dice: Jesucristo quiso que este Sacramento fuese recibido como el alimento espiritual de nuestras almas, para que las sustentase, las fortaleciese y las hiciese vivir de su propia vida, y fuese como un antidoto, por cuya virtud quedásemos libres de nuestras faltas diarias, y preservados de las mortales¹.

Para quien quiera reflexionar, ¿no es evidente que la comunión frecuente sale de estas palabras, como la consecuencia de su principio, como el fruto de la rama? ¿Cómo un alimento, verdadero alimento de las almas, *spiritualis animarum cibus*, dotado de todas las propiedades nutritivas de alimentar, de fortalecer, de hacer vivir a las almas de su vida propia, que es Jesucristo mismo, *quo alantur, et confortentur, viventes vitam*, y a pesar de tantos y tan admirables efectos como está destinado a producir, no ha de tomarse sino a raros intervalos? ¿Y sería esta la intención restringida de Jesucristo y la de la Iglesia, intérprete de sus pensamientos? ¿Sería esto posible?... Este antidoto, haciao a fin de preservarnos de las faltas graves, haciao a fin de inclina nuestra naturaleza con demasiadas tales se inclina de las faltas ligeras, pero da facilidad, y de curarnos de las faltas ligeras, pero diarias que, si no matan al alma, la debilitan por grados, ¿sólo rara vez podríamos usarlo, cuando el mal es inveterado hasta el punto de ser ya difícilmente curable? ¿Quién podría creerlo?

1. Sess. 13, cap. 2.

Con todo, no hemos llegado más que *per discursum*, por vía de razonamiento; he aquí lo que es más directo.

En el capítulo octavo de la misma sesión, el santo Concilio—cito textualmente—advierte con paternal afecto, exhorta, ruega y conjura por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, a todos los que en general y en particular llevan el nombre de cristianos, que, acordándose de la gran majestad y del amor excesivo de Nuestro Señor Jesucristo, que entregó su alma amantísima en rescate de nuestra salvación, y nos ha dado a comer su carne, crean en los misterios sagrados de su cuerpo y de su sangre, con tal constancia y firmeza de fe, y con tal piedad y tal respeto los reverencien, que se hallen en estado de recibir con frecuencia este pan que está por encima de toda substancia, *ut panem illum supersubstantialiorem frequenter suscipere possint*, y constituya él verdaderamente la vida de su alma y la salud perpetua de su espíritu, a fin de que, fortalecidos con comer en ella sin velo alguno el mismo pan de los ángeles que ahora comen bajo los sagrados velos¹.

Finalmente, en el capítulo sexto de la no menos memorable vigésimosegunda sesión: *optaret sacrosancta Synodus*, el santo Concilio desearía... ¿qué? que, en cada misa, los fieles que la oyen comungasen, no sólo espiritualmente y con sentimientos interiores de devoción, sino también recibiendo sacramentalmente la Eucaristía, *sacramentali etiam Eucharistiae perceptione*².

Así se expresa una de las más ilustres asambleas, la más magistral que hubo jamás en estas materias, convocada especialmente para tratar de ellas. Estas exhortaciones del Concilio de Trento han sido precisadas en el decreto *Quam singulari* de Pío X y en el nuevo

1. Sess. 13, cap. 8.
2. Sess. 22, cap. 6.

Código, por cuyas disposiciones los niños quedan obligados a la comunión pascual desde el uso de razón. Y Pío X, destruyendo de raíz los resabios de jansenismo, que inconscientemente tenían muchos seguidores, estableció que el estado de gracia y la recta y piadosa intención de agradar a Dios y de proveer al remedio de sus necesidades, son las disposiciones esenciales para recibir la sagrada Comunión, aun cotidianamente.

Si ahora me preguntáis la razón última de los deseos de la Iglesia relativos a la comunión frecuente, de sus exhortaciones tan apremiantes, de sus súplicas tan insistentes, expresadas con sin igual riqueza de lenguaje, respondería que lo que la Iglesia enseña en general sobre la aptitud de la Eucaristía para conferir la gracia, se aplica en particular a la comunión frecuente; que los efectos ciertos producidos por la una, son producidos con más seguridad y abundancia por la otra;

Respondería que la comunión frecuente es la que sobre todo nos une, nos incorpora a Jesucristo, nos hace vivir de su vida y de su espíritu, en una medida que no alcanzarán ni pueden alcanzar comuniones hechas a largos intervalos;

Respondería que la comunión frecuente sobre todo es la que temple los ardores enfermizos del alma, la que embota y a la larga amortigua el aguijón de la carne, la que extingue el fuego de la codicia, la que vivifica todo nuestro ser espiritual con sucesivos acrecentamientos de gracia santificante y un don más amplio de gracia sacramental;

Respondería que, gracias principalmente al frecuente y buen uso de la comunión, se cumplen y se realizan estas palabras de san Pablo: No vivo yo, sino que Jesucristo vive en mí¹...; y estas otras palabras no menos

1. GALAT., II, 20.

admirables, de san Agustín: No sois vosotros los que cambiáis a Jesucristo en vosotros, sino que Jesucristo os cambia y transubstancia en él, porque, en efecto, entrando con frecuencia en vuestra alma, acaba por ocuparla, y, si me atreviera a decirlo, por invadirla toda entera, a ella y a todas sus potencias;

Respondería, finalmente, que todos los actos de valor sobrehumano, el heroísmo incomparable que admiramos en esos innumerables mártires de los primeros siglos, hombres, mujeres y aun niños; que todos los prodigios de abnegación, de renuncia, de santidad acabada, de caridad inagotable, de humildad y con frecuencia no apreciado sacrificio, de que está llena la historia de la Iglesia, son frutos naturales de la comunión frecuente, y que si, por un imposible, desapareciera, cesando la causa, cesaría al punto el efecto. No sería imposible que hubiese todavía cierta humanidad, no sé qué filantropía y beneficencia; pero la caridad cristiana, la abnegación verdadera, el sacrificio real, que llega hasta la entrega de uno mismo, no existirían ya, porque se habría secado su fuente.

¡Qué admirables son, pues, los efectos de la comunión frecuente! ¡Cuán inspirada está la Iglesia, ya que, por sus Doctores, tanto antiguos como modernos y especialmente por su órgano más autorizado, el santo Concilio de Trento, con tanto calor la recomienda.

Comulgad, pues, cristianos, con la mayor frecuencia que podáis. Y si me decís que recaeís siempre, que gemís bajo una multitud de imperfecciones, incompatibles, en vuestro sentir, con el uso frecuente de la Eucaristía, os contestaré que nada importa eso, que, con tal que tengáis un deseo sincero de corregiros, y que trabajéis al efecto para lograrlo, no importa, comulgad. Preci-

1. *Conf.* lib. 7, cap. 10.

samente porque pecáis continuamente, dice san Ambrosio, es preciso recurrir continuamente al remedio. San Agustín habla como su maestro san Ambrosio: Pecáis cada día; pues comulgad cada día, *quotidie peccas, quotidie sume*... Los Sacramentos no conceden de repente la impecabilidad, como tampoco las primeras dosis de un preparado farmacéutico operan un cambio instantáneo. Toda curación espiritual perfecta, como toda curación corporal acabada, es cuestión de tiempo, no meros que de remedios. Ocurre con la comunión, con esos que de remedios. Ocurre con la comunión, con esa poderosa medicación del alma, lo que con los remedios del cuerpo, los cuales, aplicados por primera vez, consuelan, pero no curan del todo sino a condición de continuar sirviéndose de ellos, *applicata juvant, continuata sanant*.

Si el mundo os pregunta por qué comulgáis con tanta frecuencia, y sobre todo, si os lo reprocha, dadle la respuesta de san Francisco de Sales:

Decid al mundo que lo hacéis para aprender a amar a Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones, para libertaros de vuestras miserias, para buscar consuelo a vuestras penas y sosteneros en vuestros desalientos.

Decid al mundo que dos especies de personas deben comulgar con frecuencia: los perfectos, porque estando bien dispuestos, tendrían gran culpa si no se acercasen a la fuente de la perfección; y los imperfectos, a fin de aspirar a la perfección; los fuertes, por miedo a debilitarse, y los débiles, para fortalecerse; los sanos, para preservarse de todas las enfermedades, y los enfermos, para buscar su curación. En cuanto a vosotros, los que os contáis en el número de los imperfectos, débiles y enfermos, tenéis necesidad de recibir con frecuencia al

1. De Sacr. I, 5, cap. 4.

autor de la perfección, al Dios de la fuerza, al médico de vuestra alma.

Decid al mundo que los que no se ven agobiados de trabajo deben comulgar con frecuencia, porque tienen tiempo para ello, y los que están muy ocupados, por que estando sobrecargados de trabajo, tienen más necesidad de una alimentación sólida.

Decid al mundo que comulgáis con frecuencia, porque no se hace bien una cosa en la cual no se ejercita uno sino de cuando en cuando¹.

Así se expresa san Francisco de Sales. En esta materia, ¿en dónde hallar mejor maestro?

Pero debo decirlo terminantemente: La comunión frecuente exige de vuestra parte disposiciones especiales buenas: una fe vivísima, un ardiente amor de Dios, una santa avidez de sus dones. Dios llena de su abundancia a las almas ávidas y a los corazones hambrientos, *esurientes implevit bonis*².

Exige de nosotros costumbres cristianas, una vida exenta de pecados graves, si es posible, de faltas ligeras, y sobre todo un corazón puro. Leemos en el sagrado Cántico: Mi amado ha bajado a su huerto, al plantío de las hierbas aromáticas, para recrearse en los vergeles y coger azucenas. *Dilectus meus descendit in hortum suum, ad areolam aromatatum, ut lilium colligat*³. ¿Lo entendéis? Ese amado del alma, es el Señor Jesús; ese huerto, al cual desciende cada día, es el altar, esas azucenas que busca y coge con preferencia son los corazones puros.

Finalmente, debemos esforzarnos en crecer en virtud y santidad, en la misma proporción del número de

1. *Int. a la vida dev.*, c. 20 y 21 de la 2ª parte.
2. *Luc.*, I, 53.
3. *CANT.*, VI, 1.

nuestras comuniones. A menos de estar tísico, el cuerpo que toma habitualmente un alimento sólido, recibe de él fuerza y aumento. La sagrada Eucaristía es por excelencia el pan nutritivo, *panis pinguis*; tiene todas las propiedades de un alimento substancial; si no nos la aprovecha, no debemos quejarnos sino de nosotros mismos.

Conocéis los efectos del fuego en una materia inflamable; la hace semejante a él, toda de fuego y de llamas. Ahora bien, nuestro Dios es un fuego que consume, *Deus noster ignis consumens est*¹, y cuando lo recibimos en la comunión, estamos a punto de ser esa materia inflamable que se enciende al contacto del fuego.

1. *DEUT.*, IV, 24.

SERMON UNDECIMO

La Comunión por vía de Viático

*Ego veniam et curabo eum.
S. Matth., VIII, 7*

Hay que comulgar; así es la ley divina: Tomad y comed; este es mi cuerpo... Tomad y bebed; esta es mi sangre!... Así se expresa el Salvador Jesús. Y añade: Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros, *nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis?*

Hay que comulgar por lo menos una vez al año, en tiempo pascual; tal es la ley eclesiástica: Todos los fieles de uno y otro sexo, llegados a la edad de la discreción... se dispondrán a recibir con respeto el santo Sacramento de la Eucaristía, *omnis utriusque sexus fidelis, postquam ad annos discretionis pervenerit... suscipiat reverenter, ad minus in Pascha, Eucharistiae sacramentum?*

Hay que comulgar con frecuencia; si no lo exige una obligación rigurosa, ni una ley formal al efecto, tal es por lo menos el vivísimo deseo de Nuestro Señor; por otra parte, la Iglesia ha explicado cien veces su pensamiento sobre este asunto por medio de sus Concilios, de

1. MARTIN, cap. XXVI.
2. JOANN., cap. VI.
3. Rit. Rom., de com. pasc.

sus Doctores y de sus Maestros de la vida espiritual. Además, nuestras almas están soberanamente interesadas en ello, a causa de las grandes ventajas que resultan para ella de la comunión frecuente, es decir, de la comunión hecha cada mes, cada quince días, cada ocho días o varias veces cada semana, y mejor cada día. De san Agustín son estas palabras tan notables: Comulgad diariamente, si diariamente os es provechosa la comunión, *quotidie sume, si quotidie tibi profuerit*.

¿Queda ya dicho todo? ¿No hay nada más que añadir? ¿No habría en la vida una circunstancia grave, solemne, decisiva, desde el punto de vista de los intereses eternos?

Sí, certísimamente, la comunión es obligatoria de derecho divino, aunque Jesucristo no determinase la época; sí, certísimamente, es ventajosa, muy recomendada y muy recomendable, la comunión cada mes, cada quince días, cada ocho días, y aun cada día; sí, certísimamente es obligatoria y ventajosa la comunión por vía de Viático, tan obligatoria como la comunión anual, no menos ventajosa que la comunión frecuente. Vamos a tratar hoy este último punto de la doctrina, y para hacerlo con claridad, diremos lo que la Iglesia quiere, lo que hace, lo que permite y lo que enseña.

Lo que quiere... Ordena a los pastores que procuren llevar en tiempo oportuno, con todo el celo y toda la diligencia posible, el Viático del santísimo cuerpo de Jesucristo a los enfermos, a fin de que éstos no salgan de la vida privada de tan gran bien, *ne forte contingat illos tanto bono privatos decedere?* Ordena por decreto que, en toda iglesia parroquial, haya un lugar sagrado destinado a guardar la Reserva eucarística, a fin de

1. Apud Guillois, t. 22, p. 444.
 2. Rit. Rom., de com. Infirm.
- SACRAMENTOS - 13

que, para conformarse a una costumbre que se remonta a la más remota antigüedad, en perfecto acuerdo, por otra parte, con la razón y la equidad, pueda llevarse la santísima Eucaristía a los fieles que van a morir. En consecuencia, el santo Concilio estatuye que esta costumbre, a la vez saludable y necesaria, sea rigurosa y absolutamente mantenida, *quare sancta haec Synodus retinendum omnino salutare hunc et necessarium morem statuit*.¹

Lo que hace... Ya hemos dicho que todo niño que haya llegado al uso de razón debe, por este solo hecho, acercarse a recibir la santa Comunión, y la Iglesia de tal manera urge el cumplimiento de este precepto, que manda administrar el Viático a los niños gravemente enfermos, con tal que sepan distinguir el Cuerpo del Señor del alimento ordinario.

Lo que permite... Es una ley eclesiástica, ordenada por el respeto, que el ayuno eucarístico se entienda y practique sin limitación, en el sentido absoluto y riguroso de la palabra, porque, como ya lo hemos dicho en una instrucción precedente, no siendo el alimento eucarístico otra cosa que el cuerpo y la sangre de Jesucristo, es de gran conveniencia que, en el día de la Comunión, preceda a los otros alimentos. Pero la Iglesia hará que ceda esta ley del respeto, tan legítimamente promulgada; hará que caiga esta barrera ante el cristiano enfermo; y a fin de que no sea privado del santísimo cuerpo de Nuestro Señor, comulgara ese cristiano sin estar en ayunas; la Iglesia lo permite.

Finalmente, lo que enseña por medio de sus teólogos más autorizados... ¡Ah! esto quizás es mejor; que daréis edificados de ello.

1. Conc. Trid., Sess. 13, cap. 6.

Enseña que una persona que haya comulgado por la mañana, si luego cae peligrosamente enferma, podrá comulgar en el mismo día, aunque ya haya comulgado una vez.¹

Enseña que, en el caso de necesidad simplemente grave, en defecto de sacerdote, el santo Viático, no solamente podría, sino que debería ser administrado por un diácono.²

Más todavía: uno de los más eminentes teólogos, verdadero maestro en ciencias divinas, sostiene y enseña que, en el mismo caso de grave necesidad, a falta de ministro ordinario y del ministro extraordinario de la Eucaristía, podrían simples laicos darse a sí mismos la comunión, y muy probablemente darla a otros.³ Esto, por otra parte, se practicaba en la primitiva Iglesia; los fieles de aquella época heroica del cristianismo llevaban a su casa la sagrada Eucaristía, la guardaban religiosamente, como ya lo hemos dicho, en un cofreito destinado al efecto, la rodeaban de toda suerte de homenajes, y cuando no podían concurrir a los *synaxes*, esto es, a las asambleas cristianas, o bien en tiempo de persecución, comulgaban con sus propias manos.

Por todas estas muestras de la más maternal solicitud, podréis juzgar si la Iglesia desea vivamente, hasta el punto de pasar por encima de las reglas más sagradas de su disciplina, que sus hijos comulguen cuando están peligrosamente enfermos.

¿Quién no ve la razón última de este deseo, mejor dicho, de este precepto, porque precepto es? ¿Quién no comprende que, en peligro de muerte, nada más

1. C. 864 § 2. S. LIGUOR, lib. 6, cap. 2, n. 285.

2. C. 845 § 2. S. LIGUOR, lib. 6, cap. 2, n. 237.

3. SUAREZ, *op. Lignori*, lib. 6, cap. 2, n. 237.

deseable, nada más necesario que fundamentarse sólidamente en la gracia y amistad de Dios? Pues bien, nada más propio a este efecto que la santa comunión. ¿Habrá necesidad de repetir estas palabras del Señor: El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él, y tiene la vida? Citaré los grandes doctores que llaman a la Eucaristía el remedio mejor para curar las enfermedades de nuestra alma, *medicamentum ad sanandas infirmitates*, el nervio de la salvación, *nervus salutis*, el alimento que da la vida eterna, *cibus aeternae vitae*, el antidoto de la muerte, *moris antidotum*? ¿Hay un nombre más significativo y mejor escogido que el mismo Viático? Al emplearlo el santo Concilio de Trento y el Ritual Romano, ¿podían ponerse en más perfecto acuerdo con toda la antigüedad cristiana, y proporcionar de la cosa en sí misma una noción más exacta? El hombre no tiene aquí bajo patria definitiva; viajamos hacia la eternidad; el camino es largo, y no menos peligroso; los precipicios abundan; errar el camino, no es raro; un viático o provisión de viaje, es más que útil, es necesario; Jesucristo lo preparó, y la Iglesia quiere que se nos proporcione, *viaticum sacratissimi corporis Domini nostri Jesu Christi... procurandum est*? El lenguaje cristiano se ha fundido en este molde; vosotros lo conocéis y hacéis uso de él, y así, del fiel que ha recibido la absolución sacramental, las santas unciones, la adorable Eucaristía, decís: *está provisto de los Sacramentos*... Está provisto, es decir, ha recibido; está al abrigo de los golpes del demonio, y garantido contra sus artificios; ahora puede partir, *proficiscere, anima christiana*? encontrará a su Dios propio y dispuesto a re-

1. JOANN., IV, 55, 57.
2. Rit. Rom., de com. Infirm.
3. Rit. Rom., in commend. anlm.

cibirlo; teniéndole por amigo, no podría temerle como juez.

La palabra cristiana es, pues, feliz; expresa una cosa una cosa teológicamente verdadera. Tolerad tan sólo que os diga que pongáis vuestros actos en relación con vuestras palabras. ¡Quiera Dios que, cuando llegue la hora, podáis también vosotros proveeros, como tantos otros lo hicieron, de la provisión de viaje, del Viático sagrado... y recibir con alegría, y con la serenidad de un alma tranquila, al Dios que alegró vuestra juventud, y desea bendeciros en la hora de la partida...! ¡Ojalá no seáis del número de los que temen al *Viático* y *haceren*, como exactamente se ha dicho, *del supremo deber un supremo fastidio*! ¡Pobres cristianos! No supieron, en el curso de una larga vida—me complazco en decirlo en descargo de ellos—más vacía de actos religiosos, que culpable de actos contrarios; no supieron libertarse de la tiranía del respeto humano y de sus pueriles terrores; y, llegada la última hora, vacilan, tiemblan aplazan siempre... Venga el Señor; hacen, por fin, esta concesión a las súplicas de una esposa, o de un hijo piadoso, pero que sea sin aparato, en el silencio de la noche, o a lo más, muy de mañana, cuando la calle esté desierta y la puerta entreabierta. ¡Pobres cristianos! más pusilánimes que malos! Préstelos el Señor su ayuda, y tráfelos tan misericordiosamente como a aquel tímido discípulo que sólo iba a ver al divino Maestro envuelto en las tinieblas de la noche!

Pero en cambio, he contemplado mil veces un espectáculo mucho más consolador, y espero que Dios me concederá la gracia de que siga contemplándolo. El buen cristiano, sencillo, pero animoso, que ora cada día, que va a misa cada domingo, que cumple con la

1. JOANN., III, 2.

Pascua cada año, que comulga en las fiestas principales, para responder a sus necesidades, como a los deseos de la Iglesia, muere... le he visto morir... Su aposento parecía un santuario; la mesa estaba transformada en altar; había en ella flores, luces, el crucifijo de familia; en torno de ella una concurrencia piadosa y recogida, y el cristiano moribundo, en medio de aquel aparato imponente de religión, hacía su última comunión como hizo la primera, es decir, con el corazón conmovido, la oración en los labios y dulces lágrimas en los ojos. Era un espectáculo admirable, enteramente lleno del ambiente divino; parecía que iba a entonarse el cántico del santo viejo Simeón: Señor, dejad partir en paz a vuestro siervo, porque sus ojos ya os han visto a vos que sois su Salvador¹, y su alma os ha gustado...

Os dejo en presencia de este conmovedor espectáculo. Han terminado nuestras instrucciones sobre la santísima Eucaristía considerada como Sacramento. Hemos recorrido un camino largo; las figuras de la Eucaristía y las profecías que la habían anunciado muchos siglos antes; la institución definitiva siguiendo de cerca la promesa; el Sacramento constituido con todos sus elementos; los nombres que lleva, todavía más admirables que numerosos; la presencia real, y cada una de las verdades eucarísticas, demostradas hasta el punto de que la fe está resguardada del menor error; el amor de Jesucristo por los hombres superándose a sí mismo para obrar esta obra maestra sin igual; la buena y la mala comunión, y los efectos tan diferentes de la una y de la otra; las disposiciones con que hay que acercarse al divino banquete, y los sentimientos que deben animar al que de él se separa; la obligación de

1. Luc, II, 29 y sigs.

comulgar en épocas determinadas; el deseo ardiente de la Iglesia de ver que sus hijos se acercan a la Mesa del Señor más a menudo de lo exigido por el estricto precepto... he ahí lo que hemos dicho y lo que hemos procurado iluminar. ¡Plegue a la divina gracia acabar, para el mayor bien de las almas, una obra que sólo hemos podido esbozar! Cuanto más conozcamos el don de Dios, tanto más lo gustamos; y recíprocamente, cuanto más lo gustamos, más lo conoceremos, hasta que llegue el día en que podamos contemplar, en un eterno frente a frente, a Aquel que sólo vemos ahora por entre los velos de que quiere estar cubierto.

¡Venga pronto ese día tan ardientemente deseado! Hasta que llegue, viviremos en el desierto, en una prolongada peregrinación, habitando bajo la tienda, haciendo únicamente la oración del viajero:

¡Buen pastor, pan verdadero, Jesús, ten piedad de nosotros; sé tú nuestro alimento y nuestro sostén; haz que gocemos de los bienes verdaderos en la tierra de los vivientes!

Bone Pastor, panis vere,

Jesu, nostri miserere,

Tu nos pascere, nos tuere,

Tu nos bona fac videre

In terra viventium.¹

Tú, que todo lo sabes y todo lo puedes, tú, que nos alimentas con tu propia carne, haz que, después de sentarnos a tu mesa durante esta vida mortal, participemos un día de la herencia y de la sociedad de los habitantes de la Ciudad Santa:

1. Off SS. Sacr.

LOS SACRAMENTOS

Tu qui cuncta scis et vales,
Qui nos pascis hic mortales,
Tuos ibi commensales,
Cohaeredes et sodales
Fac sanctorum civium.¹

1. Of. SS. Cacr.

LA EUCARISTIA — SACRIFICIO

SERMON PRIMERO

El sacrificio de la misa

In primis docebunt Pastores Eucharistiam duabus de causis a Christo Domino institutam esse: altera est, ut coeleste animae nostrae alimentum esset... altera, ut Ecclesia perpetuum sacrificium haberet.

Catech. Rom., c. 20

Hemos explicado con alguna detención en las precedentes instrucciones que la santísima Eucaristía es un Sacramento de la Nueva Ley.

Sacramento verdadero: materia, forma, institución divina, eficacia para producir la gracia, ministros que lo confieren, fieles que lo reciben, elementos todos que constituyen un Sacramento y convicciones a su funcionamiento, halláanse en él. Su conjunto forma un todo sacramental perfecto.

Sacramento augusto, el más excelente de todos; contiene real, verdadera y substancialmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, bajo las especies o apariencias, del pan y del vino. De ello da testimonio el Evangelio, le hace eco toda la tradición, y la Iglesia lo enseña; somos ricos de todo un Dios, decía un antiguo Padre.

Sacramento instituido para servir al alma de alimen-

to-espiritual que la sostenga, y conserve en ella la vida, *ut coelestis animae nostrae alimentum esset, quo vitam spiritualem tueri et conservare possemus*, confiriéndole a este efecto, gracias en tal abundancia que, para repetir las palabras de la Iglesia, por ser las más exactas, el alma que las recibe está toda llena de ellas, *mens impletur gratia*.

Mas esto dicho, nos queda por decir que no hemos hecho más que la mitad de nuestra tarea. Dice el Catecismo Romano: Los pastores enseñarán que la Eucaristía fué instituida con dos fines por Jesucristo Nuestro Señor, *in primis docerunt Pastores Eucharistiam duabus de causis a Christo Domino institutam esse*. Los otros Sacramentos no son más que Sacramentos, y este fin es su único fin. Pero la Eucaristía, no solamente es Sacramento, sino que va más allá, sube más arriba, ya que, al mismo tiempo que Sacramento, es oblación, inmolación, sacrificio.

Sacrificio real y verdadero: cuando el sacerdote sube las gradas del altar santo y dice la misa, hace exactamente lo que hizo Jesucristo mismo el Jueves Santo en el Cenáculo, en las últimas horas de su vida mortal. Tomamos sucesivamente el pan y el vino, como los tomó él en sus venerables manos; pronunciamos las palabras que pronunció en aquella circunstancia sin igual en la larga serie de los siglos; y obrando en su nombre, como mandatarios y órganos suyos, decimos *Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre, la sangre de la nueva y eterna alianza, que será derramada por vosotros*,... y por la virtud de estas palabras, que obran sobre aquel corporal o lienzo, y la sangre de Jesucristo está allí, en aquel cáliz, el uno y la otra realísimamente

1. MATR., XXVI.

presentes, pero separados místicamente el uno de la otra; y sobre la mesa del altar, como sobre la mesa del Cenáculo, Jesucristo está en un estado de muerte, en un estado de víctima sacrificada y ofrecida. En cuanto puede serlo, y en la medida rigurosa en que es necesario que lo sea, la inmolación queda hecha.

Este sacrificio real y verdadero es el solo que ha de ser real y verdadero: en otros términos, el único.

Único, en primer lugar, en el sentido de que por sí solo ha reemplazado a todos los sacrificios de la Ley antigua, los cuales, como eran figurativos y, se referían a éste, hubieron de cesar, y cesaron, en efecto, a su institución, como al hacerse la luz, se disipan y se desvanecen las sombras.

Único también en el sentido de que durará siempre. Mejor que el *juge sacrificium*¹ del pueblo antiguo, es perpetuo. Jamás le será sustituido ningún otro. Siendo el más perfecto posible, ¿cómo y a cual podría ceder el puesto? El sacrificio de la misa era ayer y es hoy, será mañana y por los siglos de los siglos. Es, y será todos los días, como en todas los lugares, la misma víctima y el mismo sacrificio. Y cuando el mundo se derrumbe para abismarse en irremediable destrucción, sobre el último altar todavía en pie, en la última misa dicha por el último sacerdote, será la misma víctima y el mismo sacrificio.

Finalmente, único sobre todo porque no es más que consecuencia y continuación del sacrificio de la cruz. Hace cuerpo con él. No es posible decir del uno que es el primero, y del otro que es el segundo. No hay ni primero ni segundo, sino un sacrificio único, que se continúa en todos los puntos del espacio, como en toda la sucesión de los tiempos. En la misa como en el Cal-

1. DAN., VIII, 11.

vario, en el altar como en la cruz, es el mismo sacrificador, Jesucristo, es la misma víctima, Jesucristo. Cuando decimos: Este es mi cuerpo... esta es mi sangre... para un infiel que no entendiera nada de nuestros formidables misterios, pareceríamos personalmente actores. Pero no hay nada de esto. No somos más que representantes y simples órganos; hablamos y obramos en nombre de otro. Lo repito, el verdadero sacrificador es Jesucristo; la verdadera víctima es Jesucristo; el cuerpo inmolado es el suyo; la sangre vertida es la suya, todo como en la cruz.

A la verdad, en la cruz hubo quebrantamiento y muerte; la sangre corrió a borbotones, luego gota a gota, hasta que se agotó en las venas desgarradas y en las arterias rotas de la víctima. Por eso el sacrificio de la cruz fué y se llama sangriento, en tanto que en el altar, el cuerpo y la sangre de Jesucristo realísimamente presentes, no estando separados el uno del otro sino representativamente, la muerte es tan sólo mística, y el sacrificio, incruento. Pero esta diferencia no es más que accidental; la cosa queda substancialmente la misma, pero la unidad de sacrificio permanece intacta.

Habremos dicho todo lo que nos proponemos decir en esta primera instrucción, que es preliminar, cuando hayamos añadido que este sacrificio verdadero, único, es de valor infinito. Intentad medir la distancia que separa los sacrificios de la Antigua Ley del sacrificio de la Nueva; no lo lograréis. En los sacrificios de la Antigua Ley, se ofrecían toros, corderos, palomas, o simplemente frutos de la tierra, elementos sin valor, desprovistos de eficacia, *infirmi et agenda elementa*,¹ radicalmente impotentes para lograr el fin que se proponían: reconocer el supremo dominio de Dios y apa-

1. GALAT., IV, 9.

ciguar su justicia irritada. En la Nueva Ley, por lo contrario, Jesucristo mismo es inmolado, su persona, toda su persona, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad. La víctima del judío, dice un autor antiguo, Pedro de Cluny, en un lenguaje no exento de propiedad teológica ni de concisión, la víctima del judío era un buey, *habuit bovem judaeus*; la víctima del cristiano, es el mismo Jesucristo, *habet Christum christianus*, y saca la conclusión, siguiente, la cual, por otra parte, se impone al simple buen sentido: Luego el sacrificio del cristiano supera al del judío en la misma proporción en que Jesucristo supera a un animal sin razón, *cujus sacrificium tanto excellentius est quanto Christus bove major est*.

En los sacrificios antiguos, los que los ofrecían, los sacerdotes sacrificadores, no eran más que hombres, y hombres con frecuencia pecadores, que no podían acercarse a Dios, y conjurar su justicia, más que llevando en la mano una copa completamente llena de la sangre todavía humeante de la víctima, como dice muy bien san Pablo en su admirable Epístola a los Hebreos;¹ en tanto que, en el sacrificio de la Nueva Ley, no nos engañemos, siendo los sacerdotes lo que son, únicamente mandatarios y simples órganos, el verdadero sacerdote, el único sacerdote, el único y verdadero sacerdote, es Jesucristo mismo, el Hijo único de Dios consubstancial con su Padre, el Santo de los santos. En otros términos, en el sacrificio de la misa Dios es el ofrecido, y Dios es el que ofrece, y Dios mismo es el que ofrece y es ofrecido. Por consiguiente, reunid los méritos de todos los santos, la pureza sin igual de la Reina de todos los santos, los innumerables trabajos de los Apóstoles, los incomparables padecimientos de

1. HEBR., IX, 25.

los mártires, y todas las obras meritorias y satisfactorias de todos los amigos de Dios que han existido, existen y existirán hasta la consumación de los siglos, y todas estas obras reunidas pesarían comparativamente poco en la balanza, y no procurarían a Dios más que una gloria infinitamente menor que la que recibe de una sola misa.

Nada más diré por hoy. En mi pensamiento, esta instrucción no es más que preliminar, y está destinada únicamente a ofrecer una ojeada general sobre el gran asunto de que vamos a tratar en adelante, la Eucaristía—Sacrificio. Muchas de las cosas que acaban de ser simplemente indicadas reaparecerán en las instrucciones siguientes, más desarrolladas y quizás más sorprendentes.

Los fines del sacrificio de la misa; los frutos que produce y aquellos a los cuales aprovechan; las preciosas ventajas que procura la asistencia frecuente, y, si es posible, diaria de la misa, y la exposición sumaria de la sagrada liturgia; tales son los puntos que explicaremos procurando hacerlo del modo más útil. Dios nos ayude con su gracia.

Entre tanto, de lo poco que acabo de decir, aprended a apreciar debidamente este divino sacrificio. Nuestra santa religión no posee misterio más augusto, ni más rico tesoro.

Jesucristo dijo a la Samaritana: *Si scires donum Dei*; si conocieras el don de Dios... Pues bien, nos son dirigidas más particularmente estas palabras. Nosotros, que poseemos la Eucaristía—Sacramento y la Eucaristía—Sacrificio, somos mil veces más privilegiados que aquella infiel, pues ella recibía apenas una mi-

gaja de ese pan que se nos da enteramente a nosotros, los hijos de casa. ¡Quisiera el Señor concedernos la inteligencia de sus dones, *si scires donum Dei*...

SERMON SEGUNDO

Los fines del Sacrificio de la Misa

Tibi sacrificabo, hostiam laudis et
nomen Domini invocabo. *Psal., XXI*
Sine sanguinis effusione, non fit
remissio. *Hebr., IX*

De la precedente instrucción, retened especialmente que el Sacrificio de la Misa es el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, ofrecido a Dios por el ministerio de los sacerdotes, bajo las especies o apariencias del pan y del vino; que, por consiguiente, el Sacrificio de la Misa es substancialmente el mismo que el de la cruz, y que la diferencia consiste tan sólo como lo definió el Concilio de Trento, en la manera como se ofrecen, *sola ratione offerendi diversa*.¹

Pero ¿cuáles son los fines para los cuales fué instituido este adorable Sacrificio? ¿De qué propiedades está dotado? Es lo que vamos a examinar en el día de hoy. ¡Quiera darnos el divino Espíritu, con sus más puras luces, la inteligencia de estas altísimas enseñanzas de la fe, y, con su penetrante unción, dárnoslas a gustar!

Es una verdad elemental en religión que debemos a Dios culto soberano y honores que, para ser perfectos, deberían ser infinitos. Porque es un principio que

1. Sess. 22, cap. 2.

se apoya en los mejores dictados de la razón, que el honor que debemos tributar ha de crecer en proporción a la dignidad de la persona a la cual se tributa. Así, pues, siendo Dios infinito, sólo es digno de él un honor infinito.

Pero ¿cómo cumplir dignamente con este deber? ¿En dónde hallar ese culto soberano, esos homenajes que en buena justicia, deberían ser proporcionados a la excelencia del que se nombra y es el Ser de los seres, el alfa y la omega, el principio y el fin de todas las cosas? ¿En nosotros mismos, en nuestro propio fondo? Pero, por desgracia, como criaturas miserables que somos, las alabanzas que salen de nuestros labios, son limitadas y finitas, como el principio mismo de donde emanan. ¿Fuera de nosotros, en los objetos externos?... Todavía menos. Oigamos al profeta Isaías: Cuantos árboles hay en el Líbano no bastarían para encender el fuego de su altar, ni todos sus animales para ser un holocausto digno de él. ¿Habría alguna proporción entre la cosa ofrecida y la dignidad de Aquel a quien se ofrecería?

Pues bien, lo que no encontramos ni en nosotros, ni fuera de nosotros, tenémoslo en el altar, tenémoslo en la Misa. En este adorable Sacrificio, es ofrecido Dios, se inmola Dios; es, pues, una víctima superior a todo el género humano, una víctima igual a Dios mismo en dignidad, en poder, en divinidad, una víctima infinita. Por otra parte, como esta víctima de precepto infinito—ya que es informada por la divinidad.—Dios es así adorado por un adorador que le es igual; Dios es adorado tanto como puede y debe serlo; Dios recibe de una misa, de una sola misa el honor más

1. "Et Libanus non sufficiet ad succendendum, et animalia ejus non sufficient ad holocaustum", XI, 16.

grande que puede tributársele, porque es infinito, y porque no es posible ir más allá de lo infinito.

Un buen autor¹ refiere que cierta alma santa, enteramente abrasada por el fuego de la caridad, procurando satisfacer los ardores de su amor merced a los impetuosos arranques de sus deseos, exclamaba en sus momentos de transporte: ¡Oh Dios mío, quién tuviera mil lenguas para exaltar, tanto como lo merecen vuestras innumerables perfecciones! ¡Quién pudiera poseer todos los corazones, o encerrar en el mío las llamas que consumen a todos los demás, para amaros mejor de lo que os amo! ¡Quién pudiera poseer todos los imperios del universo, todos los cetos, todas las coronas, para sacrificarlos al pie de vuestros altares! ¡Quién pudiera abrigar en su alma todas las virtudes, todos los méritos y perfecciones de todos los justos que hay en el mundo, de todos los santos que moran en el cielo, para que yo sola pudiera daros tanta gloria como recibís de todos ellos! Pues bien, mientras ella se consumía en semejantes deseos, oyó una voz que le dijo: Consuélate; una misa, una sola misa me procura infinitamente más honor que tú pudieras desear jamás...

Sé muy bien que, en esta materia, hay que proceder con sobriedad de fe. Las revelaciones privadas deben ser recibidas con prudencia y discernimiento; no tengo autoridad para resolver sobre ésta y garantizar su autenticidad, pero lo que garantizo absolutamente y sin reservas, es la exactitud teológica de la doctrina que ella expresa. Cualquiera que sea su procedencia, la doctrina es de exactitud perfecta. Sí, una misa, una sola misa, procura a Dios un honor más grande, no

1. SEIGNER, 6, 2, de sus Sermones, p. 10.

solamente del que le procura el mundo puramente físico: los astros con la regularidad de su marcha, el sol con la magnificencia de sus rayos luminosos, el océano con el majestuoso y a veces formidable movimiento de sus olas, los días, las noches, las estaciones con su movable inmovilidad, sino más grande aún que el que le tributarían todas las criaturas inteligentes y libres, todos los hombres, todos los santos, todos los ángeles, aun cuando se reunieran en colectiva y perpetua adoración; porque estos homenajes, por perfectos que se les suponga, serían limitados y finitos, no pasarían de tal número, ni de tal medida, en tanto que, en el altar, la víctima inmolada, siendo infinita, excluye todo número y medida, y la gloria que recibe Dios es infinita, como la misma víctima que se la tributa.

Pero hay más aún. No sólo el Sacrificio de la Misa es un sacrificio de alabanza y adoración, sino también un Sacrificio de Expiación. En cuanto es latréutico, es propiciatorio.

No me detendré en demostrar, por ser un hecho tan seguro y fuera de duda para todo el mundo, que cada hombre en particular, mejor dicho, que todos los hombres tomados en conjunto, han pecado y pecan multitud de veces. Pero menos debe, notarse la infinidad del número que la infinidad de la ofensa misma. Porque así como el honor debe crecer en proporción a la dignidad de la persona que lo recibe, así también la ofensa se mide por la excelencia del que es objeto de ella. Ahora bien, como aquí se trata de Dios, nuestros pecados, ya infinitos por el número, lo son también, si puedo decirlo así, por la gravedad.

Pero, si esto es así, ¿quién los expiará? ¿Quién satisfará a una majestad infinita ofendida? ¿Quién

proporcionará un pago proporcionado a la deuda y bastante fuerte para extinguirla?

Los paganos creían haber resuelto el problema de rramando a torrentes la sangre humana en los altares de sus brutales divinidades, sin sospechar que comían tantos y tan atroces crímenes como víctimas inocentes inmolaban.

Illuminado con la luz más esplendorosa, el judaísmo escogía para el sacrificio, animales domésticos; palomitos, corderos, terneras. Ciertamente que esto estaba bien hecho, porque, al inmolármelos daban testimonio los hombres de que habían merecido con sus pecados la muerte que hacían sufrir a las víctimas que les sustituían. Pero esto era insuficiente; se reconocía la deuda, pero no se saldaba; la reparación no igualaba a la ofensa y como dice magníficamente san Pablo: *Con la sangre de los animales no se rescatan los pecados de los hombres*¹.

Era, pues, precisa una víctima más noble, más pura, más santa, una víctima igual a Dios, que pudiera decir: Los hombres os deben mucho, pero yo os doy mucho; los hombres han contraído con relación a vos una deuda infinita, mas yo os ofrezco un rescate infinito; la sangre de los corderos y de las terneras no os agradaba, ni podía satisfaceros, pero yo os ofrezco la sangre de una víctima que no os es inferior; vuestra justicia tan legítimamente irritada no puede exigir más.

Ahora bien, esta víctima, tal como la necesitábamos, la tenemos: Jesucristo... Jesucristo, Dios y hombre a la vez; Jesucristo, el Santo de los santos, sustituyéndose al hombre culpable; Jesucristo inmolándose en la cruz, y pudiendo rescatar, con su sacrificio de valor

infinito, no un mundo único, sino mil mundos todavía más culpables que el nuestro.

Y como supongo que no habéis olvidado lo sentido en la instrucción precedente, esto es, que el sacrificio de la Misa es idénticamente el mismo que el de la cruz, salvo la diferencia en la manera de ofrecerlo, Jesucristo es en el altar lo que era en la cruz, sacrificador y víctima a la vez; está en él rogando por nosotros como mediador; está en él ofreciendo a Dios su Padre una satisfacción no solamente igual a la ofensa, sino superabundante; está en él recibiendo en sí mismo los golpes de la justicia divina para apartarlos de nuestras cabezas culpables. ¡Ah, cuántas veces el Señor, irritado por los crímenes de la tierra, lanzaría sus rayos contra nosotros, si no nos viera enteramente cubiertos con la sangre de su Hijo!...

Hay en el mundo físico un fenómeno que, ciertamente, habréis observado: el pararrayos atrae las descargas eléctricas, y al recibirlas, preserva los lugares circunvecinos. Pues bien, lo mismo ocurre con la misa, pero en un orden más elevado: la misa neutraliza los efectos, a veces tan formidables, de la cólera divina legítimamente excitada por nuestros innumerables pecados.

A este fenómeno del mundo físico, permítidme añadir un hecho histórico, cuya relación con el asunto que tratamos os parecerá muy adecuada: Un almirante cristiano, el gran Albuquerque, navegaba por el Océano Indico, cuando vió asaltado su navío por espantosa tempestad. Ya no quedaba recurso alguno; todos iban a perecer... De repente distingue Albuquerque un niño entre los pasajeros; lo toma en sus brazos, lo eleva hacia el cielo y dirigiéndose a Dios, dice: Señor, perdónanos a nosotros pecadores en consideración a este

1. Heb., X, 4.

nino, que es inocente. Instantes después, se calmaba la tempestad y se salvaron todos!

¿Veis la aplicación? Es sorprendente, y quizás mejor que todas mis palabras os dará el sentido del asunto que estoy exponiendo.

Sí, a la vista de todos los crímenes, de todas las blasfemias, de todos los escándalos, de todas las iniquidades que inundan la tierra y la manchan, más de una vez sintió Dios quizás la tentación de destruir este mundo que no responde ya al fin para que fué creado: glorificar a su Creador. Pero al mismo tiempo y como compensación, ve en el tabernáculo y en nuestros altares a Jesucristo, su divino Hijo, al Santo de los santos, la Víctima pura, el Cordero sin mancha; cada mañana, en todos los puntos del globo, millares de veces, lo ve elevado por las manos del sacerdote, entre el cielo y la tierra, y entonces perdona a los hombres culpables en consideración a la víctima de valor infinito que ruega por nosotros, que se interpone en favor nuestro y recibe sobre sí los golpes que estaban destinados a nosotros.

¡Cuán grande y admirable es el santísimo Sacrificio de la Misa! ¡Cuán grande es su poder! De qué eficacia está dotado! El mundo le debe su salvación...

Expondremos en la próxima instrucción los dos otros fines para los cuales fué instituido.

Entre tanto terminemos la presente con una conclusión práctica.

Por cuanto el Sacrificio de la Misa es un sacrificio de alabanza y adoración, asistid a él, para dar a Dios el culto soberano que le es debido, y a vuestros hermanos un valor y un alcance que no tienen ni pueden tener por sí mismos.

1. *Hist. Eccl.*, libr. 88.

Por cuanto el Sacrificio de la Misa es un sacrificio de expiación, y por su naturaleza el más propio para aplacar la justicia divina, asistid a él con la convicción de que, cuando Dios está irritado, y levanta su brazo sobre nuestras cabezas; cuando, en castigo de nuestros crímenes y de nuestras infidelidades, tantas veces renovadas, nos aflige con calamidades públicas o privadas, no hay medio más seguro para aplacarlo, dice un docto autor, que celebrar, hacer celebrar u oír una o varias misas.

SERMON TERCERO

Todavía los fines del Sacrificio de la Misa

Quid retribuam Domino pro omnibus
quae retribuit mihi? *Psalm., CXV*
Exauditus est pro sua reverentia.
Hebr., XII

Hemos explicado en la precedente instrucción que el Sacrificio de la Misa es a la vez un sacrificio de adoración y un sacrificio de expiación.

Es un sacrificio de adoración, porque Dios recibe en él los homenajes que le son debidos, y en la medida en que le son debidos.

Es un sacrificio de expiación, porque la víctima inmola, siendo de precio infinito, satisface superabundantemente a la justicia divina irritada por nuestros pecados.

Pero el asunto no está agotado aún. No solamente el Sacrificio de la Misa es un sacrificio de adoración y de expiación, sino que también es un sacrificio de acción de gracias y de impetración. Estas dos últimas propiedades del Sacrificio de la Misa son las que me propongo exponer en la presente instrucción.

Si me lo permitís, empezaré por estas hermosas palabras de san Agustín: Una de las principales y esenciales obligaciones del culto que tributamos a Dios, consiste en que no seamos ingratos con él, *cultus Dei in hoc constituitur est, ut anima nostra ei non sit ingrata.*

Pero si esto es así; si la gratitud para con Dios es un deber esencial de religión; si forma parte integrante del culto que le debemos ¿cómo procederemos? ¿cómo cumpliremos con esta obligación? ¿qué medios emplearemos para no ser ingratos? Porque, por una parte, los beneficios de Dios son inmensos, así los generales como los particulares, lo mismo los del orden natural que los del orden sobrenatural; lo repito, son inmensos y como infinitos; estamos llenos de ellos en lo interior, enteramente investidos de ellos en lo exterior, por lo que, enteramente seguro, lanza san Pablo este desafío, en la convicción de que nadie se atreverá a recogerlo: De todo cuanto tenéis y de todo cuanto sois, decid si hay una sola partícula que no la hayáis recibido como puro don, *quid habes quod non accepisti?*

Por otra parte, somos absolutamente insolventes. No hay razón alguna entre lo que podemos dar a Dios, y lo que hemos recibido de su bondad, entre la excelencia de sus dones y la pobreza de nuestras obras. ¿Le ofrecemos nuestras oraciones, nuestras adoraciones, nuestro incienso?... ¿Qué son estos ínfimos homenajes comparados con la infinidad de su ser? ¿Le sacrificaremos todos nuestros bienes, nuestro cuerpo, nuestra alma, todo lo que poseemos, y todo lo que somos?... Pero ya todo esto le pertenece, porque todo viene de él, y no es pagar a uno el devolverle lo que ya es suyo. Una vez más somos insolventes, por lo que, a pesar de que la religión nos impone, como primero y esencial deber, la gratitud para con Dios, hemos condenados por nuestra indigencia aun a la dura necesidad de ser ingratos.

Pues bien, no, no seremos ingratos. Revístase el sacerdote de los sagrados ornamentos, llegue al altar,

1.º I Cor., IV, 7.

suba sus gradas, inmole la víctima santa, la cual no es otra que Jesucristo mismo; es como si dijera a Dios, y todos nosotros con él: ¡Oh Dios eterno, todopoderoso, infinitamente grande, infinitamente bueno, reconocemos que sois digno de todo honor, de toda alabanza, de toda gloria, de toda bendición; confesamos que todo lo que tenemos y todo lo que somos, de vos lo tenemos como puro don, y que, por consiguiente, hemos contraído con vos una deuda inmensa, infinita. Pero en cambio y como pago, os ofrecemos lo que hay de mejor y de más precioso en el cielo y en la tierra, el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, vuestro Hijo. Es nuestro, se ha puesto a nuestro servicio; al ofrecérselo, os damos tanto como hemos recibido de vos, y aun más de lo que hemos recibido; al ofrecérselo, os devolvemos, no sólo lo aproximado, sino también lo equivalente, y mil veces más que lo equivalente de vuestros dones; con tan rico presente, os damos gracias como deben darse y en la medida en que deben darse; cualquiera que sea la amplitud de vuestros beneficios, cumplimos con vos todos los deberes de la gratitud completa y consumada.

Sí, así es; lo que en este momento os digo, es la doctrina católica más pura, más exacta. Por consiguiente—pues hay que sacar de este punto de doctrina la conclusión práctica que de ella naturalmente se deduce—cada vez que recibimos de Dios un beneficio, ya del orden natural, ya del orden sobrenatural, para agradecersele y darle gracias en la medida más equitativamente posible, nada mejor que ofrecer o hacer ofrecer el santo Sacrificio de la Misa, o por lo menos asistir a él.

Pero no es esto todo. No sólo el sacrificio de la Misa es un sacrificio eucarístico, es decir, de acción

de gracias, sino también de impetración en otros términos, un sacrificio tal que, ofreciéndolo, o haciéndolo, o simplemente asistiendo a él, nos colocamos en las mejores condiciones posibles para ser escuchados, y obtener de Dios las gracias que necesitamos. Lo entenderéis, si nada perdéis de las verdades que siguen.

Jesucristo es mediador, mediador entre Dios y los hombres, porque, siendo Dios y hombre a la vez, como Dios tiene fácil acceso a Dios su Padre, y como hombre, por la fuerza misma de las cosas, se interesa por nosotros, que somos hermanos suyos, *mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus*¹.

Jesucristo es nuestro abogado, nuestro encargado de negocios, *advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum*², dice san Juan; san Pablo nos lo representa dirigiendo sin cesar a Dios, su Padre, súplicas, según el sentido propio de la palabra, interpelaciones, como intimaciones en favor nuestro, *semper vivens ad interpellandum pro nobis*³.

Pero hay más todavía: necesitábamos un sacrificador, un pontífice que, acercándose a Dios y ofreciéndole dones y una oblación santa, estuviese en condiciones de dar para recibir, y de ofrecer equivalencias para obtener. Ahora bien, este pontífice, este sacrificador, tal como lo necesitábamos, santo, sin tacha, inocente, ocupado de los pecadores, más elevado que los cielos, *impollutus, segregatus a peccatoribus, et excelsior coelis factus*⁴; este pontífice, no teniendo personalmente nada que ventilar con la justicia divina, y pudiendo, por

1. I TIM., II, 5.

2. JOANN., II, 1.

3. HEBR., VII, 25.

4. HEBR., VII, 12.

otra parte, ofrecer más de lo que pide, es también Jesucristo; nos lo dice siempre san Pablo en esa admirable Epístola a los Hebreos¹, en la cual el sacerdocio de Jesucristo y las grandes funciones que a él van unidas están tan magníficamente expresados.

Pero estas funciones de mediador, de abogado interpelante, de sacrificador y pontífice, ¿dónde y cuándo las ejerce Jesucristo? ¿Dónde?... En el altar. ¿Cuándo? Durante la santa misa.

Sí, en el altar y durante la santa misa, se interpone especialmente Jesucristo en favor nuestro, toma como suya nuestra causa, se constituye en defensor nuestro, y, haciendo suyas nuestras súplicas, las apoya con todo el peso de sus méritos infinitos; en el altar y durante la santa misa, hace oír Jesucristo la voz suplicante de las preciosísimas llagas que conserva en su cuerpo glorioso, las cuales jamás muestra con más eficacia a Dios, su Padre, que durante la Acción del sacrificio, porque esta Acción es la representación viva y la continuación de su inmolación en la cruz; finalmente, en el altar y durante la santa misa, da para recibir, ofrece equivalencias para recibir con más seguridad.

¿Qué digo? ¿equivalencias?... En el altar, cuando el sacerdote, que no es más que un instrumento y como el órgano ministerial, celebra la santa misa, Jesucristo, que lo es todo, el sacrificador y la víctima, el ofrecedor y la cosa ofrecida, dice a su Padre: Entera y totalmente cubiertos de sus pecados, no merecen los hombres ningún favor de vuestra parte; mas por ellos verti mi sangre, por ellos me inmoló en este momento; dejaos, pues, conmover, escuchadlos según sus peticiones y necesidades, no porque sean dignos de ello,

1. *Passim.*

sino porque soy yo quien os lo pide con ellos y por ellos, y porque, al ofrecerme a Vos, os doy infinitamente más de lo que ellos solicitan.

Y así es como, por sí mismo y por su naturaleza, el sacrificio de la misa es esencialmente un sacrificio de impetración. Por eso, así como hace poco os decía que cuando hemos recibido algún beneficio de Dios, nada mejor podemos hacer para darle gracias, que ofrecer, o hacer ofrecer el santo sacrificio, o por lo menos, asistir a él, así también os digo ahora que, cuando tengamos que pedir alguna gracia, ya del orden sobrenatural, ya del orden natural, nada mejor podemos hacer que ofrecer el santo Sacrificio, o por lo menos, asistir a él. Si Jesucristo prometió eficacia a la oración hecha en su nombre, ¡cuánto más eficaz, poderosa y de éxito seguro será la oración hecha por él mismo! Pues bien, este es precisamente el caso. En la santa misa—lo repetiré hasta la saciedad—Jesucristo mismo es el que ruega, Jesucristo mismo el que intercede, Jesucristo mismo es el que interpela a Dios, su Padre, y le intima para que nos sea propicio, *semper vivens ad interpellandum pro nobis*; y la elevada dignidad de Hijo de Dios de que se halla revestido, las atribuciones incomparables que le corresponden, su gran posición, si me atrevo a hablar así, todas estas cosas hacen que sea seguramente escuchado *exauditus est pro sua reverentia*¹.

Siendo esta instrucción continuación obligada de la precedente y formando cuerpo con ella las comprendo a las dos en una misma conclusión práctica.

Asistid al santo Sacrificio de la Misa.

Es un sacrificio de adoración. Asistid a él para tri-

1. *Ut Supra.*

butar a Dios los homenajes que le debéis en la medida en que se los debéis.

Es un sacrificio de expiación. Asistid a él para satisfacer a la divina justicia y arrancarle la espada que constantemente tiene suspendida sobre vuestras culpables cabezas.

Es un sacrificio de acción de gracias. Asistid a él con la mira de que, deudores como sois de la infinita munificencia de Dios, ese es el medio mejor, más aún, el único medio de no ser ingrato con el que os colma de beneficios.

Es un sacrificio de impetración. Asistid a él para obtener con más seguridad las gracias que necesitáis, pues el que es ofrecido, es el único que puede hacer valer indiscutibles derechos.

Cerraré esta instrucción con las palabras de uno de los más eminentes prelados de nuestra época¹:

Cuando Jacob se puso el vestido de su hermano mayor, engañó a Isaac y sorprendió la bendición paterna. El padre exclamó: La voz que oigo es la de mi hijo Jacob, pero las manos que toco son las manos de Esaú. Luego, habiendo sentido el olor de sus vestidos, lo bendijo... Revistámonos también del Salvador cuando queramos orar: *induamini Dominum Jesum Christum*². Pongamos sus méritos y su sangre en torno nuestro, como un vestido perfumado, y sorprenderemos la bendición de Dios; voluntariamente se dejará engañar, porque es tan bueno, que él mismo nos indica los medios de cautivarle, las santas astucias que hemos de emplear para determinar en él una ilusión convenida. Entonces dirá también el Señor: De un pecador es ciertamente la voz que oigo, pero los

vestidos que toco son los de mi Hijo amadísimo, y el olor perfumado que siento, es el olor de sus virtudes, *statingue ut sensu vestimentorum illius fragrantiam, benedicens illi, ait: ecce odor filii mei, sicut odor agri pleni cui benedixit Dominus*¹...

1. GEN., XXVII, 27.

1. MONS. LANDRIOT, Mand. sur la prière.
2. ROM., XII, 14.

SERMON CUARTO

Los Frutos del Sacrificio de la Misa.—A quienes aprovechan

Quando Sacerdos celebrat Deum honorat, Angelos laetificat, Ecclesiam aedificat, vivos adiuvat, defunctis requiem precatur, et sese honorum omnium participem efficit. *Imit., I, 4, c. 4*

¡Qué palabras y cuántas cosas en tan pocas palabras! Sí, cuando celebra el sacerdote, honra a Dios, *Deum honorat*; el santo Sacrificio procura a Dios el honor que le es debido, es decir, un honor infinito.

Sí, cuando el sacerdote celebra, alegra a los ángeles, *Angelos laetificat*; tal es la doctrina de san Juan Crisóstomo: Allí donde se ofrece el santo Sacrificio, allí comparecen los ángeles; y aun podrían aplicarse aquí las palabras del Evangelio: Doquiera que esté el cuerpo allá volarán las águilas, *ubi erit corpus, ibi congregabuntur et aquilae*.¹

Pero aun hay más, pues todavía queda mucho que decir, y si Dios me ayuda, como se lo pido, si me da la inteligencia del hermoso texto de la Imitación, diré, respondiendo a esta pregunta: Después de Dios, a quien ora, y de los ángeles, a los cuales alegra, ¿a quién aprovechará también el santo Sacrificio de la Misa?

En primer lugar, el santo Sacrificio de la Misa aprovecha al sacerdote. Esto es de justicia, pues como el

1. Luc, XVII, 37.

sacerdote es el mandatario de Jesucristo, y, después de Jesucristo, el principal oferente, justo es que sea el principal participante, y justo es que el primer fruto del Sacrificio recaiga en quien lo ofrece al Señor.

En segundo lugar, el Sacrificio de la Misa aprovecha a aquel o aquellos que pidieron y obtuvieron que los frutos del Sacrificio les fuesen aplicados de un modo más particular. El sacerdote mismo los menciona y los llama por su nombre en el curso de la Acción sacramental en una oración que se llama *Memento*.

¿Abriré aquí un parentesis para expresar la doctrina verdadera con relación a lo que ofrecéis al sacerdote en cambio del Sacrificio que ha celebrado por vosotros? Es un honorario, no un pago, no un equivalente; la Misa es el Sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; la misa tiene un valor infinito; la misa jamás se paga ni podría serlo, aun cuando se ofreciera en cambio el munto entero.

Sin duda conocéis las palabras que se atribuyen a uno de nuestros antiguos reyes, Enrique IV, el día en que, después de su abjuración, entró en París, que sólo esperaba este acto por su parte para abrirle las puertas. Que la historia haya registrado estas palabras, aunque de autenticidad discutible, está en su papel.

Que la política para la cual con mucha frecuencia el fin justifica los medios, las haya aprobado, y las tenga por hábiles, también está en su papel.

Que los espíritus cultos, avidos de frases célebres, hayan recogido estas palabras como agudas e ingeniosas, aunque, según mi opinión y la de otros muchos, sean de gusto por lo menos dudoso, nada he de decir.

Pero lo que tengo el derecho de decir, lo que es absolutamente cierto, es que, desde el punto de vista teológico, esas palabras son falsas, absolutamente falsas.

y aun blasfematorias. No, París no vale una misa... ni Francia vale una misa, ni el universo entero vale una misa. La misa tiene un valor infinito; la misa vale tanto como Dios mismo.

Dicho esto, vuelvo a mi asunto. La misa aprovecha, pues, al sacerdote que la dice, y a los que ya han adquirido derechos sobre los frutos que produce. ¿Es esto todo? ¿Queda agotada su eficacia?

La misa aprovecha también a todos los que a ella asisten, y no sólo a los que a ella asisten, sino aun a los que no asisten a ella, a los ausentes, a la Iglesia universal y al mundo entero. Sí, no se dice una sola misa sin que el mundo entero recoja, aun sin saberlo, las gracias preciosas, en número incalculable, que de ella derivan. Veo la prueba de celo en cada página y casi en cada palabra de la sagrada Liturgia.

En el Ofertorio, toma en sus manos el elemento material, el pan que muy pronto va a convertirse en cuerpo de Jesucristo, y dice: Recibid, Padre Santo, omnipotente y sempiterno Dios, esta hostia inmaculada que, a pesar de mi indignidad, os ofrezco a Vos, Dios vivo y verdadero, por los innumerables pecados, ofensas y negligencias de que soy culpable, como también por los circunstancias, y por todos los fieles vivos y muertos, a fin de que sean para mí y para ellos una prenda de salvación eterna.

En la ofrenda del vino, que muy pronto va a convertirse en la sangre de Jesucristo, dice: Os ofrecemos, Señor, el cáliz verdaderamente saludable, suplicando a vuestra bondad que se digne hacerle subir como un aroma de agradable olor hasta el trono de vuestra divina majestad, para salvación nuestra y del mundo entero.

Dicho el *Sanctus*, y acercándose la Consagración, añade el sacerdote: Os rogamos, Padre elementísimo, y os

pedimos humildemente por Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, que os dignéis aceptar y bendecir estos dones, estos presentes, estos santos y puros sacrificios que os ofrecemos, en primer lugar, por vuestra santa Iglesia católica, a fin de que tengáis a bien darle la paz, conservarla, mantenerla en la unión y gobernarla por todo el orbe de la tierra, juntamente con vuestro siervo el Papa, vuestro Obispo, vuestro Rey y todos los ortodoxos que profesan la fe católica y apostólica.

Y poco después, dice: Acordaos, Señor, de vuestros siervos y de vuestras siervas—no solamente, notémoslo, de los que han adquirido un derecho especial a los frutos del Sacrificio—y de todos los que están aquí presentes, cuya fe y devoción os son conocidas, por los cuales os ofrecemos este Sacrificio de alabanza, que ellos también a su vez os ofrecen por sí mismos y por todos los suyos, en expiación de sus pecados, por la esperanza de su salvación y conservación, y os ofrecen sus votos a Vos, Dios eterno, vivo y verdadero.

Así, lo repito una vez más, no sacrifica el sacerdote en beneficio de él solo, ni siquiera únicamente por los que le han pedido una aplicación más amplia de los méritos de la Víctima inmolada, sino por todos los asistentes, por toda la parroquia, por toda la Iglesia, por el mundo entero. De los millares de misas celebradas cada día, no hay una sola que no aproveche a todos y a cada uno... ¿Añadiré que la misa aprovecha aun a los que, en su odio ciego, no se contentarían con nosotros que con hacer desaparecer de los altares la sagrada víctima? Los pocos sentimientos religiosos que palpitan todavía en su alma, aunque rara vez; su vida que, aunque ya no cristiana, todavía es honrada; el retorno de la fe y a sus santas prácticas, que es posible tenga lugar al declinar su vida, o en las cercanías

de la muerte, todo esto quizás es, o será, fruto del *Memento*, que su pastor hace de ellos, y por ellos, en la misa diaria.

Pero hay más aún: si el sacrificio de la misa aprovecha a los vivos, a todos los vivos, no aprovecha menos a los muertos, y a todos los muertos, exceptuados únicamente aquellos cuya reprobación ha sido consumada, ya que en el infierno no hay redención ni salvación, porque la sangre de la adorable Víctima no penetra en aquellas sombras moradas, de donde son expulsados la esperanza y el amor, *apud inferos non est redemptio*. Mas para los que están en el purgatorio, y son los más, el santo Sacrificio mitiga sus padecimientos y termina su depuración. Tal es el hermoso texto del principio, que dice: Cuando el sacerdote celebra, honra a Dios, alegra a los ángeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, y procura descanso a los muertos, *defunctis requiem praestat*.

Cuando el obispo ordena un sacerdote, y aumenta la sagrada tribu con un nuevo recluta, en el momento más solemne de la ordenación, coloca el cáliz en las manos del elegido, y le dice: Recibe el poder de ofrecer el santo Sacrificio a Dios y de celebrar misas por los vivos y por los muertos en nombre del Señor.

Pero la mejor prueba, puesto que es la prueba sensible y parlante, se saca también de la santa Función, es decir, de la misa misma.

Hecha la Consagración, el cuerpo y la sangre de Jesucristo están en la mesa del altar; están allí realmente, verdaderamente, substancialmente presentes; muy pronto se recoge el sacerdote, y extendiendo los brazos en señal de súplica, dice: Acordaos, Señor, de vuestros siervos y de vuestras siervas que, marcados con el sello de la fe, terminaron su vida mortal y duermen ahora

en santa paz... Y después de nombrarlos, añade: A éstos, Señor, y a todos los que descansan en Jesucristo, dignaos concederle por vuestra misericordia el lugar del refrigerio, de la luz y del reposo.

Pero notad bien que esta oración no es accidental, es decir, hecha hoy y omitida mañana, sino que forma parte del Canon de la misa; es, pues, esencial, inmutable; no se dice una misa, una sola misa, sin que se haga mención, no solamente de tal o cual difunto, sino de todos los difuntos indistintamente; no se dice una sola misa en todo el mundo sin que aproveche a todas las almas del purgatorio.

Más todavía; en rigor la Iglesia hubiera podido limitarse a este *Memento* de los muertos reproducido en cada misa; pero no, ha ido más lejos; ha instituido toda una Liturgia exclusivamente, para uso de los difuntos. Hay la misa del *primer día* de la muerte, la del *tercer día*, la del *octavo día*, la del *trigésimo día*, la del *fin de año*, la del *aniversario general*, que cada año se celebra el 2 de Noviembre.

En todas estas misas, desde la primera a la última palabra, todo son oraciones y súplicas por los muertos; los vivos sólo se citan en segundo lugar y sólo tienen la parte absolutamente estricta de la cual no pueden ser privados.

En el Introito: *Requiem aeternam dona eis, Domine*, Señor, dales el reposo eterno.

En el Gradual: *Absolve, quaesumus, Domine, animas omnium defunctorum ab omni vinculo delictorum*, Señor, te pedimos piedad para todos los muertos... perdona a los que amas, y sobre los cuales sólo con pesar ejerces los rigores de tu justicia.

En el Ofertorio: *Fac eas, Domine, de morte transire ad vitam...* Señor, haz que las almas de nuestros her-

manos muertos salgan de la muerte para entrar en la vida.

En la Comunión: *Lux aeterna luceat eis, Domine, cum sanctis tuis in aeternum, quia pias es...* Señor, pues eres tan misericordioso, recheelas en el número de tus elegidos y haz que la luz eterna brille ante sus ojos.

Las últimas palabras son semejantes a las primeras; son un adiós y una oración: *Requiescant in pace...* Descansen en paz.

Tal es la admirable Liturgia que la Iglesia ha compuesto para uso exclusivo de los difuntos. Tales son las incomparables oraciones que pone en nuestro corazón y en nuestros labios por nuestros queridos difuntos.

¡Ah, cuán buena es la santa Iglesia! Las otras madres sólo pueden amar útilmente a sus hijos hasta la tumba. La fría piedra del sepulcro pone entre ellas y ellos un abismo que nadie puede salvar. Sólo pueden ya verter sobre sus queridos despojos lágrimas estériles. Pero, hay una madre que ama a sus hijos más allá como más acá de la tumba. La muerte no los arrebató a su ternura, ni los pone fuera de sus misericordiosos alcances. La muerte es lo más poderoso que hay en el mundo.... No, el amor de la Iglesia por sus hijos, es más fuerte aún.

Asistid, pues, al santo Sacrificio de la misa. Cuanto más avanzamos en este hermoso asunto, más se impone esta conclusión.

El Sacrificio de la Misa aprovecha a los vivos; asistid a él, orad por vosotros y por todos. Pedid primeramente, si os place, gracias generales: la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos, la exaltación de la santa Iglesia, el triunfo de la justicia y del derecho, la unión en las familias, la tranquilidad en los

Estados, la prudencia en los que gobiernan, la sumisión en los que tienen la misión más fácil de obedecer.

Pedid gracias particulares del orden espiritual, una fe más viva, una esperanza más firme, un amor de Dios más ardiente, caridad para el prójimo, humildad sin la cual no hay virtud sólida, fuerza para resistir las tentaciones, paciencia para soportar los males.

Pedid también gracias temporales; aunque de menos importancia, las gracias de este orden tienen su valor y son materia de oración: la fertilidad de los campos, la abundancia de los frutos de la tierra, el feliz resultado de una empresa, la conservación de la salud, el término de una plaga. En nuestros libros litúrgicos, y principalmente en el Misal, hay multitud de fórmulas deprecatorias, para obtener de Dios, no solo gracias espirituales, sino también temporales. ¿Por qué? Santo Tomás nos lo dirá. Es permitido pedir a Dios todo lo que es permitido desear.

Finalmente, el Sacrificio de la Misa aprovecha a los muertos; asistid a él y rogad por vuestros padres, por vuestros bienhechores, por vuestros amigos. ¡Qué consuelo el de pensar que no se ha roto toda relación entre los vivos y los que ya abandonaron este mundo, y que, si hay algún obstáculo entre Dios y esas almas queridas, nos es dado romperlo con nuestras oraciones y eblaciones! ¡Cuán dulce es creer que podemos tomar en nuestras manos el cáliz de la salvación, verter algunas gotas de la sangre preciosa que contiene sobre los seres que nos fueron tan queridos durante su vida y no han dejado de serlo después de su muerte, y, por este medio, consolar sus dolores, romper las cadenas que los tienen cautivos, y ponerlos en posesión de las puras y santas alegrías del cielo!

SERMON QUINTO

La Liturgia del Sacrificio de la Misa

Habet autem hoc sacrificium multos, eosque maxime insigne ac solemnes ritus.

(*Catech. Rom., c. 20*)

Si, sabemos que hay gran número de ceremonias imponentes y majestuosas que acompañan la celebración del santo Sacrificio de la Misa; y el Catecismo Romano, de donde saco estas palabras, añade que, no sólo no hay ninguna inútil, sino que todas tienen por objeto hacer brillar mejor la grandeza de este Sacrificio adorable, y llevar a los fieles, mediante estos santos misterios, a la contemplación de las verdades divinas en ellos contenidos.

¿Qué más se necesita para determinarnos a explicar, si no todos, por lo menos los principales ritos, las ceremonias más imponentes de la liturgia del santo Sacrificio de la Misa? ¡Quiera Dios que esta instrucción de mayor realce a las precedentes, y haga sensibles, poniéndolas ante los ojos, las enseñanzas que contienen!

Revestido de los ornamentos sagrados, y enteramente penetrado de la formidable función que va a cumplir, entra el celebrante en el santuario.

Acompañado del ministro, que representa al pueblo cristiano, recita alternativamente con él el *Judicium*, salmo compuesto por David cuando, huyendo de

Saúl, y obligado a buscar su refugio en tierra extraña, no pierde la esperanza de volver a la Ciudad Santa, y volver a ver el altar del verdadero Dios, tan caro a su corazón.¹

Hecha la última preparación más próxima y más inmediata... confesados sus pecados a Dios todopoderoso, a la Bienaventurada María siempre Virgen, al arcángel san Gabriel, a san Juan Bautista, a los apóstoles san Pedro y san Pablo y a todos los santos... habiendo pedido a Dios, para él y para el pueblo, la absolución, la misericordia y el perdón, sube con seguridad y alegría en el corazón las gradas del altar santo, besa la tumba de donde se exhala un aroma de vida, aplica sus labios a la piedra sagrada, figura de Cristo Salvador... Empieza ahora la santa Función, y va a seguir su curso.

En efecto, pronto dice el *Introito*. Sacado por lo general de los Salmos de David, su origen le da su significación: es el Antiguo Testamento dando la mano al Nuevo y sirviéndole de introductor.

El *Kyrie eleison*, tomado de la lengua griega, como el *Alleluia*, el *Hosanna*, el *Sabaoth*, el *Amen* lo fueron de la lengua hebrea, a fin—lo diré entre paréntesis—de que las tres lenguas que figuraron en el Sacrificio del Calvario, en el título de la cruz, se encuentren también aquí: el *Kyrie eleison* se repite tantas veces como coros de ángeles hay, y tantas veces tres veces como Personas distintas hay en la adorable Trinidad.

Del mismo modo se dicen a su vez el *Gloria in Excelsis*, la *Colecta*, la *Epístola* y el *Evangelio*.

El *Gloria in Excelsis* es el cántico que cantaron los ángeles en aquella venturosa noche que vio nacer al Salvador. ¿No debía cantarse siempre? Unida la voz

1. Psal. XLIII.

a la palabra, ¡sería demasiado para alabar Dios, bendecirle, adorarle, darle gracias, él, el único Santo, el único Señor, el único Todopoderoso?

La Colecta. Si os dijera que exhala un verdadero aroma de purísima latinidad... Pero no, no sería suficiente. La Colecta es especialmente la oración auténtica de la Iglesia, diversificándose según los tiempos y las circunstancias, expresando las necesidades generales del pueblo cristiano, pero adaptándose también a las necesidades particulares de cada miembro de la comunidad. Forma y fondo, todo es admirable en ella; es una pequeña, pero verdadera obra maestra litúrgica.

La *Epístola*. Aunque sacada a veces de los libros históricos, proféticos o sapienciales del Antiguo Testamento, con frecuencia es un fragmento escogido de las Epístolas de los bienaventurados Apóstoles; nos lleva de un salto, remontando los siglos, a los orígenes de la Iglesia, a aquellos dichosos tiempos en que san Pablo, escribiendo a las nacientes cristiandades de Roma, de Efeso, de Corinto, de Acaia, podía dar, y daba, en efecto, a sus Epístolas este encabezamiento: A los santos que están en Roma, en Efeso, en Corinto, en toda la Acaia, *Vocatis sanctis qui sunt Romae, Ephesi, Corinthi, in universa Achaia*, ya porque todos los fieles de aquellos primeros tiempos fuesen santos, ya porque fuese entonces convicción común de que ser cristiano y santo era una sola y misma cosa. ¡Feliz el siglo en que era entendido este lenguaje! ¡Dichosa entonces la religión, que, para confundir a sus enemigos, solo tenía necesidad de mostrarse a sus hijos!

El *Evangelió*. Mejor todavía. San Francisco de Sales y el buen sentido nos dicen que la virtud de los arroyos es más activa y más operante en su fuente

1. S. Pablo, *Epíst.*, *passim*.

misma... ¡Qué contraste! Los israelitas al pie del Sinaí corrían en tumulto, como un rebaño espantado, hacia Moisés diciéndole: Profeta del Señor, hombre de Dios, háblanos, *loquere tu nobis*¹, pero que no nos hable el Señor, porque si nos habla, moriremos, *non loquatur nobis Dominus, ne forte moriamur*²... Mas para nosotros, todo ha cambiado en bien de nosotros. Ya no vivimos bajo la ley del temor; nuestro altar es el altar de los cristianos, no el Sinaí de los hebreos. Ora nos escriba Pedro, ora nos escriba Pablo, ora nos escriba Juan; ya el Señor de Pedro, de Pablo y de Juan nos habla por sí mismo, *loquatur nobis Dominus*, ya nos diga lo que decía a la Samaritana sentado en el brocal del pozo de Jacob, ya despliegue a nuestros ojos enternecidos algunas de sus parábolas, especie de pequeños dramas, con prólogo, personajes que hablan, epílogo o conclusión; bien sea el uno, bien sea el otro, lo escucharemos de pie, y nos persignaremos, con respeto, y amor, en la frente, en la boca y en el corazón.

Terminado el Evangelio, empieza el *Credo*. Expresa toda la fe, como la doxología expresa toda la alabanza. Del mismo modo que decimos: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, decimos también: Creo en Dios, creo en Jesucristo, Hijo de Dios, creo en el Espíritu Santo. Este gran acto, redactado por dos concilios generales, el de Nicea y el de Constantinopla, se refiere en su conjunto al Padre creador, al Hijo redentor, al Espíritu Santo santificador. Resumen perfecto y admirable síntesis de nuestras creencias, ¿cómo no tener el *Credo* puesto señalado en el

1. Exod., XX, 19.

2. *Ibid.*

altar, en el momento en que los grandes misterios van a cumplirse?

Este momento se acerca. El pan y el vino están presentes. ¿Qué pan? El verdadero pan, es decir, el único pan de trigo, pues todo otro pan sólo impropriamente es pan. ¿Qué vino? El verdadero vino, esto es, el único que es extraído del fruto de la viña, pues cualquier otro que lleve este nombre lleva un nombre prestado. Uno y otro constituyen la materia primera del Sacramento. ¿Podría haberse escogido nada mejor? El pan y el vino, las substancias más bienhechoras e indispensables a la alimentación del hombre, pues el pan fortalece sus huesos, *robur panis*,¹ el vino alegra el corazón y reanima la vida, *vinum laetificat cor hominis*,² y al ofrecerlas a Dios el hombre, se ofrece en cierto modo a sí mismo. Del mismo modo, ¿qué otra materia hubiese sido más propia para expresar, por modo sensible, la idea de Víctima rota y destinada a ser consumida, que ese trigo que sólo se convierte en pan a condición de ser triturado por la muela, y que ese fruto de la viña que sólo se convierte en vino después de ser pisoteado en el lagar? En ese pan y ese vino, compuestos, el uno de muchos granos mezclados y amasados, y el otro de muchos racimos unificados y fundidos en una misma fermentación, los buenos autores, y en particular el Catecismo Romano, han visto la estrecha unión que en adelante deberán formar entre sí aquellos en cuyo favor fueron instituidos estos sagrados misterios. Quizás me agradezcáis que os cite el texto original: *panis ex multis granis conficitur, et vinum ex multitudine racemorum existit, atque ita nos, cum multi simus, huius divini mysterii vinculo archis-*

1. JOANN., cap. III.
2. Eccl., XL.

simè colligari et tanquam unum corpus effici declarant.¹

Pero la santa Función continúa; estos elementos del Sacrificio, el pan y el vino, elévalos el sacerdote hacia el cielo como para que Dios los acepte, el pan en la patera, y el vino en el cáliz.

Toda esta parte de la misa que sigue al Ofertorio, es admirable y llena de enseñanzas.

Ya el pan es llamado Hostia pura y sin mancha, y el cáliz que contiene el vino, Cáliz de salvación, porque están destinados a convertirse dentro de poco, el uno en el cuerpo, y el otro en la sangre de Jesucristo.

Ya también el Sacrificio empieza a mostrarse lo que precedentemente hemos dicho que es: sacrificio de alabanza, se mostrará como un aroma de agradable olor aun a la faz de la Majestad divina; sacrificio de propiciación, no sólo aprovechará al que lo ofrece, sino también, a todos cuantos a él asisten, a todos los fieles vivos y muertos; él es la salvación para el mundo entero.

El vino es adicionado de un poco de agua, que no tarda en formar cuerpo con él... ¿Por qué? Esta mezcla es un misterio, *aquae et vini mysterium*, es el misterio de la unificación de los miembros a la cabeza, de la incorporación de la humanidad rescatada al divino Redentor, Jesucristo.

El sacerdote lava la extremidad de sus manos, y recita un salmo de David². ¿Por qué? ¿Para purificarse del contacto de los elementos del sacrificio? Esto es una razón mínima al lado de otra muy grande; la más grande es que tiene el deber de expresar, en presencia de todo el pueblo, la pureza interior de que conviene esté adornada su alma para ejercer la función de sacrificador.

1. Cat. Rom., cap. XVIII.

2. PSALM., XXV.

Hácese otra ofrenda con los elementos del Sacrificio... ¿Por qué? Porque si la primera era absolutamente suficiente, ésta será más explícita, más circunstanciada: la Pasión, la Resurrección, la Ascensión de Jesucristo serán particularmente designadas. Para hacerlas servir y ponerlas como ante los ojos se ofrecerá el Sacrificio; la bienaventurada Virgen María, el precursor Juan Bautista, los apóstoles Pedro y Pablo serán nombrados; todos los santos serán en ella mencionados, porque la oblación redundará en gloria de ellos, como en provecho nuestro.

El pueblo cristiano es invitado a orar, *Orate fratres*. El pueblo lo ha oído, ora... ¿Por qué? Porque este Sacrificio es igualmente suyo, y porque si está interesada en él la gloria del santo nombre de Dios, no es menos útil a toda la Iglesia, como a cada uno de sus miembros, que sea favorablemente aceptado por el Padre todopoderoso.

He ahí las hermosas enseñanzas de esta parte de la misa llamada Ofertorio. Ahora que ya está terminada, que se ha dicho la *Secreta*, y se ha recitado el *Prefacio*, que la Iglesia del cielo y la Iglesia de la tierra, dándose la mano, uniendo sus voces, han cantado el Trisagio eterno, *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos*; ahora que están terminadas todas las preparaciones y acabadas todos los preliminares, comienza la Acción, se hace la Acción, la Acción continúa, la Acción queda hecha... ¡Plegue a la divina gracia que pueda yo daros, de cada una de estas cosas, explicaciones por lo menos suficientes!

La Acción que comienza: llamo así a la postura profundamente inclinada del sacerdote, al nuevo beso que imprimen sus labios en el altar, a los signos de cruz que multiplica sobre las oblaciones, para dar a enten-

der que sólo por virtud de la cruz de Jesucristo serán bendecidas y aceptadas por Dios.

La Acción que comienza: llamó así a la pausa que hace el sacerdote durante algún tiempo, con profundo recogimiento y juntas las manos. Como acaba de pedir que el adorable Sacrificio aproveche a toda la Iglesia, que el adorable Sacrificio aproveche a aquellos que el adorador pide ahora que sirva más particularmente a aquellos por los cuales es ofrecido, a los fieles que asisten a él y a todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación y conservación, en cambio del tributo de alabanza que pagan al Dios eterno, vivo y verdadero.

La Acción que comienza: llamo así a la larga enumeración que hace el sacerdote de los santos que están en el cielo, con los cuales piden entrar en comunión los fieles de la tierra, a fin de obtener con más seguridad, por su intercesión y el peso de sus méritos, que en todas las cosas sean dotados del auxilio de la profesión divina. Pero su mediación no es más que secundaria; Jesucristo es siempre el único mediador, *per eundem Christum Dominum nostrum*: de esta fuente única sacan su eficacia todas las oraciones, así las que suben de la tierra, como las que se hacen en el cielo.

La Acción que comienza: llamo así al rito por el cual el sacerdote coloca sus dos manos sobre el cáliz y sobre la hostia, y las tiene extendidas todo el tiempo que dura la oración siguiente: Os suplicamos, pues, Señor que recibáis propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre, que es también la de toda vuestra familia, concediéndonos vuestra paz en nuestros días, preservándonos de la eterna condenación, y haciendo que seamos contados en el número de vuestros escogidos, por Jesucristo Nuestro Señor... Este rito sacrificador, uno de

los más hermosos de la misa, nos recuerda lo que se practicaba bajo la antigua Ley. Cuando la víctima de propiciación iba a ser inmolada, el Sumo Sacerdote y el pueblo ponían la mano sobre su cabeza, para significar con ello que ponían esta víctima en lugar de ellos, a fin de que sufriese la muerte que ellos habían merecido con sus pecados.¹

La Acción que comienza: finalmente, llamo así a la solemne súplica por la cual el sacerdote, ora con las palabras que pronuncia, ora con los signos de cruz, que multiplica más de lo que lo ha hecho hasta entonces, llama todas las bendiciones sobre la víctima, para el momento, ya muy próximo, en que va a ser inmolada: que sea sacada del uso profano y enteramente separada, *benedicta*; que sea aceptada en el número de las cosas consagradas a Dios, y como marcada con su sello, *adscripta*; que sea aprobada y valedera como el acto que lleva la firma del que lo ha ejecutado, *rata*; que tenga un alma, no solamente viviente a la manera de las antiguas víctimas, sino un alma racional que la haga digna de ser aceptada por la divina Majestad, a la cual va a ser ofrecida, *rationalis et acceptabilis*; finalmente, que pueda convertirse, y se convierta, en efecto, en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, Hijo amadísimo de Dios y Señor nuestro, *ut nobis corpus et sanguis fuit dilectissimi Filii Dei, Domini nostri Jesu Christi*.

La Acción ha empezado: va a hacerse... se hace. Representante de Jesucristo para obrar, y su órgano para hablar, el sacerdote toma el pan, y dice: *Este es mi cuerpo...* toma el vino, y dice: *Esta es mi sangre...* Y a su palabra soberana, el pan se cambia en el cuerpo de Jesucristo, y el vino en su sangre... El cuerpo y

1. *Levit.*, XVI, 2, 5, 7.

la sangre de Jesucristo están realmente presentes en la Mesa del altar; el cuerpo está allí, sobre el corporal; la sangre está allí, en el cáliz; místicamente separados el uno de la otra, porque las palabras que han obrado la maravilla, no han tenido, ni pueden tener, otro efecto que el que expresan, su separación misma hace que Jesucristo esté en el altar como muerto, *tantum occisus*¹; está representativamente en el estado en que estaba en la cruz, cuando su sangre salía a borbotones de su cuerpo expirante. Aunque siempre viviente, porque, resucitado, ya no muere, ni en adelante puede morir, es inmolado, tanto como puede serlo y en la medida en que es necesario que lo sea.

Pero si la inmolación queda hecha, el Sacrificio no está acabado; la Acción continúa.

Si después de cada una de las consagraciones, que convierten el pan en cuerpo de Jesucristo, y el vino en su sangre, dobla el sacerdote la rodilla, y adora; si cada vez que deposita la hostia, o descubre el cáliz, dobla de nuevo, la rodilla, y adora también, es porque la Acción continúa... Jesucristo está allí: *el Cordero inmolado es digno de recibir todo honor, toda alabanza, toda bendición*². ¿Podría la Iglesia de la tierra hacer menos que la del cielo, poseyendo el mismo tesoro?

Si el sacerdote, que adora y multiplica las genuflexiones, multiplica no menos los signos de cruz sobre el cuerpo santísimo de Jesucristo y sobre su preciosísima sangre durante todo el tiempo que dura la Función, es porque la Acción continúa... Lo que ya sabíamos por razonamiento y operación del espíritu, tenemos necesidad de verlo con nuestros ojos por modo sensible, a saber, que el Sacrificio de la Misa es la su-

1. *Apoc.*, V, 6.

2. *Ibid.*, 12.

cesión, la continuación del sacrificio de la cruz, que forma cuerpo con el que, en vez de derogarlo, fué tan sólo instituido para perpetuar su memoria y aplicarnos sus frutos.

Si el sacerdote ofrece a Dios esta hostia pura, esta hostia santa, esta hostia sin tacha, el verdadero cuerpo de Jesucristo y su verdadera sangre; si le suplica que acepte como aceptó las ofrendas de Abel, el sacrificio de Abraham, la oblación de Melquisedec, todo lo cual no tenía otro valor que el de referirse, como figuras, a una Víctima infinitamente mejor, es porque la Acción continúa... y nos muestra el sacrificio de la misa con su carácter latrónico muy diferente de los que le precedieron, y tributando a Dios, por un Dios inmolado, el honor que le es debido y en la medida en que le es debido.

Si el sacerdote hace una segunda pausa por algunos momentos; si ora y pide a Dios que se acuerde de los muertos, como hace poco le pedía que se acordase de los vivos, es porque la Acción continúa... La misa se nos aparece como sacrificio de propiciación que, aprovechando ya a los vivos, a todos los vivos en expiación de sus pecados, no es menos útil a todos los muertos, y a cada uno de ellos, para purificarlos de los últimos restos de sus manchas y apresurar su liberación.

Finalmente, si el sacerdote pide, para él y para los servidores de Dios, aunque pecadores, una parte, *partem aliquam*, en las divinas larguezas; si, a este efecto, y para obtener con más seguridad reza en voz alta la oración dominical y el hermoso comentario que le sigue; o bien, si tomando la hostia santa, y poniéndola sobre el cáliz, los eleva a los dos y los presenta a Dios, en cambio de los bienes que recibimos de él como puro don, es porque la Acción continúa siempre... y nos

pone ante la vista la misa, aquí como sacrificio de impenetración suficientemente eficaz para hacernos obtener todos los bienes y librarnos de todo mal, y allí como sacrificio eucarístico o de acción de gracias el más perfecto posible, ya que por Jesucristo, con Jesucristo, y en Jesucristo tributa el pueblo cristiano a Dios todo honor y toda gloria.

¡Oh sagrada liturgia! ¡oh admirable conjunto de ritos ceremoniales! Habíamos leído en los libros, y se nos había dicho en muchas instrucciones, que el Sacrificio de la Misa es un sacrificio de adoración, de propiciación, de impetración y acción de gracias; pero ahora lo vemos aquí con nuestros ojos carnales, de un modo sensible y como reducido a actos. La mejor teología, o el mejor sermón sobre la misa, es la misa misma...

Y ahora que el sacerdote, con las manos juntas, y el cuerpo profundamente inclinado, se golpea el pecho y dice: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros, y danos la paz*; ahora que, sin abandonar esa postura respetuosa y humillada, recita, más recogido que nunca, tres oraciones de belleza litúrgica incomparable, de las cuales la primera va encaminada al bien general de la Iglesia, y las dos otras al bien particular del sacerdote mismo; ahora que, doblando de nuevo la rodilla, y tomando en sus manos consagradas el cuerpo santísimo de Jesucristo, golpea aún su pecho, y repite hasta tres veces la oración del Centurión: *Señor, no soy digno de que entres en mi morada, pero di una palabra y mi alma será salva*; ahora que come el cuerpo adorable diciendo: *El cuerpo de Nuestro señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna*;... ahora que bebe la preciosísima sangre diciendo: *La sangre de Nuestro Señor Jesucristo guar-*

de mi alma para la vida eterna...; no será mucho decir que la Acción continúa, ni que se acaba; ha terminado... porque si bien en la Ley antigua los israelitas, no sólo se unían en espíritu a la inmolación de la víctima, sino que tomaban parte efectiva en ella comiendo la carne sacrificada; y si bien en la nueva Ley es deseable, y, de hecho, la Iglesia desea ardientemente que todos los que asisten a la santa misa, participen del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, no sólo espiritualmente, sino por medio de la recepción sacramental... la única manutención de la víctima por el sacerdote, y la consumación que hace de ella, destruye a la víctima y la Acción queda terminada.¹

Unos instantes más, y la misma santa Función habrá llegado a su fin.

La antifona de la *comunión* queda dicha.

La *poscomunión* sigue de cerca. Ora sea la del santo y glorioso día de Pascua, ora la de la más ignorada de las simples ferias del año, la poscomunión, como la colecta, es siempre admirable.

Pronto será pronunciada la palabra de despedida: Ve, pueblo cristiano, la misa está terminada. *Ite, missa est.*

Y, tras la última bendición, se retira el pueblo cristiano. Si ha asistido religiosamente al santo Sacrificio, vedle dichoso, por lo menos durante todo este día. El mismo sacerdote se despidе de su altar, en el cual tan grandes misterios ha cumplido, y del cual saca el más precioso de todos los tesoros... Acudid en su ayuda en el momento en que sucumbe bajo el peso de los favores celestiales, acudid vosotros todos, criaturas de Dios. Con él y por medio de él, dad gracias, cantad el cántico de alabanza, formad el más armonioso de

1. Conc. Trid., sess. 22, cap. 6.

los conciertos... vosotros, ángeles del Señor... vosotros, cielos, vosotros, grandes depósitos de las lluvias y del rocío... vosotros, astros del firmamento... vosotros, brisas ligeras y vientos impetuosos... vosotros, calores del estío y fríos del invierno... vosotros, noches y días, tinieblas y luz, relámpagos y nubes... vosotros, montañas y colinas, mares y ríos... vosotros, vivientes del aire, de la tierra y de las aguas... y vosotros también hijos de los hombres según la naturaleza... y vosotros también, hijos de Israel según la ley... y vosotros especialmente sacerdotes del Altísimo, espíritus y almas de los justos, santos y humildes de corazón... vosotros todos, obras del Señor; alabad, bendecid, exaltad, glorificad al Señor por los siglos de los siglos: *benedicite, omnia opera Domini, Domino; laudate et superexaltate eum in saecula!*...

1. *Missal. Rom.*

SERMON SEXTO

La asistencia al Sacrificio de la Misa

Omnes sistentes, venite ad aquas.
(Isa., LV, 1)

En la primera de estas instrucciones hemos expuesto lo que es el Sacrificio de la Misa, considerado en sí mismo y en su esencia. Es la sucesión, la continuación del sacrificio de la cruz, y forma cuerpo con él; la única diferencia entre uno y otro, es la manera de ofrecerlos.

Hemos demostrado luego, con la amplitud y doctrina teológica suficiente para que tengáis de él una elevada idea, los cuatro fines principales para los cuales fué instituido el Sacrificio de la misa. Es *latriuico, expiatorio, eucarístico, impletorio*; reúne, él solo y en un grado infinitamente superior, las propiedades de los sacrificios figurativos. Vale más él solo, que todos los ritos de la antigua Ley.

Hemos dicho después los frutos que produce, y a quiénes aprovechan; a los vivos, a todos los vivos; a los muertos, a todos los muertos cuyas almas están retenidas en el purgatorio, de tal modo que no hay una sola, por olvidada que sea, que no se beneficie de las preciosas ventajas que entraña este adorable sacrificio.

La liturgia, es decir, los ritos ceremoniales según los cuales se celebra la misa, tan venerables por su an-

tigüedad, y sobre todo tan instructivos, no podían ser omitidos. Así, pues, los hemos explicado con gran cuidado, aunque sumariamente, desde el momento en que el sacerdote entra en el santuario, hasta el instante en que despide al pueblo cristiano, y abandona él mismo el altar.

¿Cuál debe ser la conclusión final de estas instrucciones? ¿No lo he dicho ya, y quizás hasta la saciedad? No importa; lo repetiré: asistid al santo Sacrificio de la Misa; asistid con recogimiento, con devoción y con la mayor frecuencia que podáis.

Ante todas cosas, con recogimiento; es lo menos que podemos decir. Pero, por elemental y mínimo que sea, es útil y aun necesario decirlo, porque, cuando la misa es de precepto, la falta de atención equivale a la falta de asistencia. Permitidme algunos detalles... Por ejemplo, os entregáis al sueño durante una porción notable del santo Sacrificio; ocupáis voluntariamente vuestro espíritu con pensamientos que os distraen; entabláis conversaciones prolongadas, casos todos que no son ciertamente muy raros...; estáis presentes de cuerpo, pero ausentes de espíritu, incurris manifestamente en el reproche que dirigían con frecuencia al pueblo antiguo los profetas que hablaban en nombre de Dios: este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí.

Con devoción. ¡Cuántas cosas quedan expresadas con este solo nombre, que es un nombre genérico!

Con devoción, es decir, con fe viva y penetrante, con esa fe que tiene ojos, como decía un Padre antiguo, *oculata fides*; en otros términos, con esa fe que nos muestra, bajo las apariencias del pan y del vino, el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, quien, inmolado una vez en la cruz por modo

sangriento, es inmolado al presente en el altar por modo no sangriento, aunque realísimo.

Con devoción, es decir, con respeto profundo. Pues-
to que, en efecto, el Sacrificio de la Misa no difiere substancialmente del sacrificio de la cruz; puesto que, en el uno como en el otro, el oferente es Jesucristo, y el ofrecido es igualmente Jesucristo, ¡qué sentimiento religioso debe penetrarnos en presencia de tan formidable misterio! Si hubiésemos tenido la incomparable felicidad de asistir en el Calvario al sacrificio cruento de Jesucristo, creyendo lo mismo que creemos, convertidos de las verdades que profesamos, ¡con qué respeto mezclado de compunción y de amor hubiésemos recogido la sangre de la víctima inmolada por el rescate del mundo! ¿Cómo no caer también al pie del altar? ¿Cómo no mezclarnos con los ángeles que se prosternan y adoran? En el altar como en la cruz, la víctima es la misma; el mismo cuerpo roto, la misma sangre vertida; las palabras de san Juan Crisóstomo, anfibológicas si se quiere, son verdaderas en los dos sentidos que ofrecen; si la cruz era el altar, *cruz erat altare*¹, el altar no difiere de la cruz; es equivalente de la cruz; en el altar como en la cruz, se operan los mismos prodigios.

Con devoción, es decir, identificándose con el sacerdote que inmola, uniendo nuestra acción a la suya. ¡Qué nueva vía se abre aquí! Sois el pueblo santo, decía san Pedro a la asamblea de los fieles; habéis recibido un sacerdocio real, *gens sancta, regale sacerdotium*²... La razón teológica de este magnífico lenguaje consiste en que el sacerdote es el principal, pero no el único oferente; todos los concurrentes que nada

serían ni podrían ser sin él, son y pueden algo con él, ofrecen con él, su sacrificio es el suyo; de ello da testimonio la liturgia misma: antes de que empiece la Acción sacrificial, el sacerdote, volviéndose al pueblo, le invita a reunirse a él, a hacer conjuntamente con él, la oblación santa: *Orate, fratres, ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem*. Orad hermanos, para que nuestro sacrificio sea favorablemente recibido de Dios Padre Omnipotente. Apenas la Acción sacrificial ha empezado cuando la misma participación del pueblo cristiano en la inmolación de la sagrada Víctima, reaparece de nuevo, expresada también ahora en los términos más precisos... El sacerdote dice a Dios: Acordaos, Señor de nuestros siervos y de vuestras siervas, y de todos los que están aquí presentes cuya fe y devoción os son conocidas* por los cuales os ofrecemos este sacrificio de alabanza. ¿Qué más se necesita? Deciros que sois sacerdotes con el sacerdote celebrante, que su sacrificio es también el vuestro, que de vuestras manos, como de las suyas, recibe Dios la víctima inmolada, ¿no es decir suficientemente con qué ardor de devoción debéis asistir a la santa misa?

Finalmente, y para expresaros, antes de dejar este asunto, una consideración más práctica todavía, conviene asistir al santo Sacrificio de la Misa con la mayor frecuencia posible, es decir, no sólo los domingos y días de fiesta, para cumplir con el estricto deber, sino también en la semana, y, si podéis, todos los días.

No tardaréis en convenceros de que debéis hacerlo así, si, de una parte, pensáis en los fines para los cuales fué instituido el Sacrificio de la Misa, y, de otra, os fijáis en los deberes cotidianos que tenéis que cumplir con relación a Dios.

1. De cruce et latr., Homil. I.
2. I Petri, II, 9.

Cada día debéis adorar a Dios, y tributarle los homenajes que en justicia deberían ser proporcionados a su excelencia, es decir, infinitos. Pues bien, asistid al santo Sacrificio de la Misa; es un sacrificio de adoración y de alabanza; el que se ofrece en él, Jesucristo, no es inferior a Aquel a quien es ofrecido, a Dios mismo, y, tomando parte en su inmolación, tributáis a Dios el honor que le es debido y en la medida en que le es debido.

Cada día debéis dar gracias a Dios por sus beneficios; son innumerables; de ellos estáis interiormente llenos y rodeados exteriormente de ellos; pero como sois insolventes, y no hay proporción alguna entre lo que podéis devolver a Dios y lo que de él recibís, entre la excelencia de sus dones y la pobreza de nuestras obras, asistid al Sacrificio de la Misa; es un sacrificio eucarístico o de acción de gracias, ~~✠~~ al ofrecerlo, al presentar a Dios el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, le dais, no solamente lo aproximado, sino también lo equivalente, y más que lo equivalente, de sus dones; le dais gracias como conviene y en la medida de lo que conviene; cualquiera que sea la extensión de sus beneficios, cumplidéis con él los deberes de una gratitud perfecta y consumada.

Cada día debéis apaciguar a la justicia divina, con justo motivo irritada, y pagar la deuda inmensa contraída por nuestros innumerables pecados. Los pagos a cuenta no bastan; Dios mismo declara que exigirá hasta el último óbolo¹; aun los pecados perdonados todavía son pasibles de penas. Pues bien, asistid al santo Sacrificio de la Misa; es un sacrificio expiatorio; Jesucristo es en la mesa del altar lo que era en el árbol de la cruz, esto es, sacrificador y víctima a la vez; está

1. *MATTH., V, 26.*

allí ofreciendo a Dios, su Padre, una satisfacción, no sólo igual, sino superabundante; está allí recibiendo sobre sí mismo los golpes de la justicia divina para apartarlos de nuestras cabezas culpables.

Por último, cada día tenemos necesidad de Dios. ¿Quién puede prescindir de él, de su asistencia, tanto para el cuerpo como para el alma, tanto para vosotros personalmente como para los vuestros, tanto para los vuestros vivos como para los vuestros muertos, tanto para el tiempo como para la eternidad? Pues bien, asistid al santo Sacrificio de la Misa; es un sacrificio inpetratorio por su naturaleza, es decir, que su virtud es tal que, al ofrecerlo, o por lo menos, al asistir a él, os colocáis en las mejores condiciones posibles para obtener lo que pedís, si Dios juzga útil concedérselo, porque, durante la santa Misa, Jesucristo mismo se interpone por vosotros, toma como suya vuestra causa, y hace hablar en favor vuestro, como otras tantas lenguas elocuentes, las llagas de la santa humanidad. Y apoya vuestras súplicas con sus méritos infinitos.

He ahí todas las razones; son tan buenas como numerosas, y en virtud de ellas es útil, ventajoso y particularmente saludable asistir con frecuencia, y aun todos los días, al santísimo Sacrificio de la Misa. A la verdad para exponerlas con más claridad, he cometido repeticiones, he repetido, y aun en términos casi idénticos, lo que ya tengo dicho en instrucciones precedentes. Pero no puedo censurarme por ello, y vosotros mismos no podríais reprochármelo; el arteificio de lenguaje llamado precaución oratoria hubiese sido aquí por lo menos inútil, ya que uno no podría jamás decir satisfactoriamente, lo que jamás sabe suficientemente, *nunquam satis dicitur quod nunquam satis dicitur*.

Asistid, pues, al santísimo y adorabilísimo Sacrificio de la Misa; asistid a él todos los días, no porque sea obligatorio; no, ciertamente; en este momento, antes me dirijo a vuestra fe y a vuestra piedad, que a la conciencia estrictamente considerada.

Asistid a él, cualquiera que sea la importancia de vuestros negocios, o la multiplicidad de vuestras ocupaciones. La media hora que dediquéis cada día a la audición de la santa Misa, será la más dichosa, porque será la más silenciosa y serena; también será la más fructuosa, porque dará valor a todas las otras. Dios no deja casi nunca de poner su mano en los negocios de los que le sirven fielmente para hacer que prosperen. San Luis oía diariamente dos misas con incomparable devoción. ¿Tuvo que lamentarse de ello su reino? ¿Fué el piadoso monarca menos gran rey que gran santo?

Finalmente, asistid cada día al Sacrificio de la Misa, y cada día hallaréis al pie del altar santo siempre abierta la fuente de las divinas gracias, el arrepentimiento sincero de los pecados, la victoria sobre las malas inclinaciones, la adquisición o el perfeccionamiento de las virtudes cristianas, la serena y tranquila posesión de vosotros mismos, la perseverancia en el bien, la gracia tan envidiable de una santa muerte. Sí, dice un piadoso autor cuyas palabras me complazco en citar para terminar este asunto: Dios asiste visiblemente, y protege por modo especial, en la hora suprema del tránsito de este mundo, a los que, durante su vida, han considerado como deber religioso la asistencia diaria al óptimo, santísimo y adorabilísimo Sacrificio de la Misa.

LA PENITENCIA

SERMON PRIMERO

Noción del Sacramento de la Penitencia

Quoniam Deus dives in misericordia, cognovit figmentum nostrum, illis etiam vitae remedium contulit, qui sese postea in peccati servitutum et damnationis potentiam tradidissent. Sacramentum videlicet poenitentiae, quo lapsi post Baptismum, beneficium mortis Christi applicatur.

(Conc. Trid., Sess. 14, c. 1)

Después del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, viene la Penitencia. Tres Sacramentos la preceden, tres Sacramentos la siguen: la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio; la Penitencia ocupa el centro del sagrado Septenario.

La Penitencia es un verdadero Sacramento de la nueva Ley. Traduzcamos tan fielmente como sea posible el hermoso texto del Concilio de Trento: Dios, que es rico en misericordia, conociendo la fragilidad de nuestra naturaleza, quiso proporcionar un remedio para devolver la vida a los que, habiéndola adquirido al principio, perdieronla después entregándose a la servidumbre del pecado y a la tiranía del demonio. Este remedio es el Sacramento de la Penitencia, por medio del cual, el beneficio de la muerte de Jesucristo es aplicado a los que cayeron después del Bautismo.

Pero si la Penitencia es un Sacramento—después de la declaración del Concilio, no podemos ponerlo en duda,—¿cuál es su materia? ¿cuál es su forma?—estas palabras casi nos son familiares.—¿Cuándo y con qué palabras lo instituyó Jesucristo? ¿Qué efectos produce en los que lo reciben? A responder a estas preguntas dedicaremos nuestra primera instrucción sobre este asunto.

En primer lugar, la *materia* del Sacramento de la Penitencia: el mismo penitente la proporciona; son los actos que ejecuta, ya expresando por modo sensible el pesar que tiene de sus pecados, ya sometidos al poder judicial de la Iglesia por la confesión que hace de ellos, ya comprometiéndose a repararlos por el cumplimiento de las obras satisfactorias que le son ordenadas. Ahora bien, ese arrepentimiento manifiesto de los pecados cometidos, esas confesiones hechas a quien tiene autoridad para recibirlas, esa aceptación de las obras satisfactorias prescritas, son cosas externas accesibles a la vista, al oído, casi al tacto; por consiguiente, forman como el *cuero* mismo del Sacramento, y así, constituyen su *materia* y llevan su nombre.

La *forma* del Sacramento, o si preferís la palabra más fácilmente comprensible, que ya hemos empleado, el *alma* del Sacramento, el alma que vivifica esta materia, que anima este cuerpo, es la sentencia que pronuncia el sacerdote: *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii et Spiritus sancti*; es decir: yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Apresurémonos a notar que esta sentencia no es simplemente declaratoria. No tiene por único efecto pronunciar que los pecados quedan perdonados; no, los perdona ella misma y por sí misma, en virtud de un poder que le ha sido comunicado

y que ejerce; en otros términos, obra lo que expresa. Siendo nuestros pecados como cadenas que pesan sobre nuestras almas y las tienen sujetas, cuando el sacerdote pronuncia sobre nosotros estas palabras sacramentales: Te absuelvo, *ego te absolvo*, es como si dijera: Te libero; y más literalmente, te desligo... soy el sujeto que ejecuta la acción de desligarte... He ahí la *forma* del Sacramento de la Penitencia, y el poder de obrar que a ella va unido.

La institución divina es tan patente como la materia y la *forma*. Jesucristo mismo instituyó el Sacramento de la Penitencia; Jesucristo dijo primeramente a san Pablo solo: *Te daré las llaves de los cielos; todo lo que ligares en la tierra, será ligado en el cielo, y todo lo que desligares en la tierra será desligado en el cielo*¹; y más tarde a los doce Apóstoles, reunidos: *Todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo*²; finalmente, después de su resurrección, dando a su pensamiento una forma más precisa, y a la institución un carácter definitivo, dijo: Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío. Recibid el Espíritu Santo; a los que remitiereis los pecados, serán remitidos, y a los que los retuviereis, serán retenidos, *Sicut misit me Pater ego mitto vos. Accipite Spiritum Sanctum; quorum remiseritis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis, retenta sunt*³.

He ahí las palabras de Jesucristo. Su trascendencia, dice un sabio autor, salta a la vista; significan que Jesucristo erigió en la Iglesia un tribunal permanente y de perpetua duración; que en este tribunal se sientan,

1. Матт., XVI, 19.

2. Матт., XVIII, 18.

3. Иоанн., XX, 22, 23.

en calidad de jueces, los Apóstoles y sus sucesores; que pronuncian sus sentencias en nombre de Jesucristo; que estas sentencias nos desligan de nuestros pecados, o nos dejan cargados de ellos. Significan que, habiendo sido instituido este Sacramento en forma de verdadero juicio, no podemos sustraernos a este tribunal, si queremos obtener el perdón de nuestras faltas. No disponemos de ningún otro medio para recuperar la gracia¹... Sería difícil comentar el texto evangélico de la institución con más claridad y seguridad de doctrina.

Con esto llegamos a la cuarta pregunta: ¿Qué efectos produce el Sacramento ed la Penitencia?

Efectos admirables, mil veces más que suficientes para justificar la expresión empleada por el Concilio de Trento: Dios, rico en misericordia, *Deus dives in misericordia*...

En primer lugar, el Sacramento de la Penitencia perdona los pecados; las palabras de Jesucristo son formales: Los pecados serán perdonados a los que los perdonareis, *quorum remiseritis peccata remittuntur eis*².

Pero ¿en qué medida los perdona, y hasta qué grado?

Los perdona todos sin excepción: mínimos, si lo son; enormes y monstruosos, si lo son; numerosos hasta el punto de superar la cifra de los cabellos de nuestra cabeza, si lo son; envejecidos ya, y como arrai- gados por el hábito, si lo son. El poder que Jesucristo confió a sus ministros es ilimitado; las palabras por las cuales se lo confirió no hacen excepción alguna ni por razón de la gravedad, ni por razón del número,

1. A. RAINERT. t. 3, p. 362.
2. *Loc. cit.*
3. *Loc. cit.*

ni por razón de la duración, *quaecumque solveritis, soluta sunt*¹; todo lo que desatareis será desatado.

Los perdona todos sin demora. Tan pronto como la absolución es pronunciada, es concedido el perdón y se produce el efecto del Sacramento. Más tarda el brasero encendido en devorar el puñado de paja que sobre él se arroja, menos rápido se muestra el torrente que por el dique roto invade la llanura... pero con la diferencia de que el torrente se precipita para llevar la muerte, en tanto que la absolución sacramental devuelve la vida.

Los perdona todos para siempre; no volverán más. La sagrada Escritura, por medio de un profeta, los compara a un trozo de roca que se arroja al fondo del mar, y que, sin la menor duda, no subirá jamás a la superficie, pues está, por su propio peso, encadenado al abismo, *projiciet in profundum maris omnia peccata nostra*². San Pedro es todavía más preciso sin ser menos pintoresco, cuando al día siguiente de la primera Pascua de Pentecostés cristiana, digiéndose a los judíos, dice: Haced penitencia, y vuestros pecados serán enteramente destruídos, *penitentini et convertimini, ut deleantur peccata vestra*³. Los comentaristas están de acuerdo para decir que aquí el Apóstol hace alusión al modo de borrar empleado por los antiguos. Como escribían con un estilete de hierro en tabillas cubiertas de cera blanda, para borrar lo escrito, pasaban el rodillo por las tabillas, la cera tomaba otra forma y la escritura desaparecía sin dejar el menor rastro⁴.

1. *Loc. cit.*
2. MICH., VII, 19.
3. ACT., III, 19.
4. *Bible de Leihellens*; in h. 1.

Pero hay más todavía. El Sacramento de la Penitencia, no sólo borra y limpia, sino que restaura y reedifica. De enemigos que éramos, Dios nos hace amigos suyos; apenas pronunciada la última palabra de la absolución sacramental, nos concede su gracia, nos reintegra en todos nuestros derechos de *hijos y herederos*, hace revivir todos nuestros méritos pasados, y el alma, convertida en nueva criatura, *creatura nova*, recobra todo el esplendor de su primera belleza, *gemma, detero luto, niore vincit sidera*... En adelante sabréis de quién se ha hecho este incomparable elogio; se dirige a María Magdalena, la pecadora convertida, y cada año, el 22 de Julio, hace la Iglesia que lo lean los ministros del Sacramento reparador. Esta perla había caído en el lodo, pero la penitencia la sacó de él, y una vez enterada, limpia, desprovista de sus escorias, superó a los otros mismos en esplendor y belleza, *gemma, detero luto, niore vincit sidera*... Creeríamos que sería difícil expresar con una imagen más generosa la maravillosa eficacia del Sacramento de la Penitencia, si en el curso de la homilia compuesta por san Agustín en honor de esta misma fiesta de la pecadora arrepentida, no leyésemos las palabras siguientes más admirables aún que las que preceden: Acercóse a su Salvador toda cubierta de pecados, y se separó de él toda purificada; llegó muy enferma, y volvió enteramente curada; presentóse llena de humildad y confesando sus faltas, y se retiró glorificada y haciendo profesión de su fe que expresará en adelante con sus obras, *accessit aegra, ut rediret sana; accessit confessa, ut rediret professus*... ¡Qué cuadro! ¿En dónde hallar una miniatura tan perfecta del Sacramento de la Penitencia?

1. *Brev. Rom.*, die 22 juli.
2. *Brev. Rom.*, in die 22 juli. lect. 9.

En las quince instrucciones que vamos a dedicar a este gran asunto, ¿diremos más que san Agustín dijo en pocas palabras?

Como quiera que sea, demos gracias a Dios Nuestro Señor por haber dejado a la Iglesia una institución por medio de la cual, merced al ministerio de sus sacerdotes, continúa regenerando y purificando a las almas, como lo hacía él mismo con su acción directa y personal durante su vida mortal.

Démole gracias por habernos deparado esta segunda tabla de salvación después del naufragio, como llamaba san Jerónimo al Sacramento de la Penitencia, *secunda post naufragium tabula*... Toda la antigüedad cristiana aplaudió esta expresión; ¿podía dejar de emplearla el Catecismo Romano? Así como, cuando un navío ha naufragado, sólo queda para salvar la vida una tabla, si por dicha puede asirse una, *si forte tabulam aliquam de naufragio liceat accipere*, así también, después de haber perdido la inocencia del bautismo, perderíamos, *sine dubio de salute desperandum est*, si no tuviéramos en el Sacramento de la Penitencia la última tabla de salvación, *nisi quis ad Poenitentiae tabulam confugiat*¹.

Hermosa imagen, que habla a los ojos y expresa sobre todo una idea teológicamente exacta.

Nacidos de un padre prevaricador, desposeídos de nuestros derechos, estábamos todos incluídos en la masa general de perdición. Al instituir el Bautismo, ofreciéndonos Jesucristo la primera tabla de salvación. Pero ¿dónde está la inocencia bautismal? ¿Son muchos los que la conservaron o la conservan, hasta el fin? Veo dos, o tres, quizás diez, en el curso de un siglo... Los otros todos los otros se han desviado del camino recto,

1. *Catech. Rom.*, cap. 21.

omnes declinaverunt! Entonces fué cuando, para reparar nuestras caídas sin cesar renovadas, instituyó Dios, en su misericordiosa bondad, el Sacramento de la Penitencia, como una nueva esperanza, un nuevo refugio abierto a los pecadores, una última tabla de salvación después del naufragio.

Nada más diré por hoy. En esta instrucción preliminar, sólo me proponía dar una idea general del Sacramento de la Penitencia. No tardaremos en entrar en detalles y en el estudio más desarrollado de cada una de las partes de esta admirable instrucción. La contrición, su absoluta necesidad, las cualidades que debe reunir, su admirable eficacia cuando es contrición de primer grado, sus efectos menores, pero todavía apreciabilísimos cuando es contrición de segundo grado, la confesión, su institución divina, sus numerosas ventajas, la obligación de recurrir a ella, los requisitos que exige para que esté bien hecha, lo que hay que evitar para impedir que sea defectuosa; las notables utilidades de la confesión frecuente; el secreto sacramental; la absolución sacramental; la satisfacción sacramental; las indulgencias concedidas por la Iglesia para suplir, según la necesidad, las obras satisfactorias; finalmente, la liturgia del Sacramento, que muestra la manera como es administrado y cómo debe ser recibido... todas estas cosas serán explicadas con la amplitud necesaria.

¡Plegue a la divina gracia que estas enseñanzas den mayor gloria a Dios y sean provechosas a nuestras almas!

1. Psal. LII.

SERMON SEGUNDO

La Contrición, su necesidad, cualidades que debe reunir

Contritio primum locum inter actus poenitentis habet.

(Conc. Trid., Sess. 14, c. 4)

La Penitencia es un verdadero Sacramento, es decir, un rito sensible y sagrado, instituido por Jesucristo para producir efectos sobrenaturales.

Estos efectos sobrenaturales son la remisión de los pecados y la colación de la gracia.

Los pecados son todos perdonados por el Sacramento de la Penitencia, sin excepción, sin demora, para siempre.

El Sacramento de la Penitencia confiere la gracia en el sentido más absoluto de la palabra, y hace que, enemigos de Dios, nos convirtamos en amigos suyos, con reviviscencia de los méritos pasados, y restitución total de nuestros derechos perdidos por el pecado.

Pero no basta con una vista general del Sacramento de la Penitencia, sino que hay que estudiar uno por uno todos los elementos que lo constituyen, y como la contrición es, según el Concilio de Trento, el primero de estos elementos, *contritio primum locum inter actus poenitentis habet*, vamos a tratar hoy de la contrición.

La Iglesia, por su órgano autorizado, el mismo santo Concilio de Trento, ha definido así la contrición: *est*

animi dolor ac detestatio de peccato commisso, cum proposito non peccandi de coetero!

Pero no basta definir; es preciso expresar también la importancia de la cosa definida. Ahora bien, en el caso presente, la importancia es extremada. La contrición es esencial, indispensable, de una necesidad, no solamente relativa, sino absoluta, de una necesidad de *medio*, como dicen los teólogos, esto es, de una necesidad tal que nada puede suplirla. Es como el fundamento, el *substratum* del Sacramento. Si falta la contrición, todo falta.

Y digo estas cosas acentuándolas, dando a cada una de las expresiones toda la claridad posible. ¿Es raro topár con cristianos que, por ignorancia o por ilusión, tienen una idea extraña del Sacramento de la Penitencia?... Lo mutilan, lo reducen a menos de la mitad. Para estos cristianos, o poco instruidos, o fáciles en equivocarse, la confesión lo es todo, el resto es nada, o entra por poco. Con tal que se acusen de sus pecados con rigurosa exactitud, no van más allá, ni investigan nada más. ¡Error profundo, y, desde el punto de vista de la salvación, error perjudicial, que convierte lo indispensable en accesorio, y en potestativo lo esencial. Absolutamente hablando, y en ciertos casos extremos de los que después hablaremos, puede uno salvarse sin la confesión, sin la satisfacción actual, sin la absolución sacramental del sacerdote, con tal que haya intención formal de recibir el Sacramento, si, en efecto, no se recibe, *aut in re, aut saltem in voto*, tal es el adagio teológico; pero sin la contrición, jamás, en ningún caso. Orad, ayunad, distribuid todos vuestros bienes a los pobres; examinad vuestra conciencia con el cuidado más minucioso; confesaos con toda la sinceridad posible; recibid

1. Sess. 14, cap. 4.

la absolución el número de veces que queráis; practicad toda especie de obras, aun las más satisfactorias por su naturaleza; si la contrición os falta, vuestros pecados siguen en vosotros. Dios no quiere, Dios no puede perdonar al pecador no contrito. Repugna a todas las nociones de la fe, como a la más elemental razón y al más simple buen sentido, que Dios perdone pecados de los cuales no nos arrepentimos.

Hemos definido la contrición; la hemos demostrado como necesaria; importa no menos saber, y vamos a decirlo, las cualidades que debe reunir para que sea buena.

En primer lugar, debe ser *interna*; es la condición primera, absolutamente esencial. Cuando pecamos, ¿quién peca en nosotros? ¿La mano, el ojo, la lengua? No, el corazón. Del corazón, dice Nuestro Señor, esto es, de la voluntad, proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, los robos, todos los actos pecaminosos que nos manchan. En el orden natural, de un hombre que va a morir, dice la medicina que la vida, expulsada ya de todas partes, se refugia en el corazón como en una fortaleza que juzga inexpugnable, de suerte que el corazón es lo último que muere. En el orden espiritual ocurre lo contrario; cuando pecamos mortalmente, el primer atacado es el corazón, el corazón es lo primero que muere, del corazón parte la muerte para extenderse por todas partes y echarlo todo a perder. Por consiguiente, el día en que volvemos a Dios, tócale al corazón ser el primero en volver; fué el principio del mal; preciso es que sea el principio del bien; toda contrición que no proceda de esta fuente, no es ni puede ser más que una ficción, una semejanza, un vano simulacro de penitencia, *larrvata poenitentia*.

En segundo lugar, es preciso que la contrición sea

1. MATHE., XV, 19, 20.

sobrenatural; y lo será si la inspira el Espíritu Santo, y la anima cierto motivo de fe; lo será si detestáis vuestros pecados porque desagradan a Dios, soberano bien; porque ofenden a sus infinitas perfecciones; porque os privan de la gracia y os despojan de vuestros derechos a la herencia celestial; lo será si, meditando la pasión del Salvador, lleváis vuestra inteligencia y vuestro corazón con la idea de que padeció para expiar los pecados del mundo, y particularmente los vuestros, y que por ellos el Hombre-Dios murió en la cruz. Llegue-
mos hasta el fin: lo será también, aunque mucho menos perfecta, si detestáis vuestros pecados por temor a los castigos eternos del infierno, con tal que—esta reserva es necesaria—el temor vaya acompañado por lo menos de un principio de amor de Dios, y que excluya formalmente en vosotros la voluntad de pecar en adelante. Tales son, aunque en grados diversos de perfección, los verdaderos motivos de la contrición.

Pero si, en vez de éstos, tenéis otros, y de un orden enteramente inferior; por ejemplo, si detestáis vuestros pecados porque os han producido disgustos, contrariedades, enojos; porque os han cubierto de confusión, o han introducido en vuestro corazón remordimientos que emponzoñan vuestros días y perturban vuestras noches; en estos casos, vuestra contrición es simplemente natural y, por consiguiente, insuficiente. O bien aún, si detestáis vuestros pecados únicamente por temor del infierno, sin percataros de la condición rigurosamente exigida, esto es, sin el amor de Dios, ni siquiera inicial, y sin que este temor cambie ni poco ni mucho vuestra voluntad, de tal modo que, si no hubiera infierno, os sería igual pecar; en este caso, como en el precedente, la contrición es simplemente natural y, por tanto, insuficiente; temen quemarse, dice san Agustín, pero no te-

men pecar, *timeas ardere, peccare non times*¹. El mismo santo Doctor se sirve de una comparación, que nuestros cidos, ya demasiado delicados, no encontrarán quizás muy elevada, pero que es exacta y muy instructiva, por lo que me he decidido a emplearla: Ved un lobo que se acerca a un rebaño; ya ha elegido su presa y se apresta a cogerla; pero de repente ve que aparece el pastor blandiendo un palo, y que acuden ladrando los perros; entonces abandona su proyecto y desanda el camino. ¿Pero ha cambiado por ello de propósito? En manera alguna; tiene miedo; helo ahí todo. Llegó como lobo, y como lobo se vuelve; ya rabie de cólera, ya se vuelva confuso, siempre es lobo, *lupus fremens, lupus tremens, semper lupus*². He aquí la comparación de san Agustín, cuyo sentido comprenderéis: lo mismo puede decirse de todo penitente, si puede dársele este nombre, que se arrepienta de sus pecados únicamente por temor al infierno, de tal modo que si tuviera la certeza de que no hay infierno, pecaría voluntariamente.

En tercer lugar, es preciso que la contrición sea *universal*; en otros términos, que se extienda a todos los pecados, por lo menos a todos los pecados mortales. Convertíos en toda la extensión de vuestro corazón, *convertimini ex todo corde vestro*³... Si hacéis penitencia de todas vuestras iniquidades, viviréis, *si impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis, vita vivet*⁴... Así hablan las divinas Escrituras, y la razón es muy sencilla: todos los pecados han ofendido a Dios, todos le han disgustado y le disgustan; en justicia, pues, nadie puede considerarse sinceramente contrito y arre-

1. Citado por Raineri, t. 3, p. 391.

2. *Ibid.*

3. Joel, 11, 12.

4. Ezech., XXXVIII, 15.

penitido, si ama todavía tal o cual pecado detestado por Dios.

Pero si el asunto es tan sencillo considerado a la luz de la razón, ¿puede decirse lo mismo desde el punto de vista de la práctica?

Refiere la historia que cierto pagano, queriendo hacerse cristiano, y no pudiendo serlo sino a condición de destruir todos los ídolos de las falsas divinidades de que estaba llena su casa, rompiólos todos, en efecto, menos uno del cual no podía resolverse a separarse; ocultólo en el rincón más apartado de su casa, y aunque cristiano en todo lo demás, por lo menos exteriormente, continuó en su paganismo con relación a este único punto, y no pasaba día que no quemase oculta-mente algunos granos de incienso ante aquel ídolo querido, del cual no podía desprenderse su corazón.

Este hecho me recuerda otro cuya aplicación al asunto que nos ocupa entenderéis también al punto. Habiendo recibido Saúl la orden de exterminar a los amalecitas, pueblo maldito y abominable por sus crímenes, lo hizo ciertamente, pero con intempestivas contemplaciones. Pasó a cuchillo a todo el pueblo bajo, *omne vulgus*¹, pero dominado de una falsa compasión por el rey Agag, le perdonó la vida.

Fácilmente adivinaréis el fin que me propongo. ¡Cuántos penitentes, exteriormente penitentes, se parecen demasiado en el fondo a aquel honrado pagano, o a aquel Saúl desobediente!... Detestan su pecado, éste, aquél, el otro pecado... Perdón ¡oh Dios mío! por mis distracciones en la oración; son innumerables, y me tienen confuso... Perdón ¡oh Dios mío! por el tiempo que he perdido, por mis curiosidades, por mis indiscreciones... Perdón ¡oh Dios mío! por mis diarias negligencias en vues-

1. I Reg., XV, 8.

tro servicio... Y de todo esto se arrepienten sinceramente, lo confieso; estos sacrificios cuestan poco; es el *pueblo bajo* inmolado de buen grado. Pero ese lazo peligroso, ese libro que mancha la imaginación, ese divertimento que más de una vez ha ocasionado una caída, ese odio secreto e implacable alimentado contra el prójimo, y que amenaza convertirse en eterno, ese deseo de venganza que sólo espera el momento oportuno para realizarse... uno de estos, o cualquier otro, es el pecado favorito, el ídolo que se tiene oculto, el rey Agag perdonado, el hambriento que reclama constantemente una nueva presa sin verse jamás saciado, *offer, offer...*

¿Qué sucede, pues? Dos cosas, ambas importantes y muy dignas de atención.

Ese pecado, al cual se tiene afecto, no ha sido perdonado, aunque se arrepienta uno sinceramente de todos los otros. Lo digo a sabiendas, y me apoyo en la autoridad de san Gregorio el Grande: Un pecado al cual se ama todavía, aunque uno los confese todos, no se borra jamás, *peccatum quod diligitur, confitendo minime deletur*¹. Esta es la primera cosa.

La segunda consiste en que los otros pecados de los cuales nos arrepentimos, no quedan perdonados, como no se perdonó aquel o aquellos de los cuales no nos arrepentimos, ya que uno no puede ser a la vez amigo y enemigo de Dios, amigo de Dios en un punto y enemigo de Dios en otro. Todo o nada. El que viola la ley en algo, la viola en todo. *Bonum ex integra causa... malum ex quocumque defectu*,... como dicen los filósofos; lo cual significa, en este caso particular que, siendo la contricción de naturaleza indivisible, existe o no existe; si es defectuosa en un punto, es absolutamente nula.

1. In I Reg., XV.

Queda todavía la cuarta y última condición. La contrición ha de ser *soberana*.

Soberana, es decir, tal que el pecado mortal nos disguste más que cualquier otro mal, y que nos mostremos más contrariados por haberlo cometido, que lo estaríamos por una pérdida, la mayor posible, del orden temporal. La razón es muy sencilla. ¿Qué es el pecado, especialmente el pecado mortal? El Catecismo Romano nos lo dice: Es el soberano mal, *summum malum*; es el soberano mal que entraña en consecuencia, para nuestra desgracia, la pérdida de Dios, que es el soberano bien, *summum bonum*. Por consiguiente, justo y razonable es tener del pecado mortal, que es el soberano mal, un dolor más grande que cualquier otro dolor, y de la pérdida de Dios, que es el soberano bien, un disgusto más grande que cualquier otro disgusto. Conviene producir totalmente un texto muy hermoso y de indiscutible autoridad: *sicuti Deus summum bonum est inter omnia quae diligenda sunt, ita etiam peccatum summum est malum inter omnia quae odisse homines debent*¹.

Pero si la contrición debe ser soberana, ¿habrá que decir que debe ser sensible y manifestarse con lágrimas a la manera de los dolores humanos y simplemente naturales?

¡Ah! las lágrimas... Ciertamente son buenas, son saludables. Hay que gustar la magnificencia de lenguaje con que los Doctores hablan de ellas para apreciar mejor su virtud medicinal.

Las lágrimas... Son el diluvio en el cual se ahoga el pecado, *peccati diluvium, lacrymae*², así se expresa san Gregorio Nacianceno.

Nuestros pecados están escritos como en un libro, y

1. *Cat. Rom.*, cap. 22.
2. *Orat.* 3.

las lágrimas son la esponja que las borra, *spongia peccatorum, lacrymae*¹, dice el mismo san Gregorio.

David pecó y lloró... En sus salmos penitenciales, fruto y expresión de su dolor, todos los siglos leyeron y leerán el acto de contrición de aquel fiel penitente; y leerán el acto de contrición de aquel fiel penitente; cada noche, al recuerdo de sus pecados, regaba el lecho con sus lágrimas².

Pedro pecó y lloró... Apenas reconoció la enormidad de su falta, cuando su corazón contrito estalló en suspiros, y convirtieron sus ojos en dos fuentes inagotables de lágrimas³.

María Magdalena, la famosa pecadora también lloró⁴. Aun en medio de un festín, a pesar de que se celebraba en casa de un fariseo, es decir, en casa de un hombre que representaba la porción más orgullosa del pueblo de Israel, cae a los pies de su Salvador, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, y en premio de su penitencia, oye resonar en sus oídos estas dulces palabras: Muchos pecados le son perdonados, porque mucho ha amado.

Las lágrimas son, pues, buenas... Son deseables... Hay en la Liturgia oraciones compuestas expresamente para obtener esta gracia⁵. Pero me apresuro a decir que no son necesarias. La contrición es un dolor de un género especial. Es un dolor de razón más que de sentimiento. Afecta a la voluntad antes que al organismo. Se traduce con más seguridad por una detestación razonada, que por una sensibilidad expansiva. Perdeís un ser querido, y lloráis. Bien está, la naturaleza está en su papel. Pecáis mortalmente, y por ello perdéis más

1. *Orat.* 3.
2. *Psalm.*, VI.
3. *Matth.*, XXVI, 75.
4. *Luc.*, VII, 38.
5. *In Missal*, Ad. postuland, *Lacrym.*

que por todo lo de este mundo, perdéis a Dios, el soberano bien, y no lloráis. No os censuro, porque la gracia no tiene los mismos movimientos que la naturaleza; obra por medio de resortes a la verdad menos sensibles, pero más vigorosos.

Por consiguiente, almas cristianas, no os asombréis si no experimentáis por el pecado el mismo dolor que por los males del orden natural. Con tal que juzguéis que es el mayor de todos los males, y la pérdida que ocasiona la mayor de todas las pérdidas; con tal que lo de testéis sinceramente por lo que es, y por el perjuicio que os causa, vuestra contrición es soberana, es buena. Terminaremos con un rasgo muy interesante y no menos instructivo.

Las actas de los mártires refieren que san Clemente, preso como cristiano, fué llevado ante el juez. Como éste confatara en hacer apostatar al generoso confesor de la fe, hizo que llevaran oro, plata, púrpura, piedras preciosas, y todo se lo prometió, si renunciaba a Jesucristo. ¡Cómo! exclamó Clemente. Me pedis mi Dios, y en cambio sólo me ofrecéis estas cosas... No llegáis al precio!

Procedamos del mismo modo. Amemos a Dios con amor racional, con amor menos de sensibilidad que de estimación y preferencia. Dios es el soberano bien; es más que todo, vale más que el mundo entero.

1. Citado por el Catecismo de Noel.

SERMON TERCERO

El buen propósito, sus cualidades

Natura ipsa et ratio plene ostendunt, duo illa ad contritionem esse in primis necessaria, dolorem scilicet peccati admissi, et propositum cautius nemque, ne quid hujusmodi in posterum committatur.

(Catech. Rom., c. 22)

Lo hemos visto en la instrucción precedente: jamás, en ningún caso, podemos obtener, sin contrición, el perdón de los pecados. Es una verdad de razón y de fe. Dios no debe ni puede perdonar los pecados de los cuales no nos arrepentimos.

Esta contrición, absolutamente requerida, debe ser *interior*, y cuando se expresa con palabras, preciso es que sea el corazón el que las inspire y dicte.

Esta contrición, absolutamente requerida, debe ser *sobrenatural* en su principio y en sus motivos; siendo la remisión de los pecados un producto del orden sobrenatural, sólo una causa del mismo orden, puede efectuarlo.

Esta contrición, absolutamente requerida, debe ser *universal*, es decir, extenderse a todos los pecados, por lo menos a todos los pecados mortales; exceptuar uno solo, equivaldría a no recibir el perdón de ninguno.

Esta contrición, absolutamente requerida, debe ser *soberana*. Como el pecado es el mayor de todos los males, y la pérdida que nos ocasionaría, la mayor de todas las

pérdidas, justo es perseguirlo con ese odio que llama perfecto la Sagrada Escritura.

Esto es lo que hemos dicho. ¿Pero basta esto? ¿Es suficiente que el alma penitente mire su pasado culpable para odiarlo? ¿No es preciso que atienda también a lo por venir para prevenirlo?

Sí, es preciso, dice el santo Concilio de Trento, por que la contrición, como él la define, es un dolor y una detestación de los pecados cometidos, acompañada de la resolución de no pecar en adelante.

Sí, es preciso, dice el mejor intérprete del Concilio, el Catecismo Romano: la naturaleza y la razón mismas enseñan claramente, *plena ostendunt*, que el arrepentimiento de los pecados cometidos y la resolución de no cometer ningún otro en adelante, son dos cosas rigurosamente necesarias para que la contrición sea sincera y verdadera.

Sí, es preciso, dice a su vez la fórmula de la contrición empleada por todos los penitentes: Dios mío, me pesa en extremo de haberos ofendido, porque sois infinitamente bueno, y porque el pecado os desagrada soberanamente; por eso propongo firmemente, mediantes vuestra divina gracia, no volver a ofenderos en adelante y hacer verdadera y sincera penitencia.

¿No es esto, por otra parte, enteramente justo?

En efecto, ¿cómo concebir que un hombre esté sinceramente arrepentido de una cosa, si no está resuelto a no hacerla en adelante nunca más? El que quiere reconciliarse con un amigo ofendido, ¿no es su primer cuidado evitar en adelante menoscabar en lo más mínimo los derechos de la amistad? Pues bien, lo mismo ocurre en un orden de cosas superior. Cuando uno se muestra desolado por haber disgustado a Dios, ni puede, ni debe estar en disposición de disgustarle más. Lo

repto, esto es de justicia y de razón; insistir más sobre este punto, sería querer demostrar la obediencia.

Pero esta resolución de no ofender más a Dios, este buen propósito, que es inherente a la contrición, que forma parte de la contrición, que se confunde con la contrición y no podría separarse de ella, ¿qué es? ¿en qué consiste?

Si esta resolución de no pecar más no hiciera otra cosa que desflorar el corazón sin penetrar en él; si se limitase a palabras no seguidas de actos, si os parecieseis a esos personajes pintados en lienzos que tienen siempre el brazo en alto sin descargar jamás el golpe, tendríais el sentimiento de deciros: No tenéis buen propósito.

Un buen autor emplea otra figura que, si bien de la misma especie que la precedente, es más expresiva todavía. ¿Veis esos soldados de cera que sirven de juguete a la infancia? Armados de pies a cabeza, parecen llenos de fuerza y de coraje, como si estuvieran animados de un valor marcial; pero si los ponéis cerca del fuego, al punto su actitud desaparece; poco a poco se descomponen y cae su falsa armadura; su mentida fiereza se funde en su semblante, hasta el punto de que, reducidos a una masa líquida, pierden toda forma!... ¿Lo entendéis? Si esta pintura no es más que el cuadro fiel de vuestras irresoluciones, de vuestras inconstancias, de vuestros desfallecimientos sin cesar renovados, tengo el sentimiento de deciros que no tenéis buen propósito.

No, el buen propósito nada tiene de común con la debilidad, con la indecisión, con las veleidades de un corazón siempre vacilante. El buen propósito es esencialmente un acto de la voluntad decidida a no recaer en el pecado, como se expresa la teología, *voluntas omnino*

1. VENTURA, Conf. sur la Pass., 14.º conf.

*determinata non relabendi in peccatum*¹. No basta decir: Quisiera... menos todavía: Quisiera querer. Preciso es decir: Quiero... quiero y empiezo, *dixi, nunc coepi*... Os he ofendido ¡oh Dios mío! en tal reunión; no volveré a poner los pies en ella... Ese libro me ha sido funesto; ha manchado mi alma y echado a perder mi corazón; no volveré a leerlo, ni tampoco a los que se le parecen... La cólera me ha arrebatado, el orgullo ha inflamado mi corazón, la intemperancia me ha arrebatado mi dignidad de hombre, no menos que la gracia de mi Dios... Olvidadlo, Señor; estoy resuelto a evitar en lo sucesivo todas las ocasiones peligrosas, y desde ahora a caminar con paso firme por el sendero de la virtud.

Esto quiere decir que, en primer lugar, el buen propósito debe ser *verdadero y sincero*.

En segundo lugar, debe ser *general*, y añadiré que muchas veces será conveniente que sea *particular* al mismo tiempo que general. Me explicaré.

General lo será si nos proponemos evitar cuidadosamente todos los pecados, al menos todos los pecados graves, sin exceptuar uno solo. Dios no podría contentarse con una semiconversión. O todo, o nada. Si uno quiere retenerse algo, mira como nulo todo lo demás que se le entrega; como ya lo hemos dicho, basta conservar afecto voluntario a un solo pecado mortal, para no alcanzar el perdón de ninguno.

Particular lo será si nos proponemos evitar tal o cual pecado determinado, tal o cual hábito delictivo, que la conciencia y el confesor señala como más saliente que los otros. Lo dice la Sagrada Escritura, y la experiencia nos lo confirma: somos pecadores, *offendimus*; lo

1. GURV, t. 2, p. 328.
2. Psal, 76.

somos todos en muchas cosas, *in multis... in multis offendimus omnes*¹. Pero, en esta infinidad de pecados que llevamos en nuestro pasivo, hay uno o varios de un carácter predominante, uno o varios que dan tono y color a nuestra vida tomada en su conjunto; tal es la vanidad, la sensualidad, la cólera, el orgullo, la maledicencia, o bien una enemistad mal extinguida, siempre dispuesta a encenderse de nuevo, o bien esa inclinación, todavía más indomable, más irreductible que todas las demás, la codicia de la carne; finalmente, tal es el que se presenta con más frecuencia, ya en vuestro examen de conciencia, si tenéis la loable costumbre de hacerlo cada día, ya en vuestras confesiones sucesivas, si tenéis la no menos buena costumbre de confesaros en épocas regulares.

Pues bien, desde el momento en que conoce su defecto dominante, el cual, por otra parte, se manifiesta en cualquier punto, ¿qué es lo que hace un verdadero penitente, un penitente animado de firme propósito, un penitente incansablemente deseoso de corregirse? En vez de desperdiciar sus fuerzas y de dar golpes al aire, según la expresión de san Pablo², con resoluciones sin objeto preciso, lucha con este defecto dominante, y en cada confesión que hace, en cada absolución, que recibe, le ataca cuerpo a cuerpo, le combate sin tregua ni descanso, hasta que lo domina. ¡Ah!, cuán pronto seríamos perfectos, dice el admirable autor de la Imitación, si a fuerza de exámenes de conciencia, de confesiones bien hechas, de resoluciones firmes y con frecuencia repetidas, arrancásemos uno por uno de nuestro corazón los defectos que en él viven, aun cuando sólo arrancásemos, añade, uno solo en el curso del año, *si omnino*

1. JACOB, III, 2.
2. I Cor., IX, 26.

*anno unum vitium extirparemus, cito perfecti efficeremur*¹. Entonces, vencido este Acab, tumbado este Goliath, decapitado este Holofernes, la derrota de todo lo demás sería pronta, y fácil nuestra victoria.

De todo lo dicho se deduce que el buen propósito debe ser *eficaz, durable, perseverante*; que debe traducirse en actos, manifestarse por esfuerzos generosos, cueste lo que cueste, aunque sea preciso cortar, rajar, abrir en lo vivo, para corregirse de un defecto, para desarraigar su hábito vicioso.

Llegados a este punto, lo confieso con franqueza, me horrorizo cuando, al leer los Doctores de la Iglesia sobre la materia de la presente instrucción, me fijo en las expresiones de que se valen para condenar la conducta de los penitentes que, al día siguiente de recibida la absolución, si no es en el mismo día, recaen sin esfuerzo en los mismos pecados.

Obrar así, dice san Agustín, no es arrepentirse, sino burlarse, *non poenitentes, sed irrisores*².

Obrar así, agrega san Juan Crisóstomo, es hacer una penitencia falsa, puramente ficticia, disfrazada a la manera de los personajes de teatro, *larvata poenitentia*.

Obrar así, añade otro Doctor de la Iglesia, san Isidoro de Sevilla, cometer hoy el pecado de que uno se arrepintió ayer, es injuriar la justicia divina, no menos que su misericordia, *qui adhuc facit quod poeniet, Deum subsannare videtur*³.

Pero no hay que exagerar nada; sobre todo nada quiero decir que sirva para sumir a las almas timoratas en la turbación; he advertido ya que los Sacramentos a nadie hacen impecable, y que, a la manera de

los remedios humanos, si bien, aplicados una vez, son provechosos, hay que continuar sirviéndose de ellos para conseguir la curación, *applicata iuvant, continuata sanant*; sé también que la voluntad es voluble por naturaleza y que, a pesar de su sinceridad en el momento en que toma una resolución, puede flaquear de nuevo y cambiar de opinión. Escuchando, durante la última Cena, las protestas de san Pedro respecto a su fidelidad y a su inviolable adhesión a la persona de su divino Maestro, ¿quién podría imaginar que, apenas pasadas seis horas, apostatará a la voz de una simple criada? ¡Pobre naturaleza humana, cuán herida quedó por el pecado original! ¡Cómo se inclina al mal! Pero hace más que inclinarse, pues corre al mal, se precipita en el mal, *ruinus in vetitum*...

Sí, todo esto es verdad, pero cuando nuestras frecuentes recaídas son hijas de la falta de generosidad, y no de la fragilidad propiamente dicha; cuando a causa de este defecto de generosidad y de falta de resistencia, vuelven siempre los mismos pecados, los mismos por el número, los mismos por la gravedad; cuando las confesiones, que se suceden de un año a otro, o de Navidad a Pascua, o en épocas más próximas todavía, son siempre e invariablemente reproducción la una de la otra, ¿no es permitido abrigar cierta inquietud? La frase de Tertuliano: Donde falta la enmienda, es nula la penitencia, *ubi emendatio nulla, ibi profecto poenitentia nulla*¹. ¿no se ofrece como motivo legítimo de temo?

Aplicuémonos ahora, más de lo que quizás lo hemos hecho anteriormente, a verificar actos de voluntad firme y determinada; tengamos ese valor viril que nada

1. IMRT, lib. I, cap. II, n. 5.
2. Citado por Lorioi, t. 4, p. 37.
3. Citado por Lorioi, t. 4, p. 37.

1. De poenit, cap. 2.

cuesta, y esa generosidad, como la llama san Francisco de Sales, *resolutive*, que triunfa de todo.

En adelante y siempre, después de cada confesión que hagamos, y de cada absolución que recibamos, el buen propósito de no ofender a Dios sea *verdadero y sincero, general y particular, firme, duradero y eficaz*.

Si en esta materia, cuyo carácter práctico habreis comprendido, he llevado la convicción a vuestras almas, creeré que he trabajado útilmente por la gloria de Dios y por vuestra salvación.

SERMON CUARTO

Las dos contriciones, su naturaleza, sus efectos

Charitas operit multitudinem peccatorum.

(1 Petr., IV, 8.)

Initium sapientiae timor Domini.
(Psal. CX, 8)

Habiéndome impuesto la obligación de daros una enseñanza completa, y tan instructiva como me sea posible, del Sacramento de la Penitencia, en razón de su importancia y de su frecuente uso, después de haberos hablado de la contrición y del propósito de enmienda, de la contrición, que es el pesar por haber pecado, y del propósito de enmienda, que es la resolución de no volver a pecar, la primera que mira a lo pasado, y el segundo que se refiere a lo por venir, la liación del asunto me lleva a hablaros de las dos contriciones, de la contrición perfecta y de la contrición imperfecta, y de la diferencia que existe entre ellas, en cuanto a su naturaleza y en cuanto a sus efectos.

Un catequista distinguido, tan piadoso como exacto en su doctrina, va a proporcionarnos las definiciones y los principios.¹

Empecemos por la contrición perfecta.

La contrición perfecta es un dolor grande y vivo por haber ofendido a Dios, por ser Dios infinitamente bu-

1. NOEL, t. 6, 8.ª lec.

no, infinitamente amable, y porque el pecado le disgusta soberanamente.

Como veis, lo inspira el puro amor de Dios, un amor sin mezcla, un amor de benevolencia, un amor que se olvida de sí mismo y de sus propios intereses. El que tiene contrición perfecta, no considera los bienes que perdió por el pecado, ni los castigos merecidos; ultrajó a Dios, que es su padre; le hasta esto para excitar su dolor y hacer correr sus lágrimas.

¿Qué es la contrición *imperfecta*, es decir, la contrición menos buena, menos perfecta que la primera, la contrición de segundo grado, si puedo expresarme así? Un dolor sobrenatural, una detestación del pecado igual que la primera, pero causada ordinariamente por la fealdad del pecado, o por el temor de perder el cielo y de incurrir en los castigos del infierno. Si el amor de Dios entra en ella por una parte, en el fondo predomina el temor, el horror por los juicios de Dios, el estado deplorable a que nos reduce el pecado. El que sólo tiene contrición imperfecta, siente mucho haber pecado, pero no tanto por causa de Dios, a quien ha ofendido, como por sí mismo y por los perjuicios que le sobrevienen de su pecado. No es indiferente a la gloria de Dios, pero lo que primero tiene a la vista es su interior propio.

¿Veis ahora la diferencia que existe entre una y otra contrición, entre la contrición *imperfecta* y la contrición *perfecta*? Exactamente la misma que la que existiría entre dos hijos que, habiendo ofendido gravemente a su padre común, dijera el uno: ¡Qué mal he hecho en ofender a mi padre! Es un hombre austero terrible, que me castigará rigurosamente, que quizás lleve su justa cólera hasta el extremo de desheredarme. Siento en el alma lo que he hecho... en tanto que el otro, no

considerando su falta más que desde el punto de vista del disgusto que ha causado a su padre exclamará: ¿Qué es lo que he hecho? He contristado al mejor de los padres. ¡Oh padre mío, me arrepiento de haberos disgustado; y el amor sincero que os profeso me hará detestar por siempre jamás mi fatal descarrío!

Pues bien, lo mismo puede decirse de dos penitentes que tengan, el uno la contrición *imperfecta* y el otro la *perfecta*. El primero tiene un dolor de temor, el segundo un dolor de amor; el primero detesta el pecado especialmente en cuanto es un mal para el hombre, es decir, un mal que afecta al hombre en sus más caros intereses, la salvación de su alma; el segundo en cuanto el pecado es un mal para Dios, esto es, un mal que afecta a Dios en su gloria y en sus infinitas perfecciones.

Pero si la contrición *imperfecta* y la contrición *perfecta* difieren entre sí por los motivos que las inspiran, no difieren menos por los efectos que producen.

Aquí os ruego que me sigáis atentamente, a fin de que nada perdáis de una enseñanza que, desde el punto de vista práctico, es de la mayor importancia.

La contrición *imperfecta*, aunque imperfecta, con tal que vaya unida a la recepción efectiva del Sacramento de la Penitencia, satisface a Dios, a Dios que es misericordioso, y tan bueno, que no hay otro mejor, a Dios que quiere poner su perdón al alcance de todos y hacerlo asequible a todos. Así, si un penitente confiesa íntegramente sus pecados, si se arrepiente sinceramente de ellos, si toma la firme resolución de no volver a pecar, si recibe la absolución con estas disposiciones, aun cuando sólo tenga la contrición imperfecta, es decir, la inspirada tan sólo por el temor de los juicios de Dios, desde el momento en que va acompañada, como

lo supongo, y como se requiere, de un principio de amor de Dios, y excluye la voluntad de pecar en adelante, esta contrición es suficiente y los pecados quedan perdonados.

Pero la contrición *perfecta*... es otra cosa, y sus efectos son, por modo muy distinto, admirables.

Inspirada y formada, como ya lo hemos dicho, por el solo y puro amor de Dios, en recompensa del noble motivo que la determina, a causa del principio de que dimana, justifica por sí misma al pecador, borra por sí misma los pecados que ha cometido, le perdona todas las penas en que ha incurrido, eternas y temporales, aun antes de que se confese, aun antes de que reciba la absolución sacramental. En este caso, la contrición, *perfecta* justifica al pecador absolutamente como si el Sacramento que desea sinceramente recibir, pero que, de hecho, no recibe, a causa de una imposibilidad física o moral, a la cual su voluntad es totalmente extraña, lo recibiera, en efecto.

Así, por ejemplo: he ahí un hombre, gran culpable, tan gran culpable como queráis, porque las suposiciones nada cuestan y tienen la ventaja de esclarecer las cuestiones; tocado de la gracia, y sinceramente deseoso de recurrir al Sacramento de la Penitencia, pero no pudiendo actualmente hacerlo, por falta de tiempo, o de sacerdote, se dirige a Dios, y le dice con compunción; Dios mío, me pesa muchísimo de haberos ofendido; os amo con todo mi corazón; en adelante quiero cumplir por amor vuestra santa ley en toda su extensión. Basta con esto; todos sus pecados quedan perdonados; fundada en el puro amor de Dios, su contrición es *perfecta*, y el perdón instantáneo.

Otra suposición: cierta persona está peligrosamente enferma; de hora en hora el mal hace espantosos pro-

gresos; se ha llamado al ministro reconciliador; sale, corre; más que el temor del poeta, el celo por la salvación de las almas le presta sus alas, *amor addit alas*; pero no llegará a tiempo... Entonces, como en el caso precedente, el pobre enfermo se vuelve a Dios; pronuncia, o aun sin abrir la boca—porque, llevando las cosas al extremo, supongo que ha perdido el uso de la palabra,—piensa y dice interiormente: Dios mío, os amo con todo mi corazón; me arrepiento profundamente de haberos ofendido; no quiero ofenderos más; os pido esta gracia que me será más cara que la vida misma... Su contrición es *perfecta*; todos sus pecados le son perdonados; esta vez también la contrición de primer grado, y porque es de primer grado entraña el deseo sincero de recibir el Sacramento, si fuera posible, obra la justificación por una virtud que le es propia.

Prosigamos. Supongo uno de esos pobres cristianos, como tantos se ven en el día, que toda su vida ha resido a Dios y a todos los llamamientos de la gracia; caído peligrosamente enfermo, rechaza el ministerio sacerdotal; llegado el último día, también lo rechaza; llega, por fin, el último cuarto de hora, y el último minuto de este cuarto de hora... Si este pobre y desgraciado cristiano se vuelve, por fin, a Dios, y le dice: Dios mío, Dios mío, os amo de todo corazón; tened piedad y misericordia de mí... Su contrición puede también ser *perfecta*, y, si lo es, en efecto, sus pecados le son perdonados, y él se salva. Sólo un instante necesitó David para convertirse y recuperar la gracia... sólo un instante necesitó María Magdalena par obtener el perdón por sus enormes e innumerables pecados... ¿Y el Buen Ladrón en la cruz? Dos Evangelistas dicen positivamente que pasó la mayor parte del tiempo que duró su suplicio en hacer como su compañero, es decir,

en blasfemar... Mas sólo necesitó un instante para ganar el cielo, y del patíbulo pasar al Paraíso, *attende celeritatem, a cruce in caelo, a condemnatione in paradiso*¹, dice san Juan Crisóstomo; y el gran Doctor hace seguir estas palabras de una reflexión que a vosotros os parecerá singular, pero que a mí me parece enteramente teológica: Ser ladrón, era su profesión; pues bien, continúa ejerciéndola aquí, porque en un instante roba el cielo, lo toma, como había tomado tantas cosas, furtivamente, *neque in cruce artis suae oblitus, praedatus est regnum*.² No es posible ser más espiritual, ni tampoco mejor teólogo.³

Cristianos, ¡cuán bueno es Dios, cuán misericordioso! *Momentum a quo pendet aeternitas*... Sí, esto es verdad, en cualquier sentido que se tome: si basta un instante para perder el cielo, sólo un instante basta para recobrarlo. Un latido del corazón para Dios, un acto de puro amor bastan. Ni la multitud de los pecados—escuchad bien esta cita, es de uno de los más grandes Doctores de la Iglesia, de san Cirilo de Jerusalén,—ni la multitud de los pecados, ni la brevedad del tiempo, ni la extremidad de la última hora, ni la enorme maldad de la vida, son obstáculo alguno para perdonar a un alma, si ella lo pide con verdadera y perfecta contrición. Tan hermoso texto pide ser reproducido, si no en su idioma original, por lo menos en la lengua de la Iglesia: *Nec quantitas criminis, nec breuitas temporis, nec horae extremas, nec vitae enormitas, si vera fuerit contritio, excludit a venia*⁴.

1. In Luc.
2. *Loc. cit.*
3. Léase toda la trigésima conferencia de Ventura sobre la Pasión, titulada "Las tres cruces", t. II, p. 294. La misericordia de Dios aparece en ella en todo su esplendor.
4. Decía el mismo Doctor: "etiamsi omnium hominum in-

Por consiguiente, no es posible saber jamás, jamás podrá decirse con certeza, que una persona se haya condenado; puede temerse, pueden verse síntomas alarmantes, pero estar seguros de ello, jamás; porque nadie en el mundo sabe ni puede saber lo que pasa en el último minuto en el corazón de un moribundo.

Un buen autor¹ refiere el hecho siguiente: Haba en Roma un sacerdote cuyo celo y virtudes teológicas eran superiores a todo elogio. Todo el mundo decía que era un santo. Ocurrió que un criminal, condenado a muerte por sus maldades, negóse a hacer penitencia, y no cesaba de blasfemar. Por espacio de tres días, el santo, como le llamaba el pueblo, no le abandonó un momento, agotando todos los recursos de su celo, y conjurándole a que no muriese en la impenitencia final. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Sube el condenado al cadalso, acompaña el Padre, pero sin el menor éxito, pues se ve constantemente rechazado. ¡Pueblo, exclama entonces el sacerdote, ven a ver morir a un réprobo! Ahora bien, ¿sabéis lo que ocurrió? Cuarenta años después, se introdujo el proceso de canonización de aquel venerable sacerdote. Estaban ya comprobados los milagros, el asunto seguía su curso normal, y el final no estaba lejos. Pero acordáronse entonces de las palabras que pronunció en el cadalso sobre el condenado impenitente: ¡Pueblo, ven a ver morir un réprobo!, y por este solo hecho no tuvo lugar la canonización, y se abandonó el proceso; el famoso llamamiento no procedía de un santo, perjudicaba a la fe, falseaba la doctrina; ni papa, ni obispo, ni quienquiera que sea, nadie debe decir, nadie puede decir, nadie puede saber que

gruae simul coaccervarentur, ne siquidem partem aliquam benignitatis illius enarrare possint". *Catech.* 2.

1. GRAYRY, Phil. du Credo, p. 182.

tal o cual se ha condenado porque nadie sabe lo que ocurre en el último cuarto de hora, en el último minuto en el corazón de un moribundo; nadie puede saber si ese moribundo en el momento de entregar su alma a Dios, ha hecho, o no ha hecho, un acto de contrición perfecta.

Para terminar, saquemos de esta instrucción una conclusión práctica.

Por cuanto la contrición perfecta produce tan admirables efectos, excitémonos a tenerla. Aunque la contrición imperfecta basta para el Sacramento, excitémonos a la contrición perfecta; este es el verdadero caso, si los hay, de decir: *Lo que abunda no daña...* Excitemonos a la contrición perfecta, no accidentalmente y cuando tengamos necesidad de ella, sino con frecuencia para adquirir el hábito de ella con actos frecuentemente repetidos. En un momento de peligro, en las cercanías de la muerte, ¿quién sabe si tendremos un sacerdote para recibir nuestra confesión y darnos la absolución sacramental? Así, pues, contraer el santo hábito de la contrición perfecta, es anticiparse con mucha oportunidad y proveer eficazmente a la salvación del alma.

SERMON QUINTO

Institución divina de la confesión

Hactenus de contritione. Nunc ad confessionem quae est altera pars poenitentiae veniamus. (Catech. Rom., c. 22)

Hemos tomado estas palabras de nuestro autor favorito, el Catecismo Romano, y las hacemos nuestras. Tratando del Sacramento de la Penitencia hemos hablado hasta aquí de la contrición, procurando decir lo que esencialmente conviene saber de ella, así como del buen propósito de enmendar, que ni puede ni debe ser separado de ella. *Hactenus de contritione.*

Vamos a tratar ahora de la confesión que es la segunda parte del Sacramento, *nunc ad confessionem quae est altera pars poenitentiae veniamus.* Como ya lo hemos indicado en una precedente instrucción, exponremos la institución divina de la confesión, las ventajas que nos ofrece, la obligación de recurrir a ella, las condiciones que debe reunir, los defectos que la hacen ineficaz, finalmente, todo lo que importa saber sobre esta materia.

Exponer esta doctrina, y exponerla por modo completo, es entrar en las miras de la Iglesia; todos los catecismos dan fe de ello, y particularmente, el que refleja mejor su pensamiento, el Catecismo Romano, que hace seguir de las siguientes, las palabras citadas más arriba: Esta segunda parte del Sacramento, dada

su importancia y extensión, exige que sea explicada por los párrocos con el mayor cuidado y la más minuciosa exactitud, lo que fácilmente comprenderán, *quantum vero cura et diligentia in ea explicanda pone-re pastores debeant, ex eo facile intelligunt*¹. Demostremos, en primer lugar, la institución divina de la confesión.

Hablo a cristianos convencidos, que creen y profesan su fe, que cada día por lo menos una vez dicen así de corazón como de boca: Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor.

Jesucristo es Dios, y vosotros lo creéis; Jesucristo es Dios, y vosotros lo confesáis. Pues bien, Jesucristo Dios hecho hombre en el tiempo por nosotros, hombres, y por nuestra salvación, *propter nos homines et propter nostram salutem*², como se canta en la misa, Jesucristo es el que instituyó la confesión.

Lo demuestra, en primer lugar, con sus propias palabras, tales como las llevan dos Evangelistas, san Mateo y san Juan. Dirigiéndose, pues, a sus Apóstoles, y, en sus personas, a todos los sacerdotes sus legítimos sucesores, dijo: Todo lo que atareis en la tierra, será serà desatado en el cielo³. Después de su resurrección, dando, como ya lo hemos anotado, una forma más clara, más precisa, y, esta vez definitiva, a su pensamiento, añadió: Como mi Padre me envió, así yo os envío. Recibid el Espíritu Santo; quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis, y quedan retenidos a los que se los retuviereis, *Sicut misit me*

1. Cap. 23, sub finem.
2. *Symb. de Nicæa*.
3. *MATT. XVIII*, 18.

*Pater, et ego mitto vos. Accipite Spiritum sanctum, quorum remisseritis peccata, remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt*¹.

He ahí, si puedo expresarme así, la comisión del sacerdote confesor, las cartas que acreditan su condición de juez de las conciencias; no tiene otras, pero estas son suficientes.

En efecto, con las palabras que acabo de citar intervistó Jesucristo a los sacerdotes de la nueva Ley, de la noble magistratura de las conciencias; sus jueces con plenos poderes de atar y desatar, de perdonar o retener, de condenar o de absolver. Pero claro está que no pueden ejercer este poder sin discernimiento y como a ciegas. La alternativa de atar y desatar, de perdonar o retener, de condenar o de absolver, supone necesariamente motivos para hacer lo uno o lo otro, lo uno con preferencia a lo otro. Ahora bien, para motivar un juicio, preciso es conocer la causa, instruir el proceso, oír los testigos, pesar sus declaraciones. ¿Qué diríais de un juez que, prescindiendo de la discusión previa, pronunciara al azar y a la ventura sus sentencias de libertad o de condenación? Pues bien, necesario es también que el sacerdote, por la naturaleza de los poderes de que está investido se entere bien del estado de la causa que se substancia en su tribunal; antes de sentenciar, le importa mucho conocer las circunstancias atenuantes y las circunstancias agravantes de los actos delictuosos de su acusado. La sentencia que dicte para el pecador novel, será diferente de la que pronuncie sobre el que ya está encañecido en el mal. No puede medir con la misma medida los pecados de obra que los de pensamiento, los pecados secretos y los que son más graves a causa de su

1. *JOANN. XX*, 22, 23.

notoriedad escandalosa; esto es evidente. Los pecados momentáneos e irreflexivos no se tratan como los premeditados, la sorpresa como el acto plenamente deliberado, el hecho pasajero como el hábito, la debilidad que apenas ha tenido conciencia de sí misma como la malicia reflexionada.

Como veis, la confesión, llamada también discusión de la conciencia, se deduce necesariamente de la naturaleza misma de los poderes de que el sacerdote está investido, y puesto que Jesucristo es Dios, como ciertamente lo es, estas palabras: Los pecados serán perdonados a aquellos a quienes los perdonareis, y serán retenidos a los que se los retuviereis, para todo espíritu imparcial y no prevenido, son tan claras como éstas: Instituyo la confesión, y de la confesión de los pecados hago la condición del perdón... tan claras como el diploma que, acreditando a un hombre como juez en una región determinada, le confiere, por solo este hecho, el poder, y le impone el deber de conocer todos los crímenes y delitos cometidos en toda su jurisdicción.

Mas por inatacable que sea esta argumentación, y aunque quizás fuera posible estrecharla más y hacerla más concluyente, prescindo de ella, y corro directamente a la prueba decisiva, fácilmente inteligible para todos, a la prueba de sentido común, y en este nuevo orden de ideas, razono así: La confesión es de institución divina, porque no es de institución humana; la confesión es de institución divina, porque no ha podido ser de institución humana. En efecto, si la confesión fuera de institución humana, ¿cómo hubiera podido introducirse en el pueblo cristiano?

Alguien dirá que se introdujo poco a poco, sucesivamente, por una marcha lenta, pero continúa y al

final invasora. Pero ¿cuándo? ¿en qué época? ¿en qué fecha precisa? ¿en qué región empezó? ¿en qué pueblo? ¿con resistencia o sin ella? ¿Quién sabe el nombre del inventor y el del propagador? Nadie responde a estas preguntas... Se ha investigado, compulsado, preguntado a todos los siglos, año por año, día por día, hora por hora... ni época aproximada, ni fecha precisa, ni un nombre humano, ni una indicación de país, ni una huella, absolutamente nada se ha encontrado. La historia que, como alguien ha dicho, tiene los oídos tan delicados, y tan fiel la memoria; la historia tan concienzuda en registrar aun los hechos más insignificantes, los personajes más oscuros, los inventos menos interesantes, se ha olvidado esta vez.

Alguien dirá que la confesión se debió a un golpe de fuerza, que fué impuesta autoritariamente al pueblo cristiano... Esto es menos supponible, más imposible todavía. En primer lugar, todo el mundo sabe lo que es un golpe de fuerza; ocurre a la luz del día, en presencia y a sabiendas de todo un pueblo; la historia habla de él, está llena de él, las generaciones que se suceden se lo cuentan las unas a las otras; no hubo jamás, ni pudo haber, solución de continuidad sobre esto. Dentro de dos mil años, y aun más, se sabrá que hubo un golpe de fuerza que se llamó DIECIOCHO BRUMARIO, otro llamado DOS DE DICIEMBRE... mas sobre el asunto que nos ocupa ¿qué golpe de fuerza ha habido? Ninguno, absolutamente ninguno; la historia muéstrase muda sobre él; silencio completo.

En segundo lugar, ¿quién ignora, quien quiere ignorar lo que es la confesión? Es todo lo que hay, humanamente hablando, de más molesto para las pasiones, de más antipático para el orgullo... Preciso es describir a un hombre, semejante nuestro, las faltas más

humillantes, los afectos más desordenados, las intenciones más perversas, las inclinaciones más vergonzosas: preciso es confiarle lo que no se confiaría a las tinieblas de la noche, a las soledades del desierto, lo que apenas se atreve uno a confesarse a sí mismo... ¿Y sería posible que se hubiera hallado un hombre bastante atrevido para proponer, suficientemente hábil para hacer aceptar una cosa tan penosa, y, si no fuera divina, irritante de buenas a primeras? ¿Y se habría hecho esto sin resistencia, sin reclamaciones de ninguna especie, de modo tal que pasara inadvertido para el mundo entero? Supongamos que no habéis oído hablar jamás de la confesión, y que un hombre, con su autoridad propia, no solamente os la propone, sino que os la impone como un deber estricto, como una obligación de conciencia; ¿qué acogida le daríais? ¿En qué tiempo fueron los hombres tan flexibles que se dejaran poner sobre sus hombros un yugo que no llevaron sus padres? ¿En qué tiempo se levantó un hombre entre sus semejantes para decirles: En adelante, confesaréis a vuestros sacerdotes, uno por uno, todos vuestros pecados de pensamiento, palabra y obra; así lo quiero y lo ordeno... sin que otro hombre se levantara, y con suficiente buen sentido sacara de su pecho estas sencillas palabras: ¿Quién eres tú para predicarnos semejante doctrina, para imponernos semejante ley? ¿Tenemos por ventura nosotros otro código elegido que el evangélico, y otro maestro que Jesucristo? ¿No fueron nuestros padres cristianos antes que tú, tanto como tú, y aun más que tú? ¿Y se confesaban nuestros padres?

Finalmente, alguien dirá, con los protestantes que ya no saben a qué extremo recurrir, y con los incredúlos apurados, que la confesión fué instituida

en el Concilio de Letrán, a principios del siglo XIII, en el pontificado de Inocencio III. El Concilio de Letrán, celebrado en 1215, no pudo instituir la confesión, si ya existía la confesión. Esto es propio del más elemental buen sentido.

Ahora bien, Pedro de Blois, san Bernardo y san Anselmo¹, que murieron, el primero, quince años, el segundo sesenta y dos años, y el tercero ciento tres años antes que el Concilio, hablan largamente, y en varias ocasiones, de la confesión. Luego los fieles se confesaban en los siglos XII y XI.

Se confesaban en el siglo IX: Un concilio de París, celebrado en 829, prohíbe a los curas que se ausenten de sus iglesias por temor a que los niños mueran sin bautismo y los adultos sin confesión.

Se confesaban en el siglo VII: san Juan Climaco declara que *sin la confesión es imposible obtener el perdón de los pecados*.

Se confesaban en el siglo V, en el IV, en el III: Los testimonios se multiplican indefinidamente bajo la pluma de san Jerónimo, de san Agustín, de san Ambrosio, de san Juan Crisóstomo, de san Basilio, de san Hilario en las Galias, de san Cipriano en Africa.

Se confesaban en el siglo II. Los escritos de san Justino, de san Ireneo, de Tertuliano dan fe de ello.

Mas antes de Tertuliano, san Ireneo y san Justino; antes de san Clemente, discípulo y sucesor de san Pedro; antes de san Bernabé, contemporáneo de san Pablo y su compañero de viajes, veo, en el capítulo XIX de los Hechos multitud de creyentes que se postran a los

1. Apud. Goussier, *Thél. dog.* t. 2, tratado del sac. de penit., c. II, art. 2, párrafo 2. Pero advirtámos a nuestros lectores que en vez de seguir en la tradición la línea descendiente, como lo hace el autor citado, hemos seguido la ascendente, más propia a nuestro designio.

pies de los Apóstoles, les abren sus conciencias y se acusan de sus pecados, *mulique credentium veniebant confitentes et amittentes actus suos*¹.

Luego el Concilio de Letrán no inventó la confesión; mil doscientos años antes, se confesaban los fieles... El Concilio de Letrán, digámoslo de una vez, para no tener que volver sobre ello, por su famoso decreto: *omnes utriusque sexus fideles*, que citan siempre, sin querer jamás tomarse el trabajo de entenderlo, dió simplemente una regla de conducta y dictó una regla disciplinaria; nada más. Como el texto de la institución divina de la confesión, que hemos citado al principio de esta instrucción, no fijaba el tiempo en que era preciso cumplir con la ley, y, por otra parte, los cristianos de aquella época, ya relajados notable de su vida sin recurrir al Sacramento de la Penitencia, decretó el Concilio que, en adelante, todo fiel de uno y otro sexo debería confesarse por lo menos una vez al año... Este era el límite extremo, pasado el cual, podían pronunciarse contra los delincuentes las penas disciplinarias dictadas por el Concilio.

Resumamos esta primera parte de nuestra enseñanza sobre la confesión.

La confesión es divina.

Es divina porque no es humana; es divina porque fué instituída por Nuestro Señor Jesucristo. Esta última prueba, es la prueba directa; la precedente, la prueba indirecta. Una y otra son buenas; reunidas son invencibles.

La confesión es, pues, divina. Hecha esta demostración, se deducen de ella, como de su fuente, nume-

1. Act., XIX, 18.

rosas e importantes consecuencias, como veremos en la próxima instrucción.

Entre tanto, bendigamos a Dios, que hizo de la confesión la única condición del perdón. Hubiera podido pedir mucho más, y se contentó relativamente con poco. La confesión es una institución de misericordia más que de rigurosa justicia; por eso, cuando la estudiamos, pasado el primer movimiento de asombro, el grito que se escapa del alma culpable, a la que facilita el medio de rescatarse sin grande esfuerzo, es, y no puede ser otro, un himno de gratitud y un grito de amor, *misericordias Domini in aeternum cantabo*¹.

1. Psal. LXXXVIII.

SERMON SEXTO

Utilidad de la confesión.—Obligación de la confesión

A. Dominus factum est istud et est mirabile in oculis nostris.
(Psal. CXVII)

Dios no hace más que cosas muy buenas, *valde bona*¹, y en el orden sobrenatural, único de que aquí tratamos, todas sus obras son perfectas, *Dei perfecta sunt opera*².

Si la confesión es de institución divina, y lo es, como lo hemos demostrado en la precedente instrucción, ¿habrá que asombrarse de que de esta verdad, una vez sentada, fluyan, como de su fuente, multitud de consecuencias llenas de interés? Vamos a exponer algunas.

La confesión es divina... luego es útil. Ciertamente, es lo menos que podemos decir, y aunque se ha dicho ya muchas veces, juzgamos oportuno repetirlo todavía. En primer lugar, es útil la confesión como consuelo de las conciencias.

¡Es tan pesada la carga del pecado! ¡Es tan dulce poder decirse: Era esclavo, y heme en libertad! Tenía en mi corazón una pena indefinible, de un género especial; no podía dar un paso sin oír una voz acusadora; pero desde que oí otra voz, la del ministro de

1. GEN., I, 31.
2. DEUT., XXXII, 4.

Dios, que me desaba la paz, y me la daba, estov tranquilo, casi sin reproche, por lo menos sin pecado, porque he sido perdonado; pareceme que podría morir sin miedo. ¿Quién, pues, comparó la conciencia que expulsa el pecado, y lo arroja mediante la confesión, al estómago que hace esfuerzos y se contrae para arrojar el veneno que lo abrasa, o la bebida traidora que lo mata? Difícil sería expresarse mejor y emplear una imagen más llamativa de verdad.

La confesión es útil como dirección de las almas.

¡Cuántas gracias de conducta que no se encuentran en parte alguna en el mismo grado de eficaz! ¡Qué escuela, en la cual Dios mismo se hace nuestro maestro por el órgano de su ministro! En el santo tribunal, mejor que en todas partes, encuentra luz la ignorancia, consuelo la tristeza, esperanza el abatimiento, fuerza la debilidad, nuevos ardores para la virtud la frialdad. El hermano ayudado por el hermano, dicen los Proverbios, es inexpugnable como una plaza de guerra, *frater qui adiuvatur a fratre, quasi civitas firmata*... Sí, exclamaba, a principios de este siglo, un hombre célebre por más de un concepto, célebre sobre todo por su fe recuperada, cada vez que oía los tiernos reproches o los prudentes consejos de mi confesor, ardía en amor de Dios, no odiaba a nadie, y hubiera dado mi vida por el último de mis semejantes; por desgraciado que fuera, bendecía a Dios por haberme hecho hombre. ¡Qué palabras dignas de meditación por un siglo como el nuestro, en el que tantas criaturas desviadas, faltas de un guía caritativo e ilustrado, van a pedir a un cobarde y criminal suicidio el fin... el supuesto fin de sus males!

La confesión es útil como fortaleza de la sociedad humana y salvaguarda de los Estados.

1. PROV., XVIII, 19.

Lo dice el Catecismo Romano, con la autoridad que le corresponde, y tiene buen cuidado de añadir que debe hacerse notar a los fieles: *Negue vero illa confessio-tem et conjunctionem magnopere pertinet*¹. La historia ha hablado, han sido oídos los testimonios más concluyentes, se han recogido las confesiones menos sospechosas, y de este conjunto resulta que la sociedad humana en la cual se reverenciara y se practicara por modo general la confesión, sería la más feliz, la más próspera, y contaría en su activo la mayor suma de bien-estar moral, porque en el seno de esta sociedad sería más fácil la obediencia, más fuerte y mejor servida la autoridad, más unidos los esposos, más respetuosos los hijos, mejor observadas las leyes, más inviolables la propiedad, y las transacciones más honradas. Un notable escritor ha dicho: *Es imposible fundamentar la virtud, la justicia, la moral en bases que tengan alguna solidez sin el tribunal de la Penitencia, porque este tribunal, el más terrible de todos, se apodera de la conciencia de los hombres, y la dirige por modo más eficaz que ningún otro tribunal*².

Finalmente, la confesión es útil sobre todo como medio de perdón e instrumento de gracia.

¡Ah, cuánto más privilegiados somos, y de cuánta mejor condición, que el antiguo pueblo de Dios, hijos como somos de la ley evangélica! Con mucha más razón, podemos repetir las palabras de su real Profeta: En la distribución y partición del padre de familia, nos ha tocado la mejor parte, *funes ceciderunt in praeclariis*³. Ciertamente que el judío no estaba desprovisto de me-

1. *Cat. Rom.*, cap. 23.
2. Fitz WILLIAM, *Lettres d'Atticus* dedicadas a Luis XVIII, entonces en Inglaterra.
3. *Psalm.*, XV.

dios de justificación; podía obtener el perdón de sus pecados y recobrar la gracia por medio del arrepentimiento. ¿Pero tenía en grado suficiente este arrepentimiento? ¿Podía saberlo? ¿Cobraba su arrepentimiento vuelo suficiente para elevarse hasta el trono de la soberana Majestad ofendida? ¿Declarábase satisfecho Dios? ¿Salvaba un ángel el inmenso espacio de los cielos a la tierra, para llegar, de parte de Dios, a murmurar en los oídos del culpable arrepentido: Estás perdonado? Ciertamente también que el judío tenía ceremonias religiosas, ritos sagrados divinamente instituidos. Sacramentos, por lo menos en el sentido amplio de la palabra; pero estos Sacramentos, si significaban la gracia, ¿la producían? No, eran elementos impotentes y sin virtud propia, *egena et infirma elementa*¹, designaban la gracia, pero no la conferían, semejantes a los postes de las grandes rutas, que indican las distancias, pero no las recorren.

En cambio yo, hijo de la nueva Ley, bautizado con Jesucristo, miembro de su Iglesia, y, como tal, pudiendo hacer valer derechos reales, si tengo la contrición, aun la simplemente imperfecta, y con este arrepentimiento de segundo grado me confeso sinceramente; si acepto la obra satisfactoria, de ordinario poco costosa, que se me ha impuesto; si, cumplidos estos preliminares, eleva, por fin, el sacerdote la mano y pronuncia con relación a mí la sentencia de absolución... quedo justificado; lo veo, lo siento, tengo la seguridad de ello; el signo que significa la gracia del perdón, y al propio tiempo la confiere, está allí, lo poseo, me pertenece, y ya no me resta más que dar gracias a Dios por haber instituido un modo de remitir los pecados

1. *Galat.*, IV, 9.

de un efecto todavía más seguro que fácil de practicar. La confesión es divina, luego es útil. Esta es la primera consecuencia que de ella se deduce; veamos la segunda.

La confesión es divina, luego es obligatoria, sino siempre en realidad, *in re*, como se expresan los teólogos, por lo menos en deseo y en intención, *in voto*, cuando hay imposibilidad física o moral de recurrir a ella.

Nada se desata en el cielo que no haya sido desatado en la tierra; nada se perdona en el cielo que no haya sido perdonado en la tierra. No hay para el pecador otro medio de recuperar la gracia que la confesión; es la llave, la llave misteriosa de la casa de David, que abre y nadie cierra, que cierra y nadie abre, *clavis David quae aperit et nemo claudit, claudit et nemo aperit*¹. Podéis absteneros, hacer resistencia, y aun maldecir el yugo que os somete al poder de las llaves puestas en manos de la Iglesia, pero la obligación no desaparece; podéis protestar tantas veces y por tanto tiempo como queráis, pero tened la seguridad de que el cielo protestará contra vuestras protestas, mientras no os decidáis, para abrirlo, a tomar esa llave única, necesaria, entendedlo bien, necesaria para todos... No hay varios evangelios, uno para los humildes, y otro más cómodo para los grandes; uno para los ignorantes, y otro para los sabios; uno para los hijos, y otro para los padres; uno para las mujeres y otro para los hombres. Así como no hay mas que un Evangelio, que es ley para todos, el deber de la confesión, que el Evangelio impone, es el deber para todos. Todos y cada uno son justiciables del tribunal de la penitencia.

Por consiguiente, no hay razón alguna para eludirlo.

1. Las grandes antífonas de Navid.

Se dice: la confesión es penosa... Verdad es; si los, frutos del árbol son dulces, la raíz es amarga. Sí, la confesión es penosa. Pero ¿qué queréis? La confesión es divina y obligatoria; por dura que sea, o parezca serlo, es la ley, *dura lex sed lex*.

También se dice: Yo me confieso a Dios. Preciso es reconocerlo: esto no es difícil ni penoso, pero es insuficiente. Dios no quiere recibir nuestra confesión sino por mediación de su ministro; no quiere dar por desatado más que lo que desata su ministro, ni por verdaderamente perdonado más que lo que perdona su ministro. Además, ¿es posible ilusionarse de buena fe sobre este punto? En esa supuesta confesión hecha a Dios, ¿qué parte se reserva a la humildad, la cual es y debe ser el alma de toda confesión?—Dios mío, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, que son injustos, adúlteros, ladrones...; ayuno dos veces por semana, doy a los pobres el diezmo de todo lo que poseo... He ahí un hombre que no se confesaba más que a Dios, y que no encontraba nada mejor que hacer que recitarle el largo panegírico de sus virtudes. Ya lo sabéis; ese singular penitente, es el orgulloso fariseo que vuelve cada año, en el segundo domingo después de Pentecostés, a exponer a nuestras miradas el ridículo espectáculo de su asquerosa fatuidad. Os desafío a que encontréis una persona que sea mejor que yo... He ahí otro hombre que se confesaba con Dios, y también, preciso es decirlo, algo también con los hombres, en cierta obra muy poco a propósito para edificarlos. Juan Jacobo Rousseau, a quien la historia le imputa con razón tres manchas, por haber abandonado tres cosas reputadas como sagradas, como, en efecto, lo son, su religión, su patria, sus hijos,¹ y que, ello no

1. *Hist. Eccl.* de ROHRB., lib. 89.

obstante, se atrevía a desafiar a sus conciudadanos a que encontrasen otro mejor que él.

Se dice igualmente: ¿Quién se confiesa? Y una vez hecha esta pregunta, en la cual se transparenta demasiado un orgullo desdeñoso, se consideran en paz con Dios y la conciencia. Pero la confesión es divina, y como divina, obligatoria. ¿Qué importa que se confiesen o no se confiesen? ¿qué importa que se cumplan o no cumplan con su obligación, mientras vosotros cumpláis con la vuestra? ¿Quién se confiesa? Más pronto acabarían si dijeran: ¿Quién no se confiesa? ¿Quién se confiesa? Los esposos virtuosos, los hijos respetuosos y sumisos, los comerciantes honrados, los magistrados integros, eminentes legisladores, hombres de Estado superiores, sabios de todo orden, grandes inventores, insignes matemáticos, célebres médicos. Sabido es que Cierta día, uno de ellos ordenó que hiciese alto su co-del sacerdote, y se confesó. Luego volviéndose a los pies soldados, les dijo. Amigos míos, dentro de algunas horas nos hallaremos frente al enemigo; si alguno de vosotros, quiere poner en orden las asuntos de su conciencia, salga de filas y proceda como yo.

No, mil veces no; el hecho de confesarse no entraña debilidad ni vergüenza. Más todavía: el hecho de confesarse es muy honroso. ¿Habrá que demostrarlo? Hay honor en mostrarse superior al respeto humano, esa triste enfermedad de las almas serviles. Hay honor en el cumplimiento del deber, especialmente si el deber es penoso, y pide un esfuerzo de voluntad. Hay honor en arrepentirse y ser mejor, porque, en definitiva, ¿qué es confesarse sino dar a entender, como se ha dicho con gran acierto, que uno es más prudente

hoy que lo fué ayer? Cierta día, Sócrates vió un joven que se avergonzaba de que le vieran salir de un mal sitio. Hijo mío, le dijo el filósofo, la vergüenza está en entrar ahí, no en salir.

Resumo esta instrucción y la precedente, con la cual forma cuerpo.

La confesión es divina.

Es divina, porque no es humana.

Es divina, porque no pudo ser humana.

Es divina, porque fué instituída por Nuestro Señor Jesucristo en persona.

Es divina, luego es útil.

Es divina, luego es obligatoria.

Es divina, luego, de todos los pretextos que se alegan para no cumplir con ella, ninguno es aceptable.

No rompamos ni uno solo de los anillos de esta cadena. Reconozcamos, con espíritu convencido y corazón dócil, la divinidad de la confesión, la utilidad de la confesión, la obligación de la confesión.

Esta última cuestión no queda terminada. Hay que tratar más detenidamente la obligación de la confesión, como lo haremos en la próxima instrucción. Dios nos conceda la gracia de llevar a buen término nuestra empresa y de hacer que aparezca este importante asunto en todo su esplendor.

los siglos cristianos es unánime; esta doctrina, escrita u oral, en una palabra, toda la tradición ha sido resumida por el santo Concilio de Trento en estos términos: Si alguien negare que, en el Sacramento de la Penitencia, es necesario, de derecho divino, confesar todos los pecados mortales y cada uno de ellos, sea anatema.¹

Finalmente, la razón teológica, es decir, el razonamiento natural, sacando, por procedimientos ordinarios, consecuencias lógicas, racionales, de una verdad teológicamente demostrada, viene a su vez a prestar su apoyo: Habiendo dicho Jesucristo a los Apóstoles las palabras citadas más arriba, no guiso, no pudo querer conferirles un poder sin trascendencia, de imposible ejecución, un poder inútil e ilusorio. Ahora bien, lo sería indudablemente, si la confesión fuera facultativa, si quedase al arbitrio de cada cual; las llaves de que son depositarios para abrir o cerrar, no cerrarían, ni abrirían absolutamente nada, si fuera posible no recurrir a ellas.

Esto es evidente: las palabras de Jesucristo, la enseñanza de la Iglesia, las declaraciones solemnes de los concilios, la misma razón teológica, todo concurre a sentar esta verdad; la confesión es obligatoria.

Pero con esto no queda dicho todo, sino que saltan a la vista tres cuestiones, todas importantes y muy prácticas.

La confesión, que es obligatoria, ¿por qué lo es?

La confesión, que es obligatoria, ¿cuando y en qué circunstancias lo es?

La confesión, que es obligatoria, ¿con relación a quién es obligatoria? o mejor, y más correctamente, ¿a quién debe hacerse?

1. Sess. 14, cap. 7.

SERMON SEPTIMO

Obligación de la confesión.—Enseñanza práctica

Cum minime dubitari possit confessionis legem ab ipso Domino latam et constitutam esse, sequitur ut videndum sit quinam, quo actatis et anni tempore, ei parere debeant.

(Catech. Rom., c. 23)

Para completar la enseñanza esbozada en las instrucciones precedentes, vamos a tratar hoy de la obligación de la confesión.

Pero me apresuro a decir que no me detendré mucho tiempo en demostrar con razones esta obligación. La demostración está hecha. Todo nuevo argumento no sería más que una repetición. Habiendo dicho Jesucristo a sus Apóstoles, y, en sus personas, a todos los sacerdotes sucesores suyos: Todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo; y en otra parte: Los pecados serán perdonados a aquellos a quienes los perdonareis, y serán retenidos a quienes los retuviereis... la alternativa de atar o desatar, de perdonar o retener, supone necesariamente el conocimiento de los pecados que hay que atar o desatar, perdonar o retener; y como, por otra parte, este conocimiento no puede ser adquirido por ningún otro medio que por la confesión, la obligación de la confesión se deduce lógicamente de las palabras mismas de Jesucristo.

Además, la Iglesia ha hablado; la doctrina de todos

Sentadas estas proposiciones, examinémoslas.

En primer lugar, ¿para quién es obligatoria la confesión? Lo confieso ingenuamente: jamás me he visto en el caso de poder responder con más facilidad a una pregunta. La confesión es obligatoria para todo el mundo. Todo el mundo debe confesarse; todos los fieles de uno y otro sexo; todos los seglares cualesquiera que sea su categoría y posición social; todos los eclesiásticos, en cualquier grado de la jerarquía en que se encuentran, desde el Papa, que está en la cumbre, hasta el último clérigo que se encuentra en el primer escalón; finalmente, todas las edades, la vejez, la virilidad, la juventud, la adolescencia, la niñez, sí, también la niñez, porque tan pronto como llegan a la edad de la discreción, es decir, cuando están en estado de distinguir entre el bien y el mal, los mismos niños caen bajo la jurisdicción del Tribunal de la Penitencia.

Por consiguiente, padres cristianos—y me complazco que se me ofrezca esta ocasión de recordaros uno de vuestros deberes principales,—haced que vuestros hijos se confiesen cuanto antes, desde que empiece a manifestarse su inteligencia. Si todavía son inocentes, la confesión los afirmará en la virtud, desarrollará los felices gérmenes de la gracia que el Bautismo depositó en su corazón, se acostumbrarán poco a poco a una de las más saludables prácticas de la religión, y podréis contar con hijos piadosos, que constituirán vuestra alegría y vuestra felicidad. Si ya son culpables, y quizás lo son, porque, desgraciadamente, como se dice con harta razón, ya no hay niños, y aquí, las palabras de san Agustín me vienen naturalmente a los labios, *tantillus puer et tantus peccator*, ¡todavía tan pequeño y ya tan gran pecador!—sí, pues, son culpables, más provechosa les será todavía la confesión, pues arran-

cará de su corazón vicios precoces, los cuales, sin la confesión, desarrollándose con la edad, emponzoñarían su vida, y arrojarían quizás cierto duelo sobre la vuestra. Por consiguiente, lo repito, padres cristianos, haced que vuestros hijos se confiesen desde el principio, inspirables el arrepentimiento de sus faltas, aun de las más ligeras; mejor aún, conducidos vosotros mismos al santo tribunal; más todavía, confesaos vosotros mismos en presencia de ellos, o por lo menos, sepan que os confesáis en tiempo conveniente, de conformidad con los preceptos de la Iglesia; un buen ejemplo vale más que mil lecciones.

La confesión es, pues, obligatoria para todo el mundo, para todas las condiciones, para todas las edades. Pero ¿cuándo? ¿en qué época de la vida o del año, *quo aetatis et anni tempore*? ¿en qué circunstancias es obligatoria?

En primer lugar, es cierto que es obligatoria la confesión por lo menos una vez al año; el texto del Concilio de Letrán, de que ya hemos hablado, y el cual deben leer los párrocos en la plática de uno de los domingos de Cuaresma, da fe de ello. Aunque citado anteriormente, tiene tan íntima relación con el asunto que ahora tratamos, que nos parece oportuno reproducirlo: Todos los fieles de uno y otro sexo, llegados a la edad de la discreción, confesarán fielmente sus pecados a su propio sacerdote por lo menos una vez al año, y se dispondrán a recibir con respeto el santo Sacrificio de la Eucaristía; si así no lo hicieran, se les prohibirá la entrada en la Iglesia durante su vida, y se les privará de la sepultura cristiana después de su muerte... He ahí la ley eclesiástica determinando el tiempo en que obliga el precepto de la confesión; es

1. Rit. Rom., de Eucharistia.

clara, precisa, terminantemente promulgada, fuertemente sancionada; los que faltan a ella se hacen culpables de un pecado grave, castigado con penas disciplinarias severísimas, las cuales, aunque conminatorias, no son menos propias para obligarnos a su cumplimiento.

Pero no es esto todo. Independientemente de la obligación general anual, hay otras obligaciones particulares.

Primera obligación particular. La confesión es obligatoria, dice también el Catecismo Romano, cuando tal, si bien los teólogos no se muestran de acuerdo acerca del tiempo más o menos largo dejado a la libertad; porque la simple prudencia y la caridad para con uno mismo no permiten quedar indefinidamente en un estado de alma que pudiera conducir a un fatal desenlace. Como la muerte puede presentarse a cada instante, no estáis mucho tiempo en ese pecado mortal que carga vuestra conciencia, y que podría conducir a una pérdida irreparable. Al daros este consejo, para no llamarlo más que con este nombre, me pongo totalmente de acuerdo con el Catecismo Romano. Me agradeceréis que os cite sus palabras: Cuando se ha caído en algún pecado mortal, dice, nada más saludable que confesarlo cuanto antes, a causa de los numerosos peligros que amenazan la vida, *cum quis mortifero scelere urgetur, nihil ei magis esse potest, ob nulla quae independent vitae pericula, quam statim peccata sua confiteri*.

Segunda obligación particular. La confesión es obligatoria, dice también el Catecismo Romano, cuando uno tiene que hacer alguna cosa incompatible con el estado de pecado en que se encuentra, como administrar o recibir algún sacramento. Y así, para no nom-

1. *Cat. Rom., cap. 23.*

brar más que uno, el matrimonio, ¡ojalá pudiera yo deplorar suficientemente las disposiciones más que dudosas de los que, aprestándose a recibirlo, tratan la confesión con la más inconcebible ligereza! Mal confesados, nada o insuficientemente contritos, ¿qué pueden esperar? ¿Puede Dios conceder muchas bendiciones a los esposos que empiezan la carrera que abrazan con la profanación del Sacramento que los une?

Tercera obligación particular. La confesión es obligatoria en varias circunstancias cierta o aun probablemente peligrosas. Por ejemplo, debería confesarse el marinero que se embarca para una navegación lejana, repleta de peligros; no sin razón llamaban los antiguos al mar el elemento pérfido, *invidum mare*. Debería confesarse el soldado antes de entrar en batalla, porque también en ella hay un peligro probable; he ahí por qué, en tiempo de guerra sobre todo, es tan necesaria la presencia del sacerdote en medio de los ejércitos, y tan legítimamente reclamada cuando falta. Desde el día en que paga el impuesto de sangre adquiere el ciudadano el derecho indiscutible de salvar su alma. Debería confesarse también la mujer que pronto será madre, porque también hay en ello peligro probable. ¿Sería temerario añadir que la gracia que sacaría del Sacramento de la Penitencia, y la gracia todavía más abundante que recibiría de la comunión, podrían recaer ya sobre el fruto que lleva en su seno, y serle de provecho?

Cuarta obligación particular. La confesión es obligatoria cuando uno está enfermo de cuidado, porque entonces, más que nunca, urge estar en estado de gracia y de perfecta amistad con Dios. Se trata de la salvación. Lo que está en juego es demasiado importante para arriesgar la partida... A la verdad, sé muy bien que,

en ciertos casos, basta la contrición perfecta. Ya lo dije al tratar el asunto tan importante de la contrición; nada tengo que quitar de una de las más consoladoras instrucciones que os he dirigido. Pero estos casos no son más que excepciones; y todavía es preciso que, para ser perfectos, entrañe la contrición la firme voluntad de confesarse cuanto antes se pueda.

Resueltas las dos primeras condiciones, queda la tercera: la confesión obligatoria en cuanto a las personas y en cuanto al tiempo, ¿a quién debe hacerse?

La contestación es fácil: a los sacerdotes... pues a los sacerdotes dijo Jesucristo: Serán perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis, y retenidos a los que los retuviereis. Sólo los sacerdotes fueron *comisionados* por Jesucristo para recibir las confesiones.

Pero los sacerdotes son numerosos... ¿Cuál será el vuestro, vuestro propio confesor? ¿Será el Papa? Sí, si así lo queréis, pues siendo el propio sacerdote de toda la Iglesia, y el *siervo de los siervos de Dios*, el Papa es deudor de su ministerio al que quiera recurrir a él... Pero no estáis obligados a quererlo... podéis escoger otro... ¿Será el Obispo? Sí, si así lo queréis, pues siendo el sacerdote de toda su diócesis, tiene el obispo el deber, si se lo pedís, de recibir vuestras confesiones, tantas veces como tengáis necesidad de ello y lo queráis... Pero no estáis obligados a quererlo; podéis elegir a otro. ¿Será, en fin, vuestro párroco? Sí, si así lo queréis... Esto sería muy conveniente, y, por más de una razón, muy oportuno. El párroco conoce a su rebaño; está en condiciones, y posee la gracia de estado para conducirlo; pero no estáis obligados a quererlo... Podéis hacer otra elección... ¿Quién, pues, será vuestro sacerdote confesor? Admirémos aquí la infinita bondad

de Dios y la admirable condescendencia de la Iglesia... El sacerdote de vuestra elección será el que tenga vuestra confianza y vuestras simpatías; en resumen, el que queráis, con tal que tenga el poder del orden y el poder de la jurisdicción. Si es demasiado viejo, buscad otro más joven; si es demasiado joven, elegid otro de más edad; si os conoce, buscad otro que no os conozca, ni pueda en adelante conoceros; si es demasiado severo, confesaos con otro más indulgente, con tal que su indulgencia no os sea perjudicial... Pero sea vuestra elección prudente e ilustrada. Si... con este propósito verifíquese la elección entre mil, entre diez mil, si queréis; conformes, pero, en resumidas cuentas, la elección está exenta de violencia, es libre.

¡Ah! Supongamos un responsable ante la justicia humana, gran culpable, tan criminal como queráis, y supongamos que se le dice: Escoge tu juez; será el que quieras, y por enormes y numerosos que sean tus delitos, no te condenará; no, confésale tus crímenes, nada le ocultes, arrepiéntete de ellos con sinceridad, y no te condenará, y aun te absolverá, y te rehabilitará... Decídmelo, ¿acceptaría?

Pues bien, lo que la justicia humana no puede ni debe hacer, porque es y debe ser represiva, el gran Justiciero, el gran Misericordioso, el Dios bondadoso lo hace cada día por medio de sus sacerdotes.

Demos gracias, pues, a Dios por haber instituido el Sacramento de la Penitencia, y en condiciones tan aceptables. Usemos del remedio que nos ha preparado en su misericordiosa bondad. Compremos, al precio de una humillación pasajera y muy suavizada, la dicha de contarnos en el número de sus amigos de la tierra, y contemos en que llegará un día en que seremos contados entre los felices poseedores de su reino celestial.

SERMON OCTAVO

La buena Confesión

*Illud in primis doceant Pastores,
in confessione curandum esse, ut in-
tegra et absoluta sit.
(Catech. Rom., c. 23)*

Sigo bebiendo en la misma fuente. Lo que los pastores, dice el Catecismo Romano, deben enseñar ante todas cosas, es que la confesión debe ser completa y perfecta, *integra et absoluta*.

El consejo es excelente, y la elevada autoridad de que procede, nos obliga a ponerlo en práctica.

De aquí que, después de haber hablado de la institución divina de la confesión, de las utilidades de la confesión, de la obligación de recurrir a ella por lo menos una vez al año y en varias circunstancias particulares que hemos mencionado, vamos a examinar hoy las condiciones para que sea buena. A fin de hacerla más provechosa, y siendo el asunto de naturaleza esencialmente práctica, esta instrucción será sencilla, y tanto por el fondo como por la forma, no diferirá mucho de una lección de catecismo.

En primer lugar, para ser buena, debe la confesión estar bien preparada. El que quiere el fin, debe poner los medios; esto es evidente. Así, pues, antes de confesarse, hay que descender a las profundidades de la conciencia, y visitar sus pliegues y repliegues. Tomaremos de la sagrada Escritura varias de sus expresio-

nes más llamativas: *fode parietem*, registra el muro hasta en sus más misteriosos escondrijos... *accende lucernam*, enciende la antorcha... No basta encenderla, cámbiala de lugar. Lévala de una parte a otra, a un punto y a otro. Sucesivamente a todos los puntos, *move candelabrum*... Con más sencillez y sin figuras: haz un buen examen de conciencia.

Un buen examen de conciencia, es decir, un examen serio, con seriedad y sosiego. La cosa vale la pena más que cualquier otra: se trata de rendir cuentas a Dios, y todo el cuidado que se ponga en examinar los artículos será poco.

Un buen examen de conciencia, es decir, un examen perfecto en su género y de rigurosa exactitud. Sirviéndome de una expresión feliz de san Francisco de Sales, también muy llamativa, sería preciso en cierto modo desmontar nuestra alma pieza por pieza, y repasarlas con el cristal de aumento, o con la lima. De este modo, pensamientos, deseos, palabras, acciones, omisiones, pecados cometidos con violación de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, pecados capitales, de los cuales derivan todos los demás, no olvides nada. Si eres padre, si eres madre, examínate sobre tus deberes de padre, y de madre; si eres amo o ama de casa, si superior por un título cualquiera, examínate sobre los deberes de amo, de ama, de superior; si eres hijo o criado, cualquiera que sea tu grado de dependencia, examínate sobre tus deberes de subordinado; si ejerces un oficio, una profesión, una industria, un arte, un comercio, un cargo público, examínate sobre tus deberes profesionales. Confésase Carlos V un día, y como, al parecer, sólo se acusaba de los pecados poco más o menos comunes a todo el mundo, oyó una de esas frases severas, pero justas, a las cuales no están muy acostumbrados los oídos de los reyes. En

efecto, el confesor, que era un hombre de Dios, y, por consiguiente, inaccesible a toda consideración humana, dijole con santo atrevimiento: Señor, hasta aquí sólo os habéis acusado de los pecados de Carlos; confesad ahora los pecados del emperador, es decir, los pecados que habéis cometido en la manera de gobernar vuestros Estados, *confessus es peccata Caroli, nunc confitere peccata Caesaris*.

El examen de conciencia ya está hecho, y bien hecho. Ha sido serio, exacto, circunstanciado; ha abarcado el conjunto de los deberes. Ya es mucho, pero no lo es todo; requiérense otras condiciones, todas importantes, aunque en distintos grados. Expongámoslas sencillamente, pero con orden.

En primer lugar, es preciso que la confesión sea *humilde*. ¿Cómo podría no serlo? La confesión no es el relato de una historia cualquiera, sino una declaración, una acusación, una deposición, la denuncia que el pecador hace de sí mismo como culpable, y, en esta condición, implorando misericordia y perdón. El cuerpo mismo tiene el deber de testimoniar a su manera el arrepentimiento interior del alma. Debe encorvarse y bajarse... Desde el *reclinatio* tallado en la toba, que todavía podemos ver en las catacumbas de Roma, no lejos de la caba bautismal, en la cual se colocaban los primeros cristianos para confesar sus pecados, hasta el pequeño escabel de madera blanca que el santo cura de Ars mostraba a sus *visitantes* diciéndoles: *Arrodillaos ahí!*, la postura humillada del cuerpo ha sido siempre la de los verdaderos penitentes.

En segundo lugar, es preciso que la confesión sea *prudente*. Lejos del santo Tribunal todo lenguaje inconveniente, falto de decencia y honestidad: la dignidad

1. Vida del cura de Ars, por *Momin*, t. 2, p. 180.

del Sacramento padecería con ello, y los oídos del ministro se ofenderían... El santo Tribunal tiene otras exigencias, e impone deberes todavía más imperiosos: acuse el penitente sus pecados, los suyos propios; pero jamás, excepto en caso de necesidad absoluta, revele las faltas de otro; la maledicencia, y, con mayor razón aún, la calumnia que se producirían aquí, serían maledicencia y calumnia de la peor especie, y revistirían, por este solo hecho, un carácter particularmente odioso. También el confesor debe ser prudente, y tener la seguridad de que lo será. Si tiene el derecho, y con frecuencia el deber, de procurar, en la medida de lo posible, la integridad de la confesión, las leyes eclesiásticas le prohíben, bajo severísimas, pero justas amenazas, hacer la menor interrogación que pueda atraer un nombre propio a los labios del penitente. Conventéis en que es admirable un Tribunal en el cual las leyes de la más rigurosa honestidad, y los derechos sagrados del honor, están confiados a la guarda de la más escrupulosa prudencia.

En tercer lugar, es preciso que la confesión sea *sencilla*, sin distras, ni disimulo, toda al descubierto, según las expresiones del Catecismo Romano, *curandum est ut confessio nuda, simplex et aperta sit*¹. Lo será, si, evitando los términos oscuros, las circunstancias nebulosas, o lo que el mismo Catecismo, verdadero maestro en estas materias, llama lenguaje artísticamente compuesto, *confessio artificiosae compositae*², hace el penitente conocer sus pecados tal como los cometió, dando lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso, sin aumentar ni disminuir nada, sin añadir nada, y sería inútil decir: sin excusar nada... La confesión no es un

1. *Cat. Rom.*, cap. 23.

2. *Ibid.*

alegato defensivo, sino una acusación humilde y sincera. Si nos excusamos, dice un Padre antiguo, Dios nos acusará; si nos acusamos, Dios nos excusará. Este juego de palabras es tan exacto como feliz. Así, pues, no hay que hacer recaer sobre otro nuestras faltas; ni sobre el humor más o menos complaciente del cónyuge, ni sobre el natural poco gobernable del hijo, ni sobre un criado, del cual, con razón o sin ella, cree uno tener derecho a lamentarse, ni sobre los disgustos, verdaderos o supuestos, de tal o cual vecindad. la sencillez y la verdad desnuda quieren que uno acepte para sí solo la responsabilidad de sus actos. Si Adán no hubiera echado su desobediencia sobre Eva, quien a su vez acusó de su pecado al tentador, ¿quién sabe si Dios se hubiese mostrado más clemente?

La confesión ha sido preparada por un buen examen de conciencia; todos sus pliegues y repliegues han sido revisados; se han registrado todos sus escondrijos. Por otra parte, la confesión ha sido humilde, prudente, sencilla y sin disfraz; tocamos ya al fin de nuestra exposición: es preciso que sea completa, *íntegra*, sin retencias, y absolutamente perfecta, *absoluta*; tales son los dos términos del Catecismo Romano que citamos desde el principio de esta instrucción. Esto quiere decir que la confesión debe abarcar todos los pecados mortales, o por lo menos, su número aproximado; la expresión *varias veces*, demasiado vaga, indeterminada e insuficiente, no muestra el estado verdadero del penitente. Con el número de los pecados, han de manifestarse las circunstancias que cambian la especie, esto es, especial, los hacen pasar a una categoría superior de culpabilidad. Por ejemplo, la simple fornicación es distinta del adulterio y del incesto; si os acusáis del

primer pecado en vez del segundo, o del segundo en vez del tercero, no exponéis el estado verdadero de vuestra conciencia; la confesión no es completa. Otro ejemplo: declararís al confesor que habéis hablado mal del prójimo; si no tenéis que dirigiros más que este reproche en esta materia, más claro, si habéis dicho del prójimo cosas reales en realidad, pero que la caridad os imponía el deber de ocultarlas; al confesaros de ello, decís lo que es, y nada más que lo que es; vuestra confesión es buena. Pero si le imputáis defectos que no tiene, o males que no ha cometido, ya no es una simple maledicencia, pues el pecado ha pasado a otro orden de culpabilidad, se ha faltado a la justicia, se trata de una calumnia; por tanto, si no lo confesáis, no os acusáis de vuestro pecado, sino de otro, y entonces la confesión carece de integridad; es nula.

Añadíré que, si no absolutamente necesario, es por lo menos muy útil y saludable, y particularmente deseable, que con las circunstancias que cambian la especie del pecado, las circunstancias notablemente agravantes sean declaradas en la confesión, esto es, las circunstancias de tiempo, de lugar, de cosas, de personas, los motivos, los medios, la manera, los efectos o consecuencias. Cuando mejor se dé a conocer el penitente, aun en las cosas en que la confesión no es de rigor absoluto, con más seguridad le dirigirá el confesor y más remedios eficaces le ofrecerá. Si bien teóricamente los teólogos se dividen en dos opiniones una y otra muy respetables, en la práctica todas están de acuerdo: Cuanto más completa sea la confesión, mayor paz sacará de ella el penitente; cuanto más practique la humildad por efecto de confesiones cuya absoluta necesidad no está rigurosamente demostrada, más abundantes y duraderos serán los frutos que producirá el Sacramento; tal

es el terreno común en el cual se encuentran y se dan la mano los teólogos¹.

Resumamos: exactitud de investigación en el examen; humildad, sencillez, prudencia, sinceridad, integridad en la confesión; tales son las condiciones de una buena confesión. Examinadas ya estas condiciones recibirán, sobre todo la última, que es la más importante, indirectamente por lo menos, y por contraste, nueva luz en la próxima instrucción. El hombre abusa de todo, aun de las cosas mejores; tal es su triste privilegio. Hacemos a Dios la guerra con sus dones, como decía el buen rey san Luis... Por eso, después de tratar de la buena confesión, que es un remedio seguro, eficaz, porque es divino, hablaremos, en la próxima instrucción, de la confesión defectuosa, y pondremos a la vista sus tristes efectos.

¡Quiera Dios que estas enseñanzas, completándose la una con la otra, den sus frutos, y llenen a las almas de suaves y bienhechoras luces, o de vivos y saludables terrores.

Tanto en el uno como en el otro caso, Dios será glorificado, y una gran suma de bien resultará para las almas. Con todo el corazón anhelamos estos bienes; nada en el mundo nos satisfará tanto como verlos plenamente realizados.

1. GURRY, *Tract. de poenit.*, t. 2, n. 484.

SERMON NOVENO

La Confesión defectuosa

Erubescit... attamen revela totum.
(Sanctus Bernardus)

La confesión debe ser *humilde, sencilla, prudente y completa*; sobre todo completa... completa en cuanto al número de los pecados mortales, completa en cuanto a sus circunstancias, por lo menos a las que cambian la especie. He ahí lo que hemos dicho en la precedente instrucción.

Pero si la confesión debe ser completa de derecho, ¿lo es siempre de hecho? ¿Será inútil plantear esta cuestión? Lo que Dios estableció en su misericordia para que fuera salvación de nuestras almas, ¿no se convierte con demasiada frecuencia en nuestra pérdida por el mal uso que de ello hacemos? Nos proponemos exponer este punto, cuyo carácter práctico es bien visible, y si tuviéramos que darle un título para que se fijase más en la inteligencia, sería el siguiente: la confesión defectuosa; y más claro aún: diferentes maneras de pecar contra la integridad de la confesión.

Se peca, en primer lugar, contra la integridad de la confesión por defecto de examen. Ya hemos dicho, y no lo habréis olvidado, que quien quiere el fin, quiere los medios. Pues bien, para hacer una buena confesión, debe empezarse por hacer un examen de conciencia serio, exacto, que pasee la antorcha de una investigación es-

crupulosa hasta por los más oscuros escondrijos del alma. ¿Se hace siempre así? ¿No se hace, por lo contrario, con harta frecuencia un examen que sólo versa sobre una parte de nuestros deberes, cuando debiera abarcarlos todos: deberes de padre o de madre, deberes de esposo o de esposa, deberes de amos o criados, deberes profesionales según el estado o la condición de cada uno?... ¿No es también a veces un examen adulador? Ante este tribunal interior de la conciencia, ¿no procura uno hallarse lo menos culpable posible? ¿No pletea uno sin necesidad por su casa y hogar? ¿No se concede con mucha facilidad el beneficio de las circunstancias atenuantes? Se ha cometido, verdad es, un pecado; pero ¿me es realmente imputable? ¿Ha habido advertencia en grado suficiente? ¿No he sido empujado hasta los últimos límites? ¿Quién, pues, hubiera procedido de modo distinto a como he obrado?... Examen adulador. Por otra parte, ¿no es un examen precipitado, hecho a la ligera, como si pocos minutos pudieran bastar para investigar todo lo que se ha dicho, pensado, hecho u omitido, durante un tiempo más o menos considerable? Tengamos cuidado, porque si, por nuestra culpa, por el hecho de un examen ciego, o adulador, o precipitado olvidamos un pecado grave, nuestra confesión será nula, y no seríamos en manera alguna justificables ante Dios. En segundo lugar, se peca contra la integridad de la confesión con confesiones incompletas. Ya lo hemos dicho en la precedente instrucción, y no es superfluo repetirlo. La confesión debe ser *completa*. Esta condición no es la única, pero sí la principal. Esta integridad exige la confesión de todos los pecados mortales sin excepción; pecados de pensamiento, de deseo, de palabra, de acción, de omisión.

Esta integridad exige también la confesión del nú-

mero, por lo menos aproximado, de los pecados: el de las circunstancias que cambian la especie. A esto es bueno y soberanamente deseable añadir la confesión de las circunstancias notablemente agravantes; por ejemplo: si de tal acción resultó escándalo; si la cólera fué de extremada violencia; si la maledicencia versó sobre materia grave; si se hizo en secreto, contra un igual o contra un superior, si fué inconsiderada o inspirada por el odio, el resentimiento, la venganza.

Mas ¿hacemos siempre esta confesión completa, exenta de reticencias, como dice el Catecismo Romano, *confessio integra et absoluta*? ¿Sería temerario si dijera que hay penitentes que se confiesan, por decirlo así, sin confesarse; que, sin callar en absoluto sus pecados, sólo a medias los confiesan, o bien los embrollan de tal modo, que en realidad, no los confiesan en manera alguna? ¿Qué sucede entonces? Sucede que, no habiendo puesto toda la sinceridad requerida, toda la rectitud de vida, salen del santo Tribunal poco contentos de sí mismos, sin aquella serenidad, sin aquella paz de conciencia que son los frutos naturales de una buena confesión. La boca ha permanecido, si no enteramente cerrada, por lo menos muy incompletamente abierta; por tanto, por efecto de la insuficiencia de la confesión, el corazón padece: *tacet lingua, cor dolet*. ¿Acaso hay error, o simplemente exageración en estas apreciaciones? ¿Quién es el confesor que, teniendo ya alguna experiencia, no reconoce y afirma que las cosas ocurren así? Finalmente, en tercer lugar, se peca contra la integridad de la confesión por vergüenza. Esto es menos que decir la verdad; se la suprime enteramente, se callan uno o varios pecados. Es la vergüenza, que cierra el corazón y los labios.

¡ Vergüenza diabólica, vergüenza funesta, vergüenza irracional!

Diabólica, sí, lo es ciertamente... El demonio la inspira y la explota, para encadenar las almas y arrastrarlas a su negro imperio. El demonio contraría los designios de Dios y sus miras misericordiosas. He aquí un hermoso pensamiento de san Juan Crisóstomo: Dios, dice el gran Doctor, ha unido la vergüenza al pecado y la confianza a la confesión. Pues bien, ¿qué hace el demonio, ese irreconciliable enemigo de nuestra raza rescatada en el Calvario? Invierte este hermoso orden, inspira la confianza para pecar y la vergüenza para confesarse, *invertit rem diaboli, et peccato fiduciam praebet, et confessioni pudorem*!. ¿Se trata de pecar? Nos sopla al oído: No es nada... Mas cuando se ha cometido el pecado, grita estrepitosamente: ¡Eso es menstuoso! En otros términos, cuando nos impulsa a ofender a Dios, nos infunde atrevimiento; pero cuando pensamos en confesarlos, nos llena de timidez; cuando vamos a cometer el mal, nos quita la vergüenza, y cuando nos disponemos a poner el remedio para curar, nos la infunde en el corazón. Mas ora nos quite, ora nos devuelva, muéstrase tan cruel como el que arrebatara a un soldado sus armas en el momento mismo en que las necesita para defenderse, y se las devolviera para herirle con ellas. ¿No es esto diabólico?

Añado que es tan funesto como diabólico. Sí, desgraciados penitentes, que ocultáis algún pecado grave en confesión—me dirijo no solamente los niños, los cuales, naturalmente tímidos, son más accesibles al sentimiento de temor, sino a los hombres maduros, los cuales, aunque de más edad, no siempre estáis exentos de esta desgracia;—sí, desgraciados penitentes, que, ce-

1. Citado por Billuart, t. I de sus Sermones, p. 115.

diendo a las sugerencias del espíritu infernal, ocultáis algún pecado mortal en confesión, un robo, un pensamiento impuro, una codicia culpable, o una acción más criminal aún, ¿qué hacéis? ¡En qué abismo os precipitáis! La absolución que vais a recibir después de una confesión mal hecha, será sacrílega, y también lo será la comunión que va a seguiría. ¿Y si vuestro silencio culpable dura diez años, veinte años quizás?... Vergüenza maldita, ¿hasta cuándo harás pesar el más tiránico de tus yugos sobre las almas que Cristo Jesús vino a rescatar al precio de su preciosa sangre?

Finalmente, añado que no es menos irracional que funesta y diabólica. ¿Por qué esta vergüenza? ¿Qué motivos plausibles pudieran justificarla?

Si el confesar no fuese distinto de Dios mismo, enhorabuena... ¡Dios es tan grande, tan santo, tan puro! ¿Cómo entrar directamente en relación con él? Desde que cometió el pecado, Adán no había visto a Dios... pero, sin verlo, le oye llegar, y corre a ocultarse en lo más espeso del bosque, *et cum audisset verbum Domini demulcentis in paradiso, abscondit se Adam a facie Domini in medio ligni paradisi*¹.

Si el confesor fuera un ángel enviado por Dios a este efectos, comprendería también... Si los ángeles son infinitamente menos que Dios, son mucho más que nosotros... y luego, espíritu puros como son, impecables, confirmados en gracia, enteramente extraños a nuestras pasiones, ¿nos comprenderían a nosotros, pobres mortales, que tenemos que luchar sin cesar contra las rebeliones de una voluntad indómita, y contra los asaltos más formidables aún de la carne y de la sangre?

¿Quién es, pues, finalmente, ese confesor que os causa tan vivas aprensiones? Tiempo es de decirlo.

1. GEN., III, 8.

Es un hombre... un hombre semejante a vosotros, y, lo que quizás no os desagrada de oír, un hombre generalmente sacado de la masa del pueblo, y, por esto mismo, más asequible aún.

Es un hombre preparado durante mucho tiempo a ese ministerio tan temido para él como provechoso para los demás. La Iglesia se apoderó de él cuando aun era niño, lo encerró en la soledad de un seminario; lo maduró en la oración y en el recogimiento; ungíole con la unción sacerdotal, para enviarle al punto entre sus semejantes, y hacer de él el hombre de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones.

Es un hombre al que os acercáis en el humilde tribunal en que se sienta, diciéndole: Padre mío, bendicidme... ¿Por qué esta bendición? Sin duda porque habéis sido fieles, o por lo menos, porque vuestras faltas no son más ligeras y poco numerosas... Padre mío, bendicidme, *porque me pecado mucho*... os da la bendición precisamente por el mismo motivo que alegáis al principio para obtenerlo... porque habéis pecado mucho.

Es, pues, indulgente y misericordioso ese hombre, ese sacerdote confesor, ese juez de las conciencias. ¡Ah, podríais dudar que es indulgente y misericordioso! No solamente lo es por inclinación de su corazón, sino también por deber. Se dice a los jueces de la tierra: Inclinaos siempre del lado de la severidad... Pero a los jueces de las conciencias se les dice: Inclinaos siempre del lado de la clemencia... La sociedad grita a los jueces de la tierra: Sed insensibles, extraños a la piedad... Pero a los jueces de la conciencia gritales la Iglesia por medio de sus órganos más autorizados: Si vuestros penitentes están arrepentidos y dispuestos a hacer la confesión sed indulgentes con ellos, siempre indulgentes, indulgentes a todo serlo...

Mas si es bueno y misericordioso ese sacerdote confesor, ¿es también discreto? ¿Se callará el triste relato de vuestras enfermedades, de vuestras flaquezas? Aun cuando nos proponemos tratar especialmente este punto en la próxima instrucción, digamos, por adelantado y desde ahora, que el confesor está encadenado por todas las leyes divinas y humanas al secreto más absoluto sobre todo lo que ha sabido en el santo tribunal. En ningún caso puede violarlo, ni para procurarse un gran bien, ni para evitar un gran mal; no puede violarlo en modo alguno, ni directa, ni indirectamente, ni de palabra, ni por signos; ni para él, ni para los demás puede servirse de lo que sepa por este conducto. En una palabra, acabada vuestra confesión envuelve el confesor todas vuestras faltas en un eterno olvido, y en todas las relaciones de palabra, de hechos, de asuntos que tenga con vosotros, está obligado a conducir como si nada en absoluto supiese de ello.¹

Finalmente, diréis que si vuestro honor queda a salvo a los ojos del público, está por lo menos perdido en el espíritu del confesor a quien vais a hacer confesión de bajezas inauditas, quizás de monstruosidades... Sin duda que no todos los confesores son Franciscos de Sales; no tenemos ni tanta ciencia ni tanta virtud; pero nos atrevemos a decir que tenemos, quizás en el mismo grado que él, los sentimientos que expresó un día por modo muy conmovedor. Acababa de confesarse un gran pecador, quien le hizo la confesión de todos sus desórdenes, por lo que el santo varón le hablaba con particular efusión de ternura.—Sin duda me hablais así por compasión, le dijo el penitente, pero en el fondo de vuestra alma seguramente me despreciáis.—Muy culpable sería yo, respondióle el santo Obispo,

1. RAINERI, t. 3, p. 481.

si después de tan hermosa confesión, os tuviere todavía por pecador. ¡Ah, no; por lo contrario, os veo más blanco que la nieve, enteramente semejante a Naamán al salir del Jordán; os amo como a hijo niño, porque mi ministerio acaba de haceros renacer a la gracia, y os estimo tanto como os amo, porque de un objeto de aversión que erais para el cielo, os habéis convertido en vaso de honor y santidad. ¡Oh, cuán querido me es vuestro corazón, ahora que ama a Dios, todo bondad!...

Así se expresaba el santo Obispo. Nos atrevemos a repetirlo: no hay un solo confesor que no expriamente los mismos sentimientos. No sabrá expresarlos tan bien, pero los sentirá con igual viveza.

Haced, pues, buenas y sinceras confesiones. Fuera todo temor, toda aprensión. Deserrad esa maldita vergüenza, que paraliza los saludables efectos de un Sacramento instituido para consuelo y salud de las almas. Si el demonio os lo inspira, si os incita a ocultar algún pecado en confesión, haced como aquel penitente de que habla san Alfonso de Ligorio: Habiendo caído en una falta grave, procuraba el demonio persuadirlo por todos los medios posibles que no la revelara al confesor. ¿Qué piensas hacer? parecía decirle. Voy, le contestó, a confundirme y a confundirte.

Lo hizo, y lo hizo bien. Procedamos así... y después de haber vivido la vida del pecado, que es la verdadera muerte, viviremos la vida de la gracia, que es la verdadera vida.

1. Vida del Santo, por Hamon, t. 2, p. 398.

SERMON DECIMO

La Confesión frecuente

Nulla res fidelibus adeo curae esse debet, quam ut frequenti peccatorum confessione animam student expiare.
(Catech. Rom., c. 23)

La confesión frecuente, útil... El Catecismo Romano lo dice en términos precisos, y los más propios para producir una impresión feliz en las almas sinceramente deseosas de su santificación. Traducimos: Nada deben tomar los fieles con más empeño que purificar a menudo su conciencia por el uso de la confesión.

La confesión frecuente, útil... La misma Iglesia lo insinúa, cuando, en su décimacuarta sesión, el santo Concilio de Trento, hablando de los pecados veniales, los cuales, a la verdad, no nos hacen perder la gracia divina, pero en los cuales hay que reconocer que caemos con demasiada frecuencia, *in quae frequenter lapsimur*, enseña que es bueno y útil declararlos en confesión, y añade que tal es la práctica usual de las personas piadosas, *recte et utiliter in confessione dicuntur, quod plerum hominum usus demonstrat*.¹

Pero ¿cómo y por qué razones es útil la confesión frecuente? En la misma medida en que yo tengo el deber de decirlo, estáis vosotros interesados en saberlo.

1. Sess. 14, cap. 5.

La confesión frecuente es útil, en primer lugar, como medio de conocerse uno a sí mismo... Nada mejor, nada más provechoso. Los filósofos paganos, como lo prueba su máxima sobre este punto, no juzgan de distinto modo que nosotros. ¿Habrá necesidad de añadir que nada hay tan raro, y que el *pequeño mundo*, como llamaban los antiguos al hombre, es más difícil de investigar que el mismo *gran mundo*? Pero si os confesáis a menudo con las disposiciones requeridas y los preparativos previos; sondaís con frecuencia los abismos de vuestro corazón, los cuales, de lo contrario, permanecerían perpetuamente silenciosos e inexplorados; si con la antorcha en la mano, visitáis a menudo vuestra conciencia aun en sus más misteriosas escondrijos... no tardaréis en adquirir esa ciencia especial, que no se aprende gran cosa en los libros, y que la experiencia sólo muy imperfectamente ofrece: la ciencia de uno mismo.

La confesión frecuente es útil, como dirección. Es un proverbio evangélico lleno de buen sentido y de verdad que si un ciego guía a otro ciego, caerán los dos en la hoya.¹ Cada uno de nosotros somos uno de estos dos ciegos; el otro es también uno de nosotros... En otros términos, el hombre no tiene peor consejero que él mismo; lo mismo, y más aún, en las cosas espirituales, que en las temporales. ¿Quién no ha hecho muchas veces la experiencia de ello? ¿Quién no ha reconocido la necesidad extrema de recurrir a las luces de otro? ¿Hay una frase más verdadera que la del sabio, aun restringiendo su aplicación a cada hombre en particular, cuando dice: Por falta de gobierno se arruina al pueblo; donde abunda el consejo, allí hay prosperidad, *ubi non est gubernator populus corrui*.

1. MARTIN, XV, 14.

salus autem ubi nulla consistit? Pues bien, esas luces más seguras, esos consejos más abundantes, esa dirección cuya necesidad sentís, y la cual no podríais daros, todas esas ventajas reunidas, las hallaréis en la confesión frecuente. Ese hombre de Dios al cual os acercáis, cada ocho días, o cada quince, o, lo más tarde cada mes, acabará por conoceros más íntimamente de lo que vosotros mismos os conocéis. Mezclando las luces que recibe de lo alto con las que ya le ha proporcionado la experiencia, multiplicará las recomendaciones, señalará los escollos, enderezará tal inclinación que juzga por lo menos peligrosa, fortalecerá tal rincón de vuestra alma que le parece débil. Tomemos de san Buenaventura el lenguaje que emplea para expresar el oficio del Maestro espiritual: Os diré lo que habéis de evitar, *quid vitare debetis*; lo que debéis preferentemente buscar, *quid facere, quid sperare, quid tinere*; a qué elección debéis ateneros entre lo menos bueno y lo mejor, entre lo más y lo menos conveniente, *inter minus vel magis bona discernere*.² He ahí las ventajas, con ninguna otra comparables, de la comunión frecuente, por lo que la frase del sabio nos viene a los labios más justificada que nunca: Donde abunda el consejo allí hay prosperidad, *salus autem ubi consistit nulla*.

Finalmente, la confesión frecuente es útil como preservativo de recaídas.

Lo hemos dicho ya, y por cuanto el asunto parece pedir que insistamos, son verdaderamente admirables los efectos de la justificación, ya por el Bautismo, ya por el Sacramento de la Penitencia. No, los pecados

1. PROVERB., XI, 14.
2. APUD. SCHRAM, *Théol. mys.*, t. 2, p. 2, p. 10.

no son sólo cubiertos y únicamente borrados; el sistema protestante de no imputación, no puede sostenerse ni ante la sagrada Escritura, ni ante el simple buen sentido. Lavados en las aguas bautismales, quedamos limpios de toda iniquidad; confesados y absueltos en el santo Tribunal, los pecados quedan borrados, destruidos, arrebatados; de ellos no queda nada. Pero detengámonos aquí; ni es permitido ir más allá de la verdad, ni quedarnos más acá de ella. Ni la gracia del Bautismo, ni la absolución recibida nos hacen impecables, ni mucho menos; si bien el alma queda lavada, limpia, purificada, convertida en nueva criatura, el *fomes peccati* no desaparece, nos inclinamos todavía al mal, es de temer siempre la recaída, y es tanto más de temer, cuanto constituye para el pecador relapso un estado peor que el primero, *fiunt novissima hominis illius peiora prioribus*.¹ ¿Quién no ha notado esta frase en el Evangelio que la Iglesia nos hace leer todos los años en el tercer domingo de Cuaresma? ¿De cuántos cristianos no trazó por adelantado, en esta circunstancia, Nuestro Señor el cuadro, cuando, después de verse libres de sus trabas, se dejan de nuevo ligar por el espíritu imputro?

Pero ¡alabado sea Dios! Por efecto de esta misericordia, de la cual nos dice la Sagrada Escritura que supera todo cálculo, ha proporcionado los auxilios a las necesidades. Instituyó el Sacramento de la Penitencia para que sirviese de remedio al pecado. Como todos los otros Sacramentos, produce también una gracia especial, que sólo a él le pertenece, una gracia estricta y propiamente llamada sacramental. No habéis olvidado, y, en el caso contrario, el menor esfuerzo de memoria os lo haría recordar, lo que hemos dicho sobre este

1. Luc., II, 26.

punto en una de nuestras primeras instrucciones. La gracia sacramental es esa gracia de reserva y de elección, ese auxilio particular y distinto, que Dios da en sus gracias comunes y generales, ya con miras al cumplimiento de nuestros deberes más difíciles, ya para alcanzar con más facilidad el fin para el cual fué instituido el Sacramento; gracia y auxilio que Dios no podría rehusar sin injusticia, habiéndolos merecido Jesucristo, para que nos sean aplicados en el momento oportuno y según la necesidad.

Sentados estos principios, me asombraría si no viese las consecuencias que de ellos se desprenden con irresistible claridad. Teniendo por objeto el Sacramento de la Penitencia, libertar nuestras almas de la tiranía del pecado; más claro: siendo la destrucción del pecado el fin para el cual fué instituido, cuanto más a menudo os confeséis, no digo únicamente más os purificaréis, pues sería decir demasiado poco, ya que tal es el efecto ordinario y común, sino más disminuiréis el imperio del demonio, más fuerza tendréis para vencer tal o cual tentación, para resistir tal o cual inclinación, para romper el nudo de tal o cual hábito vicioso, finalmente, para afirmaros en el bien y llegar, por grados sucesivos, no a la impecabilidad, pues ni es de la tierra, sino a esa fuerte y legítima confianza de que, con las gracias de elección que el Sacramento os da, y a las cuales repito que tenéis derecho, no haréis nada que comprometa seriamente vuestra salvación.

¡Oh admirable enseñanza! ¡Oh excelente doctrina, basada en los principios de la sana teología! ¿Cómo no nos aprovechamos más a menudo de las preciosas ventajas que nos ofrece? ¿Cómo no corremos a beber con alegría y santa solicitud en las fuentes del Salvador?¹

1. Isai., XII, 3.

¿Objetaríamos que no tenemos pecados y que de nada nos acusa la conciencia? El Espíritu Santo nos respondería, por uno de sus órganos más autorizados, san Juan, que nos seducimos a nosotros mismos, y que la verdad no está en nosotros¹. San Agustín nos gritaría, con su gran voz, que el pecado es lo que menos falta, y que por mucho que uno se confiese, tiene siempre materia de confesión, *semper confitetur, semper habes quod confitearis*².

¿Diremos que sólo tenemos pecados veniales, los cuales, como su nombre indica, son fácilmente perdonables, apenas se cuentan y figuran por poco en nuestro pasivo?... ¿Sería ese el lenguaje de un cristiano? ¿Es así los grandes teólogos y los santos doctores. San Agustín no pensaba así cuando recomendaba no despreciar las pequeñas faltas por la razón de que son *contemnere quia minora sunt, sed time quia plura sunt*³. Bosuet no pensaba así cuando, en una de sus cartas de dirección, escribía que si, a la verdad, los pecados veniales no causaron la muerte de Jesucristo, son por otros conceptos muy odiosos en sí mismos, y tienen también de maligno que, cometidos voluntariamente, disponen al pecado mortal, y pueden por este lado tener alguna relación con la muerte del Salvador de las almas⁴.

Confesemos, pues, y con frecuencia, los mismos pecados veniales, porque, si bien en estricta doctrina, podemos callarlos, sin hacernos culpables, y expiarlos por otros remedios—tal es la enseñanza del Conci-

1. I JOANN., I, 8.

2. ENARR. psal XCIX.

3. Citado por Schram, *Théol. myst.*, t. I, p. 52.

4. *Lettres de piété*, t. 2, lettre 83^a.

lio de Trento, *laceri circa culpam aliis remediis expiari possunt*¹—es tan absolutamente cierto que entre estos remedios, el más directo, el más eficaz y seguro, es el Sacramento de la Penitencia. Instituido, como lo hemos dicho, con miras a la destrucción del pecado, al propio tiempo que aumenta la gracia santificante, proporciona auxilios actuales según la ocasión y la necesidad, para evitar en adelante el pecado, sea el que sea, mortal o venial.

El más competente de los Doctores sobre esta materia, san Francisco de Sales, dirá la última palabra de esta instrucción.

Confesad humilde y devotamente cada ocho días, y siempre, si es posible, que comulgéis, aun cuando no tengáis en vuestra conciencia ningún pecado mortal; porque, por la confesión, no recibiréis tan sólo la absolución de los pecados veniales que confeséis, sino también gran fuerza para evitarlos en adelante, mucha luz para discernirlos bien y gracia abundante para reparar todo perjuicio que os causaren. Practicad además la virtud de la humildad, de la obediencia, de la sencillez, de la caridad, de suerte que, por esta sola acción, practicaréis más virtudes que con ninguna otra. (Introd., 2.^a parte, cap. 19).

Es imposible resumir mejor las numerosas razones que militan en favor de la confesión frecuente, y los preciosas ventajas que de ella se derivan. Las razones la elevan casi a la altura de un deber; las ventajas la colocan entre las mejores y más recomendables prácticas de la vida cristiana.

1. Sess. 14, cap. 5.

SERMON UNDECIMO

El Secreto sacramental

Et dixi: Secretum meum mihi...
secretum meum mihi...
(Iaa, XXIV, 16)

Ya lo dije: ¡Mi secreto es para mí... mi secreto es para mí! Estas palabras del gran profeta Isaías, aunque pronunciadas con otro fin y con relación a otro asunto, ¿no puedo emplearlas y servirme de ellas para completar una doctrina tan fecunda y con saludables advertencias?

¡El secreto sacerdotal! ¡el secreto del sacerdote confesor! Tras la confesión demostrada como divina, útil, obligatoria, sencilla, prudente y completa, el secreto del sacerdote confesor, el secreto sacramental; tal es el asunto que va a ocuparnos hoy, el cual será tratado como conviene, si respondemos con una afirmación motivada a estas dos preguntas:

El secreto sacramental, ¿es inviolable de derecho?

El secreto sacramental, ¿ha sido de hecho inviolado siempre?

Que el secreto sacramental, es decir, el secreto de la confesión, es inviolable de derecho, es una verdad sobre la cual ni siquiera es posible admitir la menor sombra de duda.

Es inviolable de derecho natural. Sí, desde el momento en que el penitente descubre los pliegues y repliegues de su conciencia, en virtud de una especie de

pacto y contrato tácito, adquiere el derecho sagrado y absoluto de que las confidencias que acaba espontáneamente de hacer, serán por siempre jamás cubiertas de un velo impenetrable.

Es inviolable de derecho divino. Por el solo hecho de que Jesucristo instituyó la confesión, debió querer, y quiso en efecto, que fuese posible y a la vez saludable; es lo menos que puede decirse. Ahora bien, es más que manifiesto que no sería ni lo uno ni lo otro, ni saludable, ni siquiera posible, si el secreto que la envuelve con su sombra protectora pudiera revelarse. Ya no habría seguridad; los grandes culpables y las mismas almas timoratas se guardarían muy bien de abrir su conciencia a quien no estuviera obligado a respetar su impenetrabilidad.

Es inviolable de derecho eclesiástico. Celosa de su honor y de la salvación de las almas, cuya guardiana y madre es, la Iglesia ha dictado leyes severas, y ciertamente, en esta materia, no podrían serlo demasiado. La sombra misma de la indulgencia sería un crimen; la Iglesia, pues, ha dictado leyes inflexibles, fuertemente sancionadas, anatema perpetuo... degradación perpetua... reclusión perpetua... para el ministro infiel, tan desgraciado y tan culpable si viola el secreto confiado a su buena fe.

Así, el derecho natural, el divino y el eclesiástico son el triple sello de bronce que protege la conciencia cristiana en el santo Tribunal de la confesión sacramental.

Pero notemos bien que esta ley de inviolabilidad que es de derecho natural, de derecho divino y de derecho eclesiástico, no se presta a ningún acomodamiento, a ninguna amplia interpretación. No, es estricta, absoluta, en el sentido más riguroso de la palabra; no admite la

menor excepción, no hay un solo caso en que no oblige. Dad libre curso a vuestra fantasía; haced todas las suposiciones imaginables.

Por ejemplo: suponed que el confesor comparece ante un jurado, o ante un tribunal de grado inferior, llamado a declarar sobre un crimen o sobre un delito que no conoce más que por la confesión; ¿puede hablar? ¿debe callarse? Debe callarse, y se callará, porque, si sabe algo, no lo sabe más que como Dios, según expresión de santo Tomás, *ut Deus*, es decir, como ministro de Dios. Pero, como hombre, nada sabe, absolutamente nada, y al decir que nada sabe se mantiene dentro de los límites de la más estricta verdad.

Otra suposición: Se trata de un inocente considerado como culpable; la justicia humana, que no es infalible, lo ha condenado merced a falsas imputaciones; quizás va a pagar con su cabeza el crimen que no ha cometido.

Ved ahora una cosa más notable aún: Es un crimen de alta traición, un complot que se trama contra la seguridad del Estado. En estos dos casos, que acabo de suponer, bastaría una palabra del sacerdote para libertar al inocente, o para poner sobre la pista del culpable y evitar una desgracia inmensa, particular o pública. Ahora bien, esta palabra sería reveladora del secreto de la confesión, por lo cual no puede pronunciarla, y no la pronunciará. Aunque se hunda la tierra, aunque cayera el cielo hecho pedazos, no la pronunciará.

Pero aun hay más. He aquí otra suposición más delicada, mil veces más terrible: El mismo sacerdote se ve acusado, su honor está comprometido, su vida amenazada. Si habla, se salva; si se calla, está perdido sin remedio. Pues bien, no podrá hablar, no deberá hablar, no hablará. Depositario del secreto

sacramental, es preciso que sea víctima de él. Con la cabeza bajo la cuchilla, con el cuerpo en la hoguera, no podrá decir, y no dirá, más que las palabras del principio: Es mi secreto, es mi secreto; me lo llevo conmigo, *et dixi: secretum meum mihi, secretum meum mihi*.

Hasta tal punto es inviolable el secreto sacramental. Tan lejos llega la ley que lo protege, porque pienso que no hay necesidad de hacer más suposiciones, ya que, siendo éstas las más rigurosas que pueden imaginarse, las otras no serían manifestamente más que juegos infantiles.

Bien está, me diréis; sobre la cuestión de derecho, nada tenemos que decir. Pero queda otro punto que dilucidar. Una cosa es el derecho, y otra el hecho. El secreto sacramental es inviolable de derecho; esto queda demostrado; pero, de hecho, ¿no ha sido nunca violado?

Pues bien, no, jamás. Desde que Jesucristo dijo a los Apóstoles: Los pecados serán perdonados a aquellos a quienes los perdonaréis, y retenidos a aquellos a quienes los retuviereis, millones y millones de penitentes se han arrodillado a los pies del sacerdote, y se le han hecho las más formidables revelaciones. ¿Se conoce una sola indiscreción? No, ninguna.

Entremos en detalles, pues precisarán el asunto.

¿Qué enfermedad es esa, de especie particularísima, más temible que todas las demás, porque ataca al hombre en la posición mejor y más elevada de su ser? ¿Porventura esos pobres sacerdotes caídos en la demencia, cuya lengua ya no tuvo, para contenerse, el freno de la inteligencia y de la voluntad, revelaron jamás el secreto sacramental? No, jamás: o bien guardaron un silencio obstinado, o bien rechazaron con indignación las

preguntas insidiosas, sacrílegas y burlonas que les hacían.

El sacerdote no es impecable, y cuando cae, cavendo de tan alto, puede descender muchísimo, *corruptio optima pessima*... Se han visto sacerdotes prevaricadores, olvidadizos de su dignidad y de sus deberes, hasta el escándalo, hata sumirse en el cieno, dando al mundo el triste espectáculo de la más irremediable apostasía. ¿Violó alguno de ellos el secreto sacramental? No, ni uno solo.

Ha habido sacerdotes colocados en la dura alternativa de soportar la muerte más atroz, o revelar el secreto de la confesión. ¿Qué eligieron? ¿Acaso no lo sabéis? ¿Quién no conoce la historia de san Juan Nepomuceno? El rey Wenceslao ordenóle que le revelara la confesión de la reina, su mujer... Negóse el santo sacerdote; insistió el rey; vuelve a negarse el santo sacerdote; se obstina el rey; se niega constantemente el santo sacerdote; el rey le amenaza de muerte; san Juan Nepomuceno responde: Mi secreto me pertenece; mi secreto es para mí, *secretum meum mihi, secretum meum mihi*... Al día siguiente, san Juan Nepomuceno, atado de pies y manos, fué abierta la tumba en el Moldau, pero su lengua permaneció dueña de sí misma, y cuando, trescientos años después, fué abierta la tumba del santo mártir de la confesión, aquella lengua discreta apareció a las miradas asombradas de todos, roja y encarnada como la lengua de un hombre vivo. Dios hizo el milagro para vengar a su siervo, y honrar el secreto sacramental, del cual había sido guardián incorruptible.¹

Pero hay algo todavía más terrible que la muerte; el deshonor, la mancha. Ser inocente y pasar por cul-

1. *Hist. Eccl. de Ronka, lib. 81.*

pable, sobre todo en materia criminal, y, como culpable judicialmente, y reconocido como tal, verse deshonrado, manchado para siempre... Sí, la muerte es mucho más preferible. Pues bien, ¿ha habido sacerdotes que, para evitar el deshonor y la mancha de una condenación injusta, hayan violado el secreto sacramental? En respuesta, escuchad el hecho que voy a referiros; es un hecho no antiguo y remonitándose a varios siglos, como el de san Juan Nepomuceno, sino contemporáneo, reciente, casi de ayer; tuvo lugar en 1860, en Polonia, en el gobierno de Kiev, en una parroquia llamada Oratoff. En aquella fecha, y en los lugares dichos, se cometió un asesinato... Perpetrado el crimen, confesóse al punto el asesino con el párroco. La justicia incoó el proceso, como era su deber, y por una fatalidad inadvertida, o mejor dicho, por un secreto designio de Dios, que quería un nuevo mártir del secreto sacramental en la Iglesia, recayeron las sospechas en el pastor mismo. No puede hablar, no hablará... Detenido, juzgado, condenado a prisión perpetua en el fondo de Siberia, pasa el infortunado un año, pasa diez, veinte, envuelto en atroces padecimientos físicos y en padecimientos morales más atroces aún, cuando el 6 de Noviembre de 1880, el verdadero culpable, el verdadero asesino, en las proximidades de la muerte, vencido por el remordimiento, hace llamar a la autoridad judicial, le declara en presencia de testigos, que él es el que cometió el asesinato, el que acusó al párroco, porque sabía que no podía defenderse, el que ocultó detrás del altar el arma instrumento del crimen, para configurar las sospechas sobre la cabeza del supuesto culpable... ¡Qué golpe tan terrible para la justicia! Uno tras otro se despachan a la cartaga correos que llevagan al inocente la feliz nueva de su libertad. ¡Qué hermoso día aquel

en el cual volviera a reunirse con su rebaño! Le espera el triunfo... todo el mundo le festejará. Por desgracia, era ya demasiado tarde. El pobre sacerdote hacía pocas semanas que había muerto, llevándose consigo su terrible secreto sacramental, que a la verdad valióle el cielo, el cielo comprado con veinte años de martirio. (Sacado del periódico *El Mundo*, 1880).

Acabemos esta instrucción con dos reflexiones. La confesión es divina, porque Dios la protege por

modo tan realmente visible, que es, por parte suya, objeto de una providencia especial. El secreto sacramental, condición *sine qua non* de la existencia de la confesión y de su funcionamiento, habiendo tenido sus mártires, como la fe misma, es, como la fe misma, obra de Dios, Dios es quien hizo esta hermosa obra, *a Domino factum est istud*,¹ ya lo sabíamos, no lo olvidaremos.

Tal es nuestra primera reflexión.

La segunda es de orden moral, y la saco del Oficio eclesiástico compuesto en honor de san Juan Nepomuceno, que se recita cada año el 16 de Mayo: *Deus qui, ob invictum Beati Joannis sacramentale silentium, non va Ecclesiam tuam martyrii corona decorasti, da ut ejus res, beatis qui lingua non sunt lapsi, annumeremur*; ¡Oh Dios, que en la persona del bienaventurado Juan, invencible guardián del secreto sacramental, habéis inahucado en vuestra Iglesia un nuevo género de martirio, haced que a ejemplo suyo, y por su intercesión, colocando en nuestros labios una cerradura de seguridad, merezcamos ser contados entre los santos que no pecaron con la lengua.

1. Psal., CXVII.

SERMON DUODECIMO

La Absolución sacramental

Solvite eum et ante abire.
(Joann., c. 17)

La contrición y la confesión de los pecados, necesarias la una y la otra, la primera siempre y en todos los casos, y la segunda por lo menos *en deseo*, si hay imposibilidad física o moral de recurrir a ella, no son más que la *matéria*, y, si puedo hablar así, el *cuervo* del Sacramento. Pero se necesita un *alma* que vivifique este cuerpo, una palabra que se adhiera a esos elementos y constituya el Sacramento, según la expresión de san Agustín. Ahora bien, esta alma vivificante, o esta palabra abundante, es la absolución... Puesto que el orden de las cosas quiere que hablemos de esto, vamos a hacerlo diciendo lo que es la absolución por su naturaleza, es decir, considerada en sí misma, los efectos que provoca, y en qué condiciones los produce.

No será superfluo repetir, por lo menos brevemente, lo que, por su naturaleza, es la absolución, a pesar de haberlo dicho ya en el curso de estas instrucciones: es un acto judicial. En efecto, acabada la confesión, y dados los avisos y consejos, y también las recomendaciones, si hay necesidad de ello, ved lo que hace el ministro del Sacramento, escuchad lo que dice. Lo que hace: levanta la mano en señal de la autoridad de que está revestido; lo que dice: Nuestro Señor te ab-

suelva, y yo, en virtud de los poderes que me ha conferido, te absuelvo, literalmente, te desligo de todo lazo de excomunión y de entredicho, en cuanto puedo hacerlo y te es necesario. Luego, dando a sus palabras un tono más acentuado y solemne, dice: *Te desligo de todos tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. He ahí la fórmula de la absolución, tal es su sentido. Lo repito, es un acto judicial, una verdadera sentencia de desligamiento, y el lugar en que se pronuncia se llama precisamente *tribunal*.

Pero esta absolución, verdadera sentencia, verdadero acto judicial, ¿qué valor tiene? ¿cuál es su trascendencia? ¿qué efectos produce? ¡Ah, luego a Dios, y, con el más vivo deseo de conseguirla, le pido la gracia de exponer con la mayor claridad una de las más saludables verdades de la religión.

En primer lugar, produce un perdón total, una remisión completa del pecado, en cuanto a la culpa y en cuanto a la pena eterna que le estaba reservada. En cuanto a la pena temporal, hablaremos a su hora. Sí, el pecado confesado, y ya expiado en parte por la confesión que de él se ha hecho, es perdonado por la absolución; esta lo disuelve, borra hasta el menor rastro de él, ya no queda nada de él. Ese hombre era pecador; ya no lo es; era enemigo de Dios; ya no lo es. Confesada la Samaritana ya no es mujer ligera, cuyos extravíos relataba todo el mundo. Confesada y absuelta la mujer adúltera, ya no es aquella esposa infiel que los judíos querían lapidar. Confesada y absuelta María Magdalena, ya no es la pecadora desecada conocida como tal en toda la ciudad. Confesado y absuelto el Ladrón, ya no es aquel malvado célebre, al cual sus fechorías habían conducido al cadalso. Se ha obrado en ellos, y se obra en todos los verdaderos penitentes,

una transformación, una especie de metamorfosis hecha todavía más sensible por san Juan Crisóstomo meteced a una comparación tan exacta como ingeniosa. Os gustará conocerla. Los animales recibidos por Noé en el Arca, dice, no cambiaron por ello de naturaleza; el lobo continuó lobo; el gavián, gavián; pero en la Iglesia, de la cual el Arca de Noé no es más que imperfecta imagen, el lobo se convierte en oveja, y el gavián, en paloma... Lo mismo piensa san Agustín, cuando dice de Jesucristo, autor y dispensador de la gracia justificante: ¡Qué cordero el que, mordido por los lobos, cambia los lobos en corderos, *occisus agnus a lupis, et faciens agnos de lupis*!

Esto quiere decir, si lo entendemos, que por la absolución sacramental, el pecador, no solamente es indulgado del pecado cometido y de la pena merecida, sino restablecido también en el estado primitivo, vuelto ante Dios a su *buena reputación y fama*, como decía nuestro antiguo. Derecho en otro orden de cosas; para decirlo todo en una palabra, rehabilitado; semejante, si es lícito comparar los efectos de la gracia divina con los efectos de la gracia humana, a esos culpables que la sociedad amnistía, y a quienes, al mismo tiempo que el perdón concedido, devuelve todos sus derechos civiles y políticos, para gozar de ellos como anteriormente, y ejercerlos en plena libertad y en la medida que les plazca, porque todas las incapacidades y todas las inhabilitaciones han sido levantadas.

Sí, lo afirmo, tal es la nueva condición del pecador arrepenrido, confesado y absuelto: rehabilitación, gracia completa, plena amnistía. Y si todavía dudáis de ello, si pensáis que exagero, si necesitáis una prueba más convincente aún y sin réplica... leed la parábola

1. Citado por el *Brev. Rom.*, 25 Januarii, Lectio 2.

del hijo pródigo. ¿Hubo jamás una vida más cargada de pecados? ¿en dónde hallar una culpabilidad más grande, con más funestas consecuencias y humanamente contrito y arrepentido, hace el pobre pródigo la humilde confesión de sus faltas, aun antes de acabar, exclama su padre: Pronto, pronto, tráigasele su primeres días de su inocencia; póngasele en el dedo un rico anillo, símbolo de su libertad reconquistada, y en los pies el calzado de honor que llevaba antes en mi casa; prepárese un festín suntuoso, al que sean invitados nuestros vecinos y parientes, y que la más suave sinfonía anime esa comida de familia, porque mi hijo estaba perdido, y se ha encontrado, estaba muerto, y ha resucitado, *perierat et revixit, mortuus erat et inventus est!*... Hay que leer en el santo Evangelio y por entero este incomparable relato; nada tan conmovedor como él. Pero no olvidéis que es una parábola, y que detrás otros personajes que figuran en este pequeño drama, hay que esta página del Evangelio, tantas veces explicada y comentada por los grandes Doctores de la Iglesia, no es más que la pintura viva, elocuente de Dios que en su derecho, del pecador perdonado; de Dios ahijando cobrando todas sus prerrogativas, hallando de nuevo todos sus derechos anteriormente adquiridos. Lo repito: la gracia es completa, la amnistía, total; es la rehabilitación.

Pero estos efectos que la absolución produce, ¿en qué condiciones los produce? Mejor dicho, y para dar

1. Luc. XV, 24.

a esta cuestión un carácter más particular y práctico, ¿a quién los confiere?

La doctrina teológica responde: *rite confessio*; es decir, a los que hacen una buena confesión, una confesión humilde, sencilla, prudente y sobre todo, completa, que comprenda todos los pecados mortales sin excepción, su número aproximado, y sus circunstancias, por lo menos las que cambian la especie del pecado, *rite confessio*: a los que, bien confesados unen a la confesión que hacen de sus faltas, una contrición verdadera de estas mismas faltas con la intención formal de no recaer en ellas, *legitime dispositio*.

A todos los otros, es decir, a los que no tienen, ni confesión sincera, ni contrición verdadera, no les es debida la absolución.

Para entrar en detalles que nunca serán inútiles y que el Ritual Romano autoriza, diremos que:

No se debe la absolución a los que no dan signo alguno de arrepentimiento, *qui nulla dant signa doloris*;¹

No se debe la absolución a los que no quieren privarse de sus odios y enemistades, *qui odia et inimicitias deponere noluunt*;²

No se debe la absolución a los que no quieren restituir los bienes ilegítimamente retenidos pudiendo hacerlo, *aut aliena restituere, si possunt*;³

No se debe la absolución a los que no quieren quitar la ocasión próxima del pecado, ni corregirse de sus malos hábitos *aut proximam peccandi occasionem deserere et vitam in melius emendare*;⁴

No se debe la absolución a los que habiendo dado escándalos públicos, se niegan a repararlos publica-

1. Rit. Rom., de sacr. Poenit.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*
4. Rit. Rom., de sacr. Poenit.

mente aut qui publicum scandalum dederunt, nisi publice satisfaciunt et scandalum tollant.

Finalmente, no se debe la absolución a los que han cometido actos pecaminosos de tal gravedad, que, para obtener el perdón, han de recurrir a una jurisdicción superior, la del obispo, o la del mismo Papa, *neque etiam absolvat (sacerdos) eos quorum peccata sunt superioribus reservadas?*

Y si los penitentes de una o de otra de estas categorías obtienen subrepticamente la absolución que no les es debida, esta absolución es mala, sacrilega, y añade a la suma, ya grande, de los pecados, un nuevo pecado que la hace mayor aún.

Terminemos con las palabras que iniciaron esta instrucción, palabras que se refieren a uno de los hechos más admirables del Evangelio.

Lázaro había muerto, y después de envolverlo en una sábana y ligarlo con fajas a la manera de los orientales, pusieronlo en el sepulcro. Hacía cuatro días que estaba en él, cuando llegó el Señor, y poniéndose delante de la piedra que cerraba la entrada de la tumba, dijo al muerto: Lázaro, sal fuera... Habiéndose levantado el muerto, añadió Jesucristo, dirigiéndose esta vez a sus Apóstoles: Desatadlo, y que se vaya en libertad, *solvite eum et sinite abire*. Obedecieron los Apóstoles, y habiendo desatado las ligaduras que lo tenían cautivo, Lázaro se fué: estaba vivo y libre.

Todo este undécimo capítulo de san Juan es admirable, y entendido en su sentido literal, como debe serlo desde el principio, ha ofrecido materia a los más hermosos comentarios. Pero ¿sería temerario ver en él

1. Rit. Rom., de sacr. Poenit.
1. *Ibid.*
3. JOANN., XI, 44.

también otro sentido diferente del literal, un sentido figurado acomodado maravillosamente a nuestro querido Sacramento de la Penitencia? No, no lo creemos.

Permitido es ver en Jesús llegando al sepulcro de Lázaro para arrancarlo a las sombras de la noche y al trabajo de corrupción ya empezado en su cuerpo, la gracia esforzándose en turbar el sueño de la muerte del pecador, y llamándolo al arrepentimiento.

Lázaro saliendo de la tumba a la voz del divino Maestro, que así se lo manda, pero todavía ligado con las fajas, ¿no es el pecador que sale de la tumba de sus pecados, o mejor dicho, haciendo salir sus pecados de su conciencia, por la confesión que hace de ellos, pero sin verse aún justificado por ello?

Y los Apóstoles que, al mandato del Maestro, y por el poder que les da, desligan a Lázaro, y le devuelven la libertad, ¿qué representan sino los ministros del Sacramento de la Penitencia pronunciando la absolución sobre los penitentes confesados y arrepentidos, la absolución, que es una verdadera sentencia de desligamiento, la absolución, que obra lo que significa: la libertad después de la esclavitud, la vida después de la muerte?

En el capítulo undécimo no se habla más de Lázaro, pero en la página siguiente reaparece, pues le vemos concurrir a la última cena de Jesús en Betania. Lázaro era uno de los que se sentaban a la mesa con Jesús, *Lazarus vero erat unus ex discumbentibus cum eo*¹; lo que hace decir a san Agustín, comentando este pasaje: *vivebat, loquebatur, epulabatur, veritas ostendebatur*²; vivía, hablaba, comía, resplandecía la verdad; en otros términos, ejecutaba actos de resucitado.

1. JOANN., XII, 2.
- Tract. 50, in JOANN.

¡Plegue a Dios que los penitentes arrepentidos, confesados, absueltos y hablando, verdaderamente resucitados a la vida de la gracia que habían perdido por el pecado hagan actos de resucitados y vivientes, sobre todo obras satisfactorias, obras de las cuales vamos a hablar en la instrucción siguiente.

SERMON DECIMOTERCERO

La satisfacción sacramental

Facile erit fidelibus persuadere quam necessarium sit, ut poenitentes in hoc satisfactionis studio se exercent.
(Cach. Rom., c 24)

El pecador está contrito, confesado y absuelto; entre Dios que perdona y el pecador que se arrepiente, no está todo terminado. A pesar de que Dios nos concede su misericordia, quedamos obligados para con su justicia. De aquí que, a la contrición, que detesta el pecado, a la confesión, que lo declara, y a la absolución, que lo perdona, haya que añadir la satisfacción, que lo repara. Tal es el asunto que vamos a tratar en la presente instrucción.

Definamos la satisfacción con santo Tomás: la reparación del mal causado, *injuriae illatae compensatio*; o bien; el pago íntegro de la deuda contraída por el pecado. Tal es el texto del Catecismo Romano, que da sin tardanza la razón de la palabra y de la cosa; porque, añade, nada falta al que tiene lo suficiente, está satisfecho, *est satisfactio rei debita integra solutio, nam cui satis est, ei nihil vultur deesse*!

Ahora bien, la satisfacción así entendida y comprendida, no es dudosa que debe ofrecerse a Dios por el mismo pecado perdonado, y debe reparar la injuria de que ha sido objeto, porque si la absolución borra el

1. Cat. Rom., cap. 24.

pecado en cuanto pecado, si perdona la pena eterna que le es debida. Dios no abandona enteramente todos sus derechos, y queda por satisfacer una pena temporal, es decir, limitada en su duración.

En primer lugar, la sagrada Escritura nos proporciona la prueba de esto en todas las páginas; basta abrir las para verlo.

El primero de los prevaricadores, el gran culpable que arrastra en su ruina toda la masa del género humano condenado con él, *totius generis humani massam damnatam*, Adán, es perdonado; pero ¡qué penitencia le es impuesta!... El trabajo, el padecimiento, la muerte misma!

Un día de su larga y laboriosa vida, peca Moisés por incredulidad y desfallecimiento; el Señor le perdona, pero su justicia tendrá una satisfacción: aquella tierra prometida y tan deseada; aquella tierra chorreante de leche y miel, hacia la cual camina durante cuarenta años, será vista por Moisés desde lo alto de una montaña, pero no entrará en ella.²

El rey David, no menos ilustre penitente que salmista inspirado, culpable de dos crímenes enormes, ¿se considera como en paz con la justicia divina, aun después de haber obtenido el perdón de Dios por conducto del profeta Natán? No, ciertamente, sino que se despoja de las insignias de la dignidad real, se viste rudo, cilicio, duerme sobre el desnudo suelo, mezcla ceniza al pan que come, y lágrimas a su bebida.³ Sólo después de tan dura penitencia se da por plenamente justificado.

En segundo lugar, la Iglesia misma lo prueba de dos maneras: con su conducta y con su doctrina.

Con su conducta: desde los primeros siglos, dicta

1. Gen., III.
2. Deut., XXXII.
3. Psal., CI.

sus cánones penitenciales, tan rígidos y de aplicación tan inflexible, pero también, digámoslo muy alto con la historia en la mano, tan provechosos, ya al antiguo mundo pagano que, al abandonar sus errores para abrazar la santa y verdadera doctrina del Cristianismo, no siempre abandonaba vicios cuyas raíces databan de cuarenta siglos; ya al mundo nuevo, a aquellos bárbaros que entraban en tropel en la Iglesia, verdad es, pero llevando con ellos sus pasiones hasta entonces indomadas y sus espíritus indóciles, siempre dispuestos a convertirse en herejes, desde el día siguiente de su bautismo. Jamás encarecerá suficientemente la historia los felices efectos de aquella fuerte disciplina, de aquel rudo tratamiento medicinal aplicado por la Iglesia; y si hoy, porque los tiempos han cambiado, o porque el temperamento algo envejecido de la sociedad cristiana no podría soportar tanta severidad, ha modificado su legislación penal, desea vivamente, y el Catecismo Romano hace de ello una regla para los pastores, que las penas antes infligidas por los antiguos cánones, sean recordadas a los penitentes, a fin de que, pecando sus faltas en esta balanza, conozcan mejor su gravedad. Hay que citar todo este texto, pues el interés que ofrece es demasiado considerable para omitirlo: *ut hac regula peccata metiri videantur, et poenitentes scelerum suorum gravitatem magis agnoscant, operae pretium erit interdum eis significare, quae poenae quibusdam delictis, ex veterum canonum praescripto, constitutae sint*!

Con su enseñanza. Escuchad a sus doctores más autorizados.

San Agustín, dirigiéndose a Dios, le dice: Perdonáis, Señor, al que confiesa sus pecados, pero no lo perdona

1. Cat. Rom., cap. 24.

nás sino en cuanto se castiga a sí mismo, *ignoscis confitentí, sed se ipsum punientí*!

San Juan Crisóstomo se vale de esta comparación, que hace evidente y palpable esta verdad; Así como no basta sacar la flecha del cuerpo, sino que es preciso además curar la herida que la flecha hizo en el cuerpo, así también, después de recibir el perdón de los pecados, conserva el alma una llaga que debe ser curada por la penitencia².

San Gregorio el Grande dice lo mismo con más detalles: Así como la mano no borra lo que ha escrito al dejar de escribir, ni la lengua repara simplemente callándose los ultrajes que hizo hablando, ni un hombre cargado de deudas las paga dejando de contraer otras nuevas; así también, no se expían los pecados cesando únicamente de cometerlos, sino que hay que repararlos con las lágrimas y trabajos de una verdadera penitencia³.

Tal es la doctrina de la Iglesia; tal es su conducta. De aquí que, inspirándose en la una y resumiendo la otra, ordene el gran Concilio de Trento a los confesores, como deber de primer orden, que impongan a los penitentes satisfacciones *convenientes y saludables*; convenientes, es decir, en relación con la calidad y número de los pecados; saludables, es decir, vindicativas, en primer lugar, y restablecedoras de los derechos de Dios por el castigo de los pecados que fueron violación de ellos; y también medicinales, no sólo en cuanto propios para curar el mal, sino también en cuanto puedan impedir su vuelta. De lo contrario, añade la santa Asamblea, tolerarían el pecado, y por cuan-

1. *In Psal. L.*
2. Citado por el *Cat. Rom.*, cap. 24.
3. Lib. 9, Moral.

to desligarían indebidamente los otros, se ligarían ellos mismos!

Por consiguiente, penitente contrito, confesado y absuelto, repara la injuria hecha a Dios por el pecado mismo ya perdonado; acepta de buena voluntad la penitencia sacramental que el confesor te imponga, y cúmplala *lo mejor que puedas*.

Lo mejor que puedas, es decir, personalmente. La deuda es personal; el pago debe ser personal; no puede encargarse a otro.

Lo mejor que puedas, es decir, puntualmente, sin cambiar nada. La imposición de la penitencia sacramental es, en el sacerdote confesor, el ejercicio del poder de atar; es un acto judicial; no potestativo en el que está sujeto a su jurisdicción, esto es, en el penitente, modificarlo a su antojo.

Lo mejor que puedas, es decir, sea la que sea, ligera, si es ligera, larga si es larga, difícil y laboriosa si es difícil y laboriosa. Aun en este último caso, con nuestra legislación penitencial actual muy suavizada, no será, por mucho que sea, más que sombra de las antiguas penitencias canónicas.

La mejor que puedas, es decir, pronto, sin tardanza, ya para no dejar el Sacramento incompleto, aunque válido, y privado por largo tiempo de una de sus partes integrantes; ya para no exponerse a hacerlo en un nuevo estado de pecado mortal. A la verdad, y en todo rigor, la obligación quedará cumplida, pero la obra no tendrá mérito alguno a los ojos de Dios; será una obra muerta.

¿Basta esto? Quisiera afirmarlo, y seguramente lo afirmaría, si la penitencia sacramental fuera siempre proporcionada a la calidad y cantidad de los pecados

1. Sess. 14, cap. 8.
- SACRAMENTOS - 23

que hay que expiar; en otros términos, si fuera vindictiva y medicinal en grado suficiente. ¿Lo es en efecto?... Me serviré de las palabras del Apóstol y de una de sus más bellas imágenes: Sobre el fundamento, que no es otro que el mismo Jesucristo, el cual no debería llevar como edificio edificado sobre tal fundamento más que oro, plata o piedras preciosas, no elevemos una pobre construcción de madera, heno y hojarasca¹.

A la satisfacción sacramental, probablemente insuficiente, ya por la indulgencia del confesor, ya por nuestra culpa, añadamos, pues, satisfacciones suplementarias: *El ayuno*, es decir, obras de mortificación interiores y exteriores... *La limosna*, es decir, obras de misericordia espiritual y corporal... *La oración*, es decir, obras de piedad y de religión... He ahí los tres remedios eficaces que podemos oponer a la triple concupiscencia de los ojos, de la carne y del espíritu², estas tres enfermedades, como las llama el Catecismo Romano, de donde proceden todos los males del alma tan numerosos y pululantes³.

Añadid también las satisfacciones que Dios mismo nos impone, y que sólo de nosotros depende que nos sean meritorias merced a una franca aceptación de ellas: el trabajo de cada día, los reveses de fortuna, las enfermedades, con su cortejo obligado de padecimientos, los disgustos interiores, tanto más dolorosos cuanto más ocultos, las calumnias, las injusticias, los desprecios humillantes, y sobre todo la muerte, esta grande y suprema penitencia impuesta al hombre en satisfacción de sus pecados... *Est quedam misericordia*

1. I Cor., III, 12.
2. I Joan., II, 16.
3. Cat. Rom., cap. 24.

saeviens, dice un Padre antiguo. Sí, hay misericordia aun en las severidades de la justicia. Porque nos ama y quiere salvarnos, nos envía Dios males, y nos pone, por decirlo así, en la mano la moneda corriente para facilitarnos el pago de nuestra deuda; nuestro corazón se abre con demasiada inconsideración a la actividad, y nuestros labios a la murmuración; por lo menos nos cuesta mucho hacer de la necesidad virtud. Pero en el cielo le veremos, y la eternidad no será demasiado larga para dar gracias al Señor por haberlo dispuesto todo en favor nuestro, aun los males, sobre todo los males, a fin de ponernos, al precio de penas momentáneas y ligeras, en posesión de un peso inmenso de gloria¹. ¡Ah, cuán bien lo entendía san Agustín, y cuán poco lo entendemos nosotros, cuando, iluminado por esa luz verdadera, alguno de cuyos rayos quisiera yo que brillaran ante vuestros ojos, exclamaba: Señor, durante el tiempo presente, cortad, rajad, trabajad en lo vivo, con tal que nada padezca durante la eternidad, *hic ure, hic seca, modo parcas, ut in aeternum parcas*.

¿Basta ya con esto? No, todavía no... La deuda es doble, y diferentes los acreedores. No basta satisfacer a Dios, hay que satisfacer también al prójimo, y reparar los perjuicios causados. Le habéis perjudicado en sus bienes robándole, reparad; le habéis perjudicado en su alma descariándolo con malos consejos, o con malos ejemplos, reparad; le habéis perjudicado en su honor, que es su segunda vida; esas palabras de detracción, de calumnia o de simple maldicencia, a pesar de que, como decía un antiguo, no tienen asas para recogerlas, esto es, a pesar de que son difícilmente reparables, reparadlas, desaprobadas, restableced al prójimo en su primer estado. Dios puede muy bien,

1. II Cor., IV, 17.

en ciertos casos, mediante ciertas condiciones, sobre todo merced a esas admirables substitutiones de que hablaremos pronto, desprenderse de una porción de sus derechos personales; pero los derechos de un tercero, los derechos del prójimo, son otra cosa... En ningún caso, fuera del de imposibilidad absoluta, es permitida ni autorizada su relajación, y la frase de san Agustín, convertida en axioma teológico, será siempre ley, cualquiera que sea la extensión que se le dé: *non dimittitur peccatum, nisi restituatur ablatum*; si lo que se ha arrebatado al prójimo no se le devuelve, no se perdona el pecado.

¡Oh admirable legislación! Digámoslo muy alto al resumir esta instrucción, y al echar una mirada retrospectiva sobre las precedentes, aun a riesgo de repetirnos algo. ¡Oh qué admirable legislación es el sacramento de la Penitencia, bien entendido, bien administrado, bien recibido! ¿Hay algo más moralizador? ¿Hay algo más decisivo para la enmienda de los individuos, de las familias, de una parroquia, de la sociedad en general? ¿No lo veis? Preciso es que el acusado ante este tribunal se examine concienzudamente, que visite los pliegues y repliegues más ocultos de su alma, que escudriñe, no solamente sus acciones y palabras, sino también sus mismos pensamientos y sus más íntimos deseos. Los pecados cuidadosamente inquiridos, debe detestarlos, debe tener una contrición sincera de ellos, y la firme resolución de obrar mejor en adelante; debe confesarlos fielmente, totalmente, uno por uno, en detalle, cualquiera que sea su número y su enormidad; finalmente, debe repararlos en cuanto son injuriosos y perjudiciales al prójimo. Sólo mediante estas condiciones es válida la absolución sacramental y produce sus efectos. Lo repito, ¡qué admirable

legislación! En vez de los sarcasmos y menosprecios de que es objeto, ¿no es merecedor, por lo contrario, el Sacramento de la Penitencia, de un tributo de homenaje por parte de los que tienen o se atribuyen la misión de regenerar a los pueblos?

Por lo menos, nosotros demos gracias a Dios, demosle gracias muy rendidas, por haber dado a la Iglesia y al mundo institución tan saludable. Usemos de este remedio eficaz y divino. Acercuémonos a este tribunal, que es a la vez un tribunal de justicia y de misericordia.

fieles que por él intercedieron, cuanto por causa de sus obras satisfactorias personales.

En los siglos II y III, Tertuliano y san Cipriano en Africa nos muestran algunos cristianos, caídos en pecado grave, aun en el de apostasía, indultados de sus penas por la Iglesia y reintegrados a la sociedad de los fieles por recomendaciones escritas, y, si puedo llamarlas así, por las *cartas a cuenta* que les fueron entregadas por los mártires retenidos en las prisiones, o marchando al suplicio¹.

Vemos después que los soberanos pontífices, Urbano II y otros, declaran que, para los peregrinos de Tierra Santa, visitando el sepulcro de Nuestro Señor tan sólo por motivos religiosos—esta restricción es formal, *pro sola religione, non pro honoris vel pecunie adeptione*,—su piadoso y difícil viaje equivaldría a toda la pena en que habían incurrido por sus pecados, *iter illud pro omni poenitentia reputatur*².

En el siglo XIV, la doctrina de la Iglesia relativa a las indulgencias se nos presenta substancialmente la misma que en los siglos precedentes, y así, todo fiel que ayudara, con sus limosnas y su trabajo manual, a edificar una iglesia o fundar un hospital, o concurriera a abrir un camino, o a construir un puente, recibía un perdón más o menos considerable de la pena debida por sus pecados; de lo contrario era deudor de ella hasta su completo pago³.

Pero estas indulgencias concedidas por la Iglesia en virtud de un derecho cuyo ejercicio se remonta, según la tradición, hasta los tiempos apostólicos; ¿qué son en el fondo? Entramos aquí en lo más vivo del asunto, por lo que debemos precisar.

1. *Hist. Ecclés. de Rohrb.*, lib. 29.
2. *Diction. de théol.* de Goshler, t. II p. 395.
3. *Défense de la symbolique*, par Moehler, t. III, p. 338.

SERMON DECIMOCUARTO

Las Indulgencias

Ita qui gratia divina praediti sunt, alicuius nomine possunt quod Deo debetur persolvere; quare fit ut quodam pacto aliter alicuius onera portare videatur.

(*Catech. Rom.*, c. 24)

Me alegro de encontrar en el Catecismo Romano un texto claro y preciso que me abra la puerta para hablaros de las indulgencias. Este punto de doctrina, además de ofrecer un interés real, se relaciona muy estrechamente con el Sacramento de la Penitencia, y particularmente, con la satisfacción, de la cual son como el complemento las indulgencias. Por ambos motivos debía tener cabida en nuestras instrucciones.

Antes de entrar en el fondo del asunto, digamos que la Iglesia se cree en posesión del derecho de conceder indulgencias. El santo Concilio de Trento, órgano infalible de la verdad en esta materia, como en todas las sometidas a su examen, pronuncia el anatema contra el que se atreva a enseñar lo contrario¹.

Digamos también que este derecho, en cuya posesión, se cree, lo ejerció siempre la Iglesia en todos los lugares. Desde la cuna del Cristianismo, perdona san Pablo, al incestuoso de Corinto, y le perdona el castigo en que había incurrido, tanto por consideración a los

1. *Sess.* 25.

La Iglesia enseña que, así como todo Estado organizado posee un tesoro público, alimentado por todos y provechoso a todos, así también la sociedad divinamente instituida, perfecta en su orden, y provista de todos los órganos propios de un funcionamiento regular, posee por modo semejante, y tiene a su disposición, un tesoro, de especie particular, ya que ella misma es una sociedad de índole propia y distinta.

Enseña, pues, que ese fondo de reserva, ese tesoro, para conservar el término consagrado, se compone de los méritos de Jesucristo, los cuales, siendo infinitos, habrían sido más que suficientes para rescatar miles de mundos, aun más culpables que el nuestro; de los méritos superabundantes, y, como los llama un autor¹, *supernumerarios*, de los santos de todo orden, de los justos de todo tiempo, que, viniendo a juntarse a los méritos de Jesucristo, sin añadirles nada—pues nada se añade a lo infinito—sacan, con todo, un valor extenso de esta unión misma.

Enseña también que, conceder indulgencias, es abrir ese tesoro, sacar y tomar de él los méritos de Jesucristo, los cuales, lo repito, siendo infinitos, no pueden agotarse y no se agotarán jamás, los méritos de los santos, los cuales, siendo supernumerarios, es decir, superando la medida exigida de satisfacción, no pueden, con todo, ni deben, si vale la expresión, quedar sin empleo, y aplicar estos méritos de una y otra procedencia a los penitentes *contritos y confesados*, a fin de que, mediante estas substitutiones y esta reversibilidad, puedan más fácil y prontamente pagar a Dios la deuda, quizás enorme, contraída por sus pecados. Enseña igualmente, con el Catecismo Romano, uno de sus órganos más autorizados, que para el fiel que

1. Bulvar.

hace profesión de creer el *Credo*, y todo el *Credo*, esta doctrina no puede ni debe ser objeto de la menor duda, porque se une con los más estrechos lazos al artículo del símbolo llamado la comunión de los santos *nec vero de hoc cuiquam fidelium dubitandi locus relictus est, qui in Apostolorum symbolum, sanctorum communionem confitentur*¹; y que el incrédulo mismo, si quiere hacer uso legítimo de su razón, ha de verse impulsado a admitirla, porque la razón halla en el orden natural las mejores y más numerosas analogías para hacerla plausible y muy aceptable.

¿Es que no hay solidaridad en el cuerpo humano y reciprocidad de servicios entre todos los miembros que lo componen? Los ojos ¿no conducen los pies? ¿no defienden las manos la cabeza? ¿no comunica el estómago, que recibe el alimento y lo digiere, fuerzas a todo el organismo?

Por ventura, en una familia, ¿no perdona el padre a un hijo culpable por intención y en consideración a los méritos de uno de sus hijos, del que está satisfecho?

Acaso, en un reino, ¿no hay por modo semejante reversibilidad de los méritos de una cabeza sobre otra? ¿No concede el príncipe un empleo o no perdona una pena, a este o al otro, para recompensar en su persona la fidelidad y leales servicios de uno de sus antepasados?

Es que, en una sociedad industrial o comercial, los productos y ganancias ¿no se reparten entre los coasociados y se pagan del tesoro común los *deficits* y las pérdidas?

Pues bien, del mismo modo en la Iglesia, que es un

1. Cat. Rom., cap. 24.

vaso cuerpo, todos los miembros se ayudan mutuamente.

En la Iglesia, que es una familia, los más ricos en méritos, los justos, dan a sus hermanos más pobres, a los pecadores, algo para saldar con la justicia divina.

En la Iglesia, que es una sociedad en la que se trafica para el cielo, los productos, las ganancias, se reparten entre todos, en razón de sus aportaciones, es decir, de sus obras meritorias, y las pérdidas se pagan del fondo de reserva.

En la Iglesia, que es un reino, Dios, que es el rey, gratifica, recompensa a este o al otro de sus súbditos en consideración a tal o cual cuyos servicios aprecia.

Ahora bien, a este orden de ideas se refiere su doctrina de las indulgencias, y estas analogías son muy útiles para darnoslas a entender.

Los cristianos de Corinto eran más ricos en bienes temporales que los cristianos de Jerusalén; pero en cambio, éstos, más fervientes en su fe, superaban en méritos a aquéllos; san Pablo, pues, escribiendo a los primeros, exhortándolos a dar limosnas a los segundos, les dice: Vuestra abundancia temporal supla a su indigencia temporal, a fin de que vuestra indigencia espiritual sea consolada con su abundancia espiritual, y haya así compensación e igualdad, *vestra abundantia illorum inopiam suppleat, ut et illorum abundantia vestrae inopiae sit supplementum, ut fiat aequalitas*¹. Aplicad este pasaje de san Pablo al asunto que nos ocupa, entendedlo en sentido únicamente espiritual, y tendréis una idea verdadera de la comunión de los santos en general y de las indulgencias en particular: la abundancia espiritual de los unos suple la indigencia de los otros,

1. II Cor., VIII, 14.

como, en el orden temporal, la abundancia de los ricos suple la indigencia de los pobres.

Leemos en el capítulo XLI del Génesis que, habiendo Dios revelado a José, futuro intendente de Egipto, que habría siete años de gran abundancia, seguidos de siete años de espantosa esterilidad, dijo José: Hagamos un fondo de reserva, un inmenso almacén de aprovisionamiento: con el excedente de las cosechas durante los años de esterilidad¹. Aplicad también aquí este hecho bíblico, entendedlo en su sentido figurado, y en ese inmenso aprovisionamiento destinado a alimentar todo un país desolado por el hambre, tendréis una imagen de ese rico tesoro compuesto por los méritos de Jesucristo y de los santos, que Dios ha constituido y con el cual ha dotado a su Iglesia, a fin de enriquecer nuestra pobreza, añadir a nuestras obras, con frecuencia demasiado imperfectas, lo que les falta para ser suficientemente satisfactorias y amortizar enteramente nuestra deuda.

Nos limitamos a esta exposición. ¿No es suficiente para todo espíritu recto y justiciero? ¿Quién no ve que no hay absolutamente nada de común entre la doctrina verdadera de la Iglesia sobre este punto y la que le achaca la herejía y la mala fe? ¿En dónde se ha visto que las indulgencias suplan a todo, y que, sólo por medio de ellas, pueda uno evitar el infierno y ganar el cielo? ¿Quién enseñó jamás que bastan ellas para exonerar a los pecadores y justificarlos plenamente, siendo así que la Iglesia exige, como condición esencial para aprovecharse de ellas, el arrepentimiento verdadero, la confesión sincera de los pecados, la absolución sacramental, y, en muchos casos, alguna obra de piedad

1. GEN., XLI.

y misericordia? Si en el curso de los siglos ha habido abusos, la Iglesia ha sido la primera en lamentarlos; sus soberanos pontífices y sus concilios nada tomaron tan a pecho como remediar esos abusos. Más explícito todavía que todos los otros sobre este punto, el santo Concilio de Trento, en su memorable sesión vigésimo-quinta, después de pronunciar el anatema contra el que sostenga que las indulgencias son inútiles, y que la Iglesia no tiene derecho de concederlas, quiere y ordena que se ponga en esto prudencia y consideración, de conformidad con el uso establecido en todo tiempo por la Iglesia, por miedo a que demasiada facilidad en concederlas, debilite la disciplina eclesiástica, y que, si algunos abusos se han introducido en esta materia, se diferan por los obispos a juicio del soberano pontífice.

Sería inútil llevar más lejos esta apología. Ya mejor instruídos, en vez de empeñarse en hallar a la Iglesia en falta, esforcémonos en aprovecharnos de las ventajas que nos ofrece. Siendo como somos pecadores, y, por tanto, deudores, saquemos de su tesoro, bebamos de esta fuente. Indulgencias parciales, indulgencias plenarias, gracias todavía más abundantes de los jubileos... procurémoslos, según la necesidad, todos estos valores espirituales provenientes de las satisfacciones infinitas de Jesucristo, de las satisfacciones supernumerarias de los santos, mediante el cumplimiento de las condiciones exigidas para obtenerlos.

¡Ah, cuán bueno es Dios! ¡Qué acreedor tan complaciente! Que persiga con odio perfecto al pecador; que exija hasta el último óbolo el pago íntegro de la deuda proveniente de la ofensa, nada más natural; Dios no sería Dios si no obrara así. Pero no deja de amar al pecador, porque con la única condición de un pe-

1. Sasa. 25.

queño censo, le facilita el pago y pone en su mano el precio de su rescate...

Es el encuentro, en un mutuo abrazo de la justicia y de la misericordia; el divino salmista lo cantó por adelantado: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi, iustitia et pax osculae sunt*¹; pero estaba reservado al nuevo pueblo de Dios verlo y gozar de él...

1. Psal., LXXXIV.

SERMON DECIMOQUINTO

Liturgia del Sacramento de la Penitencia

Confiteor Deo omnipotenti... et tibi
Pater...

(Ritual Romano)

Damos hoy nuestra última instrucción sobre el Sacramento de la Penitencia. Hemos hablado de la contrición, del examen de conciencia, de la confesión, de la satisfacción, de la absolución; todas estas cosas van a reaparecer, pero esta vez en acción, en la manera como es administrado el Sacramento de la Penitencia. No podríamos terminar este asunto sin tratar de ello, no parte por parte, sino en su hermoso conjunto. Empecemos.

Antes de recurrir al Sacramento de la reconciliación, el penitente entra dentro de sí mismo; pasea la antorcha de la más escrupulosa investigación por todos los pliegues y rincones de su conciencia. Su examen está hecho.

Pero no basta con que conozca sus pecados, pues sabe que, para su justificación, es necesario el arrepentimiento y la contrición, de tal modo indispensable, que nada puede sustituirla; la pide, pues, a Dios con confianza y amor, la excita en sí mismo por los motivos más propios para hacerla nacer, y ahora que tiene la seguridad moral de poseerla en grado suficiente, se dispone a confesarse.

Por su parte, el ministro del Sacramento está dis-

puesto para recibir sus confesiones. Preparado desde larga fecha a tan terribles funciones, pero siempre penetrado de esta idea expresada por un gran papa, esto es, que la conducción de las almas es *la primera y más difícil de las artes*, acaba de pedir gracia y asistencia en una ferviente plegaria. Ha llamado en su auxilio a la divina Sabiduría, que preside los consejos eternos¹, y no debe ser extraña al juicio del confesor; porque es preciso que al desatar a los demás, no se ate él mismo; es preciso que permanezca puro al contacto de las conciencias más manchadas, y que el polvo que se desprende, aun de las simples imperfecciones humanas, polvo que él debe barrer, no caiga sobre sí mismo.

Está, pues, dispuesto: revestido del ornamento sagrado², siéntase en su tribunal; tribunal especial, del cual está alejado todo ruido, y al cual cubre y protege el secreto más sagrado y más impenetrable, pero dispuesto, por otra parte, de tal suerte que sea fácilmente accesible a todas las miradas: así lo quieren las santas y sapientísimas reglas canónicas, *sedes patienti, conspectu et apto Ecclesiae loco positae*³.

Llega el penitente, se arrodilla, se signa en nombre de las tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; pide y obtiene la bendición del sacerdote, y por todo general al principio, siguiendo una fórmula que sólo la costumbre nos priva de hallar admirable, se confiesa: a *Dios todopoderoso*, quizás más padre que Dios, y más misericordioso que poderoso... a *la bienaventurada siempre Virgen María*, y ciertamente podemos añadir siempre buena, siempre clemente y la mejor abogada de los pecadores... a *san Miguel Arcángel*, el mis-

1. Sapient., IX, 4.
2. Rit. Rom., de Sac. Poenit. Ord. ministrandi.
3. *Ibid.*

mo que, comisionado para recibir las almas, *ad animas suscipiendas*, será también nuestro defensor ante otro tribunal más severo mil veces, en el día formidable del juicio final... *a san Juan Bautista*, del cual se dijo que *ningún hombre fué mayor que él*, porque entraba en sus dichosos destinos, no solamente profetizar de lejos como los antiguos videntes de Israel, sino demostrar de cerca y hacer tocar como con el dedo al Cordero redentor, *ecce Agnus Dei... a san Pedro*, quien fué el primero, y con anterioridad a todos los otros Apóstoles, que recibió las llaves del reino de los cielos, con poder de cerrar y abrir, *tibi dabo claves regni coelorum... a san Pablo*, y a todos los santos, de los cuales dijo Nuestro Señor que se alegran más *por un solo pecador y penitente*, que por noventa y nueve justos que perseveran...; finalmente, *al mismo sacerdote*, al que da el nombre de *padre*, y lo es, en efecto, y quizás, si es necesario, será *madre*, según las palabras de san Carlos Borromeo a sus sacerdotes: *Sed padres, y, si es preciso, sed madres...*

¿Qué es lo que confiesa? Que ha pecado de pensamiento, palabra y obra... mucho... demasiado, *nimis*... Jamás fué más exacta ni mejor empleada una palabra. Cuando uno peca, es siempre demasiado, *nimis*... Aunque no cometiera uno más que un solo pecado, y este pecado único no fuera más que venial, sería demasiado, *nimis*.

Queda hecha la confesión general, pero no basta. Ha llegado el momento de acusar los pecados, todos los pecados sin excepción, de sacarlos uno por uno de la conciencia que los soporta, *omnia et singulari*. El

1. MATT., II, 2.
2. LUC., XV, 10.
3. Sess. 14, cap. 7.

santo Concilio de Trento lo ordena y la naturaleza de los poderes de que está investido el sacerdote, lo exige. Juez de las conciencias, preciso es que pronuncie juicios equitativos y motivados; médico de las almas, preciso es que pueda distinguir entre lepra y lepra, y dar a cada una el remedio que le conviene; árbitro entre Dios y los hombres tiene el deber de mantener en el fiel la balanza entre la justicia y la misericordia, de tal suerte que mire a la vez por el honor de Dios, que debe vengar, y por la salud de las almas, que debe procurar en la medida de sus fuerzas.

Pero si el sacerdote confesor tiene derechos que ejercer, no menos tiene deberes que cumplir.

Le está prohibido, en el curso de la confesión, *interrumpir al penitente, interpelarlo, hacerle más preguntas que las que sean necesarias o útiles, y sobre todo reprehenderle*. Léanse sobre este punto los tratados de teología y sobre todo, el Ritual Romano¹, que los resume, y se verá lo sabia que es la Iglesia en sus prescripciones, y hasta qué punto respeta las conciencias y trata con miramiento la excesiva delicadeza de los penitentes. ¿Quién ha dicho que la Iglesia católica es la escuela más grande de respeto que hay en el mundo? Jamás fué más verdadera ni mejor dicha semejante frase; los tiempos venideros quizás se encarguen de justificarla más todavía. Cuando ya no se vean en parte alguna el respeto y la obediencia, ni en la sociedad, ni en la familia, los conductores de pueblos y los amos de casa pedirán a la Iglesia lo que las leyes puramente humanas, y una educación llena de lagunas, no habrán podido darles.

Por lo contrario, en vez de rechazar al penitente con excesos de severidad, o simplemente con falta de con-

1. Ord. ministrandi Sacri. Poenit.

sideración, debe el confesor excitar su confianza, *fiduciam ei praebeat*¹; insinuarle, lo mejor que pueda, que haga la confesión de sus faltas con la mayor sinceridad, *et humaniter suggerat ut omnia peccata sua rite et integre confiteatur*²; esforzarse en conjurar esa vergüenza irracional y diabólica—el Ritual Romano la califica exactamente como lo hemos hecho nosotros en una instrucción anterior,—que oprimiendo el corazón y cerrando la boca, trocaría en veneno mortal el remedio destinado a curar, *remota stulta illa quorundam veneratione, qua praepediti, suadente diabolo, peccata confiteri non audent*³.

Y cuando el penitente haya terminado la confesión de sus pecados, cuando se golpee el pecho, como para castigar su corazón por haberlos cometido, mostrará con el gesto y las palabras que lo acompañan, que toma sobre sí solo y a su cargo personal la responsabilidad de sus actos. Los fatalistas son los que no tienen vergüenza en enseñar que estamos encadenados por las leyes inexorables de un ciego destino; que no podemos querer más que lo que queremos, ni hacer cosa distinta de lo que hacemos... Los materialistas, de los cuales, por desgracia, está lleno el mundo, son, pues, los que nos hacen el insultante honor de asimilarnos a las bestias... Sistemas monstruosos, tanto como abyectos, que, si llegaran a prevalecer, serían la ruina, no sólo de toda religión, sino de la misma sociedad humana. Porque, en fin, si no tenemos alma, si no somos más que materia, si no fuéramos más que como máquinas bajo el imperio de las leyes fatales, ¿en dónde está el vicio? ¿en dónde la virtud? ¿en dónde el mal? ¿en dónde la

1. Rit. Rom., *ibid.*
2. *Ibid.*
3. Rit. Rom., ord. minist. Sacri. Poenit.

responsabilidad moral? ¿es más culpable el asesino que mancha sus manos con la sangre de su semejante, que el puñal de que se ha servido? Por tanto, y para volver al santo Tribunal de la penitencia, ¿hay mejor lección, no sólo de religión, sino sencillamente de buena filosofía, que ese *por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa*... Pronunciado por el cristiano que se confiesa e imputa a sí mismo los pecados de que se acusa? Entonces, y sólo entonces, es cuando el confesor, siempre padre, a la verdad, pero también juez, médico y doctor no menos que juez y padre da sus advertencias, prodiga sus consejos, hace las correcciones y reprimendas que juzga necesarias o útiles, traza con mano segura las reglas de conducta para lo por venir, fortalece la voluntad, si le parece inconstante, endereza la imaginación, cuyos extravíos son tan funestos, muestra el peligro donde está, indica los medios que hay que tomar para prevenir las recaídas, y, finalmente, hecho esto, impone la penitencia que hay que cumplir; una penitencia vindicativa; sí, las santas reglas canónicas la exigen en castigo del pecado, *ad praeteritorum peccatorum castigationem*¹; una penitencia medicinal; sí, las santas reglas canónicas la exigen, para prevenir la vuelta de esos mismos pecados, *ad novae vitae remedium*²; pero, al propio tiempo que medicinal y vindicativa, siempre conveniente, tal como la prudencia y la caridad se la sugieran, *teniendo presente el estado, condición, sexo, edad y disposiciones del penitente*³. ¡Oh admirable legislación del Sacramento de la Penitencia! Sin repetir lo que hemos dicho en la penúltima instrucción, limitémonos por hoy a esta juiciosa observación

1. Rit. Rom., ord. minist.
2. *Ibid.*
3. Rit. Rom., *ibid.*

de un sabio apologeta: Si los sectarios o nuestros modernos filósofos hubieran hallado algo semejante en la mitología pagana, en algún gnóstico, o Apolonio de Tiana, se hubieran quedado asombrados, y no hubieran tenido expresiones suficientemente pomposas para encajarlo; pero por lo mismo que esta legislación tan profunda y sublime, tan poderosa y a la vez tan suave, es la de la Iglesia católica, no tienen más que desdén en el corazón e ironía en los labios cuando hablan de ella... (Moehler).

Ahora, pues, que todo está terminado y que los elementos que constituyen la materia del Sacramento, cada uno en su orden, son perfectos, llega el alma para animar ese cuerpo; la sentencia va a ser pronunciada. Si no temiese rebasar la medida, trataría de explicar, para ser completo, una por una, todas las palabras de la sentencia.

Yo, dice el sacerdote, *ego*, yo, hombre como vosotros, pero, por otra parte, representante de Dios, investido de todos sus derechos, y ejerciéndolos en su lugar y puesto, yo te absuelvo, te desligo, *ego te absolvo*!

Arrastrabas una pesada cadena, la cual, por uno de sus extremos, estaba fija y como soldada al infierno; queda rota, *ego te absolvo*.

Eras un hijo perdido, sin derechos ya a la herencia paterna; ya estás reintegrado y convertido en ciudadano de la patria celestial, *ego te absolvo*.

No me habléis ya de muerte y pecados... La muerte ya no existe; pecados, ya no los hay; son como si nunca hubieran existido. Confesado y absuelto, ¿es todavía David un adúltero y un homicida? Confesado y absuelto, ¿es todavía Pedro el discípulo traidor a su Maestro? Confesada y absuelta, ¿es aún María Magda-

1. Rit. Rom., *ibid*.

lena la famosa pecadora conocida en toda la ciudad? No, porque lo característico de la absolución es borrarlo todo, reducirlo todo a la nada, hacer del hombre viejo una nueva criatura, *ego te absolvo a peccatis tuis*.

Ahora bien, estas palabras tan sencillas, pero tan grandes en sus efectos, ¿en nombre de quién las pronuncia el sacerdote? ¿En nombre de su obispo, del cual tiene sus poderes de orden y jurisdicción? No; esto sería muy poco... ¿En nombre del papa, jefe de los obispos, pastor de los pastores? Es más, pero es aún muy poco... ¿En nombre de la Iglesia universal? No, no es suficiente todavía... En nombre de Dios mismo, en nombre de toda la adorable Trinidad, en nombre del Padre que creó a este pobre pecador, y lo recibe de nuevo como hijo suyo; en nombre del Hijo, que lo rescató sobre la cruz y lo rescata aún con la virtud eternamente eficaz de su sangre; en nombre del Espíritu Santo, que lo santificó en el día de su bautismo, y viene de nuevo a habitar en su alma, *ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*.

He ahí la sentencia, tal como es pronunciada en el tribunal, reconciliador de la Penitencia, enteramente inspirada por la caridad, totalmente impregnada de misericordia y operando todo cuanto expresa.

Y ahora ¡oh penitente contrito, confesado y absuelto, ahora que sales del santo tribunal, ¿qué vas a hacer? ¿Te retirarán al punto? ¿Te parecerás a esos nuevos leprosos!—nueve entre diez—del Evangelio que, curados, empleemos el término del texto sagrado, *limpios* de sus llagas y úlceras, no hallaron en su corazón ni en sus labios una *palabra de gratitud* para su divino médico Jesús?

1. Luc., XVII, 17.

¡Ah, no; todavía permaneceréis algunos instantes en el lugar santo; os desahogareís ante el Señor en agredimiento y acción de gracias; tomaréis del sublime *Magnificat* algunas de sus mejores estrofas: Mi alma glorifica al Señor, *Magnificat anima mea Dominum*... y esta otra: *Mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío*; y también esta otra: *Porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas*. En efecto, nada más grande hay que, de un pecador, esclavo del demonio, condenado al infierno, se haga un hijo de Dios, un hermano de Jesucristo, un heredero del reino celestial.

Si, haced esto; y mientras lo hacéis, el sacerdote, ministro del Sacramento, que también ha salido del confesonario, se ha quitado sus ornamentos sagrados, y se ha arrodillado en un rincón de su iglesia, no lejos, por lo general, del tribunal en que pronuncia sus sentencias, zás bañado en lágrimas, las palabras del padre del hijo pródigo: *Este hijo... este hijo de Dios estaba perdido y se ha hallado, estaba muerto y ha resucitado*... A Dios Padre la gloria; a Dios Hijo la gloria; a Dios Espíritu Santo la gloria, *Gloria Patri, et Filio et Spiritui Sancto*...

1. Luc., I, 46 y sig.
2. Luc., XV, 32.

LA EXTREMAUNCIÓN

SERMON PRIMERO

Noción del Sacramento de la Extremaunción. Sus efectos

Infirmatur quis in vobis, inducat presbyteros Ecclesiae, et orant super eum, ungentes eum oleo in nomine Domini, et Oratio fidelis salvabit infirmum, et alleviabit eum Dominus, et ei in peccatis suis, dimittentur ei.

(Jacob, V, 14 y 15)

Deseo de la Iglesia, expresado por el grande y santo Concilio de Trento¹, es que, a la exposición de la doctrina del Sacramento de la Penitencia, siga la del Sacramento de la Extremaunción, que los Padres miraron siempre como la consumación, no sólo de la Penitencia, sino también de toda la vida cristiana, la cual debe ser una penitencia perpetua.

Habiendo hablado la Iglesia por uno de sus órganos más autorizados, deber nuestro es deferir a un deseo que proviene de semejante fuente.

Para hacer una exposición clara, substancial y tan completa como sea posible de la doctrina católica referente a la Extremaunción, empezaremos por decir que es un verdadero Sacramento, esto es, un rito sagrado que significa la gracia y la produce merced a una virtud que le es propia.

1. Sess. 14, post cap 9, in proem.

Diremos después que es un sacramento, como todos los otros, instituido por Jesucristo. Si el Evangelio se muestra casi mudo sobre el lugar y tiempo de la institución, la verdad no es menos patente por ello. Basta que la unción que se hace a los enfermos fuera puesta por Santiago, uno de los Apóstoles, como productora de la gracia, para que su origen sacramental, no pueda ser discutido, siendo, como lo es, Jesucristo el único autor de la gracia, y el único con derecho para hacer la elección y reglamentar el empleo de los medios por los cuales es conferida.

Diremos, por fin, que la Extremaunción es un Sacramento completo; en otros términos, que posee todas las partes constitutivas de un Sacramento: materia, sujeto apto para recibirlo, ministro apto para conferirlo.

La *materia*, o para servirnos de la palabra varias veces empleada en el curso de estas instrucciones, el cuerpo del Sacramento, es el óleo sagrado aplicado por la unción, que saca de su propia naturaleza y de la bendición solemne que lo consagra, maravillosa aptitud para significar la gracia.

La *forma*, o si lo queréis, el alma que vivifica este cuerpo, es la oración que acompaña a la unción y obra lo que expresa: *Por esta santa unción y por su piadosísima misericordia, te perdona el Señor todos los pecados que has cometido por tus sentidos*!

El *sujeto* del Sacramento es todo cristiano bautizado, lo bastante enfermo para ser juzgado en peligro de muerte, el cual más que nunca tiene necesidad de ser purificado de sus pecados antes de comparecer ante Dios.

Finalmente, el *ministro* es el sacerdote. El texto de

1. Rit Rom. de Extr. Unct.

Santiago es formal: *infirmatur quis in vobis, inducat presbyteros Ecclesiae, et orent super eum, unguentes eum oleo in nomine Domini*!. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con el óleo en el nombre del Señor... En verdad que ha sido preciso que la herejía desplegara toda su sutileza y toda su habilidad para torturar los textos, para ver en éste otros ministros del Sacramento que los mismos ministros de la Iglesia, *presbyteros Ecclesiae*.

He ahí la Extremaunción. Repito que es un Sacramento provisto de todos sus órganos. Y ahora que es llamado a funcionar, ¿qué efectos va a producir? Siendo, como dice el santo Concilio de Trento, la consunción de toda la vida cristiana... y estando destinado a hacernos pasar de la vida de la gracia a la vida de la gloria, del tiempo a la eternidad, ¿no tendremos interés en conocerlo?

En primer lugar, la Extremaunción borra por sí misma y directamente los pecados veniales, esas mil faltas diarias que tan fácilmente cometemos, y de las cuales nos arrepentimos por lo general muy poco, pero de las cuales nos será preciso dar cuenta exacta al Soberano Juez. Si tuviéramos una fe más esclarecida y más activa; si, menos distraídos por las cosas exteriores, y menos accesibles a la fascinación que ejercen, no perdiésemos de vista que los pecados veniales son pasibles de las penas del Purgatorio, las cuales, aunque limpiadas en duración, no por ello son menos formidables, no tendríamos tiempo bastante para agradecer a la Divina Misericordia la institución de un Sacramento destinado a librarnos de ellas, y a limpiarnos del polvo de los pecados veniales, polvo del cual, aun el

1. Jacob, V, 14, 15.

viajero más solícito no logra siempre preservarse; tal es la observación de san León: *necesse est de mundano pulvere, etiam religiosa corda sordescere*!

En segundo lugar, la Extremaunción borra aun los pecados mortales, si no en virtud de su institución, al menos accidentalmente, en ciertos casos excepcionales. Por ejemplo, un enfermo privado del uso de sus sentidos no está en condiciones para confesarse, y, por el mismo hecho, no puede recibir directamente el perdón por medio del Sacramento de la Penitencia; pero si interiormente se arrepiente de sus pecados, si tiene contrición de ellos, aun cuando sólo sea imperfecta, la Extremaunción le remite todos sus pecados, ya mortales, ya veniales, todos sin excepción, *quidquid deliquit*, en cualquier estado pecaminoso que se encuentre, *si in peccatis sit*... ¡Ah, cuán bondadoso es Dios! Aun cuando lo dijéramos siempre, nunca lo diríamos bastante. Más padre que todos los padres juntos, teniendo más interés por nuestra salvación que nosotros mismos, ha multiplicado ante nuestros ojos, y con visible profusión, los medios de conseguirla. Volviendo ahora al asunto que tratamos, fácil es concluir de lo que acabamos de decir, cuánto importa hacer que los enfermos reciban la Extremaunción, aun aquellos, sobre todo aquellos que no pueden recibir otro sacramento. Toda esperanza de salvación no está perdida para ellos; les queda un gran recurso; y sin haber entrado en los secretos de Dios, estoy convencido de que hay en el cielo gran número de elegidos que no deben su elección más que al Sacramento de la Extremaunción... Si, por lo general, la Extremaunción es el complemento del Sacramento de la Penitencia, y lo supone, es también su suplemento, en

1. Citado por el *Brev. Rom.*

caso de necesidad, y lo reemplaza en cuanto a los efectos.

Pero aun hay más. No sólo la Extremaunción perdona los pecados, sino que también borra sus reliquias, tal es la doctrina de la Iglesia, *reliquias peccatorum abs-tergit*.

Por reliquias del pecado, hay que entender, en primer lugar, la pena temporal debida al pecado, la cual sobrevive a la absolución, y puede subsistir y quedar por pagar, aun después de la satisfacción sacramental, aun después de las satisfacciones voluntarias, por expiatorias que sean; y, llegando hasta el fin, aun después de una indulgencia plenaria merecida y obtenida, porque, limitándonos a esta última suposición, no sabemos, ni podemos saber, si toda la pena canónica perdonada por la indulgencia plenaria es la medida puesta y adecuada de la pena, real en que se ha incurrido ante Dios, y de la cual somos deudores a su justicia... Pero, si recibo el Sacramento de la Extremaunción en las mejores disposiciones posibles; si el óleo santo, acompañado de la oración del ministro, se vierte sobre mi cuerpo; si la gracia santificante y purificante que produce, o que aumenta, se introduce en mi alma, pasando por las cinco puertas de los sentidos, hasta entonces abiertas con demasiada frecuencia al pecado... quedo plenamente justificado ante Dios, saldado con su justicia, y el cielo me pertenece para gozar de él al punto.

En segundo lugar, por reliquias del pecado es preciso entender las consecuencias del pecado, es decir, ese conjunto de cosas que sobrevienen al pecado, aun perdonado, como las cicatrices sobrevienen a las heridas, aun curadas, aun curadas; y, en particular, como lo explican graves teólogos, las enfermedades del cuerpo,

que se hacen entonces tan intensas y tan abrumadoras, que más de una vez, sin la gracia del Sacramento, no podrían soportar los enfermos sus agujones, ni llevar su pesada carga, *infirmities*; como también los desfalcimientos del alma, que apenas conserva el imperio de sí misma, y se muestra más impotente que nunca para hacer actos de algún valor para su eterna salvación, *torpor, languor ad bonum*; como igualmente las aprensiones de la muerte, que, si antes se entreveía de lejos, muéstrase ahora en el umbral *in januis*, envuelve en circunvalaciones cada vez más estrechas, y hace más terribles los juicios de Dios, juicios que, si en otros tiempos impresionaban poco, hasta el punto de pronunciar quizás la frase del impío: ¿Qué quiere de mí ese visionario?; las cosas con las cuales nos amenaza no se cumplirán tan pronto, *in tempora longa iste propheta!*..., ahora, vistos de cerca, son muy propios para causar mortal espanto, hasta el punto de atemorizar a los mismos santos, aun cuando están ya purificados por larga vida de penitencia, *timor et alia similia*?; finalmente, y sobre todo, las empresas tan terrible del demonio, *demon insidians*, el cual, en aquellos momentos, se convierte en *legión*, para posesionarse de un alma que le pertenece, o que, habiéndole pertenecido por mucho tiempo, la cuenta como suya.

¡Oh, cuán terrible es el día último, y, en el último día, el último cuarto de hora!

Pero si ese cristiano moribundo, que agoniza y lucha

1. Ezech., XII, 27.
2. GURV. He aquí el texto entero del eminente teólogo: "Absterisio reliquiarum peccati, quae sunt non solum poenae peccato debita, sed etiam animi anxietates, infirmitates, languor ad bonum, torpor, timor et alia similia, quae ex peccatis contrahuntur" (t. 2, p. 478).
3. *Catech. Rom.*, cap. 25.

1.—NOCIÓN DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN 381

con fuerzas manifestamente desiguales, recibe la Extremaunción, como todavía puede recibirla; si el óleo santo y santificante riega sus miembros; si las oraciones de la Iglesia, sobre todo la oración sacramental, se dicen sobre él y para él, cambia al punto el aspecto del combate, son consolados los padecimientos o por lo menos, se hacen meritorios por la franca y generosa aceptación que hace de ellos, se calman los temores, se desvanecen los desfallecimientos, se reaniman las fuerzas espirituales, la resistencia al demonio se opera con una facilidad hasta entonces desconocida, se mira con ojos seguros y confiados lo por venir, y si ese pobre enfermo ha de morir, morirá en la paz, se extinguirá en el beso del Señor, *in osculo Domini*, como dicen las sagradas Escrituras, y cuando la muerte, dejando sentir sus más próximos ataques, se apreste a darle su último golpe, si el cristiano pudiera expresar aún por la palabra los íntimos sentimientos de su alma, le oíríais exclamar, como en otra ocasión san Jerónimo: No sabía que fuera tan dulce morir...

Terminemos esta instrucción exponiendo los efectos del Sacramento.

La Extremaunción, que borra todos los pecados veniales, y, en ciertos casos, los mismos pecados mortales, remite la pena que les es debida, priva al demonio de su poder para dañar, fortalece al alma contra los terrores de la muerte y las justas aprensiones de los juicios de Dios. La Extremaunción posee también la virtud de curar el cuerpo y devolverle la salud, si Dios la juzga útil para la salvación del alma. ¿Por qué no había de ser así? ¿No es Dios todopoderoso, como es enteramente misericordioso? Si ha unido una virtud medicinal y curativa a ciertos minerales, a ciertas plantas, ¿por qué no había de unir una virtud curati-

va a las sagradas unciones? ¿Es lo uno más difícil que lo otro? O si no se quiere admitir el milagro directo, la derogación formal de las leyes de la naturaleza, ¿qué impide admitir el milagro indirecto y de segundo grado? ¿Con qué derecho se realizaría la intervención de Dios produciéndose de otro modo, su acción, por ejemplo, sobre la inteligencia del médico, aguzándolo y haciéndolo más sutil en el diagnóstico de la enfermedad, más avisado en la elección y empleo de los remedios? Sea por uno o por otro medio, el Sacramento tiene esta propiedad; este punto de doctrina es absolutamente cierto; por otra parte, el hecho existe, y no hay sacerdote alguno, por poco tiempo que lleve en su ministerio, que no pueda ofrecer el testimonio de que, enfermos desahuciados de los médicos han debido su restablecimiento y curación a la recepción de la Extremaunción.

Es, pues, un prejuicio detestable, inventado por el espíritu de la mentira y demasiado fácilmente acogido por la credulidad popular, que los Sacramentos hacen morir... Esto, no sólo es un prejuicio, sino una falsedad, ya que, habiendo sido instituidos, en primer lugar, para la salvación de las almas, y luego para la curación de los cuerpos, más de una vez han conseguido este segundo resultado, después de declararse imponente la medicina.

La conclusión práctica de esta instrucción será, pues, la siguiente: no temáis, no desconfiad, ni para vosotros, ni para los demás, estos remedios divinos. En las proximidades del peligro, pedidlos prontamente y con insistencia. Rogad al que os asista que busque a los ministros sagrados, que son sus depositarios. Lo que debéis hacer por vosotros, hacedlo por los demás, por vuestros parientes y amigos. Procuradles estos benditos

Sacramentos, dotados de tanta eficacia. Emplead a este efecto todas las industrias del celo y de la caridad. Si no obráis así, caerá sobre vosotros terrible responsabilidad. No basta amar a los nuestros en cuanto al tiempo: sobre todo hay que amarlos para la eternidad.

SERMON SECUNDO

Liturgia del Sacramento de la Extremaunción.

Pax huic domui, et omnibus habitantibus in ea.

(Rit. Rom.)

Hemos visto ya cuál es la naturaleza de la Extremaunción, y cuáles son sus efectos. Su naturaleza: la Extremaunción es un sacramento completo: materia, forma, institución, ministro para conferirlo, sujeto para recibirlo; nada le falta. Sus efectos: la Extremaunción borra los pecados veniales, siempre, y, en ciertos casos, los mismos pecados mortales, perdona la pena temporal que les es debida, dispone al enfermo a morir santamente, fortaleciéndole contra los temores de la muerte, y contra las asechanzas del demonio, nunca tan terrible como en estos momentos supremos. Hoy, para conformarnos con los deseos de la Iglesia, que recomienda a los pastores que expliquen a sus pueblos la liturgia de los Sacramentos, procuraremos resolver las tres cuestiones siguientes relativas a la administración de la Extremaunción:

- ¿Qué hace el sacerdote que da la Extremaunción?
- ¿Qué debe hacer el enfermo que la recibe?
- ¿Qué deben hacer los padres y amigos que asisten a ella?

En primer lugar, ¿qué hace el sacerdote que administra la Extremaunción? Ya en la casa, y revestido de los ornamentos sagrados, de conformidad con la fun-

ción que va a desempeñar, desea que la paz sea en aquella casa y en todos los que la habitan, *pax huic domui, et omnibus habitantibus in ea*... ¿Hay algo más conmovedor? Y sobre todo, ¿hay algo que sea más capaz de desvirtuar esos odiosos prejuicios que la credulidad popular acepta tan fácilmente y conserva con obstinación contra este Sacramento? No, en esta circunstancia, como tampoco en cualquier otra, el sacerdote no es mensajero de la muerte; no, su ministerio no es más que ministerio de caridad, y el mensaje que lleva, no es otro que un mensaje de paz: paz a esta casa y a todos los que la habitan, *pax huic domui, et omnibus habitantibus in ea*².

Desada y dada la paz, hace el sacerdote la aspersión con el agua bendita, tan terrible para los espíritus de las tinieblas, recita de rodillas varias oraciones rituales, todas llenas de la más tierna y compasiva caridad; pronuncia en alta voz el *Confiteor*, que no es otra cosa que la confesión general de los pecados; confiere al enfermo las bendiciones y absoluciones que acaban de prepararlo a la gracia del Sacramento, y, finalmente hace las santas unciones en forma de cruz³—este signo adorable de la Redención no es extraño a ninguna función litúrgica,—por consiguiente, las hace en forma de cruz en los ojos, en los oídos, en las narices, en la boca, en las manos, en los pies, diciendo: Por esta santa unción y por su piadosísima misericordia, te perdone el Señor todos los pecados que has cometido por estos sentidos, *per istam sanctam unctionem, ac suam piissimam misericordiam indulgeat tibi Dominus quicquid per visum... deliquisti*⁴.

1. Rit. Rom., ord. minist. Sac. Extr. Unct.
2. Rit. Rom., *ibid*.
3. *Ibid*.
4. Rit. Rom., *ibid*.

Administrado el Sacramento, no por ello queda terminado el ministerio del sacerdote. En un momento u otro de la santa función, saca de su corazón el ministro sagrado palabras de caridad para confortar al querido enfermo, para alentarle, prevenirlo contra los últimos ataques del vagabundo que no ha abandonado sus pérfidos designios; le presenta el crucifijo, para que, en sus languideces, o en sus crueles padecimientos, recorra al divino Consolador que esta imagen representa. Si es costumbre, como se practica en varios lugares, pondrá en sus manos una vela encendida, símbolo de fe y de esperanza. Antes, en un tiempo de nuestros padres, más piadosos y creyentes que nosotros, era esta precisamente la vela que había sido bendita en la fiesta de la Candelaria. ¿Por qué asombrarse de ello? La vela de la Candelaria ¿no está, en efecto, cargada de gracias, aunque de segundo orden? ¿No es apta, según el tenor de las oraciones de la Iglesia, para procurar bendiciones particulares a los cristianos que la guardan en sus casas, o que la llevan consigo, *así por tierra como por las aguas*, como dice la Liturgia?¹ ¿No se impone su uso, mejor que en cualquier otra circunstancia, en el momento de la gran partida para la Eternidad?

Después de esta digresión, que ciertamente no os desagradará, volvamos al sacerdote, ministro del Sacramento. Empezó por la oración, y terminará con la oración. Todavía artodilado, y siempre suplicante, conjura de nuevo al Señor que mire con ojos favorables las debilidades del enfermo, que le devuelva la salud del cuerpo y la del alma, a fin de que, restablecido, por su misericordia, pueda reanudar sus anteriores

1. *Missale Rom.*, in die 2 februar.

res trabajos, *prístina officia*¹. Las últimas oraciones son particularmente admirables, y más apremiantes aún: el enfermo es designado por su nombre, no ya el que lleva en la sociedad de los hombres, sino aquel por el cual fué inscrito en la milicia cristiana en los días, ya lejanos quizás, del Bautismo o de la Confirmación... Señor santísimo, Padre todopoderoso, Dios eterno que, derramando la gracia de vuestra bendición sobre los enfermos, conserváis a vuestras criaturas con mil bondades, estad atento a la invocación de vuestro nombre; mostraos favorable a nuestra oración; librad a vuestro siervo, y vuestra mano le saque de su lecho de dolor, y vuestra fuerza le conforte, y vuestro poder le defienda, y devolvedle a vuestra Iglesia con todos los bienes que deseamos para él. Por Nuestro Señor Jesucristo.²

Veanos ahora lo que debe hacer el enfermo que recibe el Sacramento de la Extremaunción.

Antes de recibirlo, debe hacer una buena confesión, una confesión sincera de sus faltas. La Extremaunción supone y requiere el estado de gracia, pues si en ciertos casos, sustituye al Sacramento de la Penitencia, no es más que accidentalmente y por excepción.

En segundo lugar, mientras recibe las santas unciones, excite el enfermo en sí mismo sentimientos de fe viva, de confianza en la debida misericordia; cuando el sacerdote ora, ore con él; cuando el sacerdote recita el *Confiteor*, recítele también, él es el primer interesado; cuando el sacerdote hace la unción en cada sentido y pronuncia la fórmula sacramental, diga el enfermo, con el corazón, si no puede con la boca: Los innumerables pecados que he cometido con los ojos, con la lengua, con el oído, con el olfato, con el tacto,

1. *Rit. Rom.*, ord. minist.
2. *Rit. Rom.*, *ibid.*

con todos mis sentidos internos y externos, perdóname los, señor mío Jesucristo, Dios de misericordia; de ellos sinceramente me arrepiento. En el momento en que comparezca ante Vos, veo, a la luz de la fe, cuán pecador e ingrato he sido.

En tercer lugar, después de recibir la Extremaunción, ¡é al enfermo gracias, a Dios por el bien que acaba de hacerle; no tenga otra mira que la de la eternidad; a ejemplo de los antiguos patriarcas, considere la muerte, si ha de venir, con santa intrepidez, *spiritu magno vidit ultima*¹; y como san Martín, con los ojos y las manos elevadas al cielo, no cese de dirigir a Dios sus más confiadas oraciones, *oculis ac manibus in coelum intentus, invictum ab oratione spiritum non relaxabat*²; c. bien, si posa una vez más su mirada sobre la tierra, sea para cumplir el último y supremo deber... El patriarca Tobías, según leemos en los sagrados libros, tenía ciento dos años de edad, y a punto de morir, hizo que se acercase a la cabecera de su cama su hijo con sus siete hijos, y los hijos de sus nietos, *filius nepotum suorum*³, y extendiendo ante ello sus manos en actitud de bendecir, dijo: Escuchad a vuestro padre, *audite ergo, filii mei*: servid al Señor con sincero corazón, y estad cómo hacer lo que le es agradable; encomendad a vuestros hijos que hagan obras de justicia, y den limosnas; que tengan presente a Dios, y le bendigan en todo tiempo con sincero corazón y con todo esfuerzo. ¡Qué palabras y qué ejemplo! ¿Vió jamás la tierra tan hermoso espectáculo?

Y ahora, si os place, atravesad siglos y regiones; pasad de las antiguas edades a la gran era cristiana,

1. EccI., XLVIII, 27
2. Brev. Rom. in festo sanct. Mart.
3. Tob., XIV, 5.

del Eufrates a la costa africana, de Nínive a los muros de Tínez, del año del mundo 3385, al año de Jesucristo 1270. Un rey muere cubierto de ceniza; es un rey de Francia, san Luis... Ha pedido y recibido con la fe más ardiente el santo Cuerpo de Nuestro Señor; ha respondido por sí mismo a las últimas oraciones con voz tan firme como si hubiera dado órdenes. Le queda por cumplir el último deber. Todo el ejército ora anegado en lágrimas. Luis hace que se acerque Felipe de Francia, su hijo primogénito. Va a hacer un testamento real; no es posible leerlo sin llorar: Querido hijo, todas, todas las bendiciones que un padre tierno y cariñoso puede dar a su hijo... Sé compasivo con los pobres, con los humildes, con los desgraciados, y confortalos y ayúdalos cuanto puedas... Muéstrate inflexible en la administración de la justicia, consueta a tu pueblo, consérvale sus franquicias, escucha sus quejas, sé liberal de tu bien y fuerte conservador del de tu reino... Recomiéndale además la moderación en los deseos, el celo por la gloria de Dios, la piedad que hace a los buenos reyes, un afecto sin límites y una adhesión inviolable a la Santa Iglesia Romana...

¡Ah cristianos! ¿Qué os parece? No lo niego: el modelo es demasiado grande y elevado. Pero si, por la gracia de Dios, no disponéis de un cetro, ni de un Estado; si vuestros hijos no han nacido en las gradas de un trono; si no podéis ser un san Luis, nada impide que seáis un Tobías, y que, como este anciano patriarca, no reunáis en torno de vuestro lecho a vuestros hijos y a vuestros nietos, a todos los vástagos nacidos de vuestra sangre, para bendecirlos, hacerles vuestras recomendaciones, dirigirles un supremo adiós, o me-

1. Hist. Eccl., de Rohrb., lib. 74.

jor, para darles una *suprema cía* en un mundo mejor. Pero lo entenderéis fácilmente: para hacer todo esto, como también para recoger con más seguridad y abundancia los frutos del Sacramento, hay que estar en pleno conocimiento, en entera posesión de uno mismo. ¡Ah, cuán funesta y condenable es la costumbre, que con tanta frecuencia ha prevalecido hasta aquí, y cada día propende a difundirse más, de no administrar los Sacramentos al enfermo mas que cuando ya no es dueño de sí mismo, cuando ya no está en posesión de sus facultades... ¡Sí, costumbre funesta y condenable, ya que, para ahorrarle algunas pasajerías conmociones, se pone en peligro su eternidad. Sí, costumbre funesta, condenable y condenada, porque es doctrina unánime de los teólogos que no debe esperarse a última hora para recibir los Sacramentos.

Hemos dicho ya lo que hace el sacerdote que da la Extremaunción, y lo que debe hacer el enfermo que la recibe. Queda la tercera y última cuestión: ¿qué deben hacer los asistentes?

Me dirijo, en primer lugar, a vosotras, mujeres cristianas; preparad—este deber os incumbe particularmente, y el cuidado con que de ordinario lo cumplís, os honra mucho—todo lo necesario para la administración del Sacramento; extendad un lienzo blanco en una mesa decente; disponed sobre esta mesa el crucifijo, el crucifijo de familia, que ya quizás ha recibido los últimos besos de varias generaciones; colocad a derecha e izquierda dos cirios encendidos, y si es posible, la vela de la Candelaria; tened preparada agua bendita, e hisopo, el algodón en rama para enjugar los miembros del enfermo después de la unción, la miga de pan y el agua, para purificar los dedos del ministro.¹ Y no se

1. Rit. Rom., odr. minist.

diga que son estos detalles vulgares, pues importan mucho a la buena administración del Sacramento y al respeto que se le debe. ¡Cuántas veces se entristecen los pastores al ver que nada se ha preparado, que ni siquiera se ha previsto nada! Se corre atropelladamente a buscar agua bendita, a que se les preste un crucifijo. ¡Ah, qué lastimoso es que, en una casa cristiana, no haya agua bendita, ni el signo sagrado de la Redención! ¡Cuán lamentable es que se vean obligados a pedir prestado un crucifijo!

En segundo lugar, los que asistís a la Extremaunción, ya como parientes, ya como amigos, orad por el enfermo; la caridad os obliga a ello, no menos que la religión: es un padre, una madre, un pariente, un amigo; está en el dintel de la eternidad; orad por él. Más todavía; en caso de necesidad, sugerid a ese querido enfermo algunas buenas ideas inspiradas por la fe; cuando acercándose la última hora, se entable la lucha decisiva entre la vida y la muerte, a falta del sacerdote, retenido quizás por su ministerio en otra parte, haced la recomendación del alma, recitad esas admirables oraciones, en cuya redacción la Iglesia se ha superado en cierto modo a sí misma. Sal de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios Padre omnipotente que te creó; en el nombre de Dios Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; en el nombre del Espíritu Santo, que te santificó... Parte, alma cristiana; acompañante los ángeles, recitante los bienaventurados en sus sagradas palabras.¹

Finalmente, los que asistáis a la Extremaunción como parientes o amigos, haced serias reflexiones y entrad religiosamente dentro de vosotros mismos. La sagrada Es-

1. Rit. Rom., de com. anim.

critura nos lo dice: La figura de este mundo pasa, *præterit figura huius mundi*.

Pues bien, nunca es tan fugitiva, ni tan pasajera, como en presencia de una vida que se extingue.

El día en que se toma un obispo, o un simple sacerdote para convertirlo en papa; cuando este papa, este jefe supremo de la Iglesia universal, se sienta por primera vez en su trono, y recibe en su cabeza la tiara de las tres coronas, se quema ante él un paquetito de esto, y cuando, se ha consumido, cuando se ha reducido a un poquito de ceniza, uno de los concurrentes dice a este hombre que ha recibido todo el poder sobre la tierra y el cielo: Así pasa la gloria de este mundo, *sic præterit gloria huius mundi*...

Ya veis mi pensamiento; es muy claro. A la vista de las ceremonias tan conmovedoras, y al propio tiempo tan expresivas de la Extremaunción, reflexionad sobre la fragilidad y la nada de las cosas humanas. Decíos: día de hoy mi hermano; el extremo al cual se ve reducido, muy pronto será el mío; hoy le toca a él; mañana me tocará a mí; *mihi hodie, cras tibi*. ¡Oh alma mía, pongamos de hoy orden perfecto en los asuntos de la conciencia, ¿Por qué no hacer ahora lo que quisiéramos haber hecho entonces? ¿Por qué no vivir desde hoy la vida de los justos, ya que tan bueno es morir de su muerte?

He ahí las reflexiones útiles que conviene hacer cuando asistáis a la Extremaunción como parientes o amigos. Con las santas lecciones que nos da, aprendamos a vivir bien y a morir bien. En esto consiste el todo del hombre. Al ver que nuestros hermanos y nuestros amigos entran en la eternidad, aprendamos a entrar en ella por la buena puerta...

1. I Cor., VII, 31.

2. Num., XXIII, 10.

EL ORDEN

SERMON PRIMERO

El Orden, significación de la palabra, noción del asunto, efectos del Sacramento—Deberes de los fieles

Quare necesse est ut pastores instituant Sacramentorum doctrinam persequentibus, eo diligentius de ordinis etiam sacramento sibi agendum arbitrentur.

(Catech. Rom., c. 26)

El Bautismo nos da la vida sobrenatural; la Confirmación la fortalece, la Eucaristía la alimenta y aumenta, la Penitencia la hace revivir cuando se extingue, la Extremaunción la termina y la consume.

Pero estos Sacramentos, los unos muy necesarios, los otros por lo menos muy útiles, ¿quién los administrará? ¿Quién hará funcionar esos poderosos organismos, esos maravillosos agentes de la vida sobrenatural? Nuestro Señor proveyó a ello instituyendo el Sacramento del Orden, que da a los otros Sacramentos ministros que los confieran, al propio tiempo que al pueblo de Dios jefes que los conduzcan. Los otros Sacramentos son para el cristiano considerado como individuo; el Orden es para los cristianos tomados colectivamente; se le ha llamado sacramento social; por eso el Catecismo Romano quiere que los pastores lo expliquen con más cuidado todavía, *diligentius*, que los

otros Sacramentos. Vamos a hacerlo en la medida de nuestras fuerzas.

Se define el Orden: Un Sacramento que da el poder de desempeñar los cargos eclesiásticos, y confiere la gracia de ejercerlos santamente.

Pero ¿por qué se llama así este Sacramento? ¿Cuál es la razón de que se llame el *Orden*? Es notable, y no tardaréis en entenderlo.

En general, llamamos *orden* a un conjunto de cosas, las unas superiores, las otras inferiores, pero que, ligadas entre sí por un lazo de dependencia, forman un total completo y armonioso. Por ejemplo, se dice que hay orden en un ejército, si hay subordinación y jerarquía en los mandos. Se dice que hay orden en una magistratura, si las jurisdicciones inferiores están subordinadas a las superiores, las cuales a su vez reconocen una jurisdicción suprema que juzga en última apelación. Pues bien, lo mismo ocurre en la Iglesia; hay en ella dependencia, jerarquía, grados diferentes, pero subordinados; en una palabra, hay los Ordenes... los unos *menores*, de portero, lector, exorcista, acólito; los otros *mayores*, subdiaconado, diaconado, sacerdocio, el cual cuenta también con dos grados: el sacerdocio de primer grado, o episcopado, y el sacerdocio de segundo grado o presbiterado.

Pero así como en un ejército los mandos diversos, desde el momento en que están subordinados no forman más que un mando único; del mismo modo que en una administración, la de justicia, por ejemplo, las diferentes jurisdicciones, por el solo hecho de su subordinación, no forman más que una magistratura única;—tomemos de un autor que ya os es conocido¹,

1. RANNEY, t. IV p. III.

ejemplos más vulgares: del mismo modo que varias gradas superpuestas las unas a las otras no forman más que una escalera, y varios escalones, ligados por un soporte común, no forman más que una escalera;—así también, y llegando ya al segundo término de la comparación, los diferentes órdenes por los cuales, de la simple clerecía se sube hasta la cumbre, no forman más que un solo Orden eclesiástico en el cual se entra por un Sacramento llamado por lo mismo Sacramento del Orden.

Pero no basta con entender el sentido de la palabra, es preciso explicar la cosa, es decir, los poderes que el Sacramento comunica a los que lo reciben, y la gracia que les confiere.

No hablemos de la tonsura, que más que Orden, no es más que la preparación a las Ordenes, un primer paso hacia el estado eclesiástico.

Tampoco hablaremos de las Ordenes menores, cuyas funciones en la Iglesia, aunque inferiores también, no carecen de valor y de una gran significación.

Ni siquiera hablaremos de las dos primeras Ordenes mayores, el subdiaconado y el diaconado, las cuales, con todo, imponen graves obligaciones y confieren poderes ya muy extensos.

Sólo trataremos del primer grado, el sacerdocio, que es la cumbre del Orden eclesiástico.

En virtud, pues, de su ordenación, es decir, del rito sacramental que le confiere el sacerdocio, predica el sacerdote, *oportet presbyterum praeedicare*... y cuando lo hace, cuando ejerce este derecho o cumple este deber, su palabra ya no es su palabra, es la de Dios mismo, de la cual ha sido constituido depositario y órgano.

En virtud, pues, de su ordenación, es decir, del rito

oportet presbyterum baptizare... A la acción del agua que vierte y de las palabras sacramentales que pronuncia, lo que había nacido de la carne, de la sangre, se convierte en hijo de Dios, en hermano de Jesucristo, en templo del Espíritu Santo y en heredero del cielo.

En virtud de su ordenación, perdona el sacerdote los pecados. Los Apóstoles recibieron este poder de Jesucristo, lo transmitieron a sus sucesores, éstos a otros, y así de edad en edad. Establecido para siempre, jamás deberá perecer y cuando, en el día de su ordenación, oye el sacerdote que el obispo le dice en nombre de Jesucristo, a quien representa: Recibid el Espíritu Santo; los pecados serán remitidos a quienes los remitiereis, y serán retenidos a quienes los retuviereis... estas palabras obran lo que expresan, confieren al sacerdote sobre cuya cabeza se han pronunciado, un poder sin igual, sin límites: el poder de perdonar todos los pecados, todos sin excepción, sean los que sean, aunque sean tan numerosos como los cabellos de la cabeza, y tan rojos como la escarlata... Ese pobre pecador, ese gran culpable, enteramente cubierto de iniquidades, no puede ser absuelto por los hombres, ni por los ángeles, ni siquiera por la Reina de los Ángeles, la Santísima Virgen María, ni por ningún poder terrenal o celestial. Pero si se presenta a un sacerdote, y cae a sus pies, y se acusa humilde y sinceramente, y tiene verdadero arrepentimiento, aunque sea de grado inferior, le dice el sacerdote: *Yo te absuelvo de todas tus pecados...* Y queda absuelto, y desligado, porque la sentencia que le justifica es ratificada en los cielos. No podría ser de otra manera, porque media en esto la palabra de Jesucristo, y es preciso que surta su efecto: Los pecados serán perdonados a quienes los perdonareis. ¡Ah, cuán grande es el poder del sacerdote! ¡Qué

incomparable poder el que recibe en el día de su ordenación!

Pero me equivoco; hay algo más grande aún, algo que esta vez desafía en absoluto toda comparación. En virtud de esta ordenación, el sacerdote ofrece el santo Sacrificio. ¿Qué sacrificio? El Sacrificio del verdadero cuerpo y de la verdadera sangre de Jesucristo... En el día de la ordenación, preséntale el Obispo la patena y el cáliz, el pan y el vino materia de la oblación, y le dice: Recibe el poder de celebrar la santa Misa, tanto por los vivos como por los muertos. Y al día siguiente, y los demás días, durante quizás medio siglo, y aun más, si Dios se lo concede, ese sacerdote subirá al altar, tomará el pan, y dirá en nombre de Jesucristo: Este es mi cuerpo... Y por la virtud de estas palabras, se verificará la transubstanciación, es decir, el cambio del pan en el cuerpo de Jesucristo; del mismo modo tomará el vino, y en nombre de Jesucristo, dirá: Esta es mi sangre... Y por la virtud de estas palabras, se verificará la transubstanciación, es decir, el cambio del vino en la sangre de Jesucristo; y concurriendo estos dos actos, aunque sucesivos y distintos a una acción única, estas dos expresiones operan lo que expresan, cada una en su orden; en otros términos, estando el cuerpo de Jesucristo allí donde la palabra lo ha colocado, sobre el corporal, y la sangre de Jesucristo allí donde la palabra la ha puesto, en el cáliz, habrá sacramento, habrá inmolación, Jesucristo estará en estado de víctima muerta, *tantum occisus*¹... es decir, si lo entendemos, que en virtud de su ordenación, el sacerdote, no sólo tiene poder sobre el cuerpo místico de Jesucristo, quiero decir, los fieles, para bautizarlos, catequizarlos, absolverlos, justificarlos, sino también el

1. Apoc., V.

poder, el poder absoluto sobre el cuerpo real de Jesucristo, su verdadero cuerpo, su cuerpo concebido por la operación del Espíritu Santo, nacido de la Santísima Virgen... Al mandato del sacerdote, a su palabra soberana e irresistible, ese cuerpo viene al altar; el sacerdote lo toca, lo eleva o lo hace descansar, se alimenta de él y con él alimenta a los otros, *sumit, et dat coelestis*! ¡Ah, cuán venerable es, exclama san Agustín, la dignidad del sacerdote, entre cuyas manos el Hijo de Dios se encarna de nuevo, o *veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Filius Dei incarnatur*? San Ambrosio encareciendo aun más estas palabras, dice; Es una profesión divina, que deifica al que la ejerce, *deifica professio*³.

Veremos en la próxima instrucción cómo la ordenación, que tantos y tan grandes poderes concede al sacerdote, confiere al mismo tiempo la gracia necesaria para ejercerlos santamente.

Entre tanto, saquemos de lo que precede varias consecuencias prácticas importantísimas.

En primer lugar, debemos respetar a los ministros sagrados; en razón de los poderes que recibieron, de las funciones que ejercen, del carácter que en ellos imprimen, de los cuales hemos hablado suficientemente en una de nuestras primeras instrucciones. ¿No son otros Jesucristo, como dice un antiguo Doctor: *Sacerdos alter Christus*? No son exageradas palabras; Jesucristo mismo decía a sus Apóstoles, y, en sus personas, a todos los sacerdotes sucesores suyos: El que os recibía, a mí me recibe; el que os escucha, a mí me escucha; el que os desprecia, a mí me desprecia⁴... ¡Veis el

1. Off. SS. Sarc.
2. In Psal. XXVII.
3. De dig. sacer., cap. 2.
4. Luc., X, 16.

lazo de solidaridad que hace de Jesucristo y de sus sacerdotes como una sola persona moral? Hay, pues, que respetarlos, respetarlos siempre, en toda ocasión—llegaré hasta el extremo de mi pensamiento—aun cuando ellos no se respetaran a sí mismos; porque, si son culpables, el carácter es indeleble, y los poderes permanecen. ¿Quién no conoce estas hermosas palabras del primer emperador cristiano, Constantino: Si viese que un sacerdote caía en falta, le cubriría al punto con mi mano real¹?

En segundo lugar, debemos honrar a los ministros sagrados; es un aspecto más; el honor es más que el simple respeto. Hay, pues, que honrarlos... ¿en cuanto hombres? No; como tales pueden ser menos inteligentes que vosotros, tener una posición social inferior a la vuestra; entre ellos *Non multi potentes, non multi nobiles*²... finalmente, como hombres, pueden ser mucho menos que vosotros, pero como sacerdotes son mucho más que vosotros, más que los más poderosos de este mundo, más que los monarcas mismos. Habéis leído este rasgo de san Martín en la mesa del emperador Máximo: Este príncipe, por deferencia, ofrecióle su copa, según la costumbre de la época, en la creencia de que, después de beber el Santo, se la devolvería al punto; pero con gran asombro de los convidados, san Martín, sin tener cuenta con la etiqueta imperial, la presentó al diácono de que iba acompañado, queriendo dar a entender con ello que un diácono era en su pensamiento superior aun a las cabezas coronadas. Toda la corte entendió la lección, y a nadie se le ocurrió lamentarse de ello³.

1. Citado por Noel, t. 6, p. 433.
2. I Cor., I, 26.
3. Hist. Eccl. de Ронне, lib. 36.

En tercer lugar, debemos obedecer á los ministros sagrados en las cosas que, directa o indirectamente, interesan a la salvación de las almas, y siempre por la misma razón, esto es, porque son representantes de Jesucristo. Lo que mandan, Jesucristo lo manda; lo que prohíben, Jesucristo lo prohíbe; lo que aconsejan, Jesucristo lo aconseja. Somos embajadores de Jesucristo, decía san Pablo, y como sus mandatarios, *pro Christo legatione fungimur*¹; por consiguiente, ora mande Jesucristo, ora prohíba, ora exhorté, cuanto diga o haga, por sus ministros lo dice o hace, *tantum Deo exhortante per nos*.²

En cuarto lugar, debemos orar por lo ministros sagrados. ¡Ah! decid que tenéis gran necesidad de gracias divinas para conseguir vuestra salvación... Verdad es; no lo niego; pero tened la convicción de que los ministros sagrados tienen todavía más necesidad de ellas que vosotros, porque sus obligaciones son más numerosas, más difíciles, más delicadas; porque sus responsabilidades son más pesadas sobre todo si tienen cargo de almas, pues no sólo deben dar cuenta de la suya, sino de todas las vuestras *quasi rationem pro animabus vestris redditurus*³. Aligerad, pues, esa carga, hacédsela más ligera, no sólo con vuestra obediencia pronta y fácil, sino también con vuestras asiduas oraciones... Todo penitente debería orar cada día por su confesor, y cada feligrés por su pastor.

Queda el quinto deber. Al principio de esta instrucción os he hablado del Orden, o mejor, de las Ordenes, mayores y menores. La oportunidad de lo que os he dicho, se ve patente ahora: tened interés, pues, por

1. II Cor., V, 20.
2. *Ibid.*
3. Hebr., XIII, 17.

las Ordenes, es decir, por esa juventud clerical, que asciende al sacerdocio, y sube con lentitud su pendiente, pasando por todos los grados sucesivos que a él conducen; en otros términos, tened interés por el buen reclutamiento de la sagrada milicia.

En primer lugar, mostrad interés por medio de la oración; no en vano, cuatro veces al año, suben los pastores a su cátedra para decir a los fieles: Tal semana, tal día habrá ordenación; orad desde ahora por los que pronto serán presentados al Obispo para que los haga diáconos, subdiáconos o sacerdotes... Más que una invitación, más que un consejo, recuerdan una obligación, porque nada importa tanto a la Iglesia y al pueblo cristiano, como tener ministros santos y según el corazón de Dios.

En segundo lugar, mostrad interés por el buen reclutamiento de la tribu sacerdotal con vuestras limosnas y piadosas liberalidades. No lo ignoráis: nuestras casas de educación sacerdotal no son ricas, y están amenazadas de mayor pobreza aún... Sostenedlas con vuestras larguezas en la medida de vuestras posibilidades y de sus necesidades. El más hermoso don que podáis ofrecer a Jesucristo, ¿no es la ofrenda de un buen sacerdote? Ese hijo de artesano, de aldeano, ese pastorcillo, a cuyos gastos de educación sacerdotal habéis contribuido, ¿quién sabe lo que será un día en la Iglesia de Dios, *quis putas puer iste erit*?... Antes de ser el uno gran santo y el otro un gran papa, Vicente de Paul y Sixto V, ¿no empezaron por ser pastorcillos?

Finalmente, mostrad interés por el buen reclutamiento de la milicia sacerdotal con un don todavía mejor que el precedente, el don de vosotros mismos; por-

1. Luc., cap. I, 66.
- SACRAMENTOS - 26

que vuestros hijos son una porción de vosotros mismos; vuestros hijos son vosotros mismos... Si, pues, vuestros hijos muestran deseos de ser sacerdotes, y dan muestras de vocación, en cuanto puedan darla en esta edad, entregadlos a la Iglesia, cultivad cuidadosamente esos nacientes gérmenes, y Dios acabará lo que vosotros habréis felizmente empezado; y un día llegará en que tendréis el inmenso consuelo, no menos que el insigne honor, de contar en vuestra familia un ministro del Señor, un dispensador de sus gracias, un sacerdote.

SERMON SEGUNDO

Liturgia del Sacramento del Orden.—Ordenación del sacerdote

*Accipiat qui ordinandus est ad ordinem presbyteratus.
(Pont. Rom., De ORDINANDIS PRESBYTERIS).*

No me apartaré del método adoptado para los cinco primeros Sacramentos. Habiéndolos manifestado y explicado los ritos sagrados empleados ya para conficionarlos, ya para administrarlos, fiel a estos preceptos, os explicaré las segundas ceremonias que concurren a la ordenación de un sacerdote. El asunto es del mayor interés, y no menos instructivo que interesante. Empecemos.

Dentro de una hora, la tribu sacerdotal contará con un nuevo sacerdote.

Mas antes de salvar el último escalón, el elegido ha pasado por una multitud de preparaciones:

Por una preparación muy remota. Joven todavía, y en esa edad en que el hombre apenas entrevé su día, fué discernido entre la muchedumbre por cierto sacerdote veterano, dichoso de hacer esperar a la Iglesia un nuevo recluta;

Por una preparación menos remota. Separado de la masa, recibió una cultura especial; su alma fué amada en la piedad; su inteligencia fué iniciada en la ciencia, a fin de hacerlo apto para las funciones sagra-

das que requirieren la una y la otra, la piedad y la ciencia en grado elevado;

Por una preparación más próxima. Después de ingresar en la clerecía el día de su tonsura, después de este primer alistamiento, fué sucesivamente portero, lector, exorcista, acólito; en la Iglesia de Dios, no se avanza jamás *per saltum*... no se llega a la cúspide sino caminando lentamente, y pasando por todos los grados intermedios, sin saltar uno solo;

Por una preparación muy próxima. Ordenado de subdiácono, y luego, de diácono, subió las primeras gradas del altar; asistió al sacerdote que ofrecía la sagrada Víctima, tomó alguna parte en la tremenda acción del Sacrificio, y para ser menos indigno de este ministerio, ligóse por voto solemne a una perpetua continencia;

Finalmente, acaba de verificarse la preparación inmediata. Oraciones numerosas y fervientes, reflexiones más serias que nunca, resoluciones firmes y generosas encaminadas a asegurar un porvenir enteramente repleto de obligaciones sagradas y deberes formidables; nada se ha omitido; y en el momento en que la Iglesia universal, que tiene los ojos puestos en él, comienza, a su intención, su tercer día de oración y de ayuno, vedle con un cirio encendido en la mano, y en el brazo izquierdo las insignias de su próxima dignidad; vedle en presencia del Obispo consagrante.

¿Es digno? pregunta el Pontífice con voz no menos conmovida que solemne¹.

Y el archidiácono responde: En cuanto la debilidad humana lo permite, sabemos y sostenemos que es digno. El Pontífice se cree deudor de la prudencia... Y porque importa soberanamente a los pasajeros, no

1. *Pont. Rom.*, de ord. presbyt.

menos que al piloto, contar con marineros hábiles en las maniobras del navío—por esta gran imagen es representada la Iglesia, tanto la que dirige, como la que es dirigida;—porque, de otra parte, es necesario que el aspirante a este elevado cargo reciba buen testimonio de los de fuera—tal fué, desde la cuna de la Iglesia, la frase de san Pablo, *Oportet illum testimonium habere bonum ab iis qui foris sunt*;—finalmente, porque la antigua disciplina, tan propia para recordarnos los hermosos siglos del cristianismo, exigía que nadie fuese promovido al sacerdocio sin el asentimiento del clero y del pueblo, el Pontífice conjura, en nombre de Dios y del honor que le es debido, a todos los asistentes, sacerdotes y fieles, que denuncien sin temor las irregularidades e incapacidades, si las hay, que puedan ser obstáculo a la promoción que está a punto de llevar a cabo... *Si quis ergo habeat aliquid contra illum, pro Deo et propter Deum cum fiducia exeat et dicat*?

El aspirante es aceptado por el clero y por el pueblo. Desde este momento, el Pontífice se muestra tranquilo; por la orden que acaba de dar y que pone de manifiesto la gran solicitud de la Iglesia en la elección de sus ministros, ha libertado su alma. Entonces, y sólo entonces, se dirige al elegido; su corazón es el que habla; su alma, ya libre de temor, se explaya, se desborda; *fili dilectissime*... Pero todavía continúa dominando la prudencia y continuaría hasta el fin de la sagrada función: el celestial origen del sacerdocio, la incomparable dignidad de este Orden, las graves funciones que entraña, los terribles deberes que impone, a saber, la integridad de las costumbres, la madurez del juicio, la mortificación, guardiana de las costumbres, la mortificación

1. I Trm., III, 7.

2. *Pont. Rom.*

estrictamente practicada, así la de los sentidos externos, como la de las codicias interiores, la obligación del buen ejemplo, una fe intacta, y obras perfectas; he ahí, ¡oh queridísimo hijo mío!, lo que debes considerar atentamente y cumplir con fidelidad. Y como si las aprensiones, que la aceptación del elegido por el clero y por el pueblo acaban de disipar, quisieran de nuevo invadir su alma, añade el Pontífice: Quiera la divina Misericordia que ni tú ni yo seamos condenados, tú, por haber recibido un Orden tan santo, y yo por haberlelo telo conferido; por lo contrario, quiera el soberano Juez concedernos a los dos la remuneración celestial, *quatenus nec nos de tua provectione, nec te de tanti officii susceptione damniari a Domino, sed remunerari potius mereamur*.¹

Bajo la impresión de estas graves y últimas palabras, se verifica la imponente ceremonia de la postulación, y se recitan a dos coros las Letanías mayores que la acompañan.

Y ahora que han terminado estas solemnes oraciones; que las tres personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo han sido invocadas; que todos los Angeles y María, Reina de los Angeles, que los Patriarcas y los Profetas de la antigua ley, que los Apóstoles y los Evangelistas de la nueva, los santos diaconos Esteban y Lorenzo y todos los mártires, los confesores y los santos Pontífices, los santos sacerdotes y los santos levitas, las santas vírgenes y las santas viudas, todos los santos y santas de Dios han sido rogados; que por tres veces se ha implorado sobre el elegido la bendición, la santificación y la consagración... ahora que, por fin, este elegido del Señor se levanta de la tierra, y avanza hacia el altar; ahora que el Pontífice

1. *Pont Rom*, de ord. presbyt.

extiende las dos manos sobre su cabeza, que los sacerdotes asistentes hacen lo mismo, recordando así en su número y actitud estas grandes palabras de san Pablo a Timoteo: *Noli negligere gratiam quae data est tibi per prophetiam cum impositione manuum presbyterii*¹; ahora que todas estas cosas se cumplen según los ritos de la santa Iglesia, ahora se acerca, llega el momento... Las palabras deprecatorias del Obispo ordenante son eficaces; por una virtud que les es propia, denante son eficaces; los dones celestiales se multiplican lo que expresan; el carácter del sacerdocio queda impreso; la tiplican; el carácter del sacerdocio queda impreso; la oración que implora la gracia, la confiere al mismo tiempo y por lo mismo que la implora; el Sacramento queda terminado.

Pero todavía hay algo más; la santa función no está todavía terminada. Si la imposición de las manos y las palabras que la acompañan son la materia y la forma del Sacramento, hay otros ritos sacramentales necesarios también, por lo menos con necesidad de precepto, los cuales van a convertirse en la declaración más solemne, más distinta, más explícita y como hablando a los ojos, del doble poder conferido al elegido sobre el cuerpo real y sobre el cuerpo místico del Salvador Jesús. Por eso el Obispo consagrante los cumple con la más rigurosa puntualidad.

La estola, hasta entonces colocada transversalmente, en señal de un poder todavía restringido, es cruzada por el Pontífice sobre el pecho del elegido, mientras, dice: Recibe el yugo del Señor; este yugo es suave, y su carga ligera²... Y el corazón que oye estas palabras comprende su sentido, pero todavía más las gusta y saborea; y si la memoria es fiel, quizás recuerde en este

1. I Tim., IV, 14.
2. *Pont Rom*, de ord. presbyt.

momento el hermoso comentario de san Agustín: La carga de Jesucristo, más que llevada, lleva a aquel que la lleva; es una carga con alas, *sarcina Christi pennas habet*.

Luego la casulla. ¡Oh venerable y santo vestido, propio tan sólo del sacerdote, que lo envuelve como un manto de inocencia y de pureza! Al colocarlo sobre los hombros del elegido, dice el Pontífice: Recibe este vestido sacerdotal, símbolo de caridad; por la gracia de Dios y su omnipotencia, difúndase esta caridad por todas tus obras, para convertirlas en obras perfectas¹.

Todavía un momento, y el óleo de los catácumenos correrá por las manos del elegido; todo lo que ellas bendigan, bendito será; todo lo que ellas consagren, consagrado será². ¿Lo entendéis? Todo sin excepción, *quaecumque benedixerint*. Bendecir en el altar los dones ofrecidos, bendecir en el santo Tribunal al pecador que se acusa, bendecir los esposos que se casan, bendecir al hijo que acaba de regenerarse por el agua bautismal, bendecir al moribundo que parte para la eternidad, bendecir las casas que construyen los hombres en la tierra y los que flotan en las aguas, bendecir los árboles y los frutos que flotan en las aguas de los animales y el redil en que reposan, bendecirlo todo, en todas partes y siempre; he ahí al sacerdote; bendecir es su función.

Pero esas manos consagradas, enteramente cargadas de bendiciones, estarán especialmente destinadas a tocar el purísimo y santísimo cuerpo del Salvador, no meros que su adorabilísima y preciosísima sangre. Por eso desde este momento, se ponen en contacto con la una y la otra materia del sacrificio, y el Pontífice dice:

1. *Pont. Rom., Ibid.*
2. *Ibid.*

Recibe el poder de ofrecer el santo Sacrificio, y de decir la misa por los vivos y por los muertos, en el nombre del Señor!... ¿Lo entendéis? ¿Lo has oído, sacerdote consagrado según el orden de Melquisedec? Empieza desde hoy, une tu acción a la acción de tu padre en el sacerdocio, celebra con él; di la misa por los vivos y por todos los vivos, por los muertos y por todos los muertos; ofrece a Dios el sacrificio de adoración, de propiciación, de impetración, y de acción de gracias. Lo que haces hoy, hazlo mañana, pasado mañana, siempre. Si tus años de hombre datan de tu nacimiento, y tus años de cristiano de tu bautismo, tus años de sacerdote datarán en adelante de tu primera misa. Así pues, cuando cumplas tu vigésimoquinto año, celebra ese quincuagésimo aniversario del día más dichoso tal. Los años corren de nuevo, otro cuarto de siglo se une al primero; los cabellos han encanecido, el cuerpo se ha encorvado, las fuerzas se van debilitando, pero el alma es siempre valerosa... Sube al altar, celebra ese quincuagésimo aniversario del día más dichoso de tu vida, con el fervor de un corazón rejuvenecido, porque no ha dejado de ser puro.

Mas no debemos abandonar este asunto antes de agotarlo; queda todavía por cumplir un rito sacramental. Cuando los apóstoles fueron ordenados sacerdotes, por Jesucristo, el Jueves Santo, en la última Cena, aquel mismo día y en aquel mismo momento, no recibieron directamente más que el poder sobre el cuerpo real de Jesucristo; en cuanto al poder sobre su cuerpo místico, es decir, sobre la Iglesia y los miembros que la componen, no fueron definitivamente investidos más que varios días, y quizás varias semanas después, cuando el Salvador resucitado les dijo: Recibid

1. *Pont. Rom., de ord. presbyt.*

el Espíritu Santo; los pecados serán perdonados a los que los perdonareis y serán retenidos a los que les retuviereis! Este intervalo que separa la colación de los dos poderes está admirablemente expresado por el ceremonial de la ordenación. Sólo después de cantado solemnemente el Evangelio, el ofertorio, el prefacio, la consagración y la comunión, y de dicha en alta voz la profesión de fe, esto es, sólo después de un tiempo relativamente largo, dice el Pontífice poniendo sus dos manos sobre la cabeza del elegido arrodillado a sus pies: Recibe el Espíritu Santo; los pecados serán perdonados a los que los perdonareis, y retenidos a los que los retuviereis?... Y la acción que hace significa lo que las palabras que pronuncia el Obispo expresan; la casulla, enteramente desplegada por delante, pero hasta entonces ligada por detrás sobre los hombros del elegido, es desligada por el Pontífice, como si dijera: Así como sólo tenías a medias el vestido sacerdotal, no tenías todavía más que a medias el poder unido al sacerdocio; mas como ahora estás ya investido de ambos poderes sobre el cuerpo natural de Jesucristo y sobre su cuerpo místico, el vestido sacerdotal queda desplegado por uno y otro lado.

Ya está el Sacramento enteramente terminado; nada le falta de las cosas que son esenciales a su colación ni de las que pertenecen a su integridad; ya forma un todo.

Pero la sagrada función no está acabada todavía. ¡Oh sacerdote hecho y declarado, tienes en la actualidad un gran deber que cumplir! Acércate de nuevo al Pontífice, cae de rodillas a su pies, pon tus manos en las suyas, y cuando te pregunte: ¡Me prometes a mí y a

1. JOANN., XX, 22, 23.
2. Pont. Rom., de ord. presbyt.

mis sucesores respeto y obediencia? respóndele: *Lo prometo, promitto!* Diselo con clara y muy inteligible voz; es justicia, es el orden... En la Iglesia hay el orden, o si lo preferís, los órdenes, esto es, que los grados inferiores están subordinados a los superiores; por consiguiente, en la Iglesia, hay subordinación y dependencia; sólo se entra y se permanece en ella con esta condición.

Y vos ¡oh santo Pontífice!, padre del sacerdocio, sacerdotado de primer grado, acabad vuestra obra, cumplid el último deber: a ese hijo querido que habéis elegido, que habéis ungido, que habéis penetrado de todas las gracias de lo alto, y en cuya alma habéis multiplicado los dones, al propio tiempo que habéis amontonado las responsabilidades sobre su cabeza, dadle una prolongada bendición final, la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu santo, a fin de que sea bendito en el Orden sacerdotal y ofrezca al Señor, por los pecados y ofensas del pueblo cristiano, víctimas propiciatorias y pacificadoras².

A la bendición final y muy larga, añadid la última y suprema recomendación; decidle también en esa hermosa lengua de la Iglesia, que ha sido la de toda esta santa ceremonia, que considere diligentemente el Orden que acaba de recibir y la carga echada sobre sus hombros, que se aplique a vivir religiosa y santamente para agradar a Dios y merecer su gracia³.

Y ahora que toda la santa función está terminada, dejaos oír, voces de dentro y voces de fuera.

Voces de dentro, voces del clero y del pueblo, cantad la acción de gracias, alabad y exaltad al Señor, glo-

1. Pont. Rom., *Ibid.*
2. Pont. Rom., de ord. presbyt.
3. *Ibid.*

riñad a Aquel que toda la tierra venera, a Aquel ante quien los ángeles y todas las tribus seráficas cantan el eterno trisagio, al Dios en tres Personas, al que los Apóstoles, los Profetas, los Mártires y toda la Iglesia adoran¹.

Voces de fuera, campanas de sonos armoniosos, vosotras que también habéis recibido la unción, vosotras que habéis sido, en cierta medida, ordenadas para cosas de Dios, estallad en alegres conciertos; decid a la ciudad y a toda la región que un sacerdote ha sido creado; llevad esta buena nueva tan lejos como alcanzen vuestras vibraciones.

Regocijese toda la Iglesia; un sacerdote más en el mundo, es un beneficio para el mundo entero; no hay una sola misa de este recién llegado a la tribu sacerdotal que no aproveche a todos y a cada uno.

Regocijese la diócesis; ella es la que primero y, si vale la expresión, *como mejora*, está llamada a beneficiarse de la ordenación que acaba de hacerse, y de las múltiples gracias de que el alma del elegido sólo ha sido colmada para difundirlas con más abundancia sobre ella.

Y sobre todo se regocijará la parroquia, esa pequeña familia dentro de la grande, de cual va a convertirse en pastor y padre el nuevo sacerdote. Páreceme que la veo—quiero dejaros sometidos a la visión de esta imagen—levantarse dichosa y confiada, extender los brazos hacia aquel que le destina el cielo, y decirle: Ven, ven a nosotros, enteramente húmedo todavía de la sagrada unción, con las manos completamente llenas de bendiciones, y el alma completamente rebosante de celo y caridad.

1. Te Deum laudamus.

EL MATRIMONIO

SERMON PRIMERO

Noción del Sacramento del Matrimonio

Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo (Eph., V, 32)

En esta instrucción y en las siguientes sobre el matrimonio, que es el séptimo y último Sacramento, nos proponemos hablaros de su naturaleza y de sus propiedades, de los impedimentos que constituyen un obstáculo e inhabilitan para recibirlo, de las disposiciones y preparaciones que requiere, de los deberes, que impone, y de los fines que hay que proponerse cuando se recibe. Esta materia es muy importante. Desde la cuna del Cristianismo, propusieron san Pedro y san Pablo, sobre todo el último, instruir a las nacientes Iglesias sobre este punto, pues entendían, tal es la juiciosa observación del Catecismo Romano, que era útil y necesario a la religión que los fieles tuviesen conocimiento perfecto de la santidad de este estado, y que no le dirigiesen ningún ataque, *optime intelligebant quanta et quam multa commoda ad christianam societatem pervenire possint, si fideles matrimonii sanctitatem cognitam haberent et inviolatam servarent*¹.

1. Cat. Rom., cap. 27.

Un Sacramento de la nueva ley, que significa la gracia y la confiere, al efecto, para el hombre y la mujer, de unirlos, de santificar su unión, y, si Dios les concede la fecundidad, de prestarles auxilio para educar cristianamente a sus hijos; tal es la definición adecuada del Sacramento del matrimonio.

Como en esta instrucción preliminar no nos proponemos otra cosa que exponer la noción del matrimonio, en cuanto Sacramento, no haremos más que desarrollar una por una las diferentes partes de esta definición.

Ante todas cosas, el matrimonio es un Sacramento de la nueva ley.

Esto no quiere decir que el matrimonio no existiese con anterioridad a la nueva ley. Ciertamente fué instituido en el origen; Dios mismo, por una acción creadora inmediata hizo la primera pareja humana, primeramente al hombre, y luego a la mujer, sacada de la carne misma del hombre, con miras a los designios misteriosos cuya evolución no tardaremos en ver; Dios mismo presentólos el uno al otro y los unió por mutuo consentimiento, en una misma unión cuyos deberes y condiciones conocieron desde aquel momento; Dios mismo, en una palabra, fué el consagrante y testigo de este primer matrimonio, del cual derivarían todos los demás. Inútil insistir; esta primera página de las sagradas Escrituras, que es la página de todos los principios, es suficientemente conocida.

Esto tampoco quiere decir que, durante el largo período de más de cuarenta siglos que va de Adán a Jesucristo, no fuera un Sacramento el matrimonio, por lo menos en el sentido amplio de la palabra. No, no vamos tan allá.

Tanto por su origen, el matrimonio, aun después de

la caída del primer padre y de la primera madre, jamás dejó de ser, ni bajo la ley patriarcal, ni bajo la ley escrita, en ninguna época, objeto de atenciones divinas.

Dios escogió una compañera a Isaac, hijo de Abraham, y oímos que dice Eliezer: He ahí la mujer que el Señor ha preparado al hijo de mi amo, *ipsa est mulier quam praeparavit Dominus filio Domini mei*¹.

Un ángel enviado por Dios aconseja a Tobias que tome en matrimonio a Sara, hija de Raquel, *pete ergo eam a patre ejus, et dabit tibi eam in uxorem*²; el mismo ángel induce al padre de la joven a que acceda a la petición que se le hace, *dixit illi angelus: noli timere dare illam isti*³; el mismo ángel, en unión de los interesados, estipula las condiciones de esta santa unión, *et accepta charta fecerunt conscriptionem conjugii*⁴. Finalmente, Raquel, por inspiración divina, reúne a los dos prometidos, hace que se cojan las manos—toda esta página de la sagrada Escritura es admirable—y pronuncia estas palabras, juzgadas por la Iglesia tan bellas y tan santas, que las ha adoptado como fórmula de bendición nupcial de sus hijos, *Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob vobiscum sit, et ipse coniugat vos impleatque benedictionem suam in vobis*⁵. El Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob sea con vosotros, y él os junte, y cumpla en vosotros su bendición.

He ahí lo que fué el matrimonio en los antiguos tiempos. Pero aquellos ritos sagrados, aquellas ceremonias impregnadas de pensamientos religiosos, y en-

1. GEN, XXIV, 14.
2. TOR, VI, 13.
3. *Ibid.* VII, 12.
4. *Ibid.* V, 16.
5. TOR, VII, 15.

teramente llenas de la intervención divina, santas, por consiguiente, y en cierta medida santificantes, no eran todavía más que un esbozo, una especie de preparación para algo más elevado. A la ley nueva quedaba reservado poseer un rito realmente sacramental significando la gracia y confiriéndola por sí mismo, en virtud de su institución y de la *obra operada*; únicamente en el seno del nuevo pueblo y de la sociedad religiosa establecida por Jesucristo, debía ser el matrimonio, en el sentido absoluto de la palabra, un verdadero Sacramento.

El apóstol san Pablo le da este nombre. Este Sacramento es grande, lo digo yo, en Jesucristo y en su Iglesia, *sacramentum hoc magnum est, ego autem dico, in Christo et in Ecclesia*¹.

Después de san Pablo vienen los grandes Doctores, todos los cuales, o bien llaman al matrimonio un Sacramento, dándole a la palabra la significación que le damos nosotros, o bien hablan, en los términos menos equívocos, de la gracia que confiere, lo que es únicamente propio del Sacramento.

En el matrimonio de nuestras mujeres, dice san Agustín, más vale la santidad del Sacramento que la fecundidad del seno, *in nostrarum nuptiis, plus valet sanctitas Sacramenti quam fecunditas uteri*².

Más magnífico todavía Tertuliano, exclama: ¿Cómo podría mi boca referir la gloria y la dicha de esta santa alianza, cuyos nudos ata la Iglesia, y confirma la oblación del Sacrificio, y consagra el sello de la bendición, y publican como testigos los ángeles, y ratifica en lo alto el Padre celestial?³

1. Eph., V, 32.
2. De bono conjugali, cap. 18, n. 21; apud Perr. 1, 2, p. 534.
3. Ad uxorem, cap. 8, et de exhort. ad castit., cap. 5, apud eund.

En los siglos siguientes, los testimonios son incontables: todos los Rituales y Sacramentarios, ya de la Iglesia latina, ya de la griega; todos los papas, todos los concilios, particularmente el de León y el de Florencia; todas las teologías en uso entre los eruditos, todos los catecismos utilizados por el pueblo cristiano... Ni siquiera un anillo falta a esta cadena. Y cuando, después de una progresión de quince siglos, halla contradictores la verdad; cuando una nube de enemigos entran al asalto del dogma cristiano, el grande y santo Concilio de Trento hace la siguiente declaración solemne: Si alguien dijese que el matrimonio no es verdadera y propiamente uno de los siete Sacramentos instituido por Nuestro Señor Jesucristo, sino una cosa inventada por los hombres, que no confiere la gracia, sea anatema, *si quis dixerit matrimonium non esse vere et proprie unum ex legibus evangelicæ sacramentis, a Christo Domino institutum, sed ab hominibus in Ecclesia inventum, neque gratiam conferre, anathema sit*¹.

Pero este Sacramento de la nueva ley, que es verdaderamente y en sentido propio un Sacramento, del cual hablaron tan admirablemente san Pablo y todos los Apóstoles, san Agustín, Tertuliano y todos los Doctores, la Tradición y el Concilio de Trento,

¿Qué significa?

¿Qué obra?

¿Qué gracia confiere?

Contestando a estas preguntas, acabaremos de explicar la definición.

¿Qué significa el Sacramento del matrimonio? Todo lo que hay de más grande, de más elevado, de más santo, de más santificante; es el misterio, a ningún

1. Sess. 24, can. 1.

otro comparable, de donde brota toda gracia, toda justificación, toda la eficacia de la Redención; significa la unión santísima de Jesucristo con su Iglesia, como un esposo con su esposa, con un lazo espiritual, duradero, permanente, inviolable. Tal es la gran doctrina de san Pablo: *Maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a su Iglesia... Sean las mujeres sumisas a sus maridos como al Señor, porque el hombre es la cabeza de la mujer, como Cristo es la cabeza de la Iglesia...* El que ama a su mujer, se ama a sí mismo; nadie odia su propia carne, antes bien la sustenta y cuida, así como también Cristo a la Iglesia... Por lo cual dejará el hombre a su padre y a su madre, y se juntará con su mujer, y serán los dos una carne... Este Sacramento es grande, concluye, yo lo digo, en Jesucristo y en su Iglesia¹.

Imposible engañarse; la unión de Jesucristo con su Iglesia, he ahí el modelo; la unión del hombre con la mujer es la imagen, la copia, la reproducción del modelo. ¿Hay algo más admirable? Pero todavía no hemos entrado mas que en la significación del Sacramento. ¿Qué será cuando hayamos dicho lo que opera y lo que confiere?

Opera la conjunción de los esposos, ata el nudo que los une; ¿qué digo? El mismo es ese nudo... Habiendo Jesucristo, según la doctrina unánime de la Iglesia y de todos sus Doctores, elevado el matrimonio a la dignidad de Sacramento, ¿quiere esto decir que el contrato por el cual los esposos se dan mutuamente y se aceptan, está simplemente dosificado de sacramental, en otros términos, que el contrato, siendo anterior, recibe al punto el Sacramento, y únicamente como adición, a la manera de un segundo piso añadido al pri-

1. *Loc. cit.*

mero, al cual éste le sirve de soporte? No, ciertamente. Habiendo Jesucristo elevado el matrimonio a la dignidad de Sacramento, el pacto mismo, por el cual los contrayentes se dan y se aceptan, es el que ha sido elevado a esta dignidad. Este pacto y el Sacramento son idénticos; no son dos cosas, sino una; el contrato es el Sacramento, y el Sacramento es todo el matrimonio. Por consiguiente, siendo cosa santa, nada más que cosa santa, no ofreciendo agarradero alguno por ninguna parte, no lo toquéis, poderes terrenales de cualquier especie que seáis; no rebaséis vuestros límites; contentaos con lo que os pertenece; dejad a Dios lo que es suyo. Los Sacramentos únicamente pertenecen a Dios, son exclusivamente de su dominio; la misma Iglesia no puede absolutamente nada sobre su substancia; mucho menos puedes tú, autoridad civil, pues careces de su propiedad y de su depósito.

Conferen la gracia santificante; a la verdad, no la gracia santificante primera, pues el Sacramento del matrimonio es un Sacramento de vivos, y requiere del sujeto que lo recibe el estado de gracia; verenos en su lugar que contraer matrimonio sin haber previamente purificado la conciencia, sería una profanación y un sacrilegio. Pero si no confiere la gracia santificante primera, la aumenta más o menos notablemente con razón precisamente de las disposiciones con que se recibe. La ley de justicia distributiva halla aquí su aplicación: en el matrimonio, como, por otra parte, con cualquier otro Sacramento, cada cual recibe la medida de gracias que merece.

A esta gracia santificante acrecida y aumentada, a la cual llamamos, por esta razón misma, gracia santificante segunda, se añade, no ciertamente por vía de aumento, sino porque está en la naturaleza misma

de la cosa, una gracia propia del Sacramento, según los fines para los cuales fué instituido; la gracia sacramental. No tardaremos en reconocer su utilidad, su necesidad misma, y en cuánta estimación debemos tenerla.

En efecto, en el matrimonio hay dos derechos que ejercer, derechos de especie particular, de los cuales hay que usar con reserva, moderación, honestidad y pureza; porque, mejor aún que Tobias y los que vivían bajo la ley antigua, *somos hijos de santos*¹, y a los cristianos nos conviene todavía menos que a todos los demás unirse entre sí como los paganos que no conocen al verdadero Dios.

En el matrimonio, si hay derechos que ejercer, hay también deberes que cumplir, y ciertamente más deberes que derechos. Ese *conjugium*, como lo llamaban los latinos, ese yugo de dos, puede ser pesado, y de hecho lo es con frecuencia; pero es indisoluble; cuando se le ha llevado un día, hay que llevarlo todos los días; este amor mutuo de los esposos, del cual hace poco oísteis hablar tan bien al Apóstol, amor sin el cual la cohabitación del hombre y de la mujer no sería más que una dura prisión, no debe tener intermitencias, sino que, a pesar de los años, de las enfermedades y de las arrugas producidas por los años, debe permanecer siempre el mismo, sin alterarse jamás; por lo menos substancialmente.

En el matrimonio, ya cargado de derechos y obligaciones hay fines a que atender, fines que se añaden también a los deberes. Por medio de él, las familias, la sociedad, la especie humana, se reclutan, se perpetúan, se extienden hasta los límites más apartados de los lugares, hasta el límite más extremo del tiempo. Pero

1. Tor, VIII, 5.

no es esto todo; los hijos concebidos, alimentados, educados, hechos hombres y ciudadanos útiles, no son más que el fin natural del matrimonio; queda todavía por conseguir el fin sobrenatural... Es preciso sobre todo hacer cristianos, servidores de Dios en la tierra, y, por medio de ellos, preparar elegidos para el cielo.

Finalmente, en el matrimonio, hay tribulaciones de toda especie... Ya lo dijo san Pablo, y la experiencia lo confirma. Para algunas alegrías, muchas penas. Mis días han sido cortos, decía el patriarca Jacob, y no han sido buenos, *dies parvi et mali*¹; estas palabras resumen toda la vida humana; ¿sería temerario decir que resumen especialmente toda la vida conyugal?

Pero si esto es así, si la condición de los esposos es tan dura, ¿conviene no casarse...? Tal es la conclusión que sacaron un día los Apóstoles de una enseñanza de Jesucristo su maestro sobre esta materia; y quizás será también la que vosotros os sentiréis dispuestos a sacar de lo que acabo de decir sobre los derechos y deberes del matrimonio, sobre sus fines y tribulaciones. Pues bien, no; semejante conclusión no es legítima; el día de sus bodas reciben los esposos con abundancia, y aun con superabundancia, en una medida igual a sus buenas disposiciones, la gracia santificante. A la verdad, esta gracia no es inamisible; un solo pecado mortal basta para que se pierda enteramente. Pero la gracia sacramental, gracia especial, gracia propia del Sacramento, está allí, siempre dispuesta a servir, siempre dispuesta a auxiliar a los cónyuges, según el momento y la necesidad. ¿Se trata para los esposos de no rebasar los límites de sus derechos? Allí está la gracia sacramental. ¿Tienen una obligación que cumplir? Allí está la gracia sacramen-

1. Gen, XLVII, 9.

tal. ¡Hay que reavivar el amor mutuo que flaquea, aligerar el yugo, que se hace más pesado, hacer, finalmente, los lazos que los unen tan suaves cuanto sagrados e inviolables son? La gracia sacramental está allí, siempre dispuesta; tantas veces como de ella se hacen dignos los esposos y tienen necesidad de ella, otras tantas la gracia sacramental del matrimonio está a su disposición.

¡Oh admirable Sacramento! Terminaremos con las mismas palabras con que empezamos. El matrimonio confiere la gracia; el matrimonio se refiere a fines sobrenaturales, y proporciona auxilios para conseguirlos; el matrimonio es, pues, un Sacramento; grande en Jesucristo y en su Iglesia, *sacramentum hoc magnum est, ego autem dico, in Christo et in Ecclesia*...

1. *Loc. cit.*

SERMON SEGUNDO

Propiedades del matrimonio

Dixit Dominus Deus: non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adiutorium simile sibi.

(Gén., II, 18)

Las cualidades y propiedades del matrimonio, que asignan a esta institución uno de los primeros puestos entre las mejores obras de Dios; tal es el asunto que nos proponemos tratar en la instrucción de hoy. No tardaremos en ver que al propio tiempo que ofrece un interés de primer orden, es de una utilidad práctica real.

Que el matrimonio, considerándolo en sí mismo y en su ser propio, es cosa buena, honesta, y, según la expresión de san Pablo, *honorabile connubium*¹, no tardaremos en demostrarlo. Ya lo hemos dicho: desde el origen, el matrimonio fué instituido por Dios mismo. Durante una larga serie de siglos, el período patriarcal, no cesó un instante de ser objeto de atenciones divinas; entre los hebreos, pueblo testarudo, y refractario con frecuencia a la intervención de Dios en la conducta de sus negocios, el matrimonio pasó siempre por cosa santa; del mismo modo, los paganos, aun en las épocas más tristes y manchadas de su historia, no toleraban que la religión fuese excluida de

1. HEBR., XIII, 4.

las uniones matrimoniales; de tal modo consideraban, dice el Catecismo Romano, como cosa divina el matrimonio, *gentes matrimonio divini aliquid inesse arbitrantur*¹. Inútil llevar más adelante el desenvolvimiento de esta primera idea. Para sostener la doctrina contraria sería preciso ser gnóstico o maníqueo, y, gracias a Dios, las dos formas de error designadas por estos nombres, hace ya mucho tiempo que desaparecieron del cuadro de las herejías.

Que el matrimonio, aunque honesto y honorable, santo por su origen, y aun elevado a la dignidad de Sacramento por Jesucristo, como ya lo hemos dicho en la precedente instrucción, es inferior a la virginidad, no es posible ponerlo en duda.

Jesucristo lo dijo cuando, interrogado sobre el mérito respectivo del matrimonio y de la continencia, expresa una preferencia notable por la continencia. No todos lo entienden, añade, sino sólo los que han recibido el don de ello.²

San Pablo lo repite: El que no está casado, dice, se ocupa en las cosas de Dios, y en lo que ha de hacer para agradar al Señor; el que está casado se ocupa en las cosas del mundo, y en lo que hará para agradar a su mujer³... El que casa a su hija obra bien, pero el que no la casa, obra mejor⁴... Digo, pues, a los que viven en el celibato o en la virginidad: bueno es que permanezcáis en ese estado⁵.

Toda la Tradición le hace eco: san Jerónimo, en sus cartas a santa Paula y a su hija, y san Basilio, en su libro sobre la virginidad; san Ambrosio, en el tra-

1. *Cat. Rom.*, cap. 27.
2. *Matth.*, XIX, 12.
3. *I Cor.*, VII, 35.
4. *Ibid.*, V, 38.
5. *Ibid.*, V, 40.

tado de las vírgenes, dedicado a las vírgenes y com-puesto para ellas.

Finalmente, la Iglesia lo ha declarado por uno de sus órganos más autorizados cuando, teniendo que oponer un dique insalvable al error contrario, más audaz e invasor que nunca, pronunció el anatema contra quien osara decir que el estado de matrimonio es preferible al estado de virginidad o de celibato, y que no es algo mejor y más feliz permanecer en la virginidad o el celibato, que casarse¹.

Pero no es esto todo. Honesto y honorable, aunque inferior a la virginidad, santo por su origen, más santo aún como Sacramento, el matrimonio—adelantemos un paso más en la exposición de sus propiedades—es uno e indisoluble.

Un solo hombre para una sola mujer, una sola mujer para un solo hombre, unidos por un lazo duradero, permanente, que nada podrá romper jamás; tal fué la ley del principio. Volvamos a leer la página en que fué dictada. Nos hallamos en el día sexto de la creación: el primer hombre acaba de salir de las manos de Dios; la majestad brilla en su frente; la gracia se halla difundida por toda su persona; su actividad es ya la del mando; ha sido hecho para reinar... Pero está solo aún, y esto no es bueno², dice el sagrado Texto; Dios dijo: Hagámosle una compañera que se le parezca; y Dios, habiendo infundido en Adán un sueño profundo, sacó mientras dormía una de sus costillas, y de esta porción de su cuerpo modeló a la mujer, como Dios sabe modelar y edificar, *aedificavit mulierem*³. Adán, al verla salir, no de su cabeza, como

1. Conc. Trid., Sess. 24, cap. 10.
2. *Gen.*, II, 18.
3. *Ibid.*, v. 22.

una rival, no de sus pies, como una esclava, sino de su costado y de cerca de su corazón, como una igual, exclamó en su admiración y en su embriaguez de felicidad: ¡He ahí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne... Sacada del hombre, se llamará con un nombre tomado del hombre, y por ella dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y los dos serán uno en una sola carne¹.

Un solo hombre para una sola mujer, y una sola mujer para un solo hombre, unidos por un lazo duradero, permanente, que nada podrá romper jamás; tal fué la ley del principio; tal será también la ley de la renovación.

Desde la primera institución pasaron cuarenta siglos; prevaricó la primera pareja, y arrastró en su caída a todo el género humano; los crímenes inundan la tierra; el matrimonio se desvió de su origen; ya no es ni uno ni indisoluble; la poligamia y el divorcio imperan por todas partes, y por todas partes también el desorden y la licencia; el pueblo mismo que Dios se reservó, ya sólo se contiene con gran trabajo; las tolerancias que con él se han tenido a causa de la dureza de su corazón, ya no le satisfacen; un poco más, y romperá el dique, y saldrá de los límites demasiado estrechos que le fueron asignados.

Pero ha llegado el cumplimiento de las edades; el Mesías prometido, el restaurador de todas las cosas, Jesucristo, va a llegar... llega... ha llegado. Treinta años de vida oculta han servido como de preámbulo a su misión; invitado a honrar con su presencia una ceremonia nupcial en una aldea hasta entonces ignorada, asiste a ella; es el primer acto de su vida pública. Rogado en aquellas circunstancias que subvi-

1. GEN., II, 24.

niera a la indigencia de los esposos, multiplica las provisiones en el momento en que iban a faltar, cambia el agua en vino; es su primer milagro¹. Estos preliminares son significativos, y anuncian algo más considerable. Atendamos.

Acabamos de decirlo: resuelta desde mucho tiempo atrás, en el seno del mundo pagano, en el sentido de la licencia más desenfrenada, la cuestión del matrimonio empezaba a agitarse aun en el pueblo judío. Fariseos y saduceos disputaban vivamente y no se entendían. Llegó cierto día una diputación ante Jesús; se componía de fariseos. Maestro, le dicen, ¿está permitido a un hombre repudiar a su mujer—no por las causas determinadas y prevenidas en el capítulo XXII del Deuteronomio, pues la cuestión hubiera sido sencilla—sino por cualquier motivo, *quacumque ex causa*? ¿Cómo, responde Jesús, no habéis leído—lo habían leído cien veces, por lo que su ignorancia era más afectada que real—que el que al principio hizo al linaje humano, hombre y mujer los hizo?... es decir, un solo hombre y una sola mujer; en otros términos, un hombre para una mujer, y una mujer para un hombre; mejor aún, como traduce san Juan Crisóstomo, los hizo sacando ésta de aquél, la mujer del hombre, de suerte que el hombre y la mujer son los dos miembros de un mismo cuerpo, las dos partes de un mismo todo... y que, hecho esto, dijo Dios—por boca de Adán, que en aquellas circunstancias fué profeta e intérprete de los pensamientos divinos:—Por esta razón, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá con su mujer... y esto por modo íntimo y permanente, como una cosa aglutinada a otra—tal es el sentido de la palabra griega,—

1. JOANN., cap. II.

2. MATTH., XIX, 3.

y serán dos en una misma carne, es decir, una sola persona civil, un compuesto indisoluble, menos aún por la unión de los cuerpos que por la de los corazones. Así, pues, no separe el hombre lo que Dios ha unido tan estrechamente para que lleven el mismo yugo, *quod ergo Deus coniunxit, homo non separet*¹.

No lo entienden los fariseos: invocan la ley de Moisés, cuyo sentido han perdido, y dicen a Jesús: Pues entonces, ¿por qué mandó Moisés al marido despedir a su mujer, cuando le era ya desagradable, dándole un libeto de repudio? Os engañáis, responde Jesús; Moisés no ordenó eso; simplemente os permitió, lo cual es muy diferente, despedir a vuestras mujeres, y esto a causa de la dureza de vuestro corazón; es decir, como lo explica san Jerónimo, que, previendo que materialais a vuestras mujeres por el deseo de poseer otras, o más ricas, o más jóvenes, prefirió relajar el lazo, antes que ver que lo quebrantabais violentamente, y tolear el divorcio, antes que exponeros a que os convirtierais en odiosos y quizá en homicidas. Moisés os permitió hacer mal, para evitaros hacer algo peor... pero al principio no era así, *ab initio non fuit sic*²; al principio el matrimonio fué uno, no menos que indisoluble.

Pues bien, escuchadlo y no lo olvidéis: la unidad y la indisolubilidad que fueron las condiciones del matrimonio en su primera institución, las establezco yo en toda su integridad. Yo, Hijo de Dios, fundador de un nuevo orden de cosas; la Ley antigua, que nada llevaba, ni podía llevar a la perfección, queda anulada por mí; las tolerancias concedidas por mi servidor Moisés, quedan retiradas por mí, y, en consecuencia,

1. MATTH., XIX, 6.
2. MATTH., *ibid.*, v. 8.

os declaro, *dico autem vobis*, que cualquiera que des-pida a su mujer, sino en caso de adulterio, y aun en este caso se casase con otra, éste tal comete adulterio, y que quien se case con la divorciada, también lo comete¹.

¿Entendieron esta vez los fariseos? Lo entenderán o no, salieran o no convencidos, ¿qué importa? El Maestro del matrimonio, como de todas las cosas, habló: la unión de dos, y nada más, queda decretada, y pronunciada, la inviolabilidad y la indisolubilidad del lazo; nada de dispensas en adelante, nada de tolerancias ni excepciones para nadie. San Pablo fué el primero en entrar por la vía trazada; promulgador de la nueva ley en Roma, Corinto, Efeso, y en cien lugares más, no cambia una jota del texto que la consagra; existe y continúa existiendo... y cuando llegue el tiempo, o en que las pasiones desbordadas de los pueblos, o las codicias, todavía más ardientes de los grandes, querrán romper el dique que las contiene, la Iglesia, depositaria fiel y guardiana invencible del matrimonio de dos, y de la indisolubilidad del lazo que une a estos dos, pronunciará anatema contra los que intentan destruir o simplemente alterar la obra de Dios:

Anatema contra quien osare decir que es permitido a los cristianos tener al mismo tiempo varias mujeres, y que esto no está prohibido por ninguna ley divina²; Anatema contra quien osare decir que el lazo del matrimonio puede ser disuelto, ya por causa de herejía, ya por causa de cohabitación molesta, o ausencia afectada de uno de los esposos³;

Anatema contra quien osare decir que la Iglesia se

1. MATTH., XIX, 9.
2. Con. Trid., Sess. 24, can. 2.
3. CAN. 5.

engaña cuando enseña, como lo ha hecho siempre, la doctrina del Evangelio y de los Apóstoles, que el lazo del matrimonio no puede ser disuelto a causa del adulterio de una de las partes; que ni la una ni la otra, ni siquiera la inocente, puede contraer otro matrimonio viviendo su cónyuge; que el marido que, habiendo repudiado a su mujer adúltera, se case con otra, comete adulterio, lo mismo que la mujer que, habiendo repudiado a su marido, se casa con otro¹.

Así habla la Iglesia; tal es su doctrina; el matrimonio de dos, y nunca de más; el lazo permanente, jamás sujeto a ruptura.

Y si queréis saber la razón de ello; si queréis saber el fundamento de su doctrina matrimonial, y de su tenacidad en mantenerla, os responderé:

Que Dios, en el principio de las cosas, instituyó el matrimonio uno e indisoluble;

Que Jesucristo, Hijo de Dios, llegada la plenitud de los tiempos, para devolver al matrimonio la dignidad que había perdido, lo reconstituyó uno e indisoluble;

Que la ley evangélica, teniendo, sobre la primera ley escrita, la ventaja de que ha de durar siempre, sin que jamás se cambie jota de ella, ningún poder del mundo, llámese como se llame, puede ni debe desunir lo que Dios definitivamente unió, *quod Deus coniunxit, homo non separet*;

Que siendo, bajo la nueva ley, el matrimonio, más que una institución ya dos veces divina, un Sacramento, es decir, un rito sagrado, que significa una cosa igualmente sagrada, es decir, la unión de Cristo con la Iglesia—Jesucristo no tomó por esposa más que una sola Iglesia,—unión que es indisoluble—Jesucristo no repudió, ni repudiará jamás esta única Iglesia esposa suya, *quod*

1. CAN. 7.

semel assumptis, nunquam dimisit — si el matrimonio fuera otra cosa que una unión de dos, unidos por un lazo durable y permanente, ni significaría ya nada de lo que debe significar; por consiguiente, dejaría de ser un Sacramento;

Finalmente, que la unidad y la indisolubilidad del matrimonio importan soberanamente, mucho más de lo que es posible expresar, al honor de los individuos, a la paz de las familias, a la prosperidad de la sociedad; que allí donde esta unidad ha sido sacrificada, y se ha relajado este lazo de indisolubilidad, todas estas cosas, la sociedad, la familia, la mujer sobre todo, y el hombre mismo, han caído en un estado de rebajamiento y degradación tal, que la palabra, y aun la pluma, no se atreven a exponer.

He ahí, con toda seguridad, lo que respondería la Iglesia, y con toda razón, a semejantes contradictores.

Por consiguiente, honor, gloria, eterno reconocimiento a Jesucristo, porque, habiendo rechazado a los fariseos en su imprudente demanda, redujo el matrimonio a su unidad y a su indisolubilidad original.

Honor, gloria, eterna gratitud a la Iglesia porque hace ya diecinueve siglos, que viene manteniendo, mantiene y mantendrá siempre esta unidad y esta indisolubilidad, siempre dispuesta a repetir la frase de san Juan Bautista: *Tibi non licet*¹, no, no es permitido... tomar la esposa de otro; o la frase todavía más autorizada de Jesucristo: Lo que Dios unió, no lo separe el hombre, *quod Deus coniunxit, homo non separet*.

¿Me será permitido acabar con un hecho? Lo tomo de la historia eclesiástica? A la verdad, sólo muy remota relación tiene con el asunto que tratamos; no es

1. МАРС., VI, 18.
2. РОМЛ., IIb, 77.

más que una explicación muy remota de las palabras de Nuestro Señor tantas veces citadas en el curso de esta instrucción: *Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre*.

A principios del siglo XIV, entre el rey de Francia, Felipe el Hermoso, y el papa Bonifacio VIII, suscitóse una diferencia de la más alta importancia, la cual tuvo, en efecto, las más tristes consecuencias. Pues bien, ¿sabéis qué argumento hizo valer el papa, quien, a pesar de todo lo que se ha dicho, era decidido partidario de la buena y cordial inteligencia entre las dos potestades, la espiritual y la temporal, para mantener, o mejor dicho, para restablecer el acuerdo? Un argumento sacado del texto mismo de la indisolubilidad del matrimonio. Teniendo por punto de partida estas palabras del Evangelio: Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre, y aplicándolas a la Iglesia romana y al reino de Francia, decía que su unión había empezado en Clodoveo, al cual san Remigio predijo que el rey y el reino de Francia serían dichosos mientras permanecieran unidos a la Iglesia, pero que perecerían desde que llegaran a separarse.

Así hablaba el Pontífice; y la historia, no sólo del siglo XIV, sino de todos los siglos le ha dado la razón. *Quod Deus conjunxit, homo non separet...*

SERMON TERCERO

Impedimentos del matrimonio

*Sed etiam quae matrimonium impediunt, explicanda erunt.
(Catech. Rom., c. 27)*

Hay una cuestión común a todos los Sacramentos, cuestión que se presenta necesariamente siempre que se trata de cada uno de ellos. ¿Quién es el sujeto del Sacramento del Bautismo? ¿Quién es el sujeto del Sacramento de la Comunión...? Y así de todos los demás; por consiguiente, del Sacramento del matrimonio, formularemos, pues, la pregunta que es propia de este último Sacramento: ¿Quién es el sujeto del Sacramento del Matrimonio? En otros términos; ¿Quién puede casarse? Antes acabaríamos respondiendo a esta última pregunta: ¿Quién no puede casarse? De otro modo: ¿Cuáles son los impedimentos del matrimonio, ya absolutos, ya relativos? El asunto es grave, importante siempre, más importante aún en los tiempos actuales.

Digamos, en primer lugar, que los impedimentos del matrimonio se dividen en dos partes: los unos son simplemente *prohibitivos*, y los otros son absolutamente *impedientes*, esto es propiamente *dirimentes*, y atacan al matrimonio de nulidad radical.

Los impedimentos simplemente *prohibitivos* son tres: votos incompatibles con el fin principal del matrimonio, diferencia del culto entre católicos y herejes o cismáticos, y parentesco legal en los casos establecidos por la ley civil de cada nación.

Los impedimentos *dirimentes* o que absolutamente impiden el matrimonio son trece: falta de edad, impedimento relativo al matrimonio, existencia de un vínculo matrimonial, disparidad de cultos, esto es, el matrimonio de un católico y un no bautizado, lazo proveniente de las Ordenes sagradas del voto solemne de castidad, raptor, crimen, ya sólo de adulterio, ya sólo de homicidio, ya de los dos juntos, perpetrados con miras a casarse con el otro cónyuge, consaguinidad en ciertos grados, afinidad en ciertos grados, pública honestidad que no tolera ni puede tolerar que uno se case con la próxima pariente de la que era su mujer (en matrimonio inválido) o su concubina, parentesco espiritual proveniente de la administración y recepción del Bautismo y de la Confirmación, parentesco legal en los casos que la ley civil lo considere como impedimento dirimente del matrimonio.

Apresurémonos a decir que los impedimentos del matrimonio *impedientes* y *dirimentes* son de todo punto legítimos y de procedencia absolutamente irrecusable.

Los unos tienen por origen el mismo derecho natural, y no toleran la menor sombra de discusión; tal es, por ejemplo, la falta de la edad en el contrayente. ¿No es perfectamente legítimo y conforme, de absoluta conformidad con la más elemental justicia, que el que no tiene aptitud para el matrimonio sea inhábil para contraer matrimonio mientras dura dicha ineptitud?

Otros tienen por principio el derecho divino positivo: el impedimento del lazo, por ejemplo, que hace que un hombre no pueda contraer segundo matrimonio mientras el primero no se ha roto por la muerte de uno de los cónyuges. Jesucristo mismo lo estableció cuando, renovando en el matrimonio, su unidad e indisolubi-

lidad primitivas, dijo: Dejará el hombre a su padre, y a su madre, y se unirá con su mujer, y, serán dos en una misma carne; el hombre, pues, guárdese bien de desunir lo que Dios unió, *quod ergo Deus conjunxit, homo non separet*¹.

Otros, en fin, y son los más, derivan del derecho simplemente eclesiástico. La Iglesia, en su gran sabiduría, movida por consideraciones del orden más elevado, como pronto veremos, las ha dictado, y, al haberlo, ha ejercido un derecho.

Derecho cierto: Es de todas las épocas, y nada más fácil que seguir su huella en el curso de los siglos; los concilios generales y sínodos particulares, san Basilio, Tertuliano y los Padres apostólicos lo mencionan; el mismo san Pablo lo ejerce, cuando, en una de sus Epístolas a los Corintios, regula las relaciones entre el esposo fiel y la esposa infiel, y recíprocamente.

Derecho definido como de fe por la Iglesia misma, cuya autoridad y competencia en materia matrimonial no debe ofrecer duda a nadie. Si alguien, dice el Concilio de Trento, sostiene que las causas matrimoniales no pertenecen al tribunal de la Iglesia, sea anatema... Si alguien dice que la Iglesia no pudo oponer impedimentos dirimentes al matrimonio, o que se equivocó al ponerlos, sea anatema².

Derecho, por otra parte, que procede manifestamente de la naturaleza misma de las cosas. Santo es el matrimonio; es una institución divina que se refiere a fines sobrenaturales; sobre todo es un Sacramento, un rito sagrado que significa la gracia y la confiere. Por todos estos títulos pertenece a la Iglesia, es su dominio propio; el derecho que ella ejerce en su orden, no lo ejerce

1. MATTH., XIX, 6.

2. CAN., 3, 4, 12.

ni en virtud de una tolerancia ni en virtud de una concesión cualquiera; es un derecho propio, independiente, exento de toda ingerencia, al abrigo de la intervención de todo poder humano, y aun exclusivo de ella. Al poder secular corresponde el derecho de legislar sobre lo temporal del matrimonio, de estatuir sobre los efectos civiles del matrimonio, de regular los derechos respectivos de los esposos, sobre los bienes de la comunidad conyugal; pero a la Iglesia sola pertenece el Sacramento, y el contrato natural, que es la base del Sacramento, y no es posible separarlo de él.

Digamos también que estos impedimentos son impedimentos verdaderos, es decir, verdaderamente dirimientes, y, según toda la significación de la palabra, impedientes; de tal suerte que un matrimonio contraído en estas condiciones es más que inválida, y aun que inválido; es nulo con nulidad radical; nada hay que deshacer en él, por la sencilla razón de que nada en él ha sido hecho.

Tal es, en efecto, la doctrina exacta en esta materia. El contrato mismo, es decir, la donación y aceptación mutuas que los esposos se hacen entre sí, es lo que queda aquí atacado. El impedimento, si es dirimente, se coloca entre los contrayentes, como un abismo que se abre, o como un muro que se erige: es imposible que las voluntades se unan, que los consentimientos se penetren y se enlacen. Por tanto, ¿qué es lo que queda? Nada, nada absolutamente; nada se ha hecho, nada puede hacerse.

Si el Sacramento fuera distinto del contrato; en otros términos, si contrato y Sacramento fueran cosas superpuestas, adicionadas la una a la otra, divisibles, entonces el impedimento podría atacar al uno y dejar al otro en pie. Pero no es así: contrato y Sacramento

son cosas indivisibles, que se penetran mutuamente, se identifican la una con la otra, hasta el punto de que uno ni puede ni debe decir que aquí está el contrato y allí el Sacramento; por consiguiente, donde no está todo, no hay nada, absolutamente nada.

He ahí la doctrina verdadera en esta materia. Aunque ya la había expuesto, me ha parecido que debía explicarla de nuevo, porque la noción exacta del matrimonio está muy expuesta a alterarse, en nuestra época sobre todo, y a desnaturalizarse el sentido cristiano.

Finalmente, y sobre todo, digamos que las leyes, ya la natural, ya la divina, ya la simplemente eclesiástica, que han opuesto impedimentos al matrimonio, ora dirimientes, ora impedientes, son sapientísimas, muy protectoras, muy morales; y que, en definitiva, si molestan a ciertos individuos, redundan en provecho de las familias y de la sociedad entera.

Dejemos las generalidades abstractas, que, en esta materia sobre todo, son poco accesibles a los fieles en conjunto, y entremos en detalles.

Ciertamente, moral es, y soberanamente protector de la santidad del matrimonio, el impedimento dirimente que se opone y opondrá siempre, a la formación del lazo conyugal entre los que perpetraron el crimen, con promesa dada y aceptada de unirse después. No, esposos infieles, vuestra infidelidad no os aprovechará; las leyes, natural, divina, humana os atacan a la vez... No, la Iglesia no bendecirá, no podría bendecir una unión que sería el precio convenido del adulterio, o de un crimen más odioso aún.

Otro ejemplo y nueva consideración.
¡Hay nada más conforme con la idea que tenemos del matrimonio adecuado, y al propio tiempo más propio

Para conseguir los fines sobrenaturales para los cuales se ha instituido el matrimonio, que la unión conyugal entre cristianos y cristianas, entre católicos y católicas? Tener la misma fe, las mismas esperanzas, y como un solo corazón para amar al mismo Dios, rezarle y servirle, ¿no es el ideal? Ya en el siglo II, pintaba de maestro maestra Tertuliano, según su costumbre, el matrimonio cristiano. En una instrucción anterior os he dado el principio de este hermoso texto; lo continúo ahora: ¡Qué alianza la de dos esposos cristianos unidos en un mismo voto, en una misma regla de conducta, en la dependencia de un mismo yugo! No son más que una carne y un espíritu; juntos se prosternan, juntos se entregan a los ejercicios de penitencia, se instruyen y se exhortan mutuamente, juntos van a la iglesia y a la Mesa del Señor. Todo es común entre ellos, las solicitudes, las persecuciones, las alegrías, los placeres. Ningún secreto, confianza igual, solicitud recíproca. No tienen que ocultarse el uno del otro para visitar a los enfermos, asistir a los indigentes, ofrecer el sacrificio, hacer el signo de la cruz y la acción de gracias. Sus bocas, libres como sus corazones, hacen resonar los mismos himnos al Señor; ninguna otra pasión que la de servir mejor al Dios que aman¹.

Así se expresaba aquel ilustre apologista de Cartago. Jamás el lenguaje humano fué más elocuente. Pero no es esto todo; nos falta el reverso. Necesitamos que el mismo pincel nos trace el retrato de un matrimonio mixto, la unión conyugal de un infiel con una cristiana: ¿Cómo podrá esta cristiana servir al verdadero Dios, teniendo a su lado servidores de los falsos dioses, que no son más que demonios? Si hay que ir a la iglesia para una estación, le dará cita antes que de costumbre para el

1. Citado en la *Hist. eccl. de Roma*, lib. 27.

baño; si hay que ayunar, invitará a comer aquel día a sus amigos. ¿Tolerará que su mujer vaya a socorrer a los indigentes aun en las más pobres cabañas? ¿La dejará acercarse sin sospechas a su Mesa del Señor tan desacreditada entre los paganos? ¿Se conformará con que visite las prisiones para besar las cadenas de los mártires de Jesucristo, lavar sus pies, ofrecerles con solicitud comida y bebida? Si llega un fiel, un creyente, ¿cómo será alojado en una casa extraña? Si hay que hacerle limosna, hallará cerrado el granero, la bodega, todos los departamentos de la casa¹.

He ahí el reverso. Nada falta al cuadro. En vista de esto, ¿nos asombraremos de que el austero africano exclame: No caséis vuestras hijas con paganos, *non nubimus ethnicis*? Censurad, si os atrevéis, que la Iglesia oponga impedimentos dirimientes a los matrimonios entre cristianos e infieles, impedimentos prohibitivos a los matrimonios entre católicos y herejes... Cristiano, bautizado, hijo de Dios y miembro de la Iglesia, ¿quieres casarte con una judía, con una musulmana...? No, os grita la Iglesia, me opongo, y el matrimonio concertado, si salta esta barrera, será nulo de pleno derecho. Tú joroven católica, nacida y educada en la sola y verdadera Iglesia de Jesucristo, ¿quieres casarte con un hereje?... No puedes hacerlo sin pecado, y si persistes en ese propósito que la iglesia juzga peligroso, la dispensa, que sólo a la fuerza te da, no la tendrás si no tomas formales garantías, la primera de todas la de educar a todos tus hijos en la religión católica.

El impedimento proveniente de las Ordenes sagradas, impedimento originado por el lazo, ¿lo omitiré, a pretexto de ser ya demasiado larga esta instrucción?

1. Citado en la *Hist. eccl. de Roma*, lib. 27.
2. De *Corona*, cap. 13.

El primero, es decir, el impedimento que proviene de las Ordenes sagradas... Ya los paganos mismos lo habían presentido y adivinado... ¡Con tanta exactitud ve la conciencia humana, abandonada a su rectitud natural, las cosas que se refieren al culto divino! Conocida es esta expresión de uno de sus poetas: La castidad place a los Inmortales, *casta placent superis*... Y esta otra del más grande de sus oradores: Sed castos cuando os acerquéis a Dios, *ad divos advenio caste*... Iba a llegar, y llegó, en efecto, el tiempo en que la Iglesia, pasado el tiempo de las persecuciones, dueña, al fin, de sí misma, al pronunciar el impedimento llamado de las *Ordenes sagradas*, alzó un muro insalvable entre el altar y el matrimonio. ¡Honor a ella! Ella comprendió—el que otra cosa pensase carecería de sentido cristiano—que, por la naturaleza de sus funciones, dadas las cosas santas que están a su cargo, debe ser el sacerdote, mediante sus esfuerzos personales y el apoyo de la gracia, semejante, guardada toda proporción, al Padre eterno, a Jesucristo, cuyo sacerdote es, es decir, santo, *sanctus*, separado del resto de los hombres, *segregatus*, exento de mancha, *impollutus*, mantenerse en las alturas, a pesar de la fuerza que atrae a toda criatura humana, y la arrastra, hacia las cosas terrenales, *excelsior coelis factus*¹. Sí, honor a la Iglesia, y eterna gratitud... La historia le ha dado la razón, los hechos hablan en su favor; todo otro clero que el suyo, ya cismático, ya hereje, empezó a entrar por el camino de una irremediable decadencia el día en que faltó la barrera tan legítimamente levantada, y desconoció las austeras y santas leyes del celibato.

El segundo, es decir, el impedimento proveniente del lazo que sigue atado hasta que no es roto por la

1. HEER, VII, 12.

muerte. Ya he dicho casi lo suficiente, al hablar, en la precedente instrucción, de las propiedades del matrimonio, y, en particular, de su indisolubilidad. ¿Es qué se convirtieron las sociedades antiguas con el divorcio y por el divorcio? Es esta una de las páginas tristes de la historia. Se enrojece nuestra frente cuando oímos que el grave Séneca dice que las mujeres romanas no contaban los años por nombres de los cónsules, sino por el de sus maridos... cuando vemos que el hombre convertido en el más despótico de los tiranos, repudia a la madre de sus hijos por los motivos más vergonzosos, por pretextos tan frívolos y miserables que un antiguo autor pudo decir: Cuando uno se casa, no se busca una esposa, sino un rostro... si los ojos pierden algo de su belleza, se empaña el esmalte de los dientes, y se marchita la piel, y aparecen dos o tres arrugas... todo se acabó entre marido y mujer!... Cotranos un velo sobre estas infamias; digamos tan sólo que está en la naturaleza de las cosas que las mismas causas produzcan los mismos efectos, y que nuestras sociedades modernas, a las que todo procura descrintanizar, acabarían por caer en la corrupción de los antiguos tiempos, si el divorcio, por largo tiempo contenido, entrado ya en las leyes, entrara también en las costumbres.

Tiempo es ya de terminar, y terminaría, en efecto, si, entre los impedimentos introducidos por la Iglesia, no se hallara uno que, más que cualquier otro, excita las murmuraciones y provoca reclamaciones, el mismo quizás que estáis esperando... Digamos sin tardanza que se trata del impedimento relativo al parentesco. Pero al punto también y sin tardanza, digo que jamás

1. Citado por Libermann, *Instit. theolog.*, t. V, p. 393, et Ventura, *La femme catholique*, t. I, p. 77 y 78.

la Iglesia fué más prudente ni estuvo mejor inspirada que al incluirlo en sus leyes prohibitivas del matrimonio... ¿Querías, pues, que las herencias se concentrasen en las mismas manos, hasta el punto de inmobilizarse, y no salir jamás de ellas, y que las familias se encerrasen en ciertos límites restringidos como en ciertos acantonamientos inexpugnables? ¿No sabéis que los matrimonios entre parientes, siendo poco o nada fecundos, su relativa o absoluta esterilidad ataca directamente al fin principal del matrimonio que es el de hacer hombres sanos de cuerpo y de espíritu?... ¿Ignoráis, por fin, que el impedimento de parentesco existió siempre y en todas partes, no sólo entre los judíos por orden de Dios, sino en el seno de la misma naciones paganas, con más o menos vigor legal, según su mayor o menor grado de pureza en las costumbres?... Los que han estudiado la materia y comparado la antigua legislación romana sobre los matrimonios prohibidos por causa de parentesco con la legislación de Moisés sobre el mismo asunto, han encontrado poca diferencia.¹

Lo repito, al pronunciar el impedimento de parentesco, al establecerlo entre todos los grados en línea recta y hasta el tercer grado inclusive en la línea colateral, la Iglesia mostróse muy prudente y magníficamente inspirada, y prestó un auxilio eficaz a los designios de Dios... Dios quiere que el amor de los hombres entre sí sea general, y salga del círculo estrecho del parentesco; la Iglesia también lo quiere... Dios quiere

1. Véase sobre este punto la doctrina de Libermann, *Institutiones theologicas*, t. X., V, p. 372. Léase sobre todo y estudiése a fondo el capítulo 16 del libro 15º de la *Ciudad de Dios* de san Agustín. Cuando se ha leído esta página magistral, no es posible que falte la convicción.

que los matrimonios sean fecundos, *crescite et multiplicamini*; la Iglesia también lo quiere... Dios quiere que la unidad del género humano se mantenga por el cruzamiento; la Iglesia también lo quiere...

He ahí la doctrina sobre los impedimentos del matrimonio. He dicho casi todo lo que conviene saber. Si he ilustrado vuestra inteligencia y disipado los prejuicios numerosos que hay en esta materia; si habéis comprendido que, en este como en otros puntos la Iglesia es la bienhechora del género humano y la mejor salvaguarda de la familia, bendeciré a Dios por haberos hecho esta gracia sirviéndose del más infimo de sus órganos.

1. GEN., I, 22.

parte moral y práctica del asunto. Cuatro instrucciones bastarán apenas para agotarla; el matrimonio antes de verificarse, o preparación para el matrimonio: el matrimonio cuando se hace y se celebra, liturgia del matrimonio; el matrimonio después de hecho, o deberes mutuos de los esposos; finalmente, los *por qué*s del matrimonio, o fines a los cuales se refiere.

Enunciar estas cosas equivale a decir cuán importante son estos asuntos.

Sin más preámbulos, empecemos por el primero: Antes del matrimonio; esto es: ¿cómo hay que prepararse para el matrimonio? Respondemos: Hay que aportar al matrimonio una preparación remota, una preparación próxima, una preparación inmediata.

En primer lugar, una preparación remota. Criatura de Dios y colocada bajo su absoluta dependencia, como enseña la fe y la misma razón lo dice suficientemente, el hombre no está bien más que allí donde Dios lo llama, y en el puesto en que lo coloca. No todo el mundo tiene vocación para el matrimonio.

Tú, cuyo nombre no conozco pero a quien el Señor *ha penetrado con su mirada*¹ ¿no serás acaso *joven* que él ama con amor de señalada predilección, y a quien llama al servicio del altar? Si es así, alístate en la tribu sacerdotal. Para otros la grasa de la tiera... para ti, los bienes de un orden superior; y cualquiera que sean las apariencias contrarias, el cordón que el padre de familia ha pasado por su heredad, se ha detenido para ti en la mejor parte, *funes ceciderunt tibi in praeclearis*.²

Tú, jovencita... ¿no estarás destinada a otro himeneo que el que para ti se ambiciona? Tus hábitos de

SERMON CUARTO

Antes del Matrimonio, o preparación al Matrimonio

Domus et divitiarum dantur a parentibus a Domino autem proprie uxor prudens.

(Prov., XIX)

Hemos recorrido ya un camino largo en este tan grave e importante asunto del matrimonio. Era necesario.

Ante todas cosas, era preciso dar la noción exacta del matrimonio y justificar la definición que dice que es un Sacramento de la nueva ley, que significa la gracia y la confiere, al efecto, con relación al hombre y a la mujer, de unirlos, de santificar su unión, y, si Dios les concede la fecundidad, prestarles ayuda para educar cristianamente a sus hijos.

Era preciso enunciar las principales propiedades del matrimonio: su bondad intrínseca, a pesar de que es inferior a la virginidad, puesto que tiene a Dios por autor; su unidad y su indisolubilidad, que tan de cerca tocan a su esencia, que uno se ve tentado a creer que forman parte de ella.

Era preciso, en fin, indicar quién es el sujeto del matrimonio, esto es, quién puede y quién no puede casarse, quién es efectivamente casado, y quién no lo es. La última instrucción sobre los impedimentos del matrimonio ha respondido a estas cuestiones.

Terminada la enseñanza dogmática, pasemos a la

1. Marc., X, 21.
2. Psal., XV.

vida cristiana parecen presagiarlo; tu vista está *vuelta ya hacia Jerusalén*¹, la ciudad de la paz... Oyese una voz: Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, y ve a la tierra que te mostraré... Es el llamamiento divino; parte.

Finalmente, tú no has sido llamado ni al estado eclesiástico, ni al religioso; mas por cuanto hay en el matrimonio multitud de deberes que cumplir y de obstáculos que vencer, y por cuanto, en razón, ya de estas obligaciones, ya de estos obstáculos, siendo lo que piensas ser, te parece, tras maduro examen y seria reflexión, casi imposible salvar tu alma en el estado conyugal, permanece en el celibato, con tal que sea cristiano; guarda la continencia, si Dios te ha hecho el don de ella y te ha revelado su excelencia; a ti es a quien dijo san Pablo: Deseo que seas lo que soy³; y a tu intención digo: El que casa a su hija, obra bien; pero el que no la casa, procede mejor⁴.

Mas hay que reconocer que estos casos son excepciones: la vocación para el matrimonio es mucho más común; por tanto, no insisto, y de la preparación remota, paso a la próxima.

Esta preparación tiene por objeto, no el estado en general, sino el estado en particular, es decir, la elección de la persona a cuyos destinos os proponéis unir los vuestros.

¿Qué consideraréis para hacer esta elección, la más importante quizás que podáis proponeros, ya que la felicidad de la vida, y quizás vuestro porvenir eterno, dependen de ella?

¿Consideráis tan sólo la fortuna? El cálculo estaría

1. JOANN., IX, 53.
2. GEN., XII, 1.
3. I COR., VII, 7.
4. *Ibid.*, V, 33.

mal hecho. Cada día lo decís, y nada es tan verdadero: la fortuna sola no constituye la felicidad. Los ricos artesonados abrigan con frecuencia muchas lágrimas y terribles dolores. Repitamos el proverbio antiguo, pues está lleno de sentido y de verdad: Una joven prudente es siempre bastante rica, *mulier bene morata, dotata satis*.

¿Consideráis únicamente la belleza? Sería un cálculo peor. Las ventajitas exteriores son demasiado frágiles, demasiado pasajeras; fundamentar en ellas una felicidad que se quiere durable y sólida, es asentarla en fundamento ruinoso. Si Raquel hubiese sido bella sin ser virtuosa, Jacob no la hubiera buscado, ni sacrificado siete años de su vida para contraer una alianza no conforme con el corazón de Dios¹.

¿Qué consideraréis pues? Voy a decirlo brevemente, Consideraréis el nacimiento; consideraréis la índole; consideraréis la semejanza de edad, la conformidad de gustos, sentimientos, inclinaciones, *si vis nubere, nubere parí*; consideraréis sobre todo las cualidades morales... Joven, elige por esposa una doncella cristiana, virtuosa, modesta, discreta, que ame la vida retirada y el trabajo, y haya vivido hasta aquí como el pájaro en su nido, bajo las alas de una madre vigilante. Permite que añada que semejante mujer es un tesoro, pero que Dios no lo da de ordinario más que a los que le temen y merecen este favor con una vida honrosa, llena de buenas acciones, *pars bona mulier bona, in parte timendum Deum dabitur viro pro factis bonis*². Si los pueblos tienen, como se ha dicho, los gobiernos que merecen, ¿será muy temerario sostener que un hombre no poseerá una mujer virtuosa más que si se hace digno

1. GEN., XXIX.
2. ECC., XXVI, 3.

de ella?... Joven, acepta por marido un hombre laborioso, económico, pacífico, juicioso, de buena reputación, de costumbres irreprochables, que sirva al Dios que tú sirves, que tenga tu misma fe y tus mismas esperanzas, o bien, y esto es lo menos que puede exigirse, que se comprometa, como hombre leal, a no poner absolutamente ninguna traba al cumplimiento de tus deberes religiosos. No habéis olvidado la frase de Tertuliano: No casemos nuestras hijas con paganos, *non nubimus ethnicis*!... Atrás, pues, el cismático, que no reconoce ni a vuestro papa, ni a vuestros pastores, Atrás el hereje, que no tiene la décima parte de vuestras creencias; atrás el judío, cuyas manos, después de diecinueve siglos, están todavía tintas de la sangre de vuestro Salvador Jesús; atrás el impío que blasfema, el libertino que se burla, el ateo y el librepensador, peores que los mismos paganos.

Pero no bastan las reflexiones personales, ya que dada la poca experiencia de la juventud, podrían ser ineficaces para poneros al abrigo de toda ilusión en un asunto en que importa soberanamente no engañarse; hay que consultar.

Hay que consultar a Dios por la oración. Leed las sagradas Escrituras. En el Génesis vemos que Isaac no tiene otra mujer que la escogida y designada por Dios mismo. En los Proverbios leemos: Casa y riquezas se heredan de los padres, pero la mujer prudente la da solo Dios, *domus et divitiæ dantur a parentibus, a Domino autem prout uxor prudens*.² Los Proverbios y el Génesis tienen razón, Dios es el que hace los matrimonios, el que inclina dos corazones el uno hacia el otro, el que suscita las circunstancias y las

coordina a sus designios, finalmente, el que dispone todas las cosas de tal suerte que, después de conocerse y estimarse recíprocamente, dos personas se complacen la una en la otra, y se aman hasta el punto de unir sus destinos, y de sus dos existencias no hacen más que una. Sí, Dios es el que hace todas estas cosas; por eso, nuestros padres, que nada atribuían al azar, que veían la mano de Dios en todos los hechos de la vida, más religiosos que nosotros, decían, con el buen sentido cristiano que los distinguía: Los matrimonios están escritos en el cielo antes de hacerse en la tierra.

Después de Dios, hay que consultar a los padres. La ley religiosa y la civil obligan a ello. Los padres son los guías naturales de sus hijos, y sus consejos necesarios en un asunto de tanta importancia; la experiencia adquirida en su larga vida debe suplir la de sus hijos. Con todo, he de decir que existen límites que hay que respetar. La ley que confiere derechos a los padres, les impone deberes. ¡Desgraciados ellos sí, con miras interesadas, o por cualquier otro motivo menos confesable aún, violentaran la libertad de sus hijos, imponiéndoles una elección que el corazón no ratificará! Sólo el infierno, lugar de confusión y de desesperación, puede darnos una idea de los matrimonios hechos, si es que lo son, bajo el imperio de la violencia.

Mas apresurémonos a añadir que no son menos desgraciados los hijos que, sin razón alguna, y, con más frecuencia aún, contra toda razón, violentan a sus padres... Lo queráis o no, dicen, será ese, o el otro, esa o la otra; no me casaré con otro, o con otra... Ahora bien, de esa terquedad que nada justifica, de esa pasión ciega, que ni quiere ni puede escuchar la razón, de esos casamientos desiguales escandalosos, de esos

1. De CORONA, cap. 13.
2. PROV., XIX, 14.

matrimonios que el demonio aconseja, pero que Dios condena, según frase de Tertuliano, *a malo consiliatur, a Domino damnatur*, ¿qué puede resultar sino crueles disgustos siempre, y con frecuencia irreparables desgracias?

He dicho lo suficiente sobre la preparación próxima del matrimonio, y convendréis conmigo en que lo he hecho en lenguaje moderado, circunspecto, pero exacto y preciso. Paso, pues, a la preparación inmediata. ¿Qué debe ser?

El matrimonio es un Sacramento, esto es, una cosa santa y santificante; hemos visto que san Pablo lo califica de gran Sacramento, *magnum sacramentum*, y lo es, en efecto, en Jesucristo y en su Iglesia, porque representa la unión que ellos constituyen. Es un Sacramento de vivos; requiere, pues, el estado de gracia en los que lo reciben; casarse en otras condiciones, sería profanar el Sacramento y cometer un sacrilegio. Preciso es, pues, disponerse para el matrimonio con la penitencia, y a falta de contrición perfecta, con una buena confesión; entendedlo bien, una buena confesión, no una confesión apresurada, preparada a la ligera, considerada como pura formalidad, hecha sin sinceridad, sin dolor de un pasado quizás cargado de faltas. ¿No es así como ocurren muchas veces las cosas? El cuadro que acabo de esbozar ¿no peca por defecto antes que por exceso? ¿Habrá que dar su nombre propio, y calificar como merecen, ciertas astucias empleadas para procurarse un billete de confesión, artificios miserables no menos perjudiciales a sus autores, que injuriosos para el Sacramento? Pregunta: ¿Qué bendiciones puede conceder Dios a esposos que, en el espacio de veinticuatro horas, han profanado dos Sacramentos, el de la Penitencia y el del Matrimonio? Y si hoy en día,

más que en ninguna otra época, hay tantas uniones en que la dicha y la paz apenas duran una luna; si ese yugo, porque, quiérase o no, el matrimonio es un yugo, se convierte en yugo pesado e intolerable, hasta el punto de que el divorcio tanto tiempo contenido, ha hecho irrupción en la ley, ¿a qué atribuirlo sino a esa profanación... a la profanación de un Sacramento, que, por medio de la gracia santificante que confiere, y de las gracias propias que tiene en reserva para el tiempo oportuno, estaba destinado a constituir la felicidad de los esposos, y a hacer suave y ligero el yugo que se imponen?

Vosotros, pues, los que todavía no os habéis ligado con esos lazos formidables, no imitéis los funestos ejemplos de vuestros predecesores. Hecha la preparación remota, es decir, cuando hayáis adquirido la certeza moral de que estáis llamados al Matrimonio; hecha también la preparación próxima, esto es, cuando os hayáis aconsejado de la prudencia y de la razón para fijar vuestra elección, cumplid la obligación de la preparación inmediata; recogeos ante Dios, purificad vuestros corazones, haced una buena confesión, participad, si podéis hacerlo, del santísimo Sacramento de la Eucaristía; y entonces, llegado el día de la boda, purificados y bendecidos, os acercaréis al altar santo con la seguridad que da una conciencia regenerada; y Dios, el Dios de las santas alianzas, bendecirá vuestra unión, y la hará dichosa y fecunda; Dios hará que ese yugo que os imponéis, porque, lo repito, es un yugo, mediante la gracia divina, sea tan suave y tan ligero como sagrado e inviolable debe ser en adelante.

SERMON QUINTO

Liturgia del Sacramento del Matrimonio, o celebración del Matrimonio

Haurum rerum explicationi consue-
quens erit, ut pastores, ritus etiam
docent, qui in matrimonio contrahendo
servari debent.
(*Catech. Rom., c. 27*)

En la precedente instrucción, hemos expuesto las preparaciones que han de preceder al matrimonio: una preparación remota, otra próxima, otra inmediata.

Dichas estas cosas, el Catecismo Romano da a los pastores el consejo de instruir a sus feligreses acerca de los ritos y ceremonias empleadas en la celebración del matrimonio. El consejo es excelente, por lo que nos hemos impuesto el deber de seguirlo, ya que hay en la liturgia del Sacramento más de una enseñanza que recoger.

Doy por supuesto que los futuros cónyuges han cumplido las prescripciones y formalidades de la ley civil, y que, además, han recibido el Sacramento de la Penitencia con las mejores disposiciones, y si, por último, han comulgado, según el voto y el deseo de la Iglesia, su preparación es perfecta, nada le falta. Con sus vestidos de fiesta, se acercan al altar que va a ser testigo de sus juramentos, y junto a ellos el padre, la madre, los abuelos, los amigos y los parientes colocáanse a su lado.

Ha llegado el momento de actuar, y actúa, en efecto, el cura propio de una de las partes contratantes o un sacerdote legítimamente delegado.

Sí, el sacerdote les recordará la trascendencia que tiene para los contrayentes la solemnidad en la que actúan de una manera tan directa. Pero recuerda sobre todo la santidad del matrimonio, las grandes cosas que representa, los derechos que confiere, los deberes que impone, las numerosas gracias que procura y que tan necesarias son para no traspasar los derechos, ni faltar a los deberes; esto es mejor aun, y la Iglesia lo ordena¹.

Ha hablado el sacerdote; es obligación suya el hacerlo; pero su intervención va a ser ahora más directa; está en su derecho. ¿No es el representante de Dios, el testigo autorizado de la Iglesia? Interpela, pues, a los esposos; los designa por sus nombres; pide y recibe su mutuo consentimiento, luego, haciendo que se cojan de las manos, en señal de la donación y aceptación que mutuamente se hacen les dice: *Os uno en matrimonio, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...* Y como símbolo externo de ese lazo que ningún poder del mundo podrá desatar en adelante, está el anillo.² ¿En dónde empieza? ¿en dónde acaba? El ojo humano más ejercitado no podría advertir la solidadura; simboliza la estrecha y duradera unión de los esposos. Es de oro o de plata, y está modelado con arte... Convendría también que llevara, como los anillos de los primeros cristianos, una cruz grabada, o alguna figura emblemática; una paloma, un áncora, o el monograma de Jesucristo Salvador.

Terminadas las formalidades legales, queda hecho

1. Rit. Rom., de Sac. matrim.
2. *Ibid.*

el Sacramento, pero la sagrada función no ha terminado. Empieza la misa. Permitásceme esta exclamación: ¡Ah, cuán hermosa es la misa de la boda! Esposos cristianos, oídla con atención; y si es verdad que el santo sacrificio es la acción común, por lo menos en cierta medida, del que lo ofrece y de aquellos por los cuales lo ofrece, decidla, esposos cristianos, decid vuestra misa del día de la boda con el sacerdote que la celebra, hallaréis en ella las enseñanzas más saludables, y lecciones de las cuales os interesa mucho no perder nada.

En el Introito, dice el sacerdote: Unos el Dios de Israel, y sea siempre con vosotros... ¡Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos...! Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!¹

En la Colecta, que es la oración propia de cada misa, siempre marcada con un sello particular de oportunidad, dice el sacerdote: Escuchadnos, Dios Todopoderoso y misericordioso, a fin de que lo que se hace por virtud de nuestro ministerio, se acabe sobre todo por vuestra gracia clementísima²...

Después de la Colecta, la Epístola. En ella está toda la doctrina matrimonial de san Pablo. Ya hemos encajado en ocasión oportuna, la alta importancia de esta doctrina; todo lo que constituye el Sacramento y lo hace ser lo que es, se halla en ella: la gracia significada y la gracia conferida. El sacerdote dice con el Apóstol: Sométase la mujer a su marido, como a Dios mismo, porque el marido es el jefe de la mujer, como Jesucristo lo es de la Iglesia... Así como la Iglesia está sometida a Jesucristo, las mujeres deben someterse a sus maridos... Vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres,

1. *Missal. in die nuptiarum.*
2. *Ibid.*

como Jesucristo ama a su Iglesia, por la cual vertió su sangre y entregó su vida... Cada uno de vosotros ame, pues, a su mujer como a sí mismo, y la mujer tema y respete a su marido¹.

Todavía es esto mejor en el Evangelio. El sacerdote dice con el Evangelista san Mateo: En aquel tiempo se acercaron a Jesús los fariseos para tentarlo, y le dijeron: ¿Es permitido a un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? Jesús les respondió: ¿No habéis leído que el que hizo al principio al hombre, hizo un hombre y una mujer, y que les dijo: Por esta razón abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una misma carne? Así, ya no son dos, sino una sola carne. No separe, pues, el hombre lo que Dios ha unido².

Este Evangelio es admirable. Todo se halla en él... Odiosamente desconocida por la antigüedad pagana y tan poco respetada, aun por el pueblo que Dios se había reservado, la unidad del matrimonio se encuentra en él: un solo hombre para una sola mujer, una sola mujer para un solo hombre; Jesucristo lo dijo, en adelante, esa será la ley... La indisolubilidad también se encuentra en él; nada de divorcio ya, como ocurrían en las naciones, ni siquiera, como bajo la ley mosaica, nada de ruptura del lazo; el Señor del matrimonio, como de todo lo demás, ha hablado; la ley queda establecida; *quod ergo Deus coniunxit, homo non separet*, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre... El amor mutuo se encuentra en él; y con el amor mutuo todos los deberes que de él derivan o con él se relacionan; siempre es el Legislador supremo el que habla: Dejará el hombre a su padre y a su madre, y todo lo del mundo, y

1. *Missal. Ibid.*
2. *Ibid.*

se unirá a su mujer, y juntos no harán más que una sola carne, *et erunt duo in carne una*... Lo repito, este Evangelio es admirable; en pocas líneas entraña todo un código matrimonial.

Pero la misa continúa; las oraciones litúrgicas siguen su curso: se ha hecho el Ofertorio, se ha dicho el Prefacio, la misma Acción sacrificial va a terminarse; vienen, por fin, las bendiciones.

La primera está reservada a la mujer sola; es de justicia. Como la mujer ha de llevar la carga principal del matrimonio, conviene que tenga la primera parte en las bendiciones del cielo. Por eso, dirigiéndose a Dios, dice el sacerdote: ¡Oh Dios! que, después de haber hecho al hombre a semejanza vuestra, le disteis, para que fuera su ayuda inseparable, la mujer que formasteis de su propia carne, a fin de enseñarnos que jamás es permitido separar lo que quisisteis unir—siempre la unidad e indisolubilidad del matrimonio, que llenará hasta el final la santa función litúrgica;—¡oh Dios!, que habéis consagrado el matrimonio por ese misterio tan precioso, que la alianza nupcial es la figura de la unión sagrada de Jesucristo y de la Iglesia... mirad con ojos propicios a esta mujer, sierva vuestra; haced que lleve con amor el yugo de la paz; que, casta y fiel, contriga su matrimonio en Jesucristo; que siga las huellas de las santas mujeres que la precedieron; que sea amable con su marido como Raquel, prudente como Rebeca, fiel y de larga vida como Sara, firme en la fe, unida tan sólo a su marido, respetuosa del lecho conyugal, ordenada en su vida, recomendable por la inocencia de su corazón y la honestidad de sus actos; atraigale el respeto su pudor; instrúyase en sus obligaciones según la celestial doctrina de Jesucristo; obtenga una

V.—LITURGIA DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO 457
dichosa fecundidad, y logre el descanso de los santos en el reino celestial.¹

La última bendición es común a los dos cónyuges. Ya lo hemos precedentemente observado: la Iglesia ha introducido en su liturgia la bendición que el patriarca de los antiguos días pronunció sobre Sara, su virtuosa hija, y sobre Tobías, hijo de su pariente y santo amigo, y la ha adicionado de la gran fórmula que sirve de final a todas sus invocaciones: El Dios de Abraham, Isaac y Jacob sea con vosotros; derrame sobre vosotros su bendición, a fin de que seáis los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generación, y consiguáis luego la vida eterna con el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo Dios, vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.²

Pero os ruego que notéis que esta bendición final, que tiene por objeto principal la fecundidad de los matrimonios y la perpetuidad de las razas, no basta que la pida al sacerdote, ni siquiera basta que Dios quiera concederla, sino que es preciso que los esposos estén dispuestos a recibirla; hablaré con más claridad, sin que mis palabras pierdan la dignidad que debe siempre envolverlas: no hay que contrariar las miras y designios de la Providencia; no deben fijarse límites, por cálculos egoístas, a la acción creadora de Dios. ¿Cómo verán los esposos los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación si no hay primera generación... o si no hay más que un puesto único de una generación tardía que Dios arrebatará quizás antes de llegar a la madurez, en castigo de la violación de la santidad del matrimonio y de la transgresión de la primera de sus leyes? Dijo Dios a la primera pareja sa-

1. *Missal*, in die nuptiarum.

2. *Ibid*, IX, 7.

lida de sus manos: *Creced y multiplicaos*¹... A Noé y a sus hijos, díjoles de nuevo: *Creced y multiplicaos*²... Y cuando, durante la misa del día de la boda, en el Gradual, dice la Iglesia: *fili tui sicut novellae olivarum in circuitu mensae tuae*, es decir, siéntense vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos a vuestra mesa, en número igual a los jóvenes retoños del olivo, ¿podría dar la Iglesia mejor interpretación y un comentario más autorizado de las divinas palabras: *Creced y multiplicaos*?

Y ahora que han terminado las ceremonias, que se han pronunciado las bendiciones, que se ha dicho la misa, que se ha firmado en el registro parroquial; ahora que la santa función ha terminado, salud, campanas, con vuestro alegre repiqueo, a esa pareja que la religión ha unido y bendecido... Y luego reúnanse amigos y parientes en una mesa fraternal.

Mas no os asombréis de este último detalle de mi instrucción... Al hacer semejante recomendación, no traspaso mis derechos, sino que cumplo con mi deber. Recordad tan sólo el hecho evangélico de Caná. Cuando los buenos moradores de aquella aldea invitaron a Nuestro Señor para que honrara sus bodas con su presencia, y se sentara en su humilde mesa, dirigióse allá con su santa Madre. Allí hizo su primer milagro; allí también según un sentir muy probable, elevó el matrimonio a la dignidad de Sacramento: ¿No veis mi pensamiento?... Sea así vuestra comida de bodas; ocurra todo con la misma prudencia y honestidad, hasta el punto de que Jesucristo y su santa Madre pudieran asistir, si vivieran aún en este mundo.

1. GEN., IV, 28.
2. *Ibid.*
3. JOANN., II, 4.

Cuando oigo que la Iglesia nos dice en su Ritual: El matrimonio es una cosa santa; preciso es que se trate santamente, *sancta res est matrimonium, sancteque tractandum*¹, ¿qué queréis que piense de vuestras conversaciones tan poco mesuradas, de vuestros cantos tan lascivos, de vuestras diversiones tan faltas de decencia? ¿No contrastan por modo muy extraño todas estas cosas con las santas ceremonias de la primera mitad del día y las graves enseñanzas que de ellas se desprenden?

Acabo de poner ante vuestros ojos la liturgia, es decir, los ritos ceremoniales del matrimonio y las grandes lecciones que nos dan. San Pablo dirá las últimas palabras de esta instrucción: Contraigan los esposos su matrimonio en el Señor, *cui vult, nubat in Domino*².

En el Señor, *in Domino*, es decir, prepárense con reflexión y madurez a un acto cuya importancia y cuya influencia serán las mayores y más decisivas de toda la vida.

En el Señor, *in Domino*, es decir, que consideren el matrimonio, no como una institución simplemente humana, en la cual la religión no entre más que como pura formalidad, sino como un Sacramento de origen divino, que significa la gracia y la confiere, que impone deberes y proporciona auxilios para cumplirlos.

En el Señor, *in Domino*, es decir, que al formar este nudo, que la religión consagra, y que ningún poder del mundo puede recoger, los esposos no tengan otras miras que la de amarse mutuamente santificarse el uno al otro, y dejar una posteridad que sea su puente. *Sí radix sancta, et ramus*³; si la raíz es buena, ¿cómo las ramas podrían ser defectuosas?

1. Rit. Rom., de Sacr. matrim.
2. I COR., VII, 39.
3. ROM., XI, 16.

Cásense, pues, los esposos en el Señor, y después de ver, para repetir las palabras de la bendición nupcial, los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, lleguen al reposo de los santos en la eterna gloria de los cielos.

SERMON SEXTO

Después de la celebración del matrimonio, o deberes mutuos de los esposos

Erant iusti ambo ante Deum, incedentes in omnibus mandatis et iustificationibus Domini, sine querela.
(Luc, I, 6)

El matrimonio ha sido preparado; el matrimonio se ha celebrado. Hemos tratado ya estos dos asuntos; mas ahora que los esposos habitan juntos, que viven de la vida común y bajo el mismo techo, que se sientan a la misma mesa y llevan el mismo nombre, ¿cuáles son sus deberes, los deberes comunes al uno y al otro?

Respondo sin tardanza: Los deberes comunes a los esposos son: el amor mutuo, la fidelidad mutua, el mutuo apoyo, la asistencia mutua.

En primer lugar, el amor mutuo. ¿Habrá que insistir mucho sobre este punto, y repetir lo que ya tenemos dicho? Dejar a su padre y a su madre para unirse a su esposo... ser dos en una misma carne, y no formar más que una persona moral... casarse en el Señor, y formar un lazo que representa la unión de Jesucristo con su Iglesia... tener comunidad de yugo y llevar juntos el mismo fardo... cosas son estas que expresan el amor mutuo y lo suponen, superfluas serían más extensas explicaciones, porque nada añadirían a lo que del matrimonio nos han dicho nuestras prece-
dentes instrucciones.

Pero este amor mutuo, que es el primer deber de los esposos, y como la garantía de todos los demás, ¿qué debe ser?

Verdadero y sincero, esto es, debe proceder del corazón y manifestar con actos, mucho más que con palabras; tal es la ley del amor, *probatio amoris, exhibitio operis*.

Exclusivo de cualquier otro; tal es la expresión del Catecismo Romano, *amor singularis*¹. El hombre sólo debe amar a su mujer, como Jesucristo no amó ni amara más que a la Iglesia; la mujer no debe amar ni estimar más que a su marido, *magis quam virum neminem diligendum, neque pluris faciendum esse neminem*².

Santo y puro; os habéis casado en el Señor, *in Domino*; amad también en el Señor... San Pablo escribía a los tesalonicenses: Dios no nos ha llamado para que seamos impuros, sino santos, *non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in sanctificationem*³.

En fin, sea duradero el amor mucho, sin entibiarse jamás. Si su forma expansiva varía, permanezca en el fondo siempre el mismo; sobreviva a todos los acontecimientos y vicisitudes de la vida; y si me permitís el lenguaje figurado que, expresando mejor mis pensamientos, lo grave más profundamente en vuestras almas, diré que convendría que entre los esposos no hubiera más que una sola estación, siempre la estación de las flores, jamás la del cierzo y de las frías escarchas.

El segundo deber de los esposos, es la mutua fidelidad. ¿Quién se atrevería a negarlo? El marido ya no se pertenece a sí mismo, sino a su esposa; la mujer

1. *Cat. Rom.*, cap. 27.
2. *Ibid.*
3. *Thess.*, IV, 7.

ya no se pertenece a sí misma, sino a su marido; tal es la traducción fiel y casi literal de estas palabras de san Pablo; *mulier sui corporis potestatem non habet, sed vir; similiter autem et vir sui corpori potestatem non habet, sed mulier*¹. Jamás fué mejor establecida la limitación de la propiedad respectiva. Por consiguiente, desgraciados los esposos, desgraciados uno y otro—porque, notadlo bien, no hay aquí privilegio para el uno ni para el otro; el marido no es de mejor condición que la mujer, ni la mujer de peor condición que el marido; entre ellos son iguales los deberes sobre este punto—; por consiguiente, desgraciados los dos cónyuges, si, violando la fe jurada, si, reservándose después de haberse dado, y reservándose para darse a cualquier otro, cometen ese crimen que la religión castiga con todos sus anatemas... ese crimen que san Pablo inscribió, y de los primeros, entre los que excluyen del reino de los cielos... ese crimen que la opinión pública, aun en nuestros días de moral relajada, estigmatiza como merece... ese crimen que todas las legislaciones, aun las paganas, han vilependiado y severamente castigado... ese crimen, en fin, que, sin hablar del deshonrar de que queda manchado, deja cargada la conciencia de las más pesadas responsabilidades desde el punto de vista de la justicia... En vuestros labios está ese crimen odioso, que es a la vez imperdonable cobardía y la más irritante violación del derecho ajeno: el adulterio.

Pero no basta, esposos cristianos, con que os améis en el Señor, y seáis fieles a la fe privada; hay otro deber que os incumbe, el tercero, el mutuo apoyo.

Behamos en la fuente más autorizada: Tres cosas me complacen, y son aprobadas por Dios y por los

1. I Cor., VII, 4.

hombres, dice la Sabiduría misma; la unión de los hermanos, el amor de los prójimos, y un marido y una mujer bien unidos entre sí, *concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes*¹. Pero esta concordia tan deseable, que figura entre los bienes de primer orden, ¿existe en todas partes y siempre? Doy la contestación que vosotros mismos daríais: No, ni en todas partes, ni siempre. El cielo de los hogares, aun de los más felices, no está exento de ciertas nubes intermitentes que velan su esplendor. Sólo de aquéllos quisiera hablar; la empresa sería fácil; el mal es de los más pequeños, se cura por sí mismo. Pero hay desgraciadamente otros llenos de tempestades prontas siempre a estallar... ¿Quién pondrá fin a esos rozamientos sin cesar renacientes? ¿Quién apaciguará esas querellas cada día más enconadas? ¿Quién impedirá que se oigan hasta en la calle esas imprecaciones, esas palabras injuriosas, esas recriminaciones violentas, de un marido contra su mujer, de una mujer contra su marido? ¿Recurriréis al divorcio? La ley civil lo autoriza en ciertos casos, pero la religiosa lo prohíbe en todos los casos; si sois cristianos, esa puerta está cerrada para vosotros; lo que Dios ha unido, ningún poder del mundo puede separarlo, *quod Deus coniunxit, homo non separet*²... Haréis intervenir la sentencia del juez para lograr la ruptura del lazo de cohabitación? No lo niego, podéis hacerlo, la ley civil y la misma ley religiosa os autorizan para ello; pero ese derecho absoluto, creedme, no lo uséis más que en el caso de necesidad extrema, y si es posible, sólo temporalmente. Evitad a la Iglesia el estrepito de una separación que aunque motivada, causa siempre escán-

1. Eccl., XXV, 2.
2. MATH., XIX, 6.

dalo; pensad en vuestros hijos que, partidos entre los dos, irán los unos por un lado y los otros por otro con gran detrimento de su educación. ¿Qué hacer, pues? Tras corta ausencia, vuelve a presentarse mi asunto: soportaos, soportaos, excusaos mutuamente, hacedos recíprocas concesiones; perdonaos, no una vez, no siete veces, setenta veces siete veces. Aun en el caso más grave de todos, el de infidelidad, hay un aviso muy saludable de san Agustín sobre esta materia, aviso que, dice el Catecismo Romano, deben recordar los párrocos a sus feligreses, *hoc loco praetermittenda non erit pastoribus sancti Augustini salutaris admonitio*¹. ¿Cuál es? Este: Dios y la Iglesia perdonan los pecados más enormes, aun los monstruosos... Dios y la Iglesia perdonan a las más grandes pecadoras. Leed el Evangelio de la mujer adúltera, que viene cada año desde la tercera semana de Cuarema; es una de las páginas más hermosas, del sagrado libro. ¿Por qué no perdonar vosotros también, al arrepentimiento sincero, si da serias garantías de duración? *cur vir fidelis non recipiet uxorem quam recipit Ecclesia? tut cur uxor viro adultero, sed poenitenti non ignoscat, cui etiam ignovit Christus?* Sería difícil expresarse mejor; la caridad es el primer deber de los esposos, como la misericordia es el primero de los atributos de Dios. Al perdonar a los pobres pecadores, Dios no pierde nada de su gloria, sino que la aumenta; al imitar al Padre de las misericordias, los esposos se harían gran honor, y aumentarían aún sus méritos³. Queda un cuarto deber que cumplir, la asistencia

1. Cat. Rom., cap. 27.
2. San Agustín. De adul., conjug., cap. 8 et 9.
3. Después de citar a san Agustín, el Catecismo Romano añade: "Quod Scriptura stultum vocat (Prov. cap. 18, v. 22) qui tenet adulteram,—de ea sentit quae cum deliquerit, poenitere et accoepta turpitudine desistere recusat."

mutua. Aquí también, ¡cuántas cosas habría que decir, cuántos detalles que precisar y esclarecer!

En la vida conyugal, veo en primera línea el trabajo que se impone, con mucha frecuencia, como rigurosa necesidad. Se trata de edificar la casa, de hacer entrar en ella, no la fortuna, que sólo pertenece a un corto número, sino el honrado bienestar, esa dorada mediana, que los antiguos preferían a la misma fortuna. Permitid que os cite un proverbio oriental: No es más hermosa la cabaña por sus muros y su techo, sino por la sopa que se come en ella... ¿Queréis poseer esta modesta honesta, pero desprovista de lo necesario? Esposos, ayudaos mutuamente, llegad al fin común por medio de esfuerzos convergentes. Mientras el marido trabaja, y soporta el peso del día y el calor, ¿conviene que la mujer esté ociosa y pierda un tiempo precioso en conversaciones inútiles por lo menos? Y recíprocamente, mientras que la mujer trabaja, provee a las necesidades de los hijos, se ingenia por todos los medios para cumplir con los comunes compromisos, ¿conviene que el marido sea pródigo, y disipe el haber matrimonial en el juego y en el humo de la embriaguez? De los dos, el uno edifica, el otro arruina: ¿qué puede salir de aquí?, pregunta el Sabio. Recriminaciones, querellas, mucho malestar, nada de bueno, *unus aedificans, et unus destruens, quid prodest illis, nisi labor?*¹

Si, por lo menos, la vida conyugal estuviera al abrigo de las palabras... Si los dos cónyuges, que supongo laboriosos, vieran que todo prospera a medida de sus deseos... Pero no; las cosas no andan siempre bien. Hay enfermedades; a veces son precoces, con frecuencia largas, dispendiosas siempre. Hay reverses de

1. Eccl., XXXIV, 28.

varios géneros; ya la cosecha que falta, el pedido que escasea, la clientela que se muestra inconstante y caprichosa. Se dice: Llega de plata no es mortal, pero en ciertos hogares necesitados, la frase no es exacta. En fin, hay pérdidas más sensibles, más crueles, irremediables, que abren llagas, y llagas mortales esta vez. Raquel no quiere ser consolada, porque ya no existen sus hijos... La mujer del viejo Tobías estaba también inconsolable, *illa autem nullo modo consolari poterat*², porque su hijo había emprendido un viaje lejano, tardaba demasiado en regresar, y ya no confiaba en verlo; era la luz de sus ojos, el báculo de su vejez, el consuelo de su vida, la esperanza de su posteridad... Esposos cristianos, si estos dolores son los vuestros; si otros reverses han venido o vienen a juntarseles; si vuestro himeneo, feliz, al principio, no ha dado de sí todo lo que prometía, si vuestros años menos largos que los de Jacob, han sido aún menos buenos que largos, *dies parvi et mali*³; esposos cristianos, en todas estas pruebas, en medio de estas continuas vicisitudes de vuestra vida conyugal, ayudaos, asistíos, llevad la carga el uno del otro, y será menos pesada, si es repartida. Del esposo sostenido por la esposa, y recíprocamente, debemos decir lo que la sagrada Escritura, dice del hermano ayudado por el hermano: Es una plaza fuerte inexpugnable, *frater qui adiuvatur a fratre, quasi civitas firma*⁴.

Pero no es esto todo. La asistencia mutua de los esposos no debe limitarse al cuerpo; si la de ser verdadera y cristiana. ¿no es necesario que se extienda

1. MATTH., II, 18.

2. TOB., XI, 7.

3. GEN., XLVII, 9.

4. PROV., XVIII, 19.

aun a las necesidades del alma misma? ¿No es sobranamente deseable que los esposos se santifiquen mutuamente, que trabajen en la salvación el uno del otro, y que unidos en la tierra, se encuentren también unidos en el cielo? ¿Pensáis en ello, esposos? ¿Lo hacéis así? Con tal que su esposa sea complaciente, laboriosa, excelente ama de casa, se da por satisfecho un marido, y no va más allá. Una mujer se enorgullece de su marido, si goza de buena reputación, si es hábil en su arte o profesión, si los sufragios populares lo distinguen de la muchedumbre para elevarle a los honores mismos de la más sencilla representación; pero ¿se precupa mucho ni poco de que cumpla con sus deberes religiosos, que satisfaga a la ley de Dios y de la Iglesia, por lo menos en los puntos esenciales? ¿Cómo, eres cristiana, eres esposa, amas a tu marido, y le dejas dormirse en la indiferencia y el olvido de sus deberes, sin procurar despertarlo jamás? Eres cristiana, eres esposa, amas a tu marido, y permites que profane el nombre y el día del Señor, sin que le des el menor aviso, ni siquiera indirecto, bajo la suave forma de la insinuación? Eres cristiana, eres esposa, amas a tu marido, y no haces nada para que reciba los Sacramentos, cuando una enfermedad grave pone en peligro sus días y su salvación? El pensamiento de que en la otra vida podríais vivir desunidas, él por un lado, tú por otro, ¿te deja indiferente? ¡Oh esposa! Comprende mejor en adelante la más imperiosa de tus obligaciones; trabaja en la salvación de tu marido como en la tuya propia; después de tu alma, ¿qué puede interesarte más que la suya? Si, al decir de la sagrada Escritura, cada cual ha recibido el mandato de interesarse por la salvación de su prójimo¹, ¿qué mayor prójimo que

1. Ecc., XVII, 12.

aquel con el cual, tienes comunidad de cuerpo, de vida y de bienes? Por caridad, en tiempo útil, una buena palabra, una buena insinuación oportuna, cierta demostración repleta de caridad, y sobre todo y siempre, el buen ejemplo. Quiero pertenecer a la religión de san Francisco de Sales, decía en cierta ocasión un protesistente honrado; una religión que hace a los hombres tan suaves, debe ser la verdadera. Quiero pertenecer a la religión de mi mujer, acabará por decir su marido hasta entonces indiferente, quizás incrédulo; una religión que hace esposas tan virtuosas, debe ser la verdadera... Y entonces, tú y tu marido, conquistá tuya, después de vivir aquí bajo largos días, no exentos de pruebas, pero llenos de amor mutuo, de fidelidad mutua, de apoyo mutuo, de asistencia mutua, os acercaréis, como en el día de vuestras bodas terrenales, cogidos de la mano, a la mansión dichosa que las sagradas Escrituras llaman la mansión de las bodas eternas¹. Juntos en la tierra, juntos también en el cielo; tal es el hermoso destino de los esposos cristianos.

1. MATTH., XXV, 10.

SERMON SEPTIMO

Fines del Matrimonio

*Sed quibus de causis, vir et mulier
conjungí debeant, explicandum est.*

(Catech. Rom., c. 27)

Es nuestra séptima y última instrucción sobre tan grave materia.

Puesto que es obligación de los pastores instruir a los fieles sobre los fines para los cuales instituyó Dios el matrimonio, voy a cumplirla. Las delicadezas del asunto no serán obstáculo alguno para mí. Lo que yo he de decir lo diré en términos mesurados y circunspectos; tal es, por otra parte, la recomendación del Catecismo Romano: *nullum ex pastorum ore verbum excídat quod fidelium auribus indignum esse videatur*¹. No me costará trabajo alguno conformarme con ello. Que el matrimonio tiene por fin, desde que el pecado vino a destruir el orden hermoso establecido por Dios, subvenir a la debilidad de los que de otro modo no podrían ni querrían resistir a los atractivos de los sentidos y guardar continencia, lo insinúa san Pablo cuando dice que vale más casarse que ser quemado por el fuego impuro, *melius est nubere quam urí*². Lo enseña la teología en todos sus tratados y por unanimidad de sus Doctores, y el Catecismo Romano lo ex-

presa con claridad: El que tiene el convencimiento de su debilidad, y no se considera con valor suficiente para triunfar de los sentidos, recurra al matrimonio como a un remedio para curarse o preservarse del pecado de la carne, *qui sibi imbecillitatis suae conscius est, nec carnis pugnam vult ferre, matrimonii remedio ad vitanda libidinis peccata, utatur*¹.

Tampoco es dudoso que otro de los fines del matrimonio, para el hombre y para la mujer, consiste en procurarse, por medio de la unión conyugal, auxilios recíprocos, mutua asistencia, agradable compañía y todas las dulzuras y todas las ventajas de una buena compañía. La primera página de la sagrada Escritura da fe de ello: No es bueno que el hombre esté solo; hagámonse ayuda y compañía semejante a él, *non est bonum hominem esse solum, faciamus ei adiutorium simile sibi*². Elevado a la dignidad de rito sacramental, y convertido en lo que fué al principio, nada perdió el matrimonio de su carácter de alianza natural; por lo contrario, al santificar el mundo, Jesucristo no hizo más que estrecharlo, hacerlo más fuerte, y unir más estrechamente las almas que los mismos cuerpos.

Si estos dos primeros fines son ya buenos y legítimos, hay otro tercero mejor aún, más grande, más noble, más digno del hombre y sobre todo y más particularmente digno del cristiano.

Esposo, sé padre; la vida que tienes en depósito, debes, y es un honor tuyo, transmitirla.

Esposa, sé madre; el matrimonio no es un objeto de lujo; el nombre que lleva entraña un deber; derivado del latín, expresa que la mujer se casa para ser

1. *Cat. Rom.*, cap. 27.
2. *I Cor.*, VII, 9.

1. *Cat. Rom.*, cap. 27.
2. *GEN.*, II, 18.

madre, *matrimonium ab eo dicitur quod femina idcirco maxime nubere debet, ut mater fiat*¹.

Esposo, sé padre; esposa, sé madre, tantas veces como plazca a Dios; tal es la ley: *crescite, multiplicamini*²; creced y multiplicaos. La sagrada Escritura condena como cosa detestable, *rem detestabilem*³ y estigmatiza el modo de unión que pone obstáculos a la generación y la aniquila. Oíd cómo se expresa la Iglesia por medio de uno de sus órganos, cuya autoridad con frecuencia hemos invocado: Los que cometen un gran crimen, *scelus gravissimum*; los que impiden, por cualquier medio que sea, la concepción o nacimiento de los hijos, son personas desnaturalizadas y homicidas, *haec enim homicidarum impia conspiratio existimanda est*⁴. No es posible decir nada más fuerte.

Esposo, sé padre; esposa, sé madre, en las mejores condiciones posibles de honestidad y virtud. El fruto es lo que es en razón de la savia que lo hace y del árbol que lo lleva; tal es la ley de todos los frutos, así en el orden moral, como en el físico. La sagrada Escritura la formó con ese vigor de estilo y esa riqueza de imágenes que le son propios: ¿Quién hará puro un germen concebido de una semilla impura? ¿Coge uno uvas de los espinos, o higos de las zarzas⁵... La transmisión de las inclinaciones con la sangre, ha dicho un escritor eminente, ¿no es un hecho adquirido por la ciencia como por la moral? y la misma lengua, expresión de la razón general, y, por consiguiente, de la verdad, ¿no viene a prestar su apoyo a esta observa-

1. *Cat. Rom.*, cap. 27.
2. *GEN.*, I y VIII.
3. *GEN.*, XXXVIII, 10.
4. *Cat. Rom.*, cap. 27.
5. *JOB.*, XIV, 4.
6. *MATTH.*, VII, 16.

ción, cuando habla de *hijos bien nacidos, hijos de bendición*, para oponerlos a aquellos cuya naturaleza viciosa parece anunciar la presencia de un poder malhechor¹.

Sois padres, sois madres; lo sois tantas veces como place a Dios; lo sois en las mejores condiciones de honestidad y virtud. Esos hijos, salidos de vosotros, numerosos, si Dios quiere que lo sean, *bien nacidos*, con un alma sana en un cuerpo sano, *mens sana in corpore sano*; esos hijos... veamos progresivamente vuestros deberes para con ellos:

En primer lugar, proveed a sus necesidades materiales. Padre, trabaja para sostener a la familia, *decet virum in alicuius honestae rei studio semper occupatum esse, ut ea suppediet quae ad familiam sustentandam necessaria sunt*². No has faltado a Dios ni al deber por cálculos egoístas; tampoco te faltará Dios; tenlo por seguro; su providencia tiene los ojos abiertos sobre los pajarrillos para alimentarles, sobre los lirios del campo para vestirlos³; tus hijos valen más... Madre, cubre ese cuerpito que el aire devoraría; si es posible, y de ordinario lo es, pues la naturaleza provee a ello en abundancia, alimentalo tú misma; proceder de otro modo, es ser madre a medias, y no es menos peligroso bajo el concepto moral que bajo el físico. La historia aplaudirá siempre a Blanca de Castilla, quien, a su vuelta tras unas cuantas horas de ausencia, habiendo sabido que su hijo—el futuro san Luis—había tomado el pecho de una dama de la corte, metióle los dedos en la boca para que arrojara aquella leche extraña. Subamos un escalón: convertidos ya en padre y en

1. *CARDINAL. GIRAUT.*, t. 3 p. 139.
2. *Cat. Rom.*, cap. 27.
3. *MATTH.*, VI, 26 y sig.

madre, ¡oh esposos!, amad a vuestros hijos. No voy a discurrir sobre la substancia del precepto, pues la voz de la sangre grita con más fuerza que todos los razonamientos, sino sobre el modo de cumplirlo.

Amadlos a todos con amor igual, sin preferencias por ninguno. Nada perturba tanto la paz del hogar doméstico como ciertas predilecciones. El niño que se ve injustamente postergado en las caricias paternas o maternas, no se resigna fácilmente a su suerte, porque tiene conciencia de sus derechos, y tarde o temprano, quizás se haga pagar muy cara la exclusión de los objetos. Esaú fué menos amado que Jacob; José más amado que sus hermanos. Sabido es lo que ocurrió: Esaú con el corazón ulcerado de despecho, huyó de la casa paterna, llevando consigo proyectos de venganza¹; el padre de José expió con lágrimas amargas sus preferencias demasiado pronunciadas².

Amadlos con amor sin debilidad. Esposos que ya sois padres y madres, mantened firme y sin oscilaciones el cetro de vuestra autoridad. Nuestro siglo, bien lo sabéis, ha acumulado muchas ruinas; muchos poderes han desaparecido; todos han sido socavados...; ¿sería mucho pedir que la autoridad paterna evite el naufragio, que se mantenga en pie como una solemne protesta? Desterrad de vuestras ideas y de vuestros actos las muelles complacencias, la ciega indulgencia que todo lo perdona, una educación demasiado fácil, una falsa sensibilidad que teme dirigir un reproche, en una palabra, todo ese conjunto de cosas que constituye lo que podría llamar la idolatría de la infancia. Quien bien ama bien, castiga; así dice el proverbio, y es exacto. La corrección ponderada, manteniéndose en-

1. GEN., XXVII.
2. *Ibid.*, XXXVII.

tre la suavidad excesiva y la severidad exagerada, es una de las formas del amor.

Pero no es esto todo. Preciso es que lleguemos hasta el fin de todo el matrimonio, es decir, del matrimonio en cuanto es, no sólo alianza natural, aun instituida por Dios, sino también y sobre todo en cuanto Sacramento.

Bebamos siempre en la misma fuente; no hay otra mejor; ni más segura. En cuanto alianza natural del hombre y la mujer, el fin del matrimonio, dice el Catecismo Romano, es la propagación de la raza humana; pero fué elevado a la dignidad de Sacramento, para que los hijos que de él provengan en adelante, sean engendrados y educados en la verdadera religión, a fin de que sirvan al único verdadero Dios y a Jesucristo Nuestro Señor, *ut populus ad veri Dei, et salvatoris nostri Christi cultum et religionem, procrearetur atque educaretur, sacramenti dignitas illi tributa est.*¹ No es posible una exposición de doctrina más clara. No se trata solamente de proporcionar a la sociedad nuevos reclutas, y de sustituir con los hombres que nacen los hombres que mueren; tampoco se trata solamente, como bajo la ley antigua, de tener hijos que sean herederos de la fe de Abraham y de las promesas hechas a su raza; sino que se trata de proporcionar al solo y único Dios criaturas que le conozcan, le amen y le sirvan, y del mismo modo conozcan, amen y sirvan al que envió a este mundo, a *Jesucristo Nuestro Señor*.

¿Lo entendéis, esposos cristianos que ya sois padres y madres? Sabéis que los hijos que de vosotros nacen son un don de Dios para un fin determinado, un depósito que os confía, un talento que haréis valer, y del cual se os pedirán cuentas.

Que vuestros hijos sean hombres, muy bien; nacidos

1. *Cat. Rom.* cap. 27.

son del hombre. Que sean ciudadanos útiles, y aprovechen a la sociedad que los recibe en sus filas, mejor aún; la sociedad que los ayuda, tiene derecho a sus servicios; da para recibir. Que la patria haga un llamamiento a la prudencia de sus consejos y al vigor de sus brazos, todavía mejor; combatir por los hogares no menos que por los altares, es un honor y es también un deber. Que a su vez funden familias que serán otros enjambrés, todavía y siempre mejor; preciso es que el género humano subsista, que una generación sea seguida de otra generación; el río de la vida no debe secarse hasta que Dios suspenda su curso.

Pero ante todas cosas y de conformidad con el fin primero del matrimonio, sean cristianos, conozcan a Dios, le amen y le sirvan, no ciertamente al Dios de los poetas, ni al de los filósofos... pues esos dioses ni ven, ni oyen, ni se cuidan de las cosas de este mundo; son dioses falsos, puras invenciones de espíritus delirantes, sino al verdadero Dios; tales son las hermosas palabras del texto que citaba hace poco, el Dios del *Credo* católico, esto es, el Dios que es padre, que es todopoderoso, que lo ha creado todo, que todo lo ve, que todo lo oye, que está en todos puntos, que todo lo gobierna, que dará a cada cual según sus obras... y con ese Dios, único y verdadero Dios, al que él envió, a su Hijo, a Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre, que fundó una Iglesia, a la cual es preciso obedecer, hizo leyes que es preciso observar, instituyó Sacramentos que es preciso obedecer, dictó un código completo de deberes religiosos, de los cuales a nadie es permitido sustraerse... He ahí esposos cristianos, lo que los hijos nacidos de vosotros deben saber; vosotros debéis enseñárselo; vuestros labios deben decirselo; el matrimonio, elevado

a la dignidad de Sacramento os impone esa obligación; tal es el fin que debe especialmente conseguir; *ut populus ad veri Dei et salvatoris nostri Christi cultum et religionem procreatur atque educaretur, Sacramenti dignitas illi tributa est*. Los otros fines del matrimonio son secundarios sin que por ello pierdan su importancia, pero aquél es el principal, Dios os dirige las palabras que la hija del faraón de Egipto dirigió a la madre del niño que acababa de salvar de las aguas: Tomad este niño que os entrego, y criadlo para mí, *accipe puerum et nutri mihi*.¹ Sois depositarios y guardianes, Dios es el amo, el único verdadero propietario; vuestros hijos os pertenecen, pero pertenecen más aún a Dios.

En el cielo se han producido vacíos. Cuando el primero de los ángeles se rebeló contra Aquel a quien debía rendir homenaje, arrastró en su rebelión gran número de espíritus celestes; y desde aquel momento, para reparar estas defecciones, para repoblar el cielo de ángeles, elige Dios aun entre los niños de la tierra; los toma en la primera flor de la inocencia, a veces con la frente todavía húmeda del agua bautismal.

También se producen vacíos en la tierra, en esta porción del género humano rescatado que se consagra al servicio de los altares; si el sacerdocio de Jesucristo es inmortal, los que desempeñan sus funciones en su nombre son tributarios de la muerte; son los dioses de la tierra por la dignidad de que están investidos y la extensión de los poderes que ejercen, pero mueren como hombres, *dii estis, et filii excelsi omnes; vos autem sicut homines moriemini*²... y para reemplazarlos, ya en ese humilde cura de aldea, ya en la silla episcopal

1. Exod., cap. II, 9.

2. Psal., LXXXI.

más elevada, para tener siempre completa la tribu sacerdotal, elige Dios niños aquí y allá, en este hogar cristiano o en el otro, para convertirlos con el tiempo, tras las pruebas de rigor, en menajeros de su voluntad y en dispensadores de su gracia.

Pero que sea para el cielo o para la tierra, para este ministerio o para el otro, esposos cristianos, dádselos a Dios cuando los pida, y tan pronto como se digne tener necesidad de ellos; dejadle que haga su elección como bien le parezca. En virtud del matrimonio elevado a la dignidad de Sacramento, sois sus tributarios, vosotros y los que preceden de vosotros. Siempre recurrimos a nuestro hermoso texto, sobre el cual, como el artista sobre el tema de su preferencia, no hacemos más que ejecutar diferentes variaciones. Citémoslo una vez más; sólo con disgusto prescindiríamos de verdades tan exactas y bien expresadas: El matrimonio, unión natural al principio, establecido con miras a la propagación de la raza humana, fué luego elevado a Sacramento, a fin de que, de esta fuente en adelante santificada saliese un pueblo de adoradores del verdadero Dios, y de fieles servidores de Jesús, su divino Hijo y Salvador nuestro, *quemadmodum enim matrimonium, ut naturalis conjunctio, ad propagandum humanum genus ab initio institutum est, ita deinde, ut populus ad veri Dei et salvatoris nostri Christi cultum et religionem procrearetur atque educaretur, Sacramenti dignitas illi tributa est.*

Permítid que encarne, si puedo hablar así, esta enseñanza tan hermosa y verdadera, en un hecho que contribuirá no poco a fijarla en vuestras almas.

En la antigua monarquía, un día en que se consagraba a uno de nuestros reyes, después de la ceremonia, que fué tan magnífica como puede imaginarse, cierta dama

de la corte acercóse al joven monarca, y le dijo: Principie, en medio de todos los esplendores de vuestra consagración, Vos erais sobre todo el que era preciso ver... ¡Oh, qué hermoso estabais... hermoso como la esperanza!

Si estas palabras, dichas de un rey de la tierra, son verdaderas, ¡cuánto más verdaderas serían, dichas del cristiano miembro de la Iglesia, hermano de Jesucristo, heredero presuntivo del reino de los cielos? ¡Ah, qué hermoso es, esposos cristianos, el hijo nacido de vuestra carne y de vuestra sangre... es hermoso como la esperanza!

Hemos recorrido un camino muy largo; hemos llegado ya al término de nuestro trabajo. Los Sacramentos, que tan gran puesto ocupan en el conjunto de las creencias y deberes de la vida cristiana, quedan explicados; hemos dicho de ellos lo que son, las gracias que confieren, las inmensas ventajas que de ellos resultan para la Iglesia en general, y para cada uno de sus miembros en particular. Hemos iluminado vuestras inteligencias, y conmovido vuestros corazones... Si este resultado, el único que ambicionamos, queda conseguido, la gloria es únicamente de Dios; en sus manos no hemos sido más que un instrumento, dócil a la verdad; pero nadie sabe mejor que nosotros cuán débil es. Así, pues, Dios todopoderoso sea exaltado; sea para él toda la gloria... A nosotros queda reservado el papel más humilde, pero también magnífico, el de celebrar sus victorias, y cantar los triunfos de su gracia. *Exaltare, Domine, in virtute tua; cantabimus et psallemus virtutes tuas*².

1. Esta cita está sacada de la obra de Mons. Dupanloup sobre la educación.
2. Psal., XX.

Tabla analítica de materias

págs.

SERMON PRELIMINAR

LA JUSTIFICACIÓN

La justificación se define : Un cambio sobrenatural, etc. —
¿Quién opera este cambio?—Dios, sin mérito alguno
por nuestra parte.—¿Quién nos lo mereció?—Jesu-
cristo ; lo dice la sagrada Escritura, lo enseña la Igle-
sia.—¿Cuál es su causa instrumental? Los Sacramen-
tos, que confieren la gracia en virtud de su institución...
mediante ciertas disposiciones de nuestra parte.—¿Cuáles
son sus efectos? La gracia santificante y habitual
es conferida—los pecados son perdonados, verdadera y
propriadamente perdonados—las obras son fecundas y me-
ritorias en virtud de su principio... y, de las promesas
divinas.—Conclusiones prácticas, 4

LOS SACRAMENTOS EN GENERAL

SERMON PRIMERO

NOCIÓN DEL SACRAMENTO

Noción del signo en general. — Su uso diario en el co-
mercio habitual de la vida. — Aplicación de la noción del
signo a los Sacramentos. — Significan la gracia y le
sirven de enseña. — Significan la gracia y la confieren.
— Ojeada retrospectiva sobre los Sacramentos de la an-
tigua Ley — los nuestros son mejores — los nuestros
hacen lo que expresan, en virtud de su institución, por
el hecho mismo de la obra operada. — Hermoso texto
de san Juan Crisóstomo. — Demos gracias a Dios por
haber hecho nuestros Sacramentos lo que son
SACRAMENTOS - 31

SERMON SEGUNDO

NOMBRE DE LOS SACRAMENTOS, SUS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS,
SU LITURGIA

Siete Sacramentos. — Concordancia de este nombre con las necesidades de los fieles consideradas individual o colectivamente.

Sujeto de los Sacramentos — los hombres, no los ángeles — los hombres, porque de pecadores se hacen justos, o si son justos, se hacen más justos — los hombres, aun aquellos cuyas disposiciones son dudosas — *Sacramenta propter homines*.

Ministros de los Sacramentos. — Si son buenos, les aprovechan los Sacramentos — si son malos, permanece, a pesar de ello, la eficacia de los Sacramentos. — Hermoso texto de san Gregorio de Nacianceno sobre este punto.

Materia y forma de los Sacramentos — la materia, cuerpo del Sacramento — la forma, alma del Sacramento — unidas la una a la otra, queda hecho el Sacramento. Ceremonias de los Sacramentos, — prescritas por la Iglesia, son obligatorias para los ministros y utilísimas para los fieles. — Un texto del Concilio de Trento, segundo de un hermoso comentario del cardenal Bona.

23

SERMON TERCERO

EFFECTOS DE LOS SACRAMENTOS, DISPOSICIONES PARA RECIBIRLOS

Efectos — gracia santificante *primera* — gracia santificante *segunda* — razón de estos términos — gracia sacramental, importantísima desde el punto de vista del cumplimiento de ciertos deberes — recurrir frecuentemente a los Sacramentos, aun durante el estado de gracia, al efecto de una provisión más amplia de gracia sacramental. — Otro efecto propio de tres Sacramentos. — El carácter, según la sagrada Escritura, la Tradición, el Concilio de Trento — los derechos que confiere — los deberes que impone. — Perennidad del carácter. — Siempre está uno, bautizado, siempre está confirmado, siempre es sacerdote. Disposiciones. — Se hablará más extensamente de ellas cuando se trate de cada Sacramento en particular... ..

32

EL BAUTISMO

SERMON PRIMERO

NOCIÓN DEL BAUTISMO, SUS EFECTOS, OBLIGACIONES QUE IMPONE

Noción del Bautismo. — Definición de san Basilio — se explica parte por parte la definición estrictamente teológica.

Efectos — el Bautismo borra los pecados — original — actual — perdona toda la pena. — Suerte dichosa de los que mueren en la gracia bautismal. — Títulos y derechos que el Bautismo nos confiere; su enumeración y desarrollo. — Tanta nobleza obliga. — Hermosos textos del Evangelio — de san Pablo — de los grandes Doctores. — El bautizado que no procede como bautizado, es tan cristiano como una estatua es hombre. — Conclusión: no abandonemos las alturas en que nos coloca el Bautismo

41

SERMON SEGUNDO

NECESIDAD DEL BAUTISMO

Verdad principal... La necesidad del Bautismo está demostrada por el Evangelio — la Tradición — la doctrina del Concilio de Trento.

Verdades dependientes... porque el Bautismo es necesario con necesidad absoluta, quiso Dios que la materia del Sacramento fuese el más común de los elementos, y que la forma se compusiese de las palabras más fáciles de retener.

Porque el Bautismo es de necesidad absoluta, todo el mundo puede bautizar en ciertos casos, y, por tanto, todo el mundo debe saber bautizar. Detalles prácticos. Porque el Bautismo es de necesidad absoluta, Dios quiso, en su providencial bondad, que el Bautismo de agua fuese sustituido por el de fuego — de sangre; explícase éste. — Porque el Bautismo es necesario de necesidad absoluta, hay que hacer bautizar a los niños tan pronto como nacen — cuál es la suerte de los niños muertos sin el Bautismo — consejos prácticos a los padres — bautizado el hijo, otros consejos a los pa-

	págs.
dres — bautizado el hijo, ser sagrado, casi divino, merece los grandes respetos.	50

SERMON TERCERO

LITURGIA DEL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

Nombres dichos: de Bautismo... ¿cuáles tomar? — Padriños y padrinas, ¿cuáles elegir? — El niño espera en el vestíbulo de la iglesia, ¿por qué? — Primeros interrogatorios — Catecismo sumario — Exorcismo, sus significaciones — Explorado el demonio, toma Dios posesión. — Ceremonia de la sal — el ephpheta. — Nuevos interrogatorios — su elevado sentido — Se vierte el agua, se pronuncian las palabras, queda cumplido el Sacramento. — Pero no queda terminada la santa función — la unción en la frente — el capillo — el cirio encendido — el *vade in pace*. — Explicaciones — *tresprehensibilis, custodi baptis mun tuum*. — Se termina con un hermoso texto de Tertuliano. ...

59

LA CONFIRMACION

SERMON PRIMERO

NOCIÓN DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN, ELEMENTOS QUE COMPOENEN, SUS EFECTOS

La Confirmación, Sacramento de perfeccionamiento — su materia — su forma — la institución divina — el Obispo, ministro de la Confirmación; ¿por qué? Comparación ingeniosa del Catecismo Romano — Efectos del Sacramento — da el Espíritu Santo; pruebas sacadas de la sagrada Escritura, de la Tradición, de la Liturgia del Sacramento. — ¿Cuál es la gracia propiamente sacramental de la Confirmación? — Carácter que imprime el Sacramento — ¿Cuál es su naturaleza? — La vida cristiana, servicio de guerra — Hermosos textos de los Padres. Conclusión: ¿Tenéis que recibir todavía el Sacramento de la Confirmación? Apresuraos a recibir esta gracia. — Lo habéis recibido? — Conservad el Espíritu Santo que habita en vosotros

71

SERMON SEGUNDO

LA LITURGIA DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

Todos los confirmados se encuentran en la iglesia. — Padriños de la Confirmación — su presencia obligatoria — Exquisita observación del Catecismo Romano acerca de este punto. — Invocación solemne del Obispo — El Espíritu septiforme. — Algunas palabras sobre este don. — El santo Crisma: significación del aceite, del bálsamo. — Unción en forma de cruz — ¿Por qué se hace sobre la frente? — significación de la botella. Conclusión: *frontibus esto* — *Servate quod accepistis* — *Pax tecum* — la paz final, definitiva, sólo se encuentra en el cielo.

82

LA EUCARISTIA — SACRAMENTO

SERMON PRIMERO

PROFECÍAS, FIGURAS, PROMESAS DE LA EUCARISTÍA, SU INSTITUCIÓN, NOMBRES QUE LLEVA

Profecías — la de Isaías — del libro de los Proverbios — de David — Figuras — el árbol de vida — oblación de Melquisedec — inmolación de Isaac — el Corredor pascual — el Maná — los panes de la proposición. Promesas — el capítulo VI del Evangelio de san Juan se cita en la medida que exige el asunto. Institución, el jueves de la última semana de la vida del Salvador — el Sacramento había sido anunciado, figurado, prometido... queda realizado: materia, forma, eficacia para producir la gracia, ministros del Sacramento, sujetos aptos para recibirlo, todo está aquí. Múltiples nombres del Sacramento, sacados de las antiguas profecías y figuras — del lugar y de las circunstancias de su institución — de la materia y de la forma, de su substancia misma — de las gracias que confiere — En tiempo de san Agustín, los cristianos de África no llamaban a la Eucaristía más que con el nombre de Vida

92

SERMON SEGUNDO

págs.

LA PRESENCIA DE JESUCRISTO EN EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Jesucristo está verdadera, real y substancialmente en la Eucaristía, bajo las especies de pan y vino.

Pruebas sacadas de las palabras de la promesa — de las palabras de la institución — de la Epístola de san Pablo a los Corintios.

Otras pruebas sacadas de la Tradición — Textos de los grandes Doctores — concieto unánime, y admirable concordancia de testigos.

Las Cosas Eucarísticas testifican tan bien como las palabras: Cosa Eucarística: altares y cálices, hermoso texto de san Optato. — Cosa Eucarística: modo de comulgar usado en los primeros siglos — Cosa Eucarística: la ley del arcano o del secreto. — Cosa eucarística: las liturgias.

Acto de fe en la presencia real de Jesucristo... ...

102

SERMON TERCERO

LAS VERDADES EUCARÍSTICAS

Primera verdad: Jesucristo está real, verdadera y substancialmente presente en la sagrada Eucaristía. — Breve resumen de la precedente instrucción.

Segunda verdad: — ¿Cómo está en ella? ¿Por qué procedimientos y operación? — Transubstanciación — Pruebas sacadas del Evangelio — de la Tradición — declaración doctrinal del Concilio de Trento.

Tercera verdad: Jesucristo está todo entero en la sagrada Eucaristía — todo entero bajo cada especie — todo entero en cada parte de cada especie y mientras las especies existen, Jesucristo permanece en ellas — *non est alia ratio tam grandis*.

Nuevo acto de fe a todas las verdades enunciadas aquí.

113

SERMON CUARTO

LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE AMOR.

Condición del don hecho por Jesucristo — hermoso texto de san Agustín: *plus dare non potuit... plus dare nescivit... plus dare non habuit*.

págs.

Condición del don hecho por Jesucristo — 500.000 iglesias en el mundo — cada iglesia tiene su tabernáculo — cada tabernáculo su copón — cada copón está lleno de hostias consagradas — sumad — contad el HABER del pueblo cristiano.

Modo de comunicación del don hecho por Jesucristo. — Comed, este es mi cuerpo... Bebed, esta es mi sangre — Somos deificados — *ex his constantibus quibus alimur*. — Hermosos textos de san Pablo — de san León — de san Agustín, de san Francisco de Sales — de Bossuet. Un rago: ¡Oe Jesús mío, cuán BUENO ES VUESTRO CORAZÓN... ..

124

SERMON QUINTO

LA BUENA COMUNIÓN

Vita bonis — traducimos libremente: La buena comunión, ES LA VIDA.

La buena Comunión es la vida... porque ella nos une a Jesucristo del modo más íntimo posible — es una unificación — somos convertidos en *concorporei et consanguinei Christi*.

La buena Comunión es la vida... ¿Qué medios de gracias nos da? *bonum, conferunt, cogitant, superfluentem*. — la Liturgia da testimonio de ello: *mens impletur gratia*.

La buena Comunión es la vida... nos hace fuertes y valerosos... hermoso texto de san Juan Crisóstomo — más admirable aún es el de san Agustín. — Elías re-comfortado en el desierto... aplicación — el arbolillo silvestre ingeritado y dando buen fruto... otra aplicación. La buena Comunión es la vida... porque deposita en nuestro cuerpo un germen de resurrección — palabras de Jesucristo — admirables comentarios de los santos Doctores... ..

133

SERMON SEXTO

ANTES DE LA BUENA COMUNIÓN

Disposiciones del cuerpo. Exterior humilde y recogido. — Estar en ayunas — razón de esta prescripción.

Disposiciones del alma. Una fe viva que vaya hasta las realidades — que *discierna* el Cuerpo del Señor — Hermosa respuesta de san Luis — Un corazón puro en el que habita ya la gracia santificante — *sancita sancitis* — Varias categorías de indignos según los santos Padres — Incompatibilidad de la comunión con la enemistad con el prójimo. — Hermosos textos de san Juan Crisóstomo sobre este asunto — de san Agustín — del Capicísimo Romano — de la Poscomunión de la Misa del día de Pascua.

No contentarse con buenas comuniones — llegar hasta las muy buenas — éstas piden disposiciones más perfectas.

La Mesa del Señor está dispuesta — el sacerdote os dice: *Eccce Agnus Dei*. — Acercaos. 143

SERMON SEPTIMO

DESPUÉS DE LA BUENA COMUNIÓN

Quedaos un cuarto de hora — no podéis hacer menos; podéis hacer algo mejor.

ADORAD. — Jesucristo está en vosotros y permanece en vosotros corporalmente presente hasta que se consumen las sagradas especies.

DAD GRACIAS — la gratitud se impone; demostraría equivaldría a empujédecia.

GUSTAD — No abráis vuestro libro inmediatamente después de comulgar; hastaos a vosotros mismos.

ESCUCHAD — María Magdalena, en la cena de Betania, sentada a los pies del Maestro, recibiendo sus palabras.

OBRECED — El don ofrecido es la respuesta al don recibido — Ofrecedlo todo a quien lo da todo.

PERDID — Jacob el Ángel: *non dimittam te donec benedixeris mihi* Jesucristo y Zachée — una palabra de santa Teresa.

TOMAD RESOLUCIONES — Estáis armados para el combate — Admirable texto de san Juan Crisóstomo 152

SERMON OCTAVO

LA MALA COMUNIÓN

Mors est malis: la mala Comunión es la muerte.

La mala comunión es la muerte, porque es un pecado gravísimo. — San Juan Crisóstomo la califica de pecado de la peor especie, *pestimum*. — ¿por qué?

La mala comunión es la muerte, porque es un pecado funestísimo — analogías sacadas del Antiguo Testamento — pruebas directas, sacadas del Nuevo — otras pruebas proporcionadas por la Tradición — admirable texto de san Cipriano en su libro *De lapsis*.

La mala comunión es la muerte, porque es un pecado de muy difícil perdón. — Se admiren las circunstancias atenuantes, pero la tesis permanece. — Palabras de Jesucristo: Desgraciado del que hace traición al Hijo del hombre. — Texto de san Pablo: El que come y bebe indignamente; come y bebe su condenación. — Se desarrollan estas palabras y este texto.

Conclusión: Una frase de san Ambrosio: *mutet vitam qui vult accipere vitam* 161

SERMON NOVENO

EL DEBER PASCUAL

Obligación de comulgar por Pascua.

La ley es formal y *claramente promulgada*. — Los Catecismos — los Rituales — el Concilio de Letrán — el Concilio de Trento.

La ley es formal y *superabundantemente notificada* — cada año por el Obispo a sus diócesanos — por el Cura a sus feligreses. — Prescripciones del Ritual Romano sobre este punto.

¿Las cumplís vosotros? — Os alabo. — ¿La violáis?

Os compadezco — podría censuraros. — Razones numerosas de la alabanza — y de la censura. — Anhelos del pastor 172

SERMON DECIMO

LA COMUNIÓN FRECUENTE

Ejemplo de los primeros cristianos. — Textos de los antiguos Doctores. — Los Doctores modernos: san Francisco de Sales — san Lígorio. — Escritores: Fenclón. — Más concluyente es aún la doctrina del

Concilio de Trento. — Admirable texto. — Numerosas ventajas de la Comunión frecuente. — Objeciones. — Después de oír a san Ambrosio, san Agustín y san Francisco de Sales, nada valen. — Disposiciones más perfectas requeridas por la comunión frecuente 182

SERMON UNDECIMO

LA COMUNIÓN COMO VIÁTICO

Texto del Ritual Romano sobre este punto. — Prescripción del Concilio de Trento. — Conducta de la Iglesia. — Doctrina de los teólogos. — preciosas ventajas de la comunión como Viático. — Frase feliz y perfectamente teológica, que ha pasado al lenguaje usual. — El cristiano que vacila por respeto humano a recibir el Viático. — Dios le perdona esta pusilanimidad, más fuera de razón que nunca. — El buen cristiano, sencillo y animoso, que recibe con júbilo el santo Viático. — Cuadro conmovedor. — Nos hallamos en plena atmósfera divina. Rápido resumen de los diez sermones precedentes 192

LA EUCARISTIA. — SACRIFICIO

SERMON PRIMERO

NOCIÓN DEL SACRIFICIO DE LA MISA

La Eucaristía es Sacrificio. — Sacrificio real — por la fuerza de las palabras, *vi verborum*, el cuerpo de Jesucristo está aquí, sobre ese corporal; su sangre está allí, en ese cáliz. * Jesucristo está en el altar en estado de víctima inmolada. Sacrificio único — único, porque ha sido sustituido a todos los sacrificios antiguos. — Único, porque ningún otro le será sustituido — único, porque no es más que continuación del sacrificio de la cruz. — No es substancialmente diferente de este, sino que forma cuerpo con él. — Sacrificio de valor infinito. — Los antiguos sacrificios: *egema et infima elementa*. — Texto singularmente expresivo de Pedro

de Cluny. — Se enuncian los asuntos que se tratarán en las instrucciones siguientes 201

SERMON SEGUNDO

FINES DEL SACRIFICIO DE LA MISA

El Sacrificio de la Misa es *latreútico*. — Un Dios es quien se inmola y se ofrece. — Dios es adorado por un adorador que le es igual. — Dios es adorado en tanto cuanto puede y debe serlo. — Dios recibe de una sola misa un honor infinito. El Sacrificio de la Misa es *expiatorio*. — Dios irritado por nuestros pecados; ¿quién le apaciguará? — Los sacrificios humanos? — Crímenes atroces. — ¿Los sacrificios de animales? — Con la sangre de las víctimas no se rescatan los pecados de los hombres. — ¿Quién; pues? — Jesucristo, cuyo valor es infinito, sustituyéndose al hombre culpable y ofreciendo a Dios una satisfacción, no solamente igual, sino superabundante 208

SERMON TERCERO

SIGUEN LOS FINES DEL SACRIFICIO DE LA MISA

El Sacrificio de la Misa es *eucarístico*, esto es, sacrificio de acción de gracias. Donde que Dios nos ha hecho—son como infinitos—como infinita por modo semejante es la deuda contraída con él. — Somos insolventes — pero, celebrada la misa... ofreciéndole Jesucristo, ofrecemos a Dios el equivalente... mil veces más grande que el equivalente de sus dones — quedamos saldados. El Sacrificio de la Misa es *impeetratorio* — en el altar Jesucristo es todo lo que hay que ser para obtener con seguridad — por otra parte, ofrece más de lo que pide. Resumen de esta instrucción y de la precedente. — Conclusión común para las dos. — La última palabra la dice un obispo de gran doctrina 216

SERMON CUARTO

FRUTOS DEL SACRIFICIO DE LA MISA, Y A QUIEN APROVECHAN

Hermoso texto de la *Intitución*: *quando sacerdos celebrat, Deum honorat*, etc.

El Sacrificio de la Misa aprovecha al sacerdote que la ofrece — a los que pidieron y obtuvieron derechos a los frutos del Sacrificio. — Digresión: El estipendio no es un pago. — La Misa es de valor infinito. — La Misa jamás es pagada ni podría serlo. — *No, Paris no vale una misa*.

El Sacrificio de la Misa aprovecha a los vivos, y a todos los vivos — al mundo entero — Pruebas sacadas de la misma misa. — A los muertos, y a todos los muertos. — Pruebas sacadas de la Liturgia. ¡Ah, cuán buena madre es la Iglesia!

SERMON QUINTO

LITURGIA DEL SACRIFICIO DE LA MISA

El sacerdote está al pie del altar — *Salmo judica me*. — El *Confiteor*. — El sacerdote sube las gradas del altar — lo besa. — El *Introito*. — El *Kyrie Eleison*. — El *Gloria in excelsis*. — La *Colecta*. — La *Epistola*. — El *Evangelio*. — El *Credo*. — Se explica brevemente todo esto.

Ván a cumplirse los grandes misterios. — El pan está presente. — ¿Qué pan? — El vino está presente. — ¿Qué vino? — Por dos razones no es posible hacer elección de la materia del Sacrificio. — Es ofrecido el pan. — Es ofrecido el vino. — El vino es adicionado de agua. — ¿Por qué? — El sacerdote lava sus dedos. — ¿Por qué? — El pueblo es invitado a orar. *Orate fratres*. — ¿Por qué? — La *Secreta*. — El *Præfatio*. — El *Sanctus*. — Quedan terminados los preliminares.

Empieza la Acción. — Se hace la Acción. — Continúa la Acción. — Queda hecha la Acción. — Se explican sumariamente todas estas cosas.

La Poscomunión. — Se da el despidio al pueblo cris-

tiano. — *Itte, Missa est*. — El sacerdote abandona el altar. — *Benedicite omnia opera Domini Domino*. 232

SERMON SEXTO

LA ASISTENCIA AL SACRIFICIO DE LA MISA

Conclusión general práctica de las cinco precedentes instrucciones: asistir al Sacrificio de la Misa — con recogimiento — con devoción. — Esta palabra es una palabra genérica; se presta a multitud de sentidos — con asiduidad — se dan numerosas razones en pro de la asistencia cotidiana al Sacrificio de la Misa — son tan convincentes como numerosas — se sacan de los fines para los cuales fué ordenado el Sacrificio de la Misa

LA PENITENCIA

SERMON PRIMERO

NOCIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Entrada en materia por un hermoso texto del Concilio de Trento.

La materia del Sacramento. — la forma del Sacramento — institución divina del Sacramento — efectos del Sacramento — perdona todos los pecados — sin tardanza — indefectiblemente — el alma queda hecha nueva criatura — reviven sus antiguos méritos — recobra su primera belleza.

Demos gracias a Dios — la penitencia, la segunda tabla después del naufragio, esta palabra de la antigüedad cristiana es comentada por el Catecismo Romano.

Se da una primera noción de los asuntos que van a exponerse... ..

SERMON SEGUNDO

LA CONTRICCIÓN, SU NECESIDAD, SUS CUALIDADES

Definición auténtica y segura de la Contrición. — La

contrición es absolutamente necesaria — razones para insistir sobre este punto — ilusiones extrañas. Cualidades de la contrición — que sea *interior*; ¿por qué? — *Sobrenatural*: *timere ardere, peccare non timere* — una comparación algo vulgar, pero exactísima — *Universal*... ¿lo es siempre? — se inmola al pobre pueblo, pero se perdona al rey Aseg — *Soberana* — hermoso texto del Catecismo Romano — las lágrimas, útiles, no necesarias. — La contrición es principalmente con dolor de razón. Hermosa respuesta de un antiguo mártir a su juez: ¡Vaya no dais lo que vale! 261

SERMON TERCERO

EL BUEN PROPÓSITO, SU NECESIDAD, SUS CUALIDADES

El alma ha considerado su pasado culpable para odiarlo; preciso es que se vuelva hacia lo por venir para prevenirlo — necesidad del propósito de enmienda — pruebas de autoridad — de razón — sea verdadero y sincero — general y particular. — Se explica esta antitesis de palabras — eficaz, duradero, que se traduzca en actos — textos de los santos Padres que dan que pensar. 271

SERMON CUARTO

LAS DOS CONTRICIONES, SU NATURALEZA, SUS EFECTOS

La contrición perfecta — la contrición imperfecta — diferencias entre una y otra — diferencia de motivos — diferencias de efectos — admirables efectos de la contrición perfecta — para ponerlo de relieve, se hacen varias suposiciones — el buen ladrón; un ladrón del cielo — este calificativo está autorizado por san Juan Crisóstomo — ¡oh, cuán bueno es Dios — hermoso texto de san Cirilo de Jerusalén — no desesperar de la salvación de nadie — rasgo histórico de gran trascendencia.

Conclusión práctica: excitarse a la contrición perfecta aunque no necesaria, con la recepción ofensiva del Sacramento de la Penitencia — aquí viene de molde

o en ninguna parte, el proverbio *lo que abunda no daña* 279

SERMON QUINTO

INSTITUCIÓN DIVINA DE LA CONFESIÓN

Recomendación del Catecismo Romano a los pastores con relación a este asunto.

La institución divina de la confesión demostrada por las palabras mismas de Jesucristo: Id, como mi Padre me envió, así yo os envío; los pecados serán perdonados, etc. — Imposible deducir de esto otra cosa que la confesión.

La institución divina de la confesión demostrada por la razón del modo siguiente:

La confesión es de institución divina porque no es de institución humana. — La confesión es de institución divina porque no pudo ser de institución humana.

Se demuestran estas dos proposiciones... .. 287

SERMON SEXTO

UTILIDAD DE LA CONFESIÓN — OBLIGACIÓN DE LA CONFESIÓN

Esta institución es el corolario de la precedente.

La confesión es divina; luego es útil... útil como consuelo de la conciencia — como dirección del alma — como antemural de las sociedades humanas — sobre todo como medio de perdón e instrumento de gracia.

La confesión es divina; luego es obligatoria. — Es la llave que abre, y nadie cierra, que cierra y nadie abre. La confesión es divina; luego ninguna de las razones invocadas para no recurrir a ella, es valedera. — Se examinan estas razones y se refutan 296

SERMON SEPTIMO

RODAR LA OBLIGACIÓN DE LA CONFESIÓN — ENSEÑANZA PRÁCTICA

La confesión es obligatoria. Resumen de pruebas. — Pero ¿para quién es obligatoria? Para todo el mundo — para todos los seglares — para todos los eclesiás-

ticos — para uno y otro sexo — para todas las edades — se insiste en la confesión de los niños.

¿Cuándo es obligatoria la confesión? — por lo menos una vez al año — Ordenanza del Concilio de Letrán. Después de la obligación general, se exponen las obligaciones particulares. Obligación particular: 1.º cuando se está en estado de pecado mortal.—2.º cuando se ha de hacer algún acto incompatible con el estado de pecado mortal.—3.º cuando se halla en circunstancias ciertas o aun probablemente peligrosas.—4.º en un enfermedad considerada como mortal.

¿A quién debe hacerse la confesión? — a los sacerdotes — a qué sacerdotes — a aquél al cual hayáis elegido después de consultar las necesidades de vuestras almas. Dios y la Iglesia se inclinan siempre a la misericordia.

304

SERMON OCTAVO

LA BUENA CONFESIÓN

Para ser buena, debe preceder a la confesión un examen concienzudo — *fide parietem* — *accende lucernam* — *move candelabrum* — *motetia de examen*, no solamente los deberes generales, sino los deberes particulares. — *Confitere peccata Coesaris*.

Para que sea buena, la Confesión ha de ser humilde — prudente, sencilla — completa. — Circunstancias que cambian la especie. — Circunstancias que aumentan la malicia — necesidad de acusar las primeras — grandísima utilidad en anunciar las segundas ...

312

SERMON NOVENO

LA CONFESIÓN DEFECTUOSA

La confesión defectuosa a consecuencia de un examen precipitado, o ciego, o demasiado parcial, otorgándose indebidamente el beneficio de las circunstancias atenuantes.

La Confesión defectuosa a consecuencia de declaraciones incompletas, molestas.

La Confesión defectuosa por causa de vergüenza — vergüenza diabólica — observación sumamente exacta

de san Juan Crisóstomo — vergüenza funesta — absolución sacrilega — comunión sacrilega — vergüenza irrazonable — las razones por las cuales se tiene vergüenza, son precisamente aquellas por las cuales no debería tenerse vergüenza — un rasgo sacado de la vida de san Francisco de Sales — un buen consejo a los pusilánimes...

319

SERMON DECIMO

LA COMUNIÓN FRECUENTE

Manera de pensar del Catecismo Romano y del Concilio de Trento sobre el asunto... Se examinan las utilidades de la comunión frecuente.

La confesión frecuente es útil, como medio de conocerse a sí mismo — Ciencia rara, pero muy provechosa.

La confesión frecuente es útil como dirección — necesidad extrema que tenemos de consejos — la confesión frecuente responde a esta necesidad. — Unas palabras del Sabio — hermoso texto de san Buenaventura.

La confesión frecuente es útil, como preservativo de recaídas. — Se recuerda lo que se ha dicho de la justificación — de la gracia sacramental — aplicación al caso presente ...

327

SERMON UNDECIMO

EL SECRETO SACRAMENTAL

El secreto sacramental es inviolable de derecho — de derecho divino — de derecho eclesiástico.

Esta ley de inviolabilidad no se presta absolutamente a ningún acomodo — es de interpretación estricta y rigurosa — obliga siempre y en todos los casos.

El secreto sacramental, inviolable de derecho, ha quedado siempre inviolado de hecho — prueba sacada del silencio de la historia — prueba positiva — san Juan Nepomuceno — un hecho contemporáneo.

Del secreto sacramental que siempre quedó intacto, se deduce la divinidad de la confesión — una conclusión moral: la colecta de la misa de san Juan Nepomuceno.

334

SERMON DUODECIMO

LA ABSOLUCIÓN SACRAMENTAL

La absolución es un acto judicial, una verdadera sentencia de deslamiento: *ego te absolvo*.

La absolución produce un perdón total del pecado en cuanto a la culpa y en cuanto a la pena eterna — rehabilita al pecador justificado en su primer estado — párrabola del hijo pródigo, y su aplicación al asunto de que se trata.

La absolución no aprovecha más que *rite contritis et confessis* — diversas categorías de penitentes a los cuales, según el Ritual Romano, no es debida la absolución. La muerte y la resurrección de Lázaro entendidas en sentido espiritual, ofrecen una excelente conclusión ...

págs.

341

SERMON DECIMOTERCERO

LA SATISFACCIÓN SACRAMENTAL

La satisfacción: su definición teológica — es necesaria — prueba sacada de la sagrada Escritura — disciplina de la Iglesia — cánones penitenciales — razones de recordarlos aquí — Doctrina de la Iglesia — textos de sus Doctores — prescripciones del Concilio de Trento — añadir a la satisfacción sacramental satisfacciones voluntarias, o voluntariamente aceptadas. Dios, primer acreedor, — está satisfecho... hay que satisfacer al segundo, que es el prójimo — sentido muy extendido de estas palabras de san Agustín: *non dimittitur peccatum, nisi restituatur ablatum*. Admirable legislación del Sacramento de la Penitencia bien comprendido, bien administrado, bien recibido ...

349

SERMON DECIMOCUARTO

LAS INDULGENCIAS

La Iglesia hace profesión de creer que tiene el derecho de conceder indulgencias — de hecho, lo ejerce, y lo ha ejercido en todas las épocas — san Pablo y el incesoso de Corinto. — Recomendaciones escritas, o

págs.

certus de crédito de los indultes. — Se entra en el fondo del asunto: ¿qué son las indulgencias? — Tesoro espiritual de la Iglesia — ¿De qué está formado y alimentado? — Comunión de los santos y reversibilidad de los méritos — numerosas analogías sacadas del orden temporal. — Exhortación que debemos aprovechar de las preciosas ventajas que la Iglesia nos hace ...

358

SERMON DECIMOQUINTO

LA LITURGIA DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

El penitente se prepara para la confesión — el sacerdote se prepara para recibirla — uno y otro están dispuestos. La confesión, según el Ritual Romano. — El penitente entra en él — pide la bendición del sacerdote — dice el *Confiteor* — después de la confesión general, la confesión detallada — *Omnia et singula* — se explica la razón de esto. — Derechos y deberes del confesor. — El Ritual Romano enuncia los unos y los otros — *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa* — estas palabras entrañan una gran lección de religión — y de filosofía — avisos, consejos, recomendaciones del confesor — impone una penitencia — pronuncia la absolución — es explicada palabra por palabra. — El Sacramento queda hecho. ...

366

LA EXTREMAUNCIÓN

SERMON PRIMERO

NOCIÓN DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN, EFECTOS QUE PRODUCE

La Extremaunción es un verdadero Sacramento — la materia — la forma — el sujeto apto para recibirlo — el ministro apto para conferirlo.

La Extremaunción remite los pecados veniales, siempre — los mismos pecados mortales, en ciertos casos — impotencia extrema de dar la Extremaunción a quien se encuentra en la imposibilidad de obtener el perdón directamente de la Penitencia.

La Extremaunción borra los restos del pecado — lo que se entiende por esta palabra — puede devolver la salud al enfermo — lo dice la segunda Escritura — la existencia lo confirma.
No tenéis a la Extremaunción, ni para uno mismo, ni para los demás... .. 375

SERMON SEGUNDO

LA LITURGIA DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

Lo que hace el sacerdote que da la Extremaunción — *pax huic domini* — aspersión con el agua bendita — *Confiteor* — las unciones quedan hechas, y pronunciadas las palabras sacramentales — exhortaciones del sacerdote — oraciones que hace — compuestas por la Iglesia, son admirables.

Lo que debe hacer el enfermo que recibe la Extremaunción — una buena confesión. — ¿Por qué? — actos, por lo menos internos, de fe, de confianza en Dios, de contrición, de entera confianza. — Supremo deber que hay que cumplir — Tobías moribundo bendice a su hijo; los siete hijos de su hijo y los hijos de sus nietos. — Otro ejemplo: san Luis expirando ante los ritos de Túniz — sus recomendaciones a su hijo.

Lo que han de hacer los asistentes — mujeres cristianas, preparad todo lo necesario a la administración del Sacramento — parientes y amigos, orad por el querido enfermo — sugerid buenos pensamientos — rezad en hora oportuna las plegarias de la agonía — son admirables — haced profundas reflexiones y una enmienda religiosa de vosotros mismos — la figura de este mundo pasa 384

EL ORDEN

SERMON PRIMERO

EL ORDEN, SIGNIFICACIÓN DE LA PALABRA, NOCIÓN DEL ASUNTO, EFECTO DEL SACRAMENTO — DEBERES DE LOS FIELES

El Orden — se explican la palabra y la cosa — la tonsura, preparación para las Ordenes. — Ordenes menores

— Ordenes mayores. — El sacerdocio. — Poderes que el Sacramento del Orden confiere — *Opportet presbyterum puerificare* — *baptizare* — poderes del sacerdote sobre el cuerpo místico de Jesucristo — sobre el cuerpo real de Jesucristo.

Deberes de los fieles para con los sacerdotes — respetarlos — honrarlos — obedecerlos — orar por ellos — interesarse por el buen reclutamiento de la milicia sacerdotal — diferentes maneras de interesarse en esto con utilidad... .. 393

SERMON SEGUNDO

LITURGIA DEL SACRAMENTO DEL ORDEN — ORDENACIÓN DEL SACERDOTE

Preparación para el sacerdocio — remotísima — más próxima, muy próxima — inmediata. — Empieza la sagrada Función. — ¿Es digno? — alocución del obispo al clero y al pueblo. — El aspirante es aceptado por el clero y por el pueblo — deberes que deberá cumplir: virtudes de que debe estar adornada su alma — se las recuerda el obispo — prosternación — letanías mayores — imposición de las manos — la estola — la casulla — la unción de las manos — poder conferido sobre el cuerpo real de Jesucristo — la primera misa — el 25.º aniversario de la primera misa — el 50.º — La misa de ordenación sigue su curso: el Evangelio, el Ofertorio, el Prefacio, la Consagración, la Comunión — la profesión de fe. — Poder conferido sobre el cuerpo místico de Jesucristo. — El Sacramento queda hecho — pero la santa Función continúa. — El *pro-mitto* — la bendición final del Obispo — sus últimas recomendaciones.

La santa Función ha terminado — Voz interior, voz exterior, cantad la acción de gracias — regocijese toda la Iglesia. — regocijese la diócesis, regocijese la parroquia a la cual está destinado este nuevo sacerdote ...

EL MATRIMONIO

págs.

SERMON PRIMERO

NOCIÓN DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Importancia del asunto. — Antes de ser Sacramento, ¿qué era el matrimonio? — Intervención de Dios en el Matrimonio en todas las épocas. — Fué hecho Sacramento de la nueva ley — pruebas sacadas de la sagrada Escritura — y de la Tradición — Hermosos textos. — Solemne definición del Concilio de Trento — Como Sacramento significa la unión de Jesucristo, con su Iglesia — en esta condición es también el nudo que une a los esposos — el contrato no es una cosa, y el Sacramento otra. — Aumenta la gracia santificante — confiere una gracia sacramental — necesidad extrema de esta gracia, ya para ejercer debidamente los derechos, ya para cumplir los deberes, ya para alcanzar los fines del Matrimonio 413

SERMON SEGUNDO

PROPIEDADES DEL MATRIMONIO

Honestidad del Matrimonio — los mismos paganos sospechaban en el Matrimonio algo divino. — Pero el Matrimonio es inferior a la divinidad — pruebas de ello. — Unidad e indisolubilidad del Matrimonio — un solo hombre para una sola mujer... una sola mujer para un solo hombre, indisolublemente unidos. — Tal fué la ley del principio—llegado el tiempo, será la ley de la renovación—Admirable capítulo XIX del Evangelio de san Mateo—unanidad de la tradición sobre este punto—gran doctrina del Concilio de Trento—se dan razones de esta unidad y de esta indisolubilidad. Se termina con una digresión histórica... Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso... La Santa Sede y Francia *quod Deus conjunxit, homo non separet* 423

TABLA ANALÍTICA DE MATERIAS

503

págs.

SERMON TERCERO

IMPEDIMENTOS DEL MATRIMONIO

Los unos simplemente prohibitivos—los otros rigurosamente dirimientes.—Se enuncian los unos y los otros—Prohibitivos o dirimientes, son muy legítimos—tienen por origen el derecho natural o el derecho divino positivo, o el derecho eclesiástico.— Este último no es menos cierto que los otros dos—se deriva de la noción del Sacramento—Un matrimonio contraído con un impedimento dirimente, es nulo con nulidad radical—se explican esto.—Las leyes que determinan los impedimentos del Matrimonio son muy sabias, muy protectoras, muy morales. Se prueba, en particular para algunos de estos impedimentos. La familia y la sociedad deben gratitud a la Iglesia ... 433

SERMON CUARTO

ANTES DEL MATRIMONIO O PREPARACIÓN PARA EL MATRIMONIO

Resumen de las tres instrucciones precedentes. La presente está destinada a las preparaciones para el Matrimonio.— Se distinguen tres. La preparación remota — ¿estás llamado al matrimonio o al celibato? — Es materia de profundo examen. La preparación próxima. — Elección de la persona—para hacer una elección juiciosa hay que considerar muchas cosas. — Se entra en los detalles — no menos necesario es consultar a Dios—y a los padres. — Estos últimos tienen derecho—pero también deberes. La preparación inmediata—se requiere el estado de gracia — ¿por qué? — La preparación más importante es con frecuencia la más descuidada — ¿Qué ocurre?—Se hace una recomendación llena de solicitud a los que todavía no están comprometidos 444

SERMON QUINTO

LITURGIA DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO, O CELEBRACIÓN DEL MATRIMONIO

Quedan hechos los preparativos — cumplidas las forma-

págs.

idades de la ley civil — los esposos están ante el altar — sus testigos, — el cura, representante de Dios y testigo de la Iglesia, interviene — los esposos expresan su mutuo consentimiento — se dan las manos — *ego coniungo vos* — el anillo — su significación — El Sacramento queda hecho — Empezar la Misa ¡Ah, qué hermosa es la misa del día de la boda! — Introito — Colecta — Epístola: contiene toda la doctrina matrimonial de san Pablo — El Evangelio es mejor aún — Está sacado del capítulo XIX de san Mateo ya citado — Se reproduce en su totalidad, y se comenta — Continúa la misa — Las últimas bendiciones — Queda dicha la misa — Sonad, campanas — Comida de bodas — Avisos sobre este asunto — Al darlos, el pastor está en su papel — Conclusión: casaos en el Señor 452

SERMON SEXTO

DESPUÉS DE LA CELEBRACIÓN DEL MATRIMONIO, O DEBERES MUTUOS DE LOS ESPOSOS

Primer deber: amor mutuo, sincero — casto — duradero, siempre el mismo, por lo menos substancialmente.
Segundo deber: fidelidad mutua — igualdad en los derechos y en los deberes bajo este concepto — enormidad del crimen de adulterio.
Tercer deber: soporte mutuo — cuán necesario es — algunas palabras sobre el divorcio, y sobre la separación de los cuerpos — El primero, siempre prohibido — no recurrir al segundo más que en casos gravísimos, y, si es posible, por un tiempo determinado.
Cuarto deber: asistencia mutua — temporal — y espiritual — esta última está muy descuidada.
Unidos en la tierra, y unidos en el cielo; tal es el dichoso destino de los esposos cristianos 461

SERMON SEPTIMO

LOS FINES DEL MATRIMONIO

Primer fin: el Matrimonio, remedio de la concupiscencia: *melius est nubere quam uri*.
Segundo fin: esposos, sed padres; esposas, sed madres;

págs.

sed padres y madres tantas veces como plaza a Dios, sed padres y madres en las mejores condiciones de honestidad y de virtud — proveed uno y otro de las necesidades corporales de vuestros hijos—amad a vuestros hijos con amor igual—con amor sin debilidad—Sobre todo hay que atender al fin sobrenatural del Matrimonio.—Hermoso texto del Catecismo Romano—Haced hombres—hombres útiles—pero sobre todo, haced cristianos—*accipe puerum, et nutri mihi*—Dios toma por anticipado— Tiene derecho para hacerlo—Rasgo sacado de la historia de Francia — Esposos cristianos, vuestro hijo es hermoso como la esperanza 470

3.—Todavía los fines del Sacrificio de la Misa ...	págs. 216
4.—Los frutos del Sacrificio de la Misa.—A quienes aprovechan...	224
5.—La Liturgia del Sacrificio de la Misa ...	232
6.—La asistencia al Sacrificio de la Misa ...	246

LA PENITENCIA

1.—Noción del Sacramento de la Penitencia ...	253
2.—La Contrición, su necesidad, cualidades que debe reunir...	261
3.—El buen propósito, sus cualidades ...	271
4.—Las dos contriciones, su naturaleza, sus efectos ...	279
5.—Institución divina de la confesión ...	287
6.—Utilidad de la confesión.—Obligación de la confesión.	296
7.—Obligación de la confesión.—Enseñanza práctica ...	304
8.—La buena confesión ...	312
9.—La confesión defectuosa...	319
10.—La confesión frecuente ...	327
11.—El Secreto sacramental ...	334
12.—La Absolución sacramental ...	341
13.—La Satisfacción sacramental ...	349
14.—Las Indulgencias...	358
15.—Liturgia del Sacramento de la Penitencia ...	366

LA EXTREMAUNCION.

1.—Noción del Sacramento de la Extremaunción. Sus efectos...	375
2.—Liturgia del Sacramento de la Extremaunción...	384

EL ORDEN

1.—El Orden, significación de la palabra, noción del asunto, efectos del Sacramento.—Deberes de los fieles ...	393
2.—Liturgia del Sacramento del Orden.—Ordenación del sacerdote ...	403

EL MATRIMONIO

1.—Noción del Sacramento del Matrimonio ...	413
2.—Propiedades del Matrimonio ...	423
3.—Impedimentos del Matrimonio ...	433
4.—Antes del Matrimonio, o preparación del Matrimonio.	444
5.—Liturgia del Sacramento del Matrimonio, o celebración del Matrimonio ...	452
6.—Después de la celebración del Matrimonio, o deberes mutuos de los esposos ...	461
7.—Fines del Matrimonio ...	470